



NATSUHIKO  
KYŌGOKU

El  
verano  
de la  
ubume

*En este mundo  
no hay nada  
misterioso...*

**10**  
MILLONES  
DE LECTORES  
YA HAN DESFRUTADO  
DE ESTA SERIE

QUATERNI

## *Ubume, pr*

*Fantasma japonés con  
forma  
de mujer pájaro que  
surge  
de la sepultura de las  
embarazadas  
que mueren en el  
parto.*

Verano de 1952, Tōkyō, el periodista Sekiguchi Tatsumi decide consultar con su amigo, el librero Chūzenji Akihiko, un extraño rumor sobre la familia Kuonji: «¿Es posible que una mujer esté embarazada durante veinte meses?».

Kyōgokudō, apodo que recibe por su librería, es un investigador de fenómenos paranormales que no cree en fantasmas. Sin embargo, en este caso hay un misterio adicional y es que el marido de la embarazada desapareció en una habitación cerrada al poco tiempo de quedarse ella encinta.

Con la ayuda de sus amigos, el detective Enokidu, el valiente policía Kiba y el lógico y racional Kyōgokudō, Sekiguchi se verá envuelto en un misterio mucho más complejo y perturbador de lo que inicialmente parecía.

NATSUHIKO  
KYŌGOKU

El  
verano  
de la  
ubume  
Ubume no Natsu

UBUME NO NATSU by KYOGOKU Natsuhiko  
© 1994 KYOGOKU Natsuhiko  
© 2014 Quaterni de esta edición en lengua española  
Traducción del japonés: Isami Romero Hoshino  
Adaptación: Eva González Rosales  
ISBN: 9788494180217

A todas las personas que hayan tenido  
este libro entre las manos, les deseo la  
bendición de la rosa y la cruz.



*Ubume.*  
*El desfile ilustrado de la noche de los cien demonios,*  
*por Toriyama Sekien.*

### *Ubume*

Se la conoce como *Ubume*; también como Ramera Nocturna, Doncella Celestial o Cuervo Endemoniado. Algunos la llaman Garza Azul. En los lugares en los que reposa siempre aparece un fuego fatuo; es la Garza Azul que resplandece en las frías y oscuras noches, y también el *ryūtō*[\[1\]](#) que reposa en la rama de los pinos...

*Nanashigusa*, anónimo.

### *Ubume*

Es una especie de demonio que almacena almas humanas y que abunda en la provincia de Jingzhou. Esta criatura, híbrido entre una mujer y un pájaro, aparece tras la muerte de una parturienta. Lleva el pecho al descubierto y disfruta secuestrando niños para reemplazar a los suyos, por lo que aquellos que tengan niños pequeños en casa no deben dejarlos salir de noche. La criatura vuela después del anochecer dejando un rastro de sangre y, allá por donde pasa, los niños enferman de sonambulismo y del mal del llanto irritado. A este tipo de padecimiento se le llama neurosis infantil exógena. No hay machos entre estas criaturas, todas son hembras. Vuelan en las noches de julio y agosto, atormentando a la gente.

*Compendio de materia médica*, Li Shizhen.

### **Origen de la *ubume***

Es posible que, cuando la mujer muere durante un parto complicado, el bebé de su vientre siga vivo. En este caso, si se deja el cadáver a la intemperie y el niño llega a nacer, el alma de la madre se convertirá en un demonio que cogerá al niño en brazos y vagará con él por las noches. A su llanto se le llama «el lamento de la *ubume*». Su aspecto es el de una mujer debilitada, ensangrentada de cintura para abajo.

*Epítome de rumores extraños*, anónimo.  
Tercer año de Jyōkyō (1686).

### **Sobre la *ubume***

Cuentan que la criatura llamada *ubume* es lo siguiente: se trata de una mujer que murió al dar a luz. Es obstinada. Su aspecto es el de una mujer ensangrentada de cintura para abajo que va ululando: «*Obareu, obareu*». Para evitar que una mujer embarazada se transforme en esto al morir, debéis hacer lo correcto. No olvidéis que esta criatura viene del infierno, no dudéis en hacerlo...

*Cien cuentos populares*, Genrin Yamaoka.  
Tercer año de Jyōkyō.



Yo.

Seguramente, acabo de despertar.

¿Dónde estoy?

¿Qué estoy haciendo aquí?

Un líquido desagradable  
y caliente me empapa.

¿Tengo los ojos cerrados?

¿Los tengo abiertos?

Está oscuro.

Y no se oye nada.

Estoy en posición fetal,  
cubierto por un líquido.

Oigo una voz.

¿Por qué parece tan furiosa?

No, creo que es tristeza.

Estoy muy cómodo.

Me aprieto el pulgar con la mano.

Mis vísceras están abiertas.

¿Están conectadas a algo?

Eso parece. Hace un poco de frío.

Yo.

¿Estoy despertando?

—Madre.



# ***INTRODUCCIÓN***

Los fantasmas y los monstruos han sido una temática constante dentro de la literatura. En algunos casos, estos seres siniestros han sido personajes secundarios, como las sirenas de *La Odisea*, pero en otros han obtenido el papel protagonista, como en *Frankenstein* de Mary Shelley (1797-1851) o en *Drácula* de Bram Stoker (1847-1912). Japón no ha sido una excepción, y no hay duda de que es uno de los países donde el amor, miedo e interés por estos seres ha sido más fuerte, no solo en la literatura sino también en la vida cotidiana. El número de historias de fantasmas (*yūrei*) y monstruos (*yōkai*) es tan grande que necesitaríamos muchos libros para analizarlas. Estos seres sobrenaturales suelen cambiar de nombre y tienen formas diversas, como demuestran las ilustraciones de Sekien Toriyama (1712-1788). Algunos han arraigado tanto en la cultura popular que podemos verlos representados en todo tipo de expresiones artísticas, como el teatro kabuki, la pintura y, por supuesto, la literatura.

A pesar de que el interés por los monstruos ocupaba un lugar privilegiado

en Japón, cuando el país comenzó el proceso de modernización después de la Restauración Meiji, acaecida en la década de 1860, estos siniestros seres tuvieron que enfrentarse a la seria posibilidad de desaparecer. En la primera mitad de la era Meiji (1868-1912), era habitual ver en los periódicos notas sobre apariciones, maldiciones de zorros o casos en los que alguien había sido engañado por un *tanuki* (perro mapache); sin embargo, en la década de 1910, este tipo de sucesos no solo desapareció de los principales diarios, sino que la ciencia empezó a considerarlos una patraña.

Ante la posibilidad real de que estos seres siniestros desaparecieran, algunos aficionados creyeron necesario mostrar a la sociedad lo que se estaba perdiendo. El primero en hacerlo fue el filósofo budista Enryō Inoue (1858-1919) que, a partir de 1890, intentó analizar por primera vez desde un enfoque moderno y científico la creencia en los fantasmas y monstruos. Otro de los que intentaron preservar estos seres sobrenaturales fue el irlandés Lafcadio Hearn (1850-1904) con sus *Cuentos de fantasmas (Kwaidan: Stories and Studies of Strange Japan, 1903)*. Hearn —o Yagumo Koizumi, nombre que adoptó al adquirir la ciudadanía— no dominaba el idioma de su nuevo país, pero tuvo la sensibilidad necesaria para comprender que muchos de los cuentos de transmisión oral se podían extrapolar al medio literario.

Después de Inoue y Hearn, aunque desde un enfoque folclorista, Kumagusu Minakata (1867-1945) y Kunio Yanagita (1875-1962) intentaron fomentar el análisis de los monstruos. Kunio Yanagita demostró, con *Leyendas de Tōno* [\[2\]](#) (*Tōno Monogatari, 1910*), la riqueza de las historias populares y la vigencia de muchas de estas creencias en seres sobrenaturales. Finalmente, el último en aportar material importante sobre fantasmas fue Kidō Okamoto (1872-1939) que, basándose en algunas leyendas chinas y japonesas, creó historias nuevas con un estilo moderno y occidental.

Tras el final de la guerra del Pacífico (1941-1945) y con la ocupación estadounidense (1945-1952), Japón comenzó una nueva etapa de modernización que amenazó de nuevo la perpetuación de la cultura de los fantasmas y monstruos. Pero, aunque la sociedad japonesa de posguerra negara muchas de estas costumbres, el temor y la fascinación por lo sobrenatural seguirían presentes dentro de la mente de los japoneses debido a que muchos investigadores universitarios comenzaron a analizar los textos antiguos para fomentar el estudio de los fantasmas. La industria editorial y cinematográfica sirvió también como plataforma para impulsar el interés por los monstruos. Diversas editoriales publicaron versiones modernas de los cuentos

tradicionales que facilitaban la comprensión de su contenido, y se estrenaron multitud de películas de terror entre las que cabe destacar una adaptación de *Los cuentos de Ugetsu (Ugetsu Monogatari)* de Akinari Ueda (1734-1809) que ganó el León de Oro del Festival de Venecia en 1953.

La popularización de la novela de detectives, que retomó a los monstruos, fantasmas y maldiciones en su narrativa, fue otra importante contribución. Un claro ejemplo fueron las novelas de Seishi Yokomizo (1902-1981). Muchas de sus obras asociaron los asesinatos y crímenes con estos seres siniestros, lo que hizo que muchos lectores se interesaran por su existencia. También puso su grano de arena el dibujante Shigeru Mizuki (1922) que, con su obra *El Kitarō de Ge Ge Ge (Ge Ge Ge no Kitarō)*, hizo que miles de japoneses, en particular los niños, se familiarizaran con los fantasmas, aprendieran sus nombres y, lo más importante, se interesaran por ellos.

El último de esta generación fue Natsuhiko Kyōgoku (1963), uno de los representantes más importantes de la novela negra contemporánea. Sus obras han sido llevadas a la gran pantalla, así como al mundo de la animación y el cómic. Tiene una estrecha relación con Miyuki Miyabe (1960), que también ha utilizado temáticas de fantasmas y monstruos en sus novelas. Asimismo, junto a Shigeru Mizuki, Hiroshi Aramata (1947), Katsumi Tada (1961) y Masao Higashi (1958), Kyōgoku ha sido uno de los principales promotores del folclore sobrenatural, y actualmente es miembro de la Sociedad Mundial de Estudios sobre Fantasmas y de la Universidad de los Fantasmas.

Natsuhiko Kyōgoku nació en 1963 en la ciudad de Otaru, Hokkaido, prefectura ubicada en el norte de Japón. No se sabe mucho sobre su infancia o juventud. Lo poco que el propio Kyōgoku ha hecho oficial es que, antes de dedicarse a la literatura, trabajaba como diseñador jefe en una empresa que fundó con algunos amigos. Este negocio no funcionó y, para ocupar el tiempo libre, comenzó a escribir una novela. Ha afirmado en varias entrevistas que su intención no era convertirse en escritor, pero, tras emplear tiempo, dinero y esfuerzo en su novela, creyó que merecía la pena enviarla a alguna editorial.

De este modo, en mayo de 1994, la mandó a la editorial Kōdansha esperando que la rechazaran por su contenido y extensión. El editor que la recibió creyó que se trataba de la broma de algún escritor consagrado y, para descubrir quién era, decidió llamarlo. Al saber que *El verano de la ubume* no estaba escrita bajo seudónimo, decidió publicarla aquel mismo año.

Después del lanzamiento de su ópera prima, Natsuhiko Kyōgoku se posicionó como uno de los escritores más importantes del género negro, y sus

obras han obtenido premios muy importantes. En 1996, *La caja del mōryō* (*Mōryō no Hako*) obtuvo el premio de la Asociación de Escritores de Misterio; en 1997, *Iemon el sonriente* (*Warau Iemon*) ganó el premio Kyōka Izumi; en 2003, *Koheiji el fisgón* (*Nozoki Koheiji*) consiguió el premio Shūgorō Yamamoto; en 2004, *Cien cuentos populares más* (*Nochinosestu Hyaku Monogatari*) ganó el premio Naoki; y en 2011, *Cien cuentos populares del oeste* (*Nishinosestu Hyaku Monogatari*), el premio Rentarō Shibata.

El estilo literario de Kyōgoku es difícil de encasillar, pero una de sus características es su tendencia a escribir novelas extensas con un marcado interés por los fantasmas y monstruos. Por ejemplo, el escenario de la serie *Desfile nocturno de los cien monstruos* (*Hyakki Yakkō*) es el Japón de la década de 1950, y en ella se combina la novela negra con fantasmas y elementos folclóricos, históricos y religiosos. En el caso de la serie *Cien cuentos populares* (*Kōsetsu Hyaku Monogatari*) se sigue manteniendo el tema de los fantasmas, pero el escenario es el Japón del periodo Edo (1603-1868), por lo que puede considerarse una novela histórica.

Kyōgoku ha adaptado también varios cuentos de fantasmas tradicionales en sus obras *Iemon el sonriente* (1997), *Koheiji el fisgón* (2002), y en la de Kidō Okamoto *El pozo que cuenta* (*Kazoezu no Ido*, 2010). Asimismo, en los últimos años ha trabajado en varios cuentos infantiles de fantasmas junto a Masao Higashi y Miyuki Miyabe.

Pero no siempre escribe sobre fantasmas. Su novela *Loups = Garous* es una historia de ciencia ficción, protagonizada por un adolescente, que ya tiene su propia película de animación. En *Dosukoi* (2000) y *Nakyoku* (2008), una serie de parodias de películas y libros famosos, muestra un humor sumamente soez. Finalmente, en *Una novela odiosa* (*Iyana Shōsetsu*) (2009) y *Deberías morirte* (*Shineba Inoni*) (2010) da rienda suelta al terror psicológico.

En esta ocasión, la editorial Quaterni ha elegido su ópera prima: *El verano de la ubume*. Este libro forma parte de la serie *Desfile nocturno de los cien monstruos*, compuesta por el momento de nueve novelas y cinco series derivadas (*spin-off*).

## **Novelas**

- *El verano de la ubume* (*Ubume no Natsu*, 1994)
- *La caja del mōryō* (*Mōryō no Hako*, 1995)
- *El sueño del kyōkotsu* (*Kyōkotsu no Yume*, 1995)
- *La jaula del tesso* (*Tesso no Ori*, 1996)

- *La razón de la jorōgumo (Jorōgumo no Kotowari, 1996)*
- *El banquete del nuribotoke: los preparativos de la fiesta (Nuribotoke no Utage, Utage no Shitaku, 1998)*
- *El banquete del nuribotoke: el final de la fiesta (Nuribotoke no Utage, Utage no Shimatsu, 1998)*
- *La lesión del onmoraki (Onmoraki no Kizu, 2003)*
- *Las lágrimas del jyami (Jyami no Shizuku, 2006)*

### **Series derivadas**

- *Desfile nocturno de los cien monstruos: Negativo (Hyakkiyakō: In, 1999)*
- *La bolsa de los cien monstruos tediosos: Lluvia (Hyakki Tsurezure Bukuro: Ame, 1999)*
- *Los cien monstruos del pasado en el presente: Nube (Konjaku Zoku Hyakki: Kumo, 2001)*
- *La bolsa de los cien monstruos tediosos: Viento (Hyakki Tsurezure Bukuro: Kaze, 2004)*
- *Desfile nocturno de los cien monstruos: Positivo (Hyakkiyakō: Yō, 2012)*

Como se ha mencionado anteriormente, la trama se desarrolla en Japón, en la década de los cincuenta, concretamente al final de la ocupación militar estadounidense. El personaje principal es Akihiko Chūzenji, un hombre con tres oficios: es el dueño de una librería de viejo llamada «Kyōgokudō», un sacerdote sintoísta y un chamán. Lo acompañan siempre tres amigos que lo ayudan a resolver los misterios: un joven escritor con depresión, un detective privado clarividente y un valiente agente de policía. En todos los casos, suele haber involucrado un monstruo que está acosando a una persona o a una familia. Suena tétrico y sobrenatural, pero como dice siempre Chūzenji, *Kyōgokudō*: «En este mundo no hay nada misterioso».

El Japón plasmado en *El verano de la ubume* es un país que ha logrado salir de la pesadilla de una guerra y que busca renacer bajo un sistema democrático, pero que sigue manteniendo las heridas del conflicto. Al mismo tiempo, es una sociedad que intenta dejar de ser una comunidad tradicional para convertirse en un sistema moderno. Es un Japón que ya no existe, pero sin el que no podríamos explicar el éxito de este país en la actualidad. En esta ocasión, el narrador es el escritor Tatsumi Sekiguchi pero, en obras

posteriores, los narradores son distintos. Es una obra extensa, muy entretenida e incluso educativa.

Antes de finalizar esta nota introductoria, quisiera explicar algunos asuntos técnicos sobre la traducción. Para realizar las transliteraciones de los nombres de los personajes y de los lugares, se ha usado el sistema Hepburn moderno, en concreto el *makron* para las vocales largas.

Para los nombres propios, en el caso de los personajes de la novela y de los personajes históricos posteriores al siglo XVII, se ha decidido invertir el orden japonés y se ha utilizado la forma castellana: aparece primero el nombre y luego el apellido. En el caso de los personajes anteriores al siglo XVII, se ha mantenido la forma tradicional japonesa (apellido-nombre) porque en algunos casos no se puede hacer una distinción tan clara. Respecto a los lugares geográficos, se ha mantenido el sonido japonés y el *pinyin* para las ubicaciones chinas. También se ha mantenido la transliteración en *pinyin* en algunos nombres chinos.

Para agilizar la lectura, no se han utilizado las medidas tradicionales que aparecen en el texto original, sino su equivalente en el sistema métrico internacional actual. Con respecto al sistema de periodización histórica, se ha respetado el uso del sistema japonés utilizado en el texto, con el añadido de la fecha según el calendario gregoriano. Las palabras que se han mantenido sin traducir o aquellas cuya traducción era imposible por no tener equivalente en español van acompañadas por una nota al pie, así como los personajes históricos que se citan en la trama. Asimismo, se ha añadido en las páginas finales una lista de consulta con los libros y textos que aparecen en la novela.

La traducción, así como la redacción, son responsabilidad del traductor. Se ha tratado de crear, en la medida de lo posible, una versión española de la original japonesa. Muchas de sus expresiones son políticamente incorrectas y despectivas.

Para finalizar me gustaría dar las gracias a Kyōgoku Natsuhiko, que amablemente me contestó algunas dudas y cuestiones técnicas sobre su obra. De igual manera, gracias a José Luis Ramírez y a Quaterni por permitirme traducir de nuevo a uno de los autores más interesantes del Japón contemporáneo.

Isami Romero  
Octubre de 2013



# 1

Subo una pendiente continua y pronunciada que resulta extenuante. Voy camino de la librería Kyōgokudō.

Los cálidos rayos del sol amenazan con poner fin a la temporada de lluvias y en este camino en cuesta no hay ningún árbol para resguardarse del sol. Hay una especie de muro de adobe de color café que sigue, y sigue. ¿Habrà una casa al otro lado? ¿O se tratarà de un templo, o de un lugar de retiro? No sé lo que será. A lo mejor se trata de un parque o de un jardín. Ahora que lo pienso, vallar un edificio tan grande debe ser muy complicado, así que seguramente sea un jardín o algo similar. La pendiente no tiene nombre.

No, miento. Debe tenerlo, pero la verdad es que yo no lo conozco. Subo esta cuesta una vez al mes. No es cierto: la subo dos o tres veces. Llevo ya dos años visitando esa librería. No sé cuántas veces he hecho este camino.

Sin embargo, lo más curioso es que mi recuerdo del paisaje urbano que hay desde mi casa a esta cuesta es borroso. No solo no sé cómo se llama la

pendiente, sino que también ignoro por completo el nombre y la dirección de lo que la rodea. Ni siquiera me interesa saber qué hay al otro lado de esta tapia.

Se ha nublado de repente, pero la temperatura no ha cambiado.

Justo cuando llego a la séptima demarcación de la pendiente, me quedo sin aliento.

Cuando por fin termino de subirla, la cuesta se bifurca en varios caminos secundarios. La tapia de adobe también se divide. Entre los caminos secundarios hay un bosquecillo de bambú y una hilera de casas viejas. Si sigues avanzando, aparecen unos ultramarinos y una ferretería. Y si continúas un poco más, terminas saliendo a una calle que pertenece a la zona comercial del barrio vecino.

Eso significa que la librería Kyōgokudō está ubicada entre dos barrios, ¿no? Está en el barrio contiguo al mío, aunque el código postal es distinto. A veces pienso que ningún cliente va a venir hasta aquí, que está demasiado lejos de todo, pero solo es una impresión mía: para los que viven en el barrio contiguo debe ser relativamente fácil llegar hasta aquí.

Kyōgokudō es una librería de viejo.

El librero es un antiguo amigo mío. Tiene libros que probablemente no se venderían en ningún otro sitio. ¿De verdad piensa ganar dinero con este negocio? Me lo pregunto a menudo. Nadie en su sano juicio le diría que su negocio está bien ubicado, ni siquiera por quedar bien con él. El librero dice que eso no le preocupa porque tiene muchos clientes habituales, pero para mí es algo inverosímil.

En la librería Kyōgokudō se venden manuales especializados, libros escritos en chino clásico y cosas del estilo. Son textos de segunda mano que otras librerías de viejo jamás comercializarían, pero aquí se venden como churros. Algunos de sus amigos, que se dedican al mismo negocio, le pasan todos los libros de este tipo que llegan a sus manos. Esto hace que la clientela que busca este tipo de material tenga que visitar con frecuencia este lugar, ya que es el único sitio donde se puede conseguir, y que la mayor parte de los clientes sean profesores universitarios e investigadores. Me ha contado que también vienen aficionados desde muy lejos. Todo esto me lo ha dicho el propio librero, así que no sé si será verdad.

De hecho, estoy convencido de que es más rentable para él su segundo oficio, aunque casi nunca habla de ello.

La librería está junto a un bar de soba<sup>[3]</sup>, rodeada por una triste arboleda

de bambúes. Más allá, hay un bosquecillo en el que se ubica un pequeño templo sintoísta. En teoría, el librero era el sacerdote de ese templo. Bueno, todavía lo sigue siendo. Se supone que en las fiestas de la localidad entona algunos rezos, pero yo nunca lo he visto hacerlo.

Miro de reojo un lienzo firmado por *Kyōgokudō*. Al parecer lo ha pintado el librero, aunque no sé si es una obra de arte o una porquería. Abro la puerta corredera y entro. Está leyendo un libro de tapa dura y estilo japonés con expresión melancólica, como siempre. Cualquiera diría que acaba de quedarse huérfano.

—Eh.

Lo que le he dicho parece cualquier cosa excepto un saludo. Me siento en la silla junto al mostrador. En ese mismo instante, veo la montaña de libros mal colocados que se apila alrededor de la silla.

Para qué ocultarlo; he venido a ver si ha traído algo nuevo.

—Tan inseguro como siempre. Si vas a saludarme, salúdame bien. Si vas sentarte, hazlo correctamente. Si vas a leer un libro, léelo. ¿No ves que me desconcentras? —me dice sin apartar los ojos del libro.

No hago caso a sus palabras y fijo la mirada en la portada de un libro polvoriento.

—Bueno, ¿has conseguido algo interesante?

—No hay nada bueno —me contesta al instante—. Por eso estoy leyendo esto. No sé... Que la temática te parezca divertida o no depende de tu criterio, pero recuerda que en este mundo no existe ningún libro aburrido. Todos son interesantes. Los que no he leído casi siempre me resultan atractivos, pero una vez que los leo tardo un poco en recuperar el interés por ellos. Así de fácil. Ahora que lo pienso, no solo son interesantes los libros que están aquí amontonados, sino también los que llevan años cogiendo polvo en los estantes. No te será difícil encontrar uno, así que decídete y compra algo. Te vendría bien aprender cosas nuevas, para variar.

Después del sermón que me acaba de soltar, el huraño librero levanta un poco la cara y me dedica una sonrisa.

Como siempre, eludo la conversación y evito responderle directamente.

—Solo leo las obras que me llegan al corazón. Si leyera con tanto entusiasmo como tú, cualquier cosa me parecería interesante, claro, pero no es eso lo que estoy buscando. En los libros, busco algo diferente; mi noción de la lectura es muy diferente de la tuya.

Me guste o no, una vez que ha sacado un tema, es imposible detener su

disertación, que muchas veces termina convirtiéndose en una paranoia. Aunque comience como una charla aburrida, la mayor parte de las veces deriva en algo exageradamente profundo que a su vez desemboca en teorías que involucran incluso el porvenir del Estado. No sé por qué, pero en el fondo me gusta escucharlo, así que siempre contesto tonterías como si buscara adrede desviar la conversación.

El librero, como siempre, me mira con sorna. A continuación me dice con ironía:

—Eres el lector menos apasionado que conozco. Todos los clientes que vienen aquí aman los libros. Tú, en cambio, aunque lees mil veces más que la media, lo haces sin pasión. Eres un personaje triste; vendes la mayor parte de los libros que lees.

Tiene razón: he revendido el ochenta por ciento de los libros que he comprado. Y este excéntrico amigo me ha sermoneado todas las veces, aunque en realidad no sé de qué se queja, ya que es él quien finalmente termina comprándomelos.

—Tu negocio funciona gracias a personas como yo, ¿no? Si nadie vendiera sus libros, los dueños de las librerías de segunda mano serían como pescaderos sin pescado. Todos los peces que tienes y que has colocado en estos estantes son libros de los que hemos querido deshacernos personas como yo.

—¿A quién se le ocurre comparar los libros con el pescado?

Después de decir lo anterior, Kyōgokudō duda un poco.

Habitualmente, cuando discutimos, el librero termina convenciéndome, así que me alegro de que mi inteligente amigo no haya sido capaz de rebatir lo que he dicho. Normalmente, cortarían la conversación aquí, pero como no quiero desperdiciar esta maravillosa oportunidad, sigo hablando.

—Sí, los libros y el pescado son lo mismo. De hecho, cuando lees un libro antes de ponerlo en el estante, es como si probaras el pescado antes de venderlo, y eso no está bien. ¿Qué deberíamos pensar de un librero que se pasa el día leyendo los libros que tiene a la venta? ¿Qué pasaría si algún cliente quisiera comprarlos?

—Caray, parece que no comprendes que la mercancía de las librerías de segunda mano es propiedad de los libreros. Las editoriales no me piden que tenga estos libros aquí, y tampoco los traigo porque algún cliente me los haya pedido. Todos los libros que hay en esta tienda los he comprado yo, así que nadie puede decirme nada si me los leo, o si decido usarlos de almohada. Los

clientes vienen aquí y me piden que les venda mis libros. Soy generoso y comprendo su deseo de poseerlos, así que se los vendo. Les estoy haciendo un favor. Además, deja que te diga que lo que estoy leyendo ahora no está a la venta.

Después de decir esto, parece satisfecho. A continuación, me enseña la portada del libro de tapa dura que ha estado leyendo.

Es una obra del pintor Sekien Toriyama<sup>[4]</sup> titulada *La bolsa ilustrada de los cien demonios al azar*, que fue publicada en el periodo Edo. Tiene razón, no es una mercancía, sino uno de los libros de su colección. Pero ha sido casualidad que el libro que está leyendo sea de su propiedad; eso no quiere decir que no haya leído casi todos los libros que tiene a la venta. No es que eso sea algo malo, pero siempre se lo restriego.

Creo que, si su negocio no ha prosperado, es debido al poco interés que tiene por el dinero. Lo que ha ocurrido no hace más que confirmar mi opinión. Desde mi punto de vista, solo vende los libros que él quiere leer. Sin embargo, como tiene un gusto estúpidamente arbitrario, tiene variedad suficiente para responder a la demanda del mercado. Eso es lo único que explica la supervivencia de su negocio.

Kyōgokudō parece estar de buen humor.

—Bueno, pasa —me dice. Por fin me ha dado permiso para entrar en la habitación—. Mi mujer no está, así que no te puedo ofrecer café. Aunque, bueno, no sé por qué me preocupo, ya que tienes tan mal paladar que no sabrías distinguir un café de un té inglés. Tendrás que conformarte con este té, aunque lo he recalentado ya varias veces.

La tetera está sobre una mesita lacada de estilo Tsugaru. Al parecer lleva ahí desde mucho antes de que yo llegara. Kyōgokudō se ha mostrado tan maleducado conmigo como siempre.

—¿Qué estás diciendo? Aunque no te lo creas, soy un experto distinguiendo el café por su aroma.

—¡Ja! Ahora me sales con un chiste. No me hagas reír. El otro día, cuando pediste un colombiano en la cafetería, la camarera se equivocó y te trajo un café moca, y no te diste ni cuenta. Luego me dijiste que en realidad habías pedido un moca y me intentaste dar una cátedra sobre café. Entiendo que quieras presumir porque no eres más que un escritorzuelo, pero eso está más allá de tus capacidades. De hecho, quien pasa un mal rato escuchando tus tonterías soy yo. ¡Qué vergüenza!

Mientras Kyōgokudō remarca con malicia lo anterior, me ofrece el té que

ya ha recalentado varias veces. No era broma.

He sudado mucho subiendo la cuesta así que, aunque este té es malísimo, me sabe muy bien.

Todas las paredes de este cuarto de diez tatamis están llenas de estanterías, como en cualquier otra librería, pero si tenemos en cuenta que esta es la alcoba del dueño, no deja de ser impresionante. Su cónyuge no deja de quejarse de la situación, y lo cierto es que yo la comprendo. Sin embargo, no es que los libros estén invadiendo su hogar. Al contrario: según me contó el librero, su colección privada se ha expandido hasta su negocio, lo que ha provocado que empiece a venderla también. Esa es la realidad.

Cuando vengo, la librería suele cerrar. Hay veces que nos quedamos hablando tanto rato que se nos olvida cenar.

Yo antes tenía trabajo. Aunque mi sueldo era modesto, la universidad me pagaba para que investigara sobre un tipo de moho mucilaginoso. Sin embargo, como no me alcanzaba para vivir, ahora me gano la vida escribiendo artículos sobre distintos temas. Lo bueno de este trabajo es que puedo administrar mi tiempo como yo quiera. Puedo estar como esta tarde, malgastando el tiempo sin la menor preocupación, excepto los días previos a las fechas de entrega. Sin embargo, el caso de Kyōgokudō es distinto: él vive de atender a su clientela. Al principio creía que mi presencia era una molestia pero, como no parece tener la más mínima intención de potenciar su negocio, he dejado de preocuparme.

No obstante, aunque pase conmigo estos ratos de pereza, el amigo que tengo delante no muestra interés alguno por las cosas que escribo. A mí me gustaría dedicarme a la literatura, pero en realidad escribo artículos sin firma para algunas revistas juveniles de ciencia y aventuras. También escribo para indecentes revistas de adultos; si no lo hiciera, no podría mantenerme. Por eso, cuando me dice que soy un escritorzuelo, no sé qué contestarle.

—Bueno, mi querido Sekiguchi, ¿qué historia me traes hoy? —me dice el librero mientras se lleva un cigarrillo a la boca.

Conocí a Kyōgokudō durante mi época de estudiante, hace quince o dieciséis años. Cuando estábamos en el colegio él era un chico de aspecto enfermizo, tanto que parecía padecer alguna enfermedad respiratoria; tenía mala cara las veinticuatro horas, y siempre estaba leyendo libros complicados.

En esa época, yo estaba un poco depresivo: no era capaz de adaptarme a las dificultades, no sabía relacionarme con las mujeres y prefería estar solo, pero parecía caerle bien a aquel chico.

Sin embargo, él era totalmente diferente a mí.

Yo era un tipo callado y melancólico, pero él era muy extrovertido y tenía un círculo de amistades bastante amplio. Debido a eso, tuve que empezar a relacionarme con personas de las que en otras circunstancias me habría mantenido apartado. Fue muy embarazoso para mí.

Aunque era normal que un chico depresivo como yo sintiera aversión a ese tipo de situaciones, me parecía totalmente incomprensible que a él tampoco le gustaran. De hecho, era él quien me llevaba a esos sitios. Si no le gustaba ir, podría haberlo evitado, pero mi extraño amigo participaba en estas reuniones a pesar de considerar a sus participantes idiotas o estúpidos. Cada vez que iba, se ponía furioso.

Ahora que lo pienso, creo que, en aquella época, Kyōgokudō disfrutaba enfadándose. Sea como fuere, su ritmo de vida terminó arrastrándome y, sin darme cuenta, mi depresión desapareció. Mis vaivenes emocionales se terminaron. Este tipo de dinámica tuvo un efecto positivo para un depresivo enfermizo como yo, que solía encerrarme en mí mismo.

Cabe señalar que mi amigo tenía un conocimiento inusual sobre cosas totalmente ajenas a la vida cotidiana.

En particular, sabía mucho sobre las religiones de todos los rincones del mundo, desde el cristianismo, el islamismo, el confucianismo o el taoísmo hasta el *onmyōdō*[5] y el *shugendō*[6]. También sabía muchas cosas sobre las costumbres, tradiciones orales y leyendas, y ese amplio conocimiento llamaba poderosamente mi atención. Para Kyōgokudō, por otra parte, yo era un espécimen interesante porque en aquella época estaba yendo a terapia para curar mi depresión, y él estaba interesadísimo en la psiquiatría y la psicología.

Por este motivo, nuestras conversaciones eran muy intensas. El contenido de nuestras discusiones era diametralmente opuesto al del resto de estudiantes de esa época, o eso era lo que yo creía; discutíamos con la misma intensidad sobre política que sobre la crianza del carpín dorado o sobre lo simpáticas que eran las dependientas de las confiterías. Pero ahora eso son historias del pasado, de la época de nuestra juventud.

Desde entonces, ha pasado una década.

Hace dos años me casé y, debido a eso, abandoné la investigación sobre el moho mucilaginoso en la que había estado inmerso desde que salí de la universidad. Decidí concentrarme en la escritura de mis modestos artículos y me mudé al lugar donde vivo ahora. Hace también dos años que Kyōgokudō dejó su trabajo de profesor de bachillerato. Al principio, pensé que se

dedicaría al mantenimiento del templo sintoísta, pero reformó su casa para abrir la librería de segunda mano.

Desde entonces, cuando no me siento inspirado o cuando pasa algo interesante, visito este sitio para charlar de tonterías, tal como hacía en mi época de estudiante. Suena pedante, pero creo que esto también es una parte importante del trabajo de un escritor. Sin embargo, es posible que recordar mis días de estudiante no sea más que una forma de escapar de mi precaria vida. El delgadísimo Kyōgokudō se casó al terminar la universidad y engordó un poco, pero su rostro enfermizo y malhumorado sigue siendo el mismo: no ha cambiado nada.

—¿Crees que es posible que una mujer esté embarazada durante veinte meses? —le pregunto lentamente.

*Tan. Tan.* Desde algún lugar llega el sonido de un tambor.

Seguramente están practicando para los festivales de verano.

Kyōgokudō no parece impresionado ni interesado. Expulsa lentamente el humo de su cigarrillo.

—¿Has venido hasta aquí para preguntarme eso? Yo no soy comadrona, ni ginecólogo. ¿Cómo voy a saber yo la respuesta a algo que ni siquiera uno de ellos te podría contestar?

—Bueno... Ante este tipo de sucesos no existen respuestas. Supongamos que existe una mujer que lleva veinte meses embarazada y cuyo vientre es más o menos el doble que el de una embarazada normal. Y añade a eso que el niño no muestra indicios de querer salir. En caso de que fuera cierto, ¿no creerías que es algo anormal? ¿No te parecería misterioso?

—Que te quede claro, Sekiguchi: en este mundo no hay nada misterioso —me dice.

Esta frase es una muletilla que siempre usa.

No, más bien es su lema.

Si analizáramos la frase, podríamos interpretarla como un paradigma del racionalismo moderno, pero al parecer no se refiere exactamente a eso.

Le da una última calada a su cigarrillo, que se ha vuelto diminuto, y, después de hacer una mueca como si le hubiera sabido mal, continúa hablando:

—Primero: en este mundo solo existe lo que debe existir y solo ocurren las cosas que deben ocurrir. Cometemos el error de pensar que podemos comprender todo lo que hay en el universo, pese a que nuestro conocimiento o experiencia es ínfimo; por eso, cuando nos topamos con un suceso que supera



por completo nuestro conocimiento o nuestra experiencia, todos decimos a coro que es un misterio o armamos un alboroto porque es extraño. ¿Cómo van a entender lo que ocurre en este mundo aquellos que ni siquiera se han cuestionado el origen de su linaje?

—¿Te estás refiriendo a mí? Tienes razón, yo no comprendo todo lo que ocurre en el mundo, pero soy consciente de ello. Y como no lo entiendo, creo que es misterioso.

—No me estaba refiriendo a ti en concreto —me dice despreocupadamente, y se acerca a una especie de jarrón que hay junto al cenicero—. Estaba generalizando.

—Da igual —le contesto, enfurruñado—. Lo que dices es verdad: lo que puedo abstraer de la realidad que me rodea está restringido por mi capacidad. Por eso he venido hasta aquí, para escuchar tu explicación.

—Eso suena como si yo fuera un entendido en asuntos sobrenaturales. Te advierto que en realidad soy más prudente que tú, aunque me pones en un brete, ya que es importante tener sentido común y un poco de cultura. No obstante, eso solo sirve de algo cuando se trata de un espacio restringido, y por eso es arrogante pensar que se lo puedes aplicar universalmente a todo.

—Ya, leñe. Entonces, ¿qué es lo que no te ha gustado?

Al parecer, a Kyōgokudō le ha disgustado parte de lo que he dicho. Si eso es cierto, será imposible seguir charlando sobre este tema. Si un tema le interesa, aunque sean unas sandalias colocadas junto al baño, puede estar todo el santo día hablando de ello; pero cuando ocurre lo contrario tiene la costumbre de cambiar abruptamente de tema. Pero no importa: aunque ese sea el caso tengo curiosidad por saber en qué va a desembocar este tema.

—Bueno, veamos. En el hipotético caso de que existiera una embarazada con esos síntomas tan inusuales, lo normal sería que fuera al médico. Debido a lo extraño del caso, probablemente saldría a la luz pública y tanto tú como yo nos habríamos enterado, ¿no crees? Desafortunadamente, yo no sé nada al respecto, así que lo más seguro es que haya sido el médico que la está tratando quien te ha filtrado la información. Esto es difícil de creer, porque ningún médico que esté en sus cabales daría esos datos a un desconocido, y menos aún a uno que no tiene ni idea de medicina. Además, ¿por qué iba a contártelo? Así que lo más seguro es que tu fuente de información no sea el médico. —Kyōgokudō hace una pausa y me mira con una ceja levantada—. Entonces probablemente haya sido la embarazada, o alguno de sus familiares, quien te lo ha contado. En ese caso, debería haber una razón que les impidiera acudir a

un médico, o quizá es que no tienen confianza en el doctor que la está tratando. Podemos pensar cualquier razón pero, sea lo que sea, no es algo que deba consultarse con un escritor no especializado. Tampoco es creíble que te lo hayan confiado como un secreto. Por lo tanto, este debe ser un suceso que no solo conoces tú, sino un número indeterminado de personas. Así todo tendría sentido.

»Está claro que debe tratarse de un rumor. Además es un chisme que no tiene base científica o médica, uno que simplemente ha pasado de boca en boca. Es posible que las personas que conocen el rumor, incluido tú mismo, hayáis escuchado el final de una leyenda o de un relato de fantasmas escrito por un novelista de tercera. La gente disfruta teorizando sobre las causas y efectos de este tipo de maldiciones; es más, son muchos los idiotas que intentan usar la ciencia para explicar este tipo de tonterías. No en vano existe una llamada «ciencia de lo paranormal». Pero, bueno, eso no importa. ¿Me has traído esta historia para que te desmonte el rumor a golpe de lógica? Imagino que piensas usarlo para escribir uno de los macabros artículos que publicas en las revistas para adultos. Si este era tu objetivo, no te vas a salir con la tuya.

Para terminar, Kyōgokudō toma aire y se bebe de un trago su té frío.

—¡Qué cosas tan desagradables me dices!

Me gustaría contestarle, pero tengo que admitir que todo lo que me ha dicho es verdad en parte. Desisto y no lo contradigo.

—Sabes cuánto odio ese tipo de conjeturas ociosas y, aun así, tratas de utilizarme. Cuando nuestras charlas pasan por tu pluma, siempre se convierten en historias de fantasmas.

—Oye, pero a ti te gustan ese tipo de historias.

—Nadie ha dicho que no me gusten. Las historias de fantasmas, si están bien escritas, me encantan. De hecho, estos relatos son indispensables para comprender el pasado de las personas, su cultura y su vida espiritual. Empero, creo que perdimos la esencia de las cosas hace mucho tiempo. Las leyendas sobre monstruos que se contaban en las aldeas montañosas durante el periodo Edo y las que se cuentan en las urbes modernas son totalmente diferentes. Para los individuos de ahora, el misterio no es más que algo sin explicación. No lo comprenden y, en lugar de admitirlo sin más, le buscan una explicación idiota. Eso lo ha estropeado todo. Culpar a los fantasmas de cualquier problema es un gran error. Esto es justamente lo que odio, este tipo de suposiciones tontas.

—Sin embargo, tú te dedicas a algo similar: eres exorcista. Y me han dicho que te va muy bien.

Kyōgokudō es un *kitōshi*, un chamán que expulsa a los espíritus del cuerpo de los poseídos y que exorciza a los seres malignos. Puede que esto forme parte de su labor como sacerdote, pero no tiene nada que ver con el sintoísmo. Para ahuyentar a los espíritus malignos recurre a técnicas de una secta religiosa diferente, algo muy excéntrico. Dicen que sus conjuros son sumamente efectivos, pero él no suele hablar nunca de ello.

Hay un momento de silencio, aunque no parece molesto, sino asombrado. Empiezo a impacientarme: quiero saber lo que piensa al respecto. Hacía mucho tiempo que quería que me hablara de ese extraño oficio suyo. Merecerá la pena enfadarlo si así consigo que hable.

Continúo intentando provocarle.

—No te hagas el tonto. Sé que ahuyentas a los zorros y a los espíritus de los niños muertos que se aferran a la gente. Me parece que no estás en posición de burlarte de los fantasmas y espectros.

Por su expresión, como me temía, parece molesto. Cuando se trata de hacer muecas de enfado, mi amigo es el mejor del mundo.

—La religión, Sekiguchi, a diferencia de lo que ocurre en los malísimos relatos que escribes, es algo totalmente lógico. Solo se convierte en algo misterioso si sacas de contexto las partes más singulares, como los milagros o las apariciones. El hombre moderno rechaza la religión porque lo que más destaca de ella es su porción más incompatible con las ciencias naturales. Pero no es cierto que todo lo irracional sea inventado, o que solo sea una metáfora que encierra una enseñanza moral. Hay algunos que no son más que humo, pero otros muchos ejemplos son reales.

—La verdad es que no te entiendo. ¿Qué diantres quieres decir con eso? No has respondido a mi pregunta.

—Bueno, escúchame —me interrumpe—. ¿Qué ganas dejándote llevar por la fantasía, o afirmando que algo es mentira? ¿Qué obtienes concluyendo que los misterios no son más que parábolas? Eso no niega la existencia de las religiones en el mundo, ¿verdad? No es más que un modo en el que los ateos se burlan de los creyentes. Y los creyentes, por su parte, desdeñan a los que no creen. Los religiosos y los científicos están siempre discutiendo. Una parte cree en lo que no ve, y la otra considera que si no puede verlo, no existe.

—Lo mires por donde lo mires, tu disertación es demasiado abstracta. Por lo que he entendido, me estás diciendo que lo que antes se consideraba incomprendible fue esclarecido por la ciencia, y que esta utiliza su conocimiento para curar a los poseídos o eliminar las maldiciones. ¿Estoy en

lo correcto? Eres igual que esos científicos sobrenaturales a los que llamas idiotas: es casi imposible entenderte.

—No es cierto. La ciencia tiene que ser universal. Los resultados de dos experimentos efectuados bajo las mismas condiciones tienen que ser iguales. Sin embargo, en el caso del pensamiento, del espíritu, de la mente, o incluso de los dioses, no pueden usarse los mismos baremos. Aunque pertenezcan a la misma religión, dos personas distintas arrojarán resultados distintos. Por eso es un área de la que la ciencia no puede ocuparse. Si no han podido descubrir cómo funciona el cerebro, es imposible que entiendan los entresijos de la mente o el espíritu. Lo único que la ciencia no puede explicar es lo sobrenatural, y por eso «ciencia de lo paranormal» es una contradicción total.

—¿Pero no dices que existe un puente entre la ciencia y la religión?

—Exacto, un puente que permite que los científicos vean fantasmas a plena luz del día, y que los religiosos hagan desaparecer a los espectros sin necesidad de usar conjuros. Lo que quiero decir es que la clave de todo está en el cerebro.

No entiendo lo que me está diciendo.

—¿Hay alguna diferencia entre lo que acabas de decir y afirmar que los fantasmas no existen?

—Por supuesto que la hay. Los fantasmas existen; podemos verlos, tocarlos y escuchar sus voces. Empero, no existen. Y por eso no podemos usar la ciencia para estudiarlos. Pero es erróneo decir que, como no podemos estudiarlos, no son más que ilusiones. Porque en realidad sí existen.

Estoy completamente confundido. Kyōgokudō, mientras acaricia el borde del jarrón, me mira como un padre cuyo hijo no deja de hacer tonterías.

—Esa es la razón por la que tus artículos perjudican mi labor. En tus escritos afirmas pretenciosamente y con alevosía que los fantasmas y premoniciones existen, ¿no? Escribes de cosas que la ciencia no puede descifrar, pero aseguras que no hay duda de que lo hará en el futuro. Sin embargo, a continuación afirmas que en este mundo existen cosas horribles que la ciencia no puede explicar. Escribes desde ambos lados de la moneda. Como es imposible explicarlo científicamente, los escépticos niegan su existencia y los pregoneros del misticismo se forran vendiendo amuletos y leyendo el futuro. —Hace una mueca de enfado y concluye—. La ciencia de lo paranormal va a terminar afirmando que algunos gatos pueden poner huevos. Sus metáforas siempre son extrañas.

—Vale, no me ha quedado totalmente claro, pero entiendo algunos de tus

puntos. Sin embargo, de acuerdo con tu lógica, ¿dónde queda la psicología y la psiquiatría? Como sabes, las he estudiado superficialmente. —Saco un cigarrillo y unas cerillas del bolsillo de mi pecho. Al encender el fuego percibo durante un instante el olor a fósforo quemado. Me encanta ese aroma —. Si la mente no puede ser estudiada, la psicología es una tomadura de pelo, ¿no?

—El funcionamiento de los nervios es igual en todos los casos. La ciencia que se ocupa de las enfermedades de los nervios es la neurología, ¿no? Tener una enfermedad de los nervios es como tener hemorroides. Los nervios están conectados con el cerebro. Hay una respuesta en torno a su funcionamiento. Aunque no se ha avanzado mucho, en el futuro, las enfermedades nerviosas se podrán tratar con la misma facilidad que unas hemorroides.

—¿Unas hemorroides? No creas que es algo fácil de curar. —No estropees la conversación diciendo bobadas —me dice, riéndose.

—No es ninguna bobada. Lo que quiero decir es que es un error pensar que el cerebro y los nervios son lo mismo que la mente y el espíritu. El famoso doctor Inoue[7], por confundir justamente eso, le echó toda la culpa a los nervios y al final terminó negando por completo a los fantasmas que tanto le interesaban.

El doctor Inoue fue un filósofo de la era Meiji. Su nombre completo era Enryō Inoue.

—Eso fue penoso —asiente Kyōgokudō.

—Pero hay casos en los que un problema nervioso provoca visiones fantasmagóricas, ¿no? A pesar de vivir en la era Meiji, Enryō Inoue fue un tipo sumamente progresista. No deberías ser tan duro con él.

—No lo he insultado: solo he dicho que fue penoso. Además, como tú mismo has dicho, hay una estrecha relación entre la mente y el cerebro. Pero eso no significa que sean lo mismo.

Kyōgokudō hace una pausa. Parece satisfecho. Sus cambios de ánimo serían incomprensibles para alguien que no tuviera una estrecha relación con él, pero, después de nuestros largos años de amistad, he conseguido aprender a leer su rostro.

—Aunque la mente y el cerebro están conectados, en realidad no lo están. Es como hacer negocios con la mafia *yakuza*. Si una de las partes pierde el control, la situación se complica. Pero, si ambas quedan satisfechas, todo va como la seda. Existen momentos en los que el cerebro y los nervios no pueden

volver a la normalidad después de un conflicto. En ese tipo de situaciones, la religión surte efecto. Es decir, la religión es un sofisma que se produce cuando el cerebro intenta dominar la mente.

—La última parte no me queda clara. No obstante, por ahora he entendido que la neurología sí es efectiva.

Temía que me dijera que es una ciencia sin importancia, pero no lo hace. Es un alivio.

—Pero ¿qué me dices de la psicología?

—Es una categoría de la literatura. Solo es efectiva con las personas que comparten las mismas emociones. Es la literatura creada por la ciencia —me dice, y sonrío—. Es interesante comparar la psicología con el folclore. Teóricamente, la psicología toma muestras de cada uno de los pacientes y a partir de ahí establece sus leyes, ¿no? El folclore, por su parte, toma las muestras comunes de los pueblos o de las comunidades para emprender la construcción de leyes. Al final, sin embargo, ambas son restauradas por los individuos. Son literarias. Los textos académicos del viejo Yanagita<sup>[8]</sup>, por ejemplo, son obras literarias cuya excelente prosa hace que no parezcan textos académicos. Deberíamos pedir que se reescribieran los textos de psicología para venderlos como literatura. Es una excelente idea; podrías ocuparte tú de ello.

Cuando termina su disertación, sonrío.

Mi intención había sido enfurecerlo, pero parece que he conseguido lo contrario.

—Por cierto, Sekiguchi. Si la memoria no me falla, cuando eras joven, estabas bastante entusiasmado con los escritos del profesor Sigmund, ¿verdad?

El tal Sigmund es Freud. Cuando me diagnosticaron depresión clínica, me topé con ese científico hereje y leí su obra con gran interés. En aquella época, nadie conocía su nombre, pero parece que ahora es bastante famoso.

Ahora que lo pienso, la opinión de Kyōgokudō sobre Freud en aquella época no era muy buena. Aunque esa no fuera la causa, yo mismo terminé interesándome más por uno de sus discípulos, Jung. Ahora ya no leo a ninguno de ellos.

—Bueno, tengo que alabarte el gusto. La idea del subconsciente del profesor Sigmund fue una genialidad.

—Bueno, no es que yo sea seguidor de Freud —trato de defenderme—. Sin embargo, lo que antes has llamado mente y que en psicología se denomina consciencia es totalmente distinto del subconsciente.

—La consciencia es importante. Leer novelas aburridas, observar esta urna, ver algún inexistente fantasma... Todo eso es posible porque existe la consciencia.

—Otra vez estás diciendo cosas incomprensibles. Antes me has dicho que la mente y el cerebro eran cosas distintas. ¿Ahora dices que la consciencia es un elemento independiente?

—El mundo puede dividirse en dos.

—¿Qué diantres estás diciendo?

Cuando Kyōgokudō se anima demasiado, parece uno de esos gurús de las nuevas religiones. Es muy embarazoso verlo hablar en público.

—Mira, existe un mundo en nuestro interior y otro en el exterior, que es donde estamos ahora. El mundo del exterior se rige por las leyes físicas de la naturaleza, pero el mundo interior las desconoce por completo. Para vivir, los humanos tenemos que lidiar con estos dos mundos. Mientras estamos vivos recibimos constantemente información del exterior a través de nuestros ojos y oídos, de nuestras manos y pies. El cerebro ordena este tráfico de información, lo procesa y lo resume de manera sencilla.

»Por otro lado, en el mundo del interior ocurren cosas que solo pueden acontecer ahí y que, por tanto, se tienen que solucionar ahí también. Como en el mundo interior no existe la lógica, esto resulta complicado, y el encargado de solucionarlo también es el cerebro. Esto no le gusta, porque le exige adentrarse en los terrenos de la mente, pero no tiene más remedio que hacerlo. El lugar donde el cerebro y la mente tienen que lidiar es precisamente la consciencia. La representante del mundo del interior, la mente, tiene que negociar con el cerebro y, de este modo, la consciencia conecta con el mundo del exterior. Lo que sucede en el exterior es captado por el cerebro y pasa a formar parte de la consciencia, y por tanto del mundo interior. La consciencia es como la isla artificial que unía a Japón con el exterior cuando nuestro país cerró completamente sus puertas a los extranjeros durante el shogunato Tokugawa.

—No comparto esa última analogía, pero *grosso modo* me ha quedado claro. El otro día, escuché una acalorada discusión en casa de un profesor universitario que conozco. Él decía que la consciencia es una función del cerebro y los nervios; bueno, para ser más exacto, que es un área de la mente. Pero admito que tu teoría me convence más.

Me doy cuenta de que apenas he fumado; mi cigarrillo se ha convertido en ceniza sobre el cenicero. Saco otro y lo enciendo.

—Bueno... Eso de que es una teoría, es una teoría.

Mientras dice esto, influenciado por mis movimientos, él también se enciende un cigarrillo. No hay duda de que hoy está de buen humor, porque está siendo sincero.

Me apetece contraatacar un poco.

—De acuerdo con tu teoría, ¿cómo podemos interpretar el subconsciente? Me contesta casi antes de que termine mi pregunta.

—El cerebro está formado por capas. Es como un *manjū*[\[9\]](#) con muchas capas superpuestas. Cuanto más abajo están, más antiguas son. La parte de la judía dulce es la más antigua. Es nuestro cerebro animal, el que se ocupa de los instintos. Existe la idea de que el instinto se establece al nacer, pero es más coherente pensar que lo heredamos de nuestros padres en la etapa fetal, es decir, que es un recuerdo aprendido. Los fetos tienen cerebro. Sueñan. De alguna manera obtienen del cerebro de su madre el conocimiento mínimo para sobrevivir. Los animales viven toda su vida con este cerebro primitivo que también procesa la información procedente del mundo exterior. Esto significa que los animales también tienen una mente que debe lidiar con el cerebro, que también poseen un ego. En este punto no son diferentes a nosotros; lo que realmente los diferencia de los humanos es la falta de palabra. Por eso, aunque existe un punto de encuentro entre la mente y el cerebro, su consciencia no es tan lúcida como en el caso de los humanos. Tampoco tienen noción del pasado o del futuro: para ellos solo existe el presente. Este tipo de cerebro, que es como la judía dulce de un *manjū*, existe también dentro de los humanos.

—Entiendo. El intercambio entre el cerebro primitivo y la mente es el subconsciente, ¿verdad? No se puede abstraer lúcidamente, pero eso explica por qué siempre está presente.

—Y por eso las bestias son felices. —Se acerca lentamente a la ventana. Bajo los fuertes rayos del sol de poniente, hay un gato durmiendo profundamente—. Últimamente se pasa todo el día dormido. Probablemente, pensarás que se trata de un espécimen japonés, pero en realidad no lo es. Es un gato continental que fue capturado en los montes de Jinhua[\[10\]](#). Como siempre había escuchado que los gatos de esa parte de China se convierten en monstruos, hice lo imposible por tener uno y, míralo, se pasa el día tumbado. ¡Qué aburrido!

No le importa salirse de la conversación para contarme algo absurdo que normalmente es mentira, así que no sé si la historia del gato será verdad. Pero, aunque sé que son fanfarronadas tuyas, siempre le sigo la corriente.



—Si tanto deseabas un *bakeneko*[\[11\]](#) deberías haber escogido uno de Nabeshima.

—Estoy de acuerdo —me dice, y se ríe.

Justo entonces, entiendo cuál era su intención.

Kyōgokudō no quería hablar sobre su profesión.

Había descubierto mi trampa desde el principio y había cambiado poco a poco el tema de conversación.

Yo no me di cuenta y, como le seguí la corriente, nuestra conversación se desvió. Con razón estaba de tan buen humor. Al final no he conseguido sacarle nada sobre su oficio pero, como hoy me siento animado, decido volver al tema.

—Tus argumentos me han quedado más o menos claros. Aprovechando que lo has sacado a colación, ¿qué diantres tiene esto que ver con tu oficio?

—¿Qué tiene que ver? ¿De qué estás hablando?

—Estábamos charlando sobre tu labor como sacerdote, no te hagas el tonto.

—¿Qué estás diciendo? El origen de esta conversación fue la historia de la embarazada.

Tiene toda la razón. Ahora parece molesto. Me fumo el cigarrillo con expresión inocente.

—Bueno, sí, pero después has empezado con los fantasmas... Que dices que existen, pero que no existen. ¿Podrías explicármelo sin tanta complicación?

Siempre que pasa algo así, tengo la mala costumbre de hacer preguntas confusas, como si algo me pesara en la conciencia. Mi amigo se ha animado un poco al verme tan turbado, pero sigue con cara de malas pulgas.

—¿Cómo? ¿No se suponía que lo habías entendido? —me pregunta, mortificado.

—Claro que lo he entendido. La relación que hay entre el cerebro, la mente y la conciencia.

—Entonces te ha debido quedar claro, ¿no? Lo que ahora estás viendo y oyendo, tu sentido del tacto y del olfato, no son más que productos ofrecidos por un mayorista llamado cerebro. Y es un monopolista.

—Eso me ha quedado claro.

—Entonces, dime, ¿cómo evalúas esos productos? Por ejemplo, ¿cómo sabes que yo soy el dueño de la librería Kyōgokudō?

—Lo sé porque te conozco.

—O sea, que lo que haces es compararlo con lo que tienes en tu memoria.

—Bueno, con lo que tengo en la memoria y lo que obtengo a través de la experiencia.

—La experiencia es parte de la memoria. Si perdieras esos recuerdos no podrías comprender en su totalidad aquello que te rodea. Si se te olvidara cómo caminar no podrías mover una sola pierna.

—En eso tienes razón.

—La ciencia aún no ha descifrado cómo se almacenan los recuerdos —continúa, con tono desafiante.

—Creo que eso no es cierto —le digo, o al menos eso es lo que me dicta el sentido común—. La memoria está en el cerebro, ¿no? ¿No es ese órgano el almacén de los recuerdos?

Creo que no existe otra explicación. Kyōgokudō se rasca la barbilla.

—Eso no es necesariamente cierto, pero está claro que el cerebro actúa como una especie de aduana. Captamos la información proveniente del exterior a través de los ojos y los oídos, y la aduana llamada cerebro realiza una inspección. Solo permite pasar a aquello que le convence; lo único que llega hasta la consciencia es aquello que pasa su inspección.

—¿Y qué pasa con todo lo que no lo logra?

—Que no llega a pisar el escenario de la consciencia y es almacenado en las arcas de la memoria. Sin embargo, en el momento de la inspección, es la propia memoria lo que se toma como criterio de examinación; el cerebro solo saca lo que necesita para verificar la mercancía. Y, cuando termina, guarda en la memoria tanto lo nuevo como lo viejo.

—Tiene sentido. Esta metáfora sí la comprendo bien.

—Pero hay un detalle más. ¿Crees que esta aduana es completamente impecable? ¿Que no tolera tejemanejes, o que no permite la importación de imitaciones baratas? ¿Estás totalmente seguro de que puede distinguir lo que es falso de lo que no?

—No, no creo que pueda. Pero ¿por qué tendría que recurrir a ese tipo de tretas? No obtendría ningún provecho de ello.

—Por supuesto que hay un beneficio —me contesta—. Créeme.

—¿Cuál?

—Aunque no sea exactamente un beneficio, es posible que el cerebro lleve a cabo una mala gestión. Supongamos un caso en el que no es posible emprender una examinación rigurosa porque no hay ninguna buena muestra comparativa en las arcas de la memoria. Si la diferencia es mínima podría

arreglarse, pero ¿y si no consigue encontrar lo que necesita en el inventario de recuerdos? Eso podría originar un problema de credibilidad. Recuerda que los clientes confían plenamente en él. Como he dicho antes, si el arca de la memoria se vaciara o la clientela perdiera la confianza en ella, el individuo no podría sobrevivir ni un minuto. Por eso no se le debe defraudar: aunque sea con mentiras, lo importante es mantener tranquilo al cliente. Y otra cosa más. ¿Qué pasa cuando el cliente no está satisfecho con el producto adquirido? A veces los clientes son exigentes. Para satisfacerlos hay que engañarlos ofreciéndoles algo del arca como si se tratara de un nuevo producto, ya que son incapaces de distinguir si algo es nuevo o no lo es. Pero entonces habrá algo que no cuadre: habrán vendido un producto que no habían adquirido. Se produce una discordancia en el libro de cuentas.

—Dime, ¿qué suelen exigir los clientes?

—Supongamos, por ejemplo, que un cliente quiere reencontrarse con una persona muerta.

—Así es. —Ahora lo comprendo—. Eso son los fantasmas, ¿no?

—Bueno, no es tan sencillo, pero más o menos se trata de eso. En la mente de esa persona existen, ya que desde el mundo interior no es posible discernir la realidad. Dicho de un modo altisonante: se trata de una realidad virtual, aunque para esa persona concreta es una realidad que existe y que es examinada por su cerebro. Nadie puede ver o escuchar la verdadera realidad. Solo captamos la información sesgada que elige el cerebro

—Pero, si eso ocurriera, ¿no ocasionaría una mayor confusión? Además, no es tan fácil... No creo que la mente pueda ver o escuchar esa realidad virtual solo con desearlo, ¿no? En mi caso, nunca he tenido el gusto.

—No es algo que se pueda ver por el simple hecho de desearlo. Justo cuando alguien quiere ver algo, se convierte en un sentimiento consciente, en algo que el cerebro ya ha reconocido. Entonces buscaría un modo sencillo de solucionarlo. Si sacara de las arcas de la memoria la prueba de que eso no es posible, no tendría que recurrir a la mentira, ¿no?

—Entonces, ¿para ver algo es necesario desearlo subconscientemente?

—Claro. Así, tras mentir, el cerebro comienza a enmendar la incongruencia que ha introducido en el libro de cuentas. Pero es orgulloso y se mueve por parámetros que están regidos por las ciencias naturales. De este modo, nacieron los monstruos y fantasmas en este mundo, así como la autojustificación llamada religión.

—Lo entiendo, creo que me ha quedado claro. Entonces, la religión es

una especie de intermediario que corrige las relaciones existentes entre el cerebro y la mente, ¿verdad?

—Vaya, tú también usas buenas metáforas. A veces, el cerebro se confunde y no logra captar las cosas. En estos casos, ese intermediario resulta sumamente eficaz. El cerebro genera una droga durante los conflictos que puede usar para solventar esta confusión; funcionaba bien cuando éramos animales, pero tras la evolución ya no resulta tan fácil.

—¿Genera una droga?

—Sí, por supuesto. Cuando nos sentimos bien, saludables, estamos bajo los efectos de esa droga. Normalmente buscamos placer con nuestra conducta, ¿no? Como los adictos al opio, es algo que nos exige la mente. Los animales se sienten satisfechos por el simple hecho de estar vivos. Pero al establecerse la sociedad y nacer la palabra, esta droga engendrada por el cerebro ya no fue suficiente y los humanos perdieron su felicidad. Y, a cambio, obtuvieron lo profano y misterioso. Asimismo, en la búsqueda de esa felicidad perdida, nació la religión. Lo sobrenatural y las religiones son los sustitutos de esta droga. Y el opio y la morfina son los sustitutos de los sustitutos de esta droga. Un marxista dijo una vez que la religión era una droga. Creo que es una excelente apreciación.

La larga alocución de Kyōgokudō ha terminado.

Estoy un poco nervioso. ¿Por qué será? Me siento inseguro, como si mi barco se hubiera convertido de repente en una balsa de lodo tripulada por aquel tejón del cuento de la Montaña Chasqueante[12].

—Por cierto, ¿tu bisabuelo está bien? —me pregunta de repente, como si intentara descifrar la preocupación de mi rostro.

—¿A qué diantres viene eso ahora? —le respondo, perplejo—. No intentes cambiar de tema con tonterías.

—No estoy intentando cambiar de tema. Contéstame. ¿Está bien?

—No llegué a conocer a mi bisabuelo —le respondo finalmente, sin saber a dónde quiere llegar—, y tú lo sabes mejor que nadie. Mi abuelo murió cuando yo tenía cinco años. Mi bisabuelo está en el cementerio desde mucho antes de que yo naciera.

—Eso significa que en realidad no sabes si existió o no, ¿verdad?

—Claro que lo sé. La prueba evidente de su existencia soy yo, su bisnieto.

—Bueno, no importa. ¿Y tu abuelo? ¿Él también existió?

—Ya te lo he dicho, mi abuelo murió cuando yo tenía cinco años. Puede

que no sea muy listo, pero tengo memoria. Claro que existió.

—¿Y si hubieras obtenido ese recuerdo de un modo artificial? Es decir, supongamos que has obtenido todos esos recuerdos en el trayecto hasta aquí. No puedes asegurar que no haya sido así, ¿verdad? ¿Me equivoco?

Dicho esto, Kyōgokudō se queda callado.

*Tintín.* Se oye el sonido del canillón de viento.

Los fuertes rayos del sol de poniente que habían estado bañando la veranda se han debilitado. Fuera empieza a atardecer.

El gato ha desaparecido sin que me diera cuenta.

De pronto, siento miedo, como si fuera un bebé que han arrojado al mar. No, más que miedo es una especie de desolación o evanescencia. Es como si la balsa de lodo se estuviera disolviendo.

—Todo eso no son más que bobadas. Yo soy yo, y siempre he sido yo.

—¿Cómo lo sabes? No puedes estar seguro. Tanto tus recuerdos como tu presente han sido creados por tu cerebro, ¿no? Es como si un guionista escribiera una obra el día antes de su estreno. Tú, como espectador, no podrías saber cuándo fue terminada.

—No, yo soy...

De pronto, la habitación se vuelve oscura.

—No es posible diferenciar la realidad virtual de la verdadera realidad, Sekiguchi. Es más, ni siquiera hay garantía de que seas Sekiguchi. La probabilidad de que todo lo que te rodea sea como un fantasma, una farsa, y de que no lo sea es la misma. Entonces...

—¡Entonces estás diciendo que soy un fantasma!

Me siento como si hubiera sido abandonado; me invade una gran incertidumbre. Creo que tenía más posibilidades de escapar a mi soledad durante mi época depresiva. Ya no sé si la persona que está sentada frente a mí es en realidad mi amigo.

No sé cuántos minutos han transcurrido.

De pronto, el tipo que está frente a mis ojos empieza a reírse a carcajadas y recupero el sentido.

—Sekiguchi, hombre, despreocúpate. No creí que pudiera afectarte tanto. Perdóname.

Aunque estoy haciendo un esfuerzo, sigo embotado. No puedo hacer otra cosa que ver cómo se ríe el librero.

—Bueno, oye, Sekiguchi, ya está bien. Te aseguro que tú eres Tatsumi Sekiguchi. Te le aseguro —me dice. Se está riendo con tantas ganas que tiene

las manos en la barriga.

Estoy empezando a entender la situación y a sentirme furioso al mismo tiempo.

—¿Qué diantres me has hecho? ¿Ha sido un ardid tuyo?

—Yo no sé hacer esas cosas, no soy un *ninja*. Solo es que, como querías saber más sobre mi oficio, te he hecho una demostración. Lo cierto es que no pensé que surtiera tanto efecto... Perdóname, me he pasado un poco.

Mi amigo me había leído el pensamiento y me había tratado como al bravucón Sun Wukong[13], el Rey Mono, cuando quiso burlarse en una de las palmas de Buda.

—Entonces... ¿Toda nuestra charla ha sido una triquiñuela para hacerme caer en una trampa?

—No, claro que no. Todo es verdad. Una verdad demasiado cierta.

Kyōgokudō mueve la mano desde el pecho hasta su barbilla para rascársela.

Siempre hace eso cuando está metido en un lío.

—Explícamelo bien. Me siento como si me hubiera hechizado un zorro.

—Tu familia pertenece a la corriente budista del *Nichirenshu*, ¿no?

—¿Qué tiene eso que ver? No será otro de tus trucos, ¿verdad?

—No es ningún truco, pero no importa. Has recibido la enseñanza del *shakubuku* y aun así eres un completo ateo.

—En mi altar budista tengo mi placa *higedaimoku*[14].

—Pero no la limpias todos los meses. En cualquier caso, no eres una persona devota.

—En eso tienes razón.

—Por eso te dije la verdad; es lo que mejor funciona con los tipos como tú.

—Entiendo... Ahora que me acuerdo, creo que cambias el estilo del exorcismo dependiendo del tipo de religión que profesa el cliente, ¿no?

Tras recordar eso, empiezo a entender qué intenta explicarme.

Sin embargo, en mi interior sigue existiendo una incertidumbre y temo que este sea otro de sus trucos. No quiero volver a experimentar una sensación tan desagradable, así que me muestro precavido.

—Pero no pongas esa cara. Como has dicho, mis exorcismos no funcionan si no conozco las características específicas del sujeto que busca ser exorcizado, así como del entorno en el que se encuentra. La razón la has comprobado tú mismo en carne propia. He usado las palabras que puedes

entender mejor. A veces pueden ser *sutra*, oraciones sintoístas o terminología científica. Lo que quiero decir es que borro momentáneamente la relación existente entre el cerebro y la mente. Si consigo que vuelva a la normalidad, los clientes suelen sanar.

—¿Por qué usas a veces terminología científica?

—Los que creen en la ciencia tienden a pensar científicamente y a ver la realidad desde el prisma científico. Lo único que hago es sustituir la religión por la ciencia, aunque es más complicado que en los casos en los que existe una creencia religiosa. El pensamiento científico es incompatible con el misterio. El cerebro puede negarse a establecer una relación.

—Como ha ocurrido en mi caso. En cierto momento he sentido una enorme incertidumbre. Ha sido horrible.

—Empero, gracias a eso, tu capacidad de discernimiento se ha ampliado un poco. Deberías darme las gracias.

—Ya, claro. Entonces, ¿eso significa que ya no seré engañado por mi cerebro?

—No, claro que no. Tu cerebro seguirá engañándote eternamente, mientras sigas vivo. No obstante, ahora tienes la capacidad de dudar.

—Entonces no me has curado.

—Pero ¿qué dices? Si desde el principio has sido una persona normal —me dice, riéndose. Pero de repente se pone serio—. Y, bueno, hablando de tu bisabuelo...

La conversación vuelve de nuevo a ese tema.

—Ya me ha quedado claro. No voy a caer otra vez en esa treta.

—No, no es ninguna treta. ¿Es cierto que no llegaste a conocer a tu bisabuelo?

—Sí, pero eso no significa que sea algo creado por mi cerebro. Soy la prueba física de que existió —le digo, harto de que me tome el pelo.

—No te pongas así. Es cierto que tu bisabuelo existió, nadie lo niega. ¿Cómo se llamaba?

—Qué obstinado eres. Creo que su nombre era Hanjirō. Era patrón en un puerto pesquero y dicen que su negocio era muy próspero, pero se volvió un fanático religioso y fue tan dadivoso con su secta que termino por gastárselo todo. Como sabes, gracias a eso, mi padre terminó siendo un pobre maestro de provincias.

—Ahí lo tienes —dice, y golpea una de las esquinas de la mesita.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué sabes tantas cosas? Tú no viviste esa época: no deberías conocer esa información.

—Qué tonterías dices. Pregunté a varias personas qué había ocurrido antes de que yo naciera, claro. En el templo budista de mi ciudad natal todavía existe un libro de registro. Y aunque los datos de mi familia se quemaron en la guerra, creo que todavía se conserva una foto.

—Eso es lo que estoy diciendo —dice, mientras se golpea la rodilla con la palma de la mano—. Si conoces hechos que no has vivido es gracias a la existencia de la palabra, hablada y escrita. De ese modo has absorbido esa información.

—Claro.

—Ahí está la clave. Como tú eres la prueba viviente de que tu bisabuelo existió no podemos negar su existencia, pero... ¿Qué me dices de Ieyasu Tokugawa[15]? ¿Es suficiente la información disponible para corroborar su existencia?

Kyōgokudō está empezando a discutir nimiedades. Su actitud me decepciona.

—Por supuesto que sí. No dejas de decir cosas raras. De entrada, la prueba más contundente es la existencia de este lugar, de esta ciudad llamada Tōkyō. Si Ieyasu no hubiera existido, Edo no se habría establecido aquí. Eres el único de todo Japón que se atrevería a poner en duda su existencia.

—Pero ¿por qué estás tan seguro de que existió?

—Estaría loco si lo dudara. Además, Ieyasu tuvo muchos descendientes, ¿no? Es como en mi caso. Hay pruebas vivientes.

—Como en tu caso solo han pasado tres generaciones es posible que todavía exista alguien que conociera en vida a don Hanjirō, pero en el caso de Ieyasu tendríamos que remontarnos quince o dieciséis generaciones. Ya no queda nadie que lo conociera en vida. Ni siquiera sus descendientes podrían confirmar la verdad o falsedad de su existencia.

—No seas necio: existen documentos que lo corroboran, un número de registros incomparablemente superior al que existe de mi bisabuelo. Deben existir miles de ellos. Además, son documentos oficiales. Ni siquiera yo sé de qué murió mi bisabuelo, pero sé de qué murió Ieyasu.

—¿Te refieres al incidente con la *tempura* de pargo? ¿Por qué estás tan seguro de que ocurrió de verdad? Hay un montón de teorías al respecto, ¿no? Es más, no existe ningún documento oficial que afirme que su muerte se debiera a una intoxicación alimentaria.



—Ahora que lo dices, sí, tienes razón, pero esa es la teoría más reconocida y por eso la consideramos correcta. Aunque existen muchas versiones y es difícil dilucidar cuál es cierta, eso no significa que esta sea falsa. —Mi amigo intenta aguantarse la risa—. ¿Qué te hace tanta gracia? Estás empezando a asustarme.

—Entonces, Sekiguchi, ¿también afirmas la existencia de los *daidarabōshi*[\[16\]](#)?

—¿Has perdido un tornillo o qué? Los *daidarabōshi* son los gigantes que aparecen en los cuentos tradicionales, ¿no? ¿Cómo van a existir esas criaturas?

—¿Por qué no? Su existencia y la de Ieyasu se apoyan en las mismas condiciones.

—Es totalmente diferente. Uno es un personaje histórico, mientras que el otro es un monstruo de cuento de hadas.

—Pero existen documentos de ambos, ¿no? Los dos son personajes que pertenecieron a otra época. Además, los *daidarabōshi* no son personajes de un cuento; forman parte de una leyenda. Cuando hablamos de ellos no decimos: «Hace mucho, mucho tiempo, en algún lugar de no sé dónde, había...».

—¿No son personajes ficticios?

—No lo son. Cuando se habla de ellos se dice, por ejemplo: «En tiempos ancestrales, en el poblado de Nakai del país de Hitachi[\[17\]](#)...». Ese lugar existe, y pueden encontrarse ruinas allí. Por supuesto, existen leyendas sobre ellos en distintos lugares, pero la mayoría de esas leyendas no son contradictorias. Tienen mayor credibilidad que las múltiples teorías sobre la muerte de un personaje histórico.

¿Qué nueva treta estará planeando ahora Kyōgokudō? Es posible que no sea más que una fanfarronada o la antesala de un juego de palabras. No sé qué es lo que pretende.

—Si la única razón por la que crees en la existencia de Ieyasu Tokugawa es porque se conservan documentos al respecto, siguiendo esa misma lógica también deberías creer en la existencia de los *daidarabōshi*. Y no solo en la de ellos. —Dicho esto, pone sobre la mesita un montón de libros de tapa dura que anteriormente había estado formando una torre sobre el tatami y abre uno de ellos al azar—. En teoría, existen registros de estas aberraciones, tantos como hay sobre Ieyasu...

Es un libro semejante a *La bolsa ilustrada de los cien demonios al azar* que había estaba leyendo hasta hace un rato, un texto de entretenimiento del

periodo Edo con ilustraciones de Sekien. *Ilustraciones del desfile nocturno de los cien demonios* o *Apéndice a Cien demonios del presente y del pasado* son parte de una serie completa en la que se reúnen ilustraciones de zorros, mapaches, monstruos, *chimi* y *mōryō*[18]. Podríamos decir que es una enciclopedia de fantasmas. En total se publicaron doce tomos, lo cual significa que tuvieron una gran popularidad. Pero los dibujos son simples y, en comparación con las obras posteriores de Yoshitoshi y de Ōkyo[19], en realidad no asustan nada.

—Estás cayendo en extremismos. Para probar su existencia es necesario algo más que un registro.

—No. Lo importante es que alguien lo dejó escrito —me dice, mirándome como si fuera un chiquillo que acaba de hacer una travesura—. De hecho, tú nunca te has topado con ninguno de ellos, pero sabes lo que son porque existe dicho registro. Teniendo esto en cuenta, tu bisabuelo, Ieyasu Tokugawa, los *daidarabōshi* y el resto de monstruos están en el mismo nivel de realidad. Están bajo las mismas condiciones, según tu lógica y, por eso, creer en su existencia o no hacerlo es decisión tuya. Acabas de afirmar la existencia de los dos primeros, pero no del resto. Esa es tu decisión.

—Así es, porque tengo pruebas suficientes para elegir cuál creer.

—¿En serio? —me interrumpe con malicia—. No es que tengas pruebas suficientes para discernir, es que careces de lo necesario para probar la veracidad del resto de registros. ¿No es eso?

—Lo que tratas de decirme es que no existe una base sólida para mi creencia en Ieyasu Tokugawa y mi negación de los gigantes, que no es más que algo acotado por la cerrazón de mi mente. ¿No es así?

—No, tú tienes tu propio sentido común y tus principios. Si todo eso se amolda a la sociedad actual, no hay ningún problema; empero, esa lógica no puede ser absoluta en todas las épocas y situaciones.

—No digo que lo sea, pero no me convence. Lo que no existe no existe, sea cuando sea. No puede existir algo que no existe.

—Sekiguchi, hace un rato comprendiste la lógica de las apariciones fantasmagóricas, ¿no? Utilizando ese mismo razonamiento, ¿no podrías ver también a un gigante? Y cuando lo hubieras visto, ¿no creerías en su existencia? Tú mismo has experimentado lo complicado que es discernir entre la verdadera realidad y la realidad virtual.

—Sí, pero...

—Supongamos que ves un *daidarabōshi*. Probablemente no te sería

difícil creer en su existencia, pero, para el resto, la situación no tendría sentido. Los demás nunca lo comprenderían.

—Por supuesto.

El librero me dedica una sonrisa.

—Eso es lo que sucedería si hubieras sido el único en verlo. Pero, en el momento en el que lo conviertes en palabras, todo cambia. Al convertirlo en un texto o en una ilustración, al dejar de ser una abstracción, todos los que lo lean o vean podrán comprenderlo, ¿verdad?

—Entiendo. Pero, aunque lo comprendan, seguirán pensando que solo es algo que he imaginado —le digo, obcecado, con toda la autoridad posible.

—Es cierto. Si la aparición misteriosa de la que has sido testigo no puede ser comprendida por el resto, será considerada una alucinación. Pero ¿y si alguien llegara a comprenderla? ¿Si compartiera contigo esa realidad virtual y se convirtiera de este modo en una fantasía colectiva? Date cuenta de que existen muchos registros y leyendas sobre los *daidarabōshi*; no fueron solo una o dos personas, sino muchas, las que compartieron esa misma alucinación. Ocurre lo mismo con el resto de monstruos. —Empieza a hojear rápidamente *Ilustraciones del desfile nocturno de los cien demonios*[\[20\]](#)—. Estos monstruos han sido recopilados por alguna razón. Si, como tú dices, fueron pasando de boca en boca, ¿crees que el rumor de algo que no existe se habría mantenido durante tanto tiempo? Pero el hombre moderno, incluido tú mismo, cree que los monstruos son incompatibles con el sentido común. Aunque lean los registros, no son capaces de abstraer su sentido. Pueden aceptar la existencia de Ieyasu Tokugawa porque esta es relativamente compatible con su sentido común. Nuestras creencias se definen de ese modo.

—Entonces la objetividad y credibilidad de los archivos no es absoluta, sino relativa. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

Este hombre... ¿Hasta cuándo va a seguir arrebatándome todo aquello en lo que creo?

—Así es. Para una persona de un pueblo de montaña del periodo Edo que no ha recibido ninguna instrucción histórica, las *yamanba*[\[21\]](#) son más reales que Ieyasu. Si le hablamos de él, seguramente nos dirá que no conoce a ese tipo.

Me ha convencido, así que no tengo más remedio que quedarme callado. No es que no tenga capacidad de réplica, es que sus argumentos siempre me sorprenden.

—Pero las palabras son engañosas, tramposas. Por ejemplo: como acabo

de decirte, es posible crear ilusiones colectivas. Empero, en estricto sentido, colectivas no es lo mismo que compartidas. He ahí la cuestión; la realidad virtual es totalmente personal y no se puede compartir.

—Entonces todo lo que has dicho es inconsistente. Si la fantasía no es compartible se convierte en una alucinación.

—Por eso he dicho que esa es la cuestión. Esta lógica se puede aplicar también a la religión. ¿Sabes qué nombre recibe una religión que no tiene creyentes? Demencia. Sin creyentes, las religiones no tienen sentido. Cuando las alucinaciones se sistematizan y nacen las fantasías colectivas es cuando podemos hablar por primera vez de la existencia de una religión, aunque ni siquiera los creyentes en un mismo credo pueden experimentar la misma realidad virtual. Sin embargo, las religiones funcionan de maravilla en este sentido: convencen a los creyentes de que están viendo lo mismo, aunque en realidad estén experimentando cosas diferentes. Por eso, utilizando una misma razón, pueden aliviar el conflicto entre la mente y el cerebro de muchas personas. Las pueden salvar. Y el agente que contribuye a este funcionamiento es la palabra.

—«En el principio era el Verbo», ¿no?

—Qué erudito eres. —Kyōgokudō solo reconoce mi habilidad en situaciones así—. Pero es cierto. El «Ieyasu Tokugawa existe» en el que tú crees y la existencia de Ieyasu no son lo mismo. Lo que conecta a estas dos cosas son los archivos históricos. Es decir, las palabras —dice, y se detiene un momento para toser—. A fin de cuentas, el cerebro es un órgano más del cuerpo. Si convence a la mente, el cerebro ya ha cumplido su función. Pero la memoria comenzó a caminar por sí sola gracias a la fuerza de las palabras, que no solo sirven para despertar la consciencia sino que escapan al exterior y crean monstruos a partir de fantasías colectivas. Una vez transformadas en palabras, las alucinaciones dejan de ser personales para convertirse en algo de propiedad comunitaria. Y, como ya has visto, la cognición individual, es decir, la decisión de que la realidad virtual sea real, no es nuestra. Pero ¿qué pasa con las palabras que escapan al exterior? Eso es distinto. Si las abstracciones comunes se reintroducen en el individuo después de salir, se convierten en algo tangible. Y el individuo es incapaz de discernirlo.

—Ya me ha quedado claro. —Es extraño, pero a mitad de su monólogo he comprendido por fin qué quería decir—. Te refieres, por ejemplo, a que una sola palabra contiene una gran cantidad de información, ¿no? Si hablara a otra persona sobre ti y no existieran las palabras «propietario» o «librería»,

tendría que gastar mucha más saliva en el proceso. Sin embargo, si hablara de ti a alguien que ya te conociera, con decir «Kyōgokudō» sería suficiente; al escuchar esa palabra su mente dibujaría tu figura exacta. Sin embargo, el Kyōgokudō al que yo me refiero y el Kyōgokudō que tendría él en la cabeza serían, en realidad, un poco distintos, y en algunos casos totalmente diferentes. No obstante, dado que existe una cognición común, podríamos entablar una conversación a pesar de no saber qué tiene el otro en la cabeza.

—Vaya, al parecer mi tratamiento ha surtido efecto en ti. Así es. Las palabras son, en realidad, la base de los hechizos. Tú te identificas con «Tatsumi Sekiguchi», y yo con «Kyōgokudō». Lo usamos sin comprenderlo realmente. No hay duda de que Ieyasu Tokugawa existió, pero lo que nosotros sabemos es lo que hemos leído en los archivos, que en el pasado hubo una persona llamada Ieyasu Tokugawa; empero, eso no implica que conozcamos a esa persona. Esa es la revelación que se obtiene a través del discernimiento inductivo del budismo zen. Aunque la existencia de Ieyasu Tokugawa es cierta, para nosotros no es una realidad; sin embargo, mantenemos esa ilusión de conocimiento debido a que tenemos información suya guardada en las arcas de la memoria. La confusión se produce porque ahí guardamos también los recuerdos de nuestras experiencias reales. Tanto la información proveída por las palabras como aquella que nos proporciona la experiencia se convierten al final en lo mismo para nuestra memoria. Dicho de otra manera, existe incluso la posibilidad de que seamos capaces de ver el fantasma del gran Ieyasu Tokugawa.

—Claro. Sirve como una información auxiliar de lo que hemos estado hablando. Para mantener su coherencia, ese granuja del cerebro se saca del inventario todo tipo de combinaciones, ¿no?

—Oye, estás despreciando el valor de las acciones de tu propio cerebro —me dice—. Pero, en definitiva, podemos deducir que lo que ocurre con los *daidarabōshi* es lo mismo. Si requieres su presencia, es de esperar que aparezcan.

Acaricia la urna que tiene sobre las rodillas. Parece satisfecho, y yo también estoy disfrutando un poco de este momento.

—Aun así, no creo que pudiera verlos sentados sobre el monte Fuji o lavándose las manos en el lago Biwa, ya que mi amplio conocimiento biológico me lo impide. Al fin y al cabo, soy un literato y un hombre de ciencia.

Dicho esto y sintiendo que por fin he recuperado la razón, sonrío

alegremente.

Pero Kyōgokudō no está dispuesto a dejarme en paz.

—Si realmente eres un literato, trata de fantasear un poco. Se supone que eres un escritor, pero careces totalmente de imaginación. ¿No se supone que las palabras son las semillas de la labor del escritor?

—Tan impertinente como siempre. Que sepas que mi inspiración es como un manantial.

—Entonces, señor literato, ¿sabes cuántas *sarira* existen?

La pregunta es, seguramente, una broma. Mi amigo solo me llama señor cuando quiere burlarse de mí.

—Las *sarira* son los huesos de Buda, ¿no? Están repartidas por todo el país y también hay algunas en el extranjero. No creo que pueda estimar su número.

—Dicen que, si reúnes todos los huesos que hay colocados en las pagodas, puedes formar el esqueleto de un elefante. Bien, señor mío, ¿qué te parece eso?

—¿Qué quieres que me parezca? Es una reverenda estupidez. ¿Por qué se han inventado semejante mentira? ¿Tanto les interesaba darle poder a los templos budistas? ¿O es que en el momento de repartir los huesos hubo alguien que añadió unidades de más?

El librero niega con la cabeza y me interrumpe.

—Por eso digo que no tienes imaginación, porque no eres capaz de decir: «Vaya, no sabía que Buda fuera tan grande».

Aunque él se ríe, a mí me parece una tontería. Me molesta que se haya burlado de mí, pero después me imagino a un buda del tamaño de un elefante pregonando sus enseñanzas a unos discípulos del tamaño de hormigas y, no sé por qué, me parece gracioso y también me río.

—Oye, ¿qué es eso que llevas un rato toqueteando? —le pregunto, porque me ha llamado la atención el extraño jarrón que tiene entre las manos.

—Es una urna funeraria. Dentro hay unas *sarira*.

—No seas mentiroso. No es posible que tú tengas huesos de Buda. Eres un librero y un sacerdote sintoísta.

—No es mentira —dice. Abre la tapa de la urna y saca una cosa blanca.

—¿Quieres? —me ofrece, y se la mete en la boca.

—¿Es que te has vuelto loco?

—A veces pareces tonto. ¿Por qué te dejas engañar siempre? Esto son dulces secos de Kagetsuan.

—Cáspita, no eres más que un charlatán. No voy a volver a creerme nada de lo que me digas; no es bueno para mi cerebro. Pero, a todo esto, ¿por qué has guardado los dulces en esa urna?

—Mi mujer también opina que es de mal gusto, pero en esta época del año hay demasiada humedad. El mejor lugar para guardarlos es esta urna. —A continuación saca otro dulce y se lo come—. Sin embargo, hasta el momento en el que abrí la tapa, estos dulces podrían haber sido huesos.

—¿Con qué vas a salirme ahora? Te advierto que ya no me voy a dejar llevar por tus habladurías.

—Hasta ahora hemos hablado del cerebro, de la mente humana y del mundo interior de las personas, cosas difíciles de comprender, pero ahora voy contarte algo relacionado con la física. ¿Sabes qué es la física cuántica?

—Lamentablemente no sé mucho al respecto. ¿Te refieres al trabajo del doctor Yagawa, que obtuvo el premio Nobel hace un año o dos?

—Eso es la hipótesis de los mesones —me dice con frialdad—. La teoría cuántica fue planteada veinte o treinta años antes; se trata de una ciencia que estudia cómo interactúan los electrones dentro de un átomo.

—¿Y qué tiene eso que ver con el contenido de la urna?

—Mucho. Esta teoría llevó al establecimiento de una formulación llamada «principio de incertidumbre».

—¿Con incertidumbre quieres decir que no se puede establecer con certeza?

—Sí, que no se puede establecer antes de observarse. Al examinarse el *momentum* y posición de los pequeñísimos cuantos, resulta que la cantidad de movimiento es indeterminable.

—¿No lo pueden hacer en un solo tiempo?

—No. Al establecer la posición, la cantidad de movimiento se vuelve infinita, y por tanto inexacta. Y al intentar calcular el movimiento, no saben dónde está. Esto significa que, cuando el observador la observa, se define su tamaño y cualidad por primera vez. Y hasta que esto se defina, lo que se quiere medir solo se puede determinar bajo una cierta probabilidad, resultando una conclusión totalmente en contra de lo que son las ciencias naturales. Y si trasladamos esto al caso de la urna, no podremos saber si en su interior hay dulces hasta el momento de abrirla.

—¿Un científico llegó a esa conclusión? Si eso es verdad, nuestra vida está llena de incertidumbres, ¿no? Terminaremos diciendo que es imposible determinar la existencia de los lugares que no podemos ver, como si el mundo

estuviera hecho de agaragar.

—Je. Es cierto que hay muchos en contra, pero hasta donde yo sé sus críticas no son convincentes. Incluso el doctor Einstein dijo que era inaceptable. Pero, en el futuro, esta teoría contribuirá de manera importante a otros campos.

—Si Einstein se mostró en desacuerdo debe ser un error, lo que es un alivio. De no ser así, no solo no podríamos creer en el cerebro, sino tampoco en un mundo regido por las leyes de la física. ¿En qué íbamos a creer entonces?

—Einstein no la negó, solo dijo que le parecía inaceptable, seguramente porque iba en contra de sus propias creencias. Sin embargo, la física cuántica ha echado por tierra la idea, establecida desde los tiempos de Descartes, de que el sujeto y el objeto son separables, ya que afirma que «la observación del fenómeno tiene un efecto en el propio fenómeno». Esta idea, vista desde otra perspectiva, nos induce a pensar que las cosas ocurren porque son obvias. Los resultados deben obtenerse sin la observación del investigador. De ahí, podría imbuirse que todas las cosas de este mundo, incluido el pasado, nacieron en el momento en el que fueron observadas.

Tengo la impresión de que estoy escuchando una continuación de la disertación anterior.

—¿Esto no es un tema de epistemología o religión?

—No, se trata de ciencia —me contesta Kyōgokudō—. El universo que nuestra ciencia puede conocer se amolda a nuestra vida a la perfección, ¿no? Si la Tierra estuviera un poco más cerca del Sol moriríamos calcinados, ¿verdad? Si la Luna estuviera más cerca podría colisionar con la Tierra, y si estuviera un poco más lejos nuestra gravedad no la atraería. Todo esto es demasiado bueno para ser verdad.

—Pues no tiene remedio. En realidad es así.

—Si no lo hubieran podido medir, no habría sido más que una posibilidad.

—Bueno, sí.

—¿Por qué es todo perfecto? Solo hay una razón: que el observador es humano. Si en este mundo no hubiera humanos, no importaría la distancia que hubiera entre nuestro planeta y el sol y esto seguiría siendo una incógnita, porque su respuesta no afectaría a nadie. En nuestro mundo interior, hemos creado un milagro llamado palabra, pero, en el mundo exterior, hemos abierto nuestros ojos a otro llamado ciencia. Si no hubiera humanos, el mundo sería un



lugar totalmente cuestionable. E, irónicamente, ha sido una disciplina de la ciencia la que ha comenzado a demostrarlo. —El librero toma aire lánguidamente—. La física cuántica nos señala un punto de inflexión: o vemos al humano como una parte del universo, o aceptamos que el universo es parte del ser humano. Debido a esto, la frontera entre el mundo interior y el exterior se ha vuelto ambigua.

Y, a continuación, cierra la tapa de la urna.

Imagino que, en su interior, los dulces están empezando a transformarse en huesos.

—¿La física cuántica no acabará traspasando las barreras de la ciencia?

—No digas tonterías —me dice mi amigo—. Si eso sucediera, la ciencia se destruiría y dejaría de ser lo que es, ¿no? El observador no podría confiar en sí mismo, no podríamos creer en lo que hemos observado, y eso ya no sería ciencia.

*Tintín.* El carrillón de viento suena de nuevo.

Mi estado mental es complicado.

Pensaba que estos temas misteriosos eran falsos en su mayoría. Sin embargo, por mala suerte o por castigo de Buda, mi concepción del mundo y los valores que he defendido desde mi juventud se han convertido ahora en algodón de azúcar.

Se me han quitado totalmente las ganas de escribir ese artículo.

Sin embargo, aunque yo estoy sufriendo interiormente, el causante de mi desventura está de muy buen humor. Como él siempre ha tenido esta visión de la realidad, no está afectado.

—Vaya, ya es tarde. ¿No tienes hambre? Cuando cierre iré al mesón de *soba* a por unos fideos para llevar. Tú tomarás los *tanuki-soba*, ¿verdad? Yo pediré los *kitsune-soba*.

Tras decidir unilateralmente nuestra cena, se dirige al mesón. Yo soy demasiado indeciso, pero mi amigo es dominante en exceso.

Me he quedado solo.

No me había dado cuenta antes y no sé cuándo la instalaron, pero en esta habitación hay una lámpara eléctrica.

Sobre la mesita lacada de estilo Tsugaru hay un cenicero con cuatro o cinco colillas, la urna blanca donde están los dulces secos de la física cuántica y una gran cantidad de libros sobre monstruos abiertos y desordenados.

La taza de té recalentado ya está totalmente seca.

Tengo mucha sed, así que me incorporo para servirme té. Junto al cojín

donde ha estado sentado mi amigo está la bandeja de la tetera, pero no sé dónde está el té ni el agua caliente.

Sobre la mesilla hay un libro abierto.

En él, hay una mujer desnuda de torso para arriba. Parece que su mitad inferior está ensangrentada.

Es una ilustración en la que lleva a un bebé en brazos que también está lleno de sangre.

Está en un páramo.

Llueve con fuerza sobre ellos.

La mujer tiene una mano en la frente, y en la otra lleva al bebé con cuidado.

Parece que en cualquier momento va a salir del libro.

Su rostro parece lúgubre, pero no es una expresión de sufrimiento, tristeza o reproche.

Lo que indica su rostro es que está metida en un lío.

Si tuviera una expresión de reproche, daría miedo. Pero, como parece mortificada, no asusta, más bien...

Provoca repugnancia.

Debajo de la ilustración pone «4qF».

Al cabo de un rato, Kyōgokudō regresa con nuestro pedido dentro de una caja.

Cuando lo veo llegar, tan pálido, cargado y con su kimono, me parece gracioso, pero no sé por qué.

—¿Qué te parece? El viejo del mesón me aseguró que nuestro pedido estaría enseguida. Creo que intuyó que estábamos muertos de hambre, porque se dio mucha prisa en prepararlo. Qué amable, ¿verdad? Aunque creo que lo que pasa es que no quería traérnoslos él, pero, bueno, los he traído yo. Tú querías unos *tanuki*, ¿no?

En realidad fue él quien lo decidió por su cuenta. Pero a mí me daba igual, por eso no dije nada.

—Ese sitio sigue sin gustarme. Aunque hayan autorizado la venta de *soba*, ¿a quién se le ocurre poner un mesón aquí? ¿Quién va a venir hasta un sitio así? Y encima cobra veinte yenes, lo mismo que en un restaurante decente.

—Si este lugar te parece malo y no crees que nadie vaya a venir hasta

aquí, ¿qué me dices de tu librería? Además, el vecino tiene su negocio desde antes de la guerra.

Recuerdo haber comido un *zaru soba* en ese mesón cuando era estudiante. Si la memoria no me falla, en aquel entonces costaba quince céntimos de yen.

—El vecino acabó aquí después del incendio de su negocio durante el Gran Terremoto; como esta zona no sufrió grandes daños, muchos se mudaron aquí —me cuenta mientras devora su *aburaage*[\[22\]](#) y hojea el libro que hay sobre la mesita.

—Por cierto, cuando volví estabas mirando esto, ¿no? ¿Por qué?

—No, por nada. Pero, oye, eso se lee como *kokakuchō*, ¿no? —señalo los caracteres de la ilustración—. Nunca había oído hablar de un fantasma con ese nombre.

—No, se lee *ubume* —me contesta mientras sorbe los fideos.

—Ah, he oído hablar de ellas. Son los fantasmas que vuelven a por sus hijos, ¿no? ¿De verdad se lee *ubume* y se escribe así?

—Si lees *kokakuchō* te estarás refiriendo a un espíritu maligno chino al que también se conoce como «Ramera Nocturna» o «Doncella Celestial». Es un monstruo que cuando extiende sus alas se convierte en pájaro y, cuando las guarda, toma forma de mujer. En *Compendio de materia médica*[\[23\]](#) puedes encontrar información al respecto. Si no me equivoco, hay una entrada en la *Enciclopedia Ilustrada de Japón y China*[\[24\]](#) que las considera equivalentes a las *ubume*. Es posible que Sekien tomara de ahí esa información, pero hay algo que sigue sin convencerme. La *kokakuchō* china rapta a los bebés para convertirlos en sus hijos adoptivos, pero no es eso lo que ocurre en el caso japonés. En japonés, *ubume* significa púérpera, mujer que ha dado a luz.

Kyōgokudō habla mientras sorbe sus fideos con gran habilidad. Yo, por mi parte, antes de hablar dejo de mover los palillos.

—Las *ubume* son los fantasmas de las mujeres que mueren durante el parto, ¿no?

—No, no son fantasmas. Es una especie de materialización del remordimiento que siente una mujer al morir durante el parto. Sirve para expresar el dolor de la hija del señor Yamada, de la del vecino de atrás, de las doncellas de los *kazoku*[\[25\]](#), de cualquier mujer que haya muerto en el momento de dar a luz. Una prueba de que no es un fantasma es que no maldice a una persona en especial; de hecho, si miras su rostro, no encontrarás rastro alguno de reproche en su expresión.

Tiene razón; yo pensé lo mismo.

—Nosotros, los que vivimos en esta época, no tenemos la capacidad para entenderlo. Es fácil decir que es la materialización del dolor de una parturienta fallecida, pero si nos preguntan qué forma tiene, no sabremos qué decir.

—Los sentimientos no tienen una forma definida.

—Pero, a menudo, identificamos los sentimientos con la forma de corazón. Aunque su origen no sea el órgano, cualquiera que lo vea comprenderá lo que es. El corazón, y con él me refiero a los sentimientos, no tiene forma.

—Tienes razón.

—Con las *ubume* ocurre lo mismo: actualmente no podemos comprenderlas. Como las muertes durante el parto han disminuido, no tenemos presente esa posibilidad. Los sucesos misteriosos ya no son conceptos comunes, sino cuestiones personales. Los fantasmas o los espíritus malditos fueron humanos en un principio, ¿no? También los que reciben su odio son individuos. Las *ubume* de la actualidad se han convertido en algo tan ordinario como que la difunta Hana Yamada, que falleció por un error médico, vaya todas las noches a llorar junto a la cama de Fulano de Tal, el médico que la atendió.

—Sí, pero en el pasado los partos eran cuestión de vida o muerte, y en esa época nadie podía reprocharle nada a nadie. Es probable que alguien se sintiera culpable, pero eso es diferente de un sentimiento de reproche u odio.

Después de tomarse el caldo de sus fideos, el librero me muestra su acuerdo con un sonido gutural. Se levanta y va a la cocina, de donde trae dos tés de cebada.

—Pero ¿por qué las *kokakuchō* y las *ubume* acabaron por convertirse en una misma criatura? —murmura, como si estuviera hablando solo—. Encargar a alguien la crianza de un hijo y secuestrar a un bebé son acciones diametralmente opuestas.

Por fin he terminado mi *tanuki soba* y, para aliviar mi sed, me tomo de un trago el té de cebada. Me refresca la garganta.

—¿Qué pasa después de que las *ubume* dejen a sus hijos con alguien?

—Nada. Dicen que, con el paso del tiempo, el niño se vuelve pesado, o que enferma, pero creo que es una característica que se añadió para incrementar el misterio. Hay quien dice que los niños desarrollan una fuerza inaudita, lo que los relaciona con historias de héroes en los que acaban

poniendo a prueba su valentía. Por eso, a los que vivimos en esta época, no nos genera miedo. Sin embargo... —dice, y mira los libros que tiene a la espalda. Al parecer, el libro que busca no está ahí, y vuelve a dirigirse a mí—. Sekien la dibujó en la era An'ei pero, si nos remontamos cien años atrás, las *ubume* aún provocaban miedo. La información incluida en *Cien cuentos populares*, que fue escrito en el tercer año de la era Jōkyō (1686), casi cien años antes de la muerte de Sekien, es realmente genial.

A continuación, levanta la mirada unos nueve centímetros y comienza a citar de memoria un fragmento de *Cien cuentos populares*:

—«Se trata de una mujer que murió al dar a luz. Es obstinada. Su aspecto es el de una mujer ensangrentada de cintura para abajo que va ululando: "Obareu, obareu"». ¿Qué te parece? Da más miedo que esa ilustración, ¿no? Por cierto, *Cien cuentos populares* es un libro que niega la existencia de lo sobrenatural.

—¿Te aprendes de memoria todas las descripciones que lees? Me has dejado con la boca abierta.

Kyōgokudō toma con cuidado el libro que hay sobre la mesa y pasa sus hojas.

—Mira, en las leyendas orales de algunas regiones llaman *ugume* a las *ubume*, pero todas contienen detalles escabrosos como lo de la parte inferior ensangrentada o llena de úlceras. Sin embargo, en este dibujo, parece que la lluvia la hubiera pillado en el momento del baño. ¿Sekien la habrá dibujado así adrede?

—¿Cómo?

De pronto, tengo la extraña sensación de que algo va mal.

—Pero en ese libro tiene coloreada de rojo la parte inferior del cuerpo, ¿no?

Así es como yo la he visto.

—No digas tonterías. Esta ilustración no tiene color, es monocromática.

Kyōgokudō me pasa el libro.

La ilustración es la misma que yo vi, pero la mujer lleva una prenda en la cintura.

El bebé está rechoncho y tiene un aspecto saludable.

No hay nada lleno de sangre.

Sin embargo, la mujer sigue siendo repugnante.

Mi amigo sonrío de oreja a oreja.

—Sekiguchi, es posible que tengas en tu interior la lógica necesaria para

analizar la esencia de las *ubume*, algo que la mayoría hemos perdido.

El carrillón de viento suena de nuevo.

Kyōgokudō recoge los tazones, levanta la tapa de la urna y me ofrece unos dulces secos.

—¿Unas *sarira*?

—Eres un desconsiderado. Buda te va a castigar y vas a terminar en el infierno —le digo, y cojo uno.

La extraña sensación aciaga empieza a desvanecerse. Seguramente fue una confusión momentánea.

El librero también coge uno.

—Anda, anda, más que un castigo me ofrecerá su benevolencia —me contesta—. Por cierto, dicen que el nacimiento del ingrediente de este dulce, es decir, de Siddhartha Gautama, fue también bastante raro.

Necesito un momento para comprender de qué ha comenzado a hablar.

—El ejemplo de Buda es malo... ¿Qué me dices de Taira no Masakado[26]? De acuerdo con *El sutra del loto*[27] estuvo treinta y tres meses dentro del vientre de su madre.

Milagrosamente, hemos retomado nuestra conversación original.

Kyōgokudō ha empezado a hablar por fin sobre la razón que me trajo hasta aquí: un embarazo demasiado largo.

—Otro caso famoso es el de Musashibō Benkei[28]. De acuerdo con el *Gikeiki*[29], estuvo dieciocho meses en el vientre de su madre, mientras que uno de los *otogizōshi*[30], titulado *La leyenda de Benkei*, dice que fueron tres años y tres meses, o sea, treinta y nueve meses, algo inverosímil. Dicen que cuando nació era un *onigo*[31] y que ya le había crecido el pelo y los dientes. Un bravucón llamado Ichibee Ōtori, que aparece en el *Compendio de información de Keichō*[32], dijo que estuvo dieciocho meses dentro del vientre de su madre, aunque al ser un testimonio personal no tiene demasiado sustento.

—Oye, salvo Buda, todos son unos desgraciados.

—Benkei no era un desgraciado, aunque le gustaban los excesos. Pero has tenido buen ojo al fijarte en que lo son. Masakado fue, sin duda, uno de los mayores sinvergüenzas de la historia de nuestro país.

Dije lo de los desgraciados sin pensarlo bien.

—Por cierto, hablando de canallas, uno realmente increíble fue Shutendōji[33] del monte Ibuki[34].

—¿Shutendōji no era del monte Ōe?

—El de ese lugar es el más famoso, pero no importa. Me refiero al cabecilla de los demonios. En un *otogizōshi* titulado *Ibukidōji* se dice que estuvo treinta y tres meses, pero en el *Zentaiheiki*[\[35\]](#) dice que fueron dieciséis.

—Oye, pero esas fechas pudieron añadirse posteriormente.

—Por supuesto. Cuando se convirtieron en demonios atroces, en criminales desalmados, o cuando por fin se les pudo juzgar, fue cuando se pudo indagar en su pasado para esclarecer su origen maligno.

—Es un poco como la física cuántica.

—Así es. Los demonios siempre son producto de partos anormales. En el pasado, existía esa creencia colectiva, y esa idea se consolidó sobre todo en Japón. Por otra parte, también existía la creencia común de que los que nacían de un parto anormal se convertían automáticamente en demonios. Por eso los demonios y los criminales despiadados tenían que haber nacido de partos anormales porque, si no era así, su existencia no convencería a nadie. Es una relación causal invertida. En el momento en que eran definidos como diablos, se remontaban a su pasado para adjudicarles un parto anormal. Pero eso no significa que todos los niños que nacieron en partos anormales se convirtieran en demonios o criminales

—¿No existe ningún ejemplo de alguien que, pese a haber nacido en un parto anormal, tuviera una vida ordinaria?

—No. El futuro de un *onigo* que ha nacido en condiciones extraordinarias está predefinido. Es muy probable que se matara a estos niños.

—Pero Shutendōji sobrevivió, ¿no? Si fuera cierto que los mataban, no habrían existido ni los demonios ni los malhechores.

—Ya te he dicho que en el momento en el que a Shutendōji lo clasificaron como un demonio, retrocedieron hasta su pasado para atribuirle esta característica. Por eso no lo mataron ni lo abandonaron por ahí. Si alguno hubiera sobrevivido y tenido una vida normal, el estigma de haber nacido de un parto anormal desaparecería.

Ahora comprendo por qué Kyōgokudō intentó poner a prueba mi sentido común; ahora entiendo la estructura especial de estos partos anormales. Cuando llegué aquí, ¿habría comprendido todo esto? No solo no lo hubiera entendido, sino que habría llegado a la conclusión de que la mujer que lleva veinte meses embarazada va a dar a luz a un demonio o a algo maligno. Y utilizando todo mi conocimiento científico y escupiendo unas pretenciosas y vulgares conjeturas habría terminado escribiendo un artículo pedante, sin

saber que haber nacido de un embarazo inusual puede alterar por completo la vida de una persona.

—Parece que ya te ha quedado claro. Nosotros, los que no vivimos en una sociedad rural tradicional, ya no podemos comprender este tipo de fantasía comunitaria y por eso no deberíamos inmiscuirnos en ella. En el marco de nuestra sociedad es imposible entender el concepto de *onigo*, y no solo eso: en la actualidad, los *onigo* serían analizados de un modo distinto. Eres libre de escribir tu artículo, pero debes saber que, una vez publicadas, las cosas toman vida propia. Creo que deberías impedir que el futuro de un niño inocente se vea alterado por la suposición de que es un demonio o una serpiente. Lo contrario sería una irresponsabilidad, ¿no?

Es como si me hubiera leído la mente. Cuando termina de hablar, da un sorbo a su té de cebada.

—Mira, la verdad es que he desechado hace rato la idea de escribir ese artículo. Era una idea de mal gusto, tal como lo has dicho, mucho más que guardar los dulces en una urna funeraria —le digo con sinceridad.

Mi amigo me mira como si pensara que se ha excedido un poco, como si el medicamento recetado como escarmiento hubiera hecho demasiado efecto, y empieza a rascarse la barbilla con melancolía.

—Oye, ¿quién te metió esa idea en la cabeza? —me pregunta.

—¿Quién? Fue tu hermana menor —respondo sin pensar, y a Kyōgokudō se le agría la expresión.

—Esa chalada no tiene remedio —me dice. Su hermana suele usar esa misma palabra para definirlo a él, así que no puedo aguantarme la risa.

—No tiene gracia —me dice, malhumorado—. Esa chica me preocupa.

Parece muy enfadado. Cuando se trata de su hermana, mi racional amigo pierde la cordura.

Su hermana pequeña se llama Atsuko y, a diferencia de su enfermizo hermano, es una muchacha muy sana y activa. No se parece en nada a su hermano, que podría pasar por la Muerte; es guapa y tiene muchas virtudes, así que los que no la conocen suelen creer que es la hermana de su esposa. Kyōgokudō es diez años mayor que ella, así que debe tener unos veinte años, pero tras terminar el bachillerato se fue de casa decidida a ganarse su propio sustento. Consiguió ahorrar y entró en la universidad sufragando sus propios gastos; sin embargo, le pareció muy aburrida y abandonó la carrera. En ese sentido, tiene la misma sangre que su hermano. Ahora trabaja en una editorial de Kanda como editora y periodista. A veces me ofrece algún trabajo. No



pretendo adularla, pero hay que reconocer que es una mujer hecha y derecha, algo raro en estos tiempos.

—Para que no te enfades con Atsuko, te lo contaré sin rodeos: tu hermana no estaba investigando a la embarazada, sino a su esposo. Ella jamás escribiría sobre un tema tan grotesco —la defiende.

Aunque seguramente solo está preocupado por ella, a su modo, no quiero que discutan por mi culpa. Me dejaría muy mal sabor de boca.

—¿Qué pasa con el esposo? —me pregunta, receloso.

—Lleva medio año desaparecido.

—Eso no es nada raro en estos tiempos, ¿no? ¿Por qué está investigando el paradero de ese tipo?

—Espera, escucha la historia hasta el final —le contesto, intentando crear expectativa sobre lo que voy a contar—. ¿Qué me dirías si te cuento que el marido desapareció de una habitación cerrada por dentro, como si fuera humo? Esto sí que es misterioso, ¿no? Por eso, creyó necesario hacer algunas pesquisas.

Levanta las cejas y me mira con expresión burlona.

—Menuda estupidez —escupe—. Al final resultará que es como en esas novelas baratas de misterio. Seguramente había un pasadizo por donde escabullirse o escapó usando unas cuerdas, ¿no?

—No. Esos trucos suelen aparecer en los libros, pero nunca he escuchado algo así en la vida real. Si alguien hubiera intentado algo parecido, ya lo habrían publicado en los periódicos. Como a veces escribo relatos de detectives, tu hermana me pidió mi opinión. Sin embargo, después de escuchar la historia me percaté de que también pasaba algo extraño con la esposa del desaparecido. Por eso no pude resistir la curiosidad e interrogué a algunas personas. Y así descubrí que había un rumor...

—Teniendo en cuenta tu mal gusto, entiendo que la historia te interesara. Pero no comprendo por qué Atsuko recurrió a alguien como tú. ¿Tan desesperada estaba? Habría encontrado más ayuda en un brujo de Asakusa. Pero no importa: ya me ha quedado claro. Como ha pasado un año y medio desde que el esposo desapareció, esa mujer tiene que llevar veinte meses embarazada. Si no fuera así no saldrían las cuentas. —Kyōgokudō se toma de un trago el té de cebada, que probablemente ya estaba tibio—. Pero, Sekiguchi, supongamos que esa señora se acostó con otro hombre después de que su marido se esfumara y que se quedó embarazada. ¿No crees que podría estar mintiendo para que las fechas cuadraran?

—No, porque cuando desapareció el marido ya estaba embarazada. Su familia lo había adoptado para que el apellido familiar no se perdiera y desapareció poco después de eso. Según ellos, estaba embarazada de tres meses.

—Lo sé, por eso he calculado veinte meses. Pero aquí hay algo que no encaja —dice, y se acerca a la ventana.

Aunque dudo, al final le cuento todos los detalles del rumor que ha llegado a mis oídos.

—No hay duda de que es una historia descabellada en cuya veracidad no podemos confiar. Además, han surgido más rumores, cosas que no son ciertas.

—Cuanto más descabellada y absurda es una historia, más gusta al vulgo, ¿eh? Cuéntame qué ha tenido a bien imaginar el pueblo, por favor, solo como futura referencia.

—Mira, muchas cosas son relaciones causales manidas, como las que dijiste hace un rato. Por ejemplo, que unos antepasados mataron a un bebé para obtener su grasa y que este los maldijo, o que esto es la venganza de una mujer que fue torturada y asesinada por ser estéril hace dos generaciones. También, como acabas de decir, se rumorea que la mujer tuvo un amante. Con esto intentan explicar la desaparición del esposo. Dicen que fue asesinado por el amante y que su venganza está retrasando el embarazo. En este caso, el bebé no sería del esposo desaparecido, sino del amante. Asimismo, también hay quien dice que el marido está vivo y que se ha escondido por alguna razón. O que el embarazo es fruto de una violación y que el marido no sabe nada de lo ocurrido. Si diera a luz, el esposo sabría que él no es el padre, y por eso...

—Se está aguantando. Eso es lo que ibas a decir, ¿no? Como si soltar una ventosidad y parir un niño fuera lo mismo.

—Son rumores. Chismes. No tienen ningún sentido. Hay algunos que son realmente graciosos. Dicen que el padre es un mono y que el niño nacerá cubierto de pelo.

—Y por eso no quiere que nazca, ¿no? Esas tonterías están más allá de cualquier raciocinio. Pensé que tendrían algo más de sentido, pero no hay por dónde cogerlas. No valen ni como sátira. Son de lo más burdo.

—Pero uno de los rumores era interesante. El esposo desaparecido estuvo en Alemania durante la guerra y desarrolló cierto fármaco en un centro de investigación de los nazis. Y, cuando terminó la guerra, volvió y lo probó con su esposa para ver qué efecto surtía en un ser humano...

—¿De qué fármaco podría tratarse? ¿Qué beneficios obtendríamos de la

posibilidad de retrasar el parto? La verdad es que no es muy interesante.

—No te enfades conmigo. Mira, el fármaco no sería para retrasar la fecha programada del parto, sino para multiplicar las células humanas y crear nuevos humanos. Eso sí sería posible, ¿no?

—En teoría, sí, pero con la tecnología actual es imposible. Van a tardar cien años en lograrlo.

—No es una historia real. Son historias tontas de personas tontas. Entre las estupideces que han llegado a vomitar está que en su vientre está creciendo... nada menos que el *Führer*, Adolf Hitler.

Kyōgokudō mira el techo con incredulidad y suspira. A continuación se ríe.

—Si sigo escuchado tus historias, voy a tener que cerrar mi negocio y meterme en la cama. Pensar que hay gente capaz de decir semejante sandez... En serio, me dan ganas de morirme.

Tiene razón. Ahora que se lo he contado, me doy cuenta de que son rumores ruines, sin ningún sustento, incluso hirientes. Al principio, me parecieron realmente interesantes, pero ahora me avergüenzo un poco de mí mismo.

—¿Y quién es la pobre dama que está sufriendo todas estas infamias?

—Como dedujiste al principio, esta dama no puede ir a ver a un doctor, ya que su familia posee una clínica ginecológica. Una con solera, además, pues lleva abierta desde el periodo Edo.

—En el periodo Edo no había ginecólogos. Eso no cuadra.

—Al parecer, uno de sus antepasados fue médico de cabecera de no sé qué *daimyō*[\[36\]](#) de Shikoku, lo que solían llamar un *gotein*. Tras la Restauración Meiji[\[37\]](#), el médico acompañó al *daimyō* hasta Tōkyō, ocasión que aprovechó para escapar y establecer su propio sanatorio. Tuvo mucho éxito y hasta principios de la era Shōwa (1926-1989) tenía un departamento de medicina interna y otro de cirugía, pero cuando comenzó la Segunda Guerra Sino-japonesa[\[38\]](#) el negocio perdió fuerza y ahora solo se dedica a la ginecología. No son buenos médicos y no han avanzado demasiado desde la época en la que hacían conjuros y limpiezas espirituales. Esa ha sido seguramente la razón de su declive. Como tú dices, la medicina avanza día a día. Si contrataran a un buen médico les iría mejor, pero no es tan fácil. Como no podían dejar morir su apellido, adoptaron a un licenciado de una de las mejores universidades para que se casara con su hija y perpetuara el linaje.

—¿Y ese es el que se ha esfumado?

—Así es. Y, para colmo, la hija les sale con una enfermedad desconocida que impide que nazca el bebé y la calle se llena de rumores extraños. Por eso no pueden llevarla a otro médico, porque la clínica perdería prestigio.

No hay respuesta.

Kyōgokudō se ha quedado callado.

Quizá he hablado demasiado.

Tengo la garganta seca. Como me bebí el té de cebada de un trago, mi taza está vacía. Decido pedirle otra taza pero, justo entonces, Kyōgokudō abre la boca.

—Sekiguchi, esa clínica no será el sanatorio Kuonji que está en Zōshigaya, ¿verdad? Y el hombre que ha desaparecido, el que fue adoptado por la familia, ¿se llama Masao?

Así es.

—Vaya, ¿tú ya lo sabías? Qué desagradable eres, me has hecho quedar como un idiota.

Mi amigo me mira con sorna.

—¿De verdad no te has dado cuenta? Si es así espero que no te fíes de tu cerebro, porque tu materia gris parece incapaz de memorizar las cosas —me dice.

No sé de qué diantres me está hablando.

—¿Cómo? ¿Qué me quieres decir? ¿Por qué te enfadas ahora?

—Masao Kuonji. Antiguamente se llamaba Masao Fujino, y se apodaba Fujimasa. ¿No lo recuerdas?

—Ah...

Una vaga imagen, ubicada en uno de los rincones de mi cerebro, empieza a tomar forma.

Aparece una persona de semblante agradable, con gafas de culo de botella, retraído. Era un compañero de un curso superior que quería entrar en la facultad de Medicina.

—¿Ese Fujimasa? Pero no puede ser el mismo, ¿él no se fue a Alemania?

—¿Crees que vivió en Alemania durante y después de la guerra? Es más, de nuestra generación, ¿crees que hubo alguien que no fuera llamado a filas? Incluso tú, que gracias a tu formación científica te quedaste en la reserva, fuiste enviado al frente por error, ¿no?

—Tienes razón, pero tú no fuiste.

—No estamos hablando de mí.

Kyōgokudō aprieta los labios y se termina el poco té que aún le quedaba

en la taza.

—Es cierto que Fujimasa se fue a Alemania. ¿Cómo consiguió salir del país? ¿Y por qué se marchó precisamente a Alemania? No podemos saberlo. Pero, si la memoria no me falla, regresó un año después del estallido de la guerra. Bueno, en realidad, como la guerra empezó a finales de año, regresó casi al inicio de las hostilidades. Y como tenía planeado empezar a estudiar, se matriculó en la facultad de Medicina de la Universidad Imperial de Tōkyō. Sin embargo, tres años después, la situación empeoró y lo reclutaron. Afortunadamente, justo cuando iban a enviarlo a Siberia, terminó la guerra y pudo volver a la universidad, donde obtuvo su título y su licencia para ejercer como médico.

—Entonces los dueños del sanatorio Kuonji lo adoptaron y se casó, ¿no? Vaya, no sabía nada de eso.

—Esos rumores que lo vinculan con los nazis se deben, probablemente, a su formación. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de él, pero jamás imaginé que hubiera desaparecido.

Dicho esto, Kyōgokudō se queda mudo.

Masao Fujino estaba un curso por delante nuestro en el bachillerato. Quería ser médico, y recuerdo que era un chico miedoso y callado. No me había dado cuenta hasta ahora de que el desaparecido era un conocido. Pero ¿cómo diantres iba a saberlo? No supe nada de él después de la guerra y tampoco relacioné su apodo, Fujimasa, con su nombre actual, Masao Kuonji.

En mi cabeza, empiezan a resucitar poco a poco mis recuerdos de él.

—No me acuerdo bien, pero cuando éramos estudiantes Fujimasa estaba enamorado de una chica, ¿no? Si la memoria no me falla, ella también tenía algo que ver con un sanatorio... Era la hija de un médico, ¿no? Ahora lo recuerdo. Fue durante el verano del décimo cuarto año de Shōwa, en 1939. Habíamos ido al festival Kishibojin[39]; allí fue donde se quedó prendado de la hija de los Kuonji. ¿No recuerdas que nos burlamos de él por eso? Era un tipo muy ingenuo. No me había percatado pero, ahora que lo pienso, después de la guerra consiguió dos grandes sueños: el título de médico y la chica de la que estaba enamorado.

Como ha quedado claro antes, cuando recitó de memoria la descripción de un libro viejo, la retentiva de Kyōgokudō es superior a la de cualquier otra persona.

Este descubrimiento ha sido algo totalmente inesperado. Me he quedado sin palabras. El librero empezó rascándose la barbilla, pero ahora ha

comenzado a despeinarse el cabello con las manos.

—¿Por qué has tenido que contarme todo esto? No me gusta verme inmiscuido en estas cosas; por eso vivo aquí, aislado de todo.

Tras decir esto, se lleva de nuevo la mano a la barbilla y baja la cabeza. En esa postura se parece mucho a Ryūnosuke Akutagawa[40] en su foto más famosa. Se queda petrificado en esa posición durante un rato, hasta que dice de repente, en voz baja:

—Un conocido. Ahora que sé que el protagonista de este incidente es un conocido no puedo mantenerme al margen. —Y a continuación baja de nuevo la mirada. Después de meditar un poco, añade—: Pero en este caso no se requieren mis servicios. Sekiguchi, ¿tienes algo que hacer mañana? Deberías pedirle ayuda al detective. Es un año mayor que nosotros y fue compañero de Fujimasa; seguramente lo conoció mejor que nosotros. A lo mejor sabe algo. —Me mira con expresión misteriosa y concluye—: Te quedas al mando de este asunto.

Cuando me despido de él, me doy cuenta que ya son las diez de la noche. Fuera está oscuro, pero la temperatura no ha cambiado mucho.

El librero me dice que a esta hora podría tropezar al bajar la pendiente, por lo que se empeña en darme una lámpara de papel. Si me hubiera ofrecido una linterna la habría aceptado, pero una lámpara de papel es algo demasiado arcaico. Como hay luna, creo que no habrá problema, así que rechazo el ofrecimiento.

—Cuida por donde caminas —me dice.

Al hacerse de noche, la cuesta se queda desierta. Ni siquiera hay farolas.

La luz de la luna se refleja sobre la tapia de adobe, que parece seguir hasta el infinito.

Más allá de la tapia... No se puede ver nada.

Me siento raro.

Intento recordar el contenido de nuestra conversación. Trato de hacerlo en orden, pero mis recuerdos son ambiguos. Hemos hablado de la imposibilidad de saber si el mundo en el que estoy es real o virtual. Los recuerdos son relativos. Hemos hablado de eso, ¿no?

¿No fue esa nuestra conclusión?

Hay una ciencia llamada física cuántica que dice que las cosas no se materializan hasta que son observadas.

Si es así, ¿qué diantres habrá al otro lado de esta tapia? ¿No habrá nada?  
¿Y al final de este camino?

De pronto, me siento como si el suelo bajo mis pies fuera blando.

Tropiezo. El aire a mi alrededor se ha vuelto denso y ya no distingo los límites entre ese aire y el suelo.

Está tan oscuro que no puedo ver qué hay bajo mis pies.

«Si no lo veo, no puedo saber qué hay. Podría ser cualquier cosa».

A mi espalda, en la oscuridad, está la *ubume*. Está llena de sangre de cintura para abajo.

No hay nada misterioso.

Está ahí, ¿no?

De pronto, se me pone la carne de gallina.

Todo esto terminaría si me girara. Confirmaría que no hay nada y dejaría de tener miedo. Pero...

«Al observarlo, defines su tamaño y cualidad por primera vez».

No dejo de escuchar las palabras de Kyōgokudō.

Como no lo he comprobado, es posible que ella esté ahí.

«Y hasta que eso se defina, lo que se quiere medir solo se puede determinar bajo una cierta probabilidad».

Si eso fuera cierto, la probabilidad de que la *ubume* estuviera ahí no sería cero.

Empiezo a caminar más rápido.

Cuanto más intento apresurar el paso, más trastabillo.

«La probabilidad de que todo lo que te rodea sea como un fantasma, una farsa, y de que no lo sea, es la misma».

¿Cuánto habré bajado ya de la pendiente? El paisaje no ha cambiado.  
¿Hasta dónde seguirá este muro? ¿Qué se supone que hay al otro lado? ¿El mundo que estoy viendo es una alucinación?

Estoy sudando. Tengo sed.

Si este mundo es real, no es de extrañar que ocurran cosas misteriosas.

«Que te quede claro, Sekiguchi: en este mundo no hay nada misterioso».

Claro. Ahora lo entiendo.

Seguramente hay una *ubume* a mi espalda con expresión mortificada.

Lleva a su bebé en brazos.

Amigo Fujimasa...

Seguramente estoy en la séptima demarcación de la pendiente; estoy mareado.



## 2

Despierto y hay tanta luz que las manecillas del reloj ya deben de haber pasado las once. Tengo la cabeza tan pesada como si en su interior estuviera lloviendo plomo.

Qué calor tan húmedo. Esta habitación parece una sauna. El día es tan luminoso que estoy deslumbrado. Ahora que ha amanecido, lo que ocurrió ayer en la librería Kyōgokudō parece un sueño.

Después de levantarme y vestirme nerviosamente, encuentro a mi esposa Yukie haciendo unos *shiratama*[\[41\]](#). Tiene el kimono remangado, se ha atado las cuerdas de las mangas.

Yukie se queja de que anoche no pudo dormir nada debido al calor tropical y a mis gemidos. Está un poco demacrada.

—¿Está bien mi querida Chizuko? —me pregunta mi esposa sin volverse.

Chizuko es la mujer de Kyōgokudō. Como nosotros somos amigos, nuestras esposas se llevan muy bien y a veces quedan para verse. Informo a mi esposa de que no la vi.

—Ah, entonces estará en el festival —me dice—. Ya me lo imaginaba.  
No sé de qué diantres me habla.

Después de comer, espero a que baje un poco el sol y salgo de casa.

La estación más cercana a mi domicilio es Nakano, que antes pertenecía a la compañía ferroviaria Kōbu, pero que ahora forma parte de la línea Chōhō de Ferrocarriles Nacionales Japoneses; tardo veinte minutos en llegar caminando.

El desarrollo que ha experimentado Nakano es inaudito. Como está cerca de Shinjuku, el año pasado empezaron a restaurar la fachada de la estación. Antes de la guerra, aquí no había más que un par de academias e instalaciones del Ejército de Tierra; era una zona desabrida, pero ahora está llena de tiendas. Es como si hubiera renacido.

Al llegar a la estación, ya estoy empapado en sudor. Para alguien que suda tanto como yo, subirse un día como hoy al tren es un sufrimiento.

Me bajo del tren en Kanda y lo primero que hago es dirigirme a la editorial Kitansha. Quiero visitar a la hermana de Kyōgokudō. Antes, el edificio albergaba varios negocios que se incendiaron durante la guerra. Ahora, lo han remodelado, aunque nadie consideraría bonita su fachada. La editorial es la dueña de todo el inmueble.

Han pasado siete años desde el fin de la guerra y el sector editorial se ha recuperado bastante. Tras sufrir la censura de la ocupación, el sistema de racionalización del papel, y otras penalidades, el sector ha conseguido restablecerse y vender muchos libros y revistas. Han comenzado a reeditar las novelas anteriores al conflicto bélico, las enciclopedias y las obras completas, y en los últimos años incluso se están haciendo algunas traducciones y se están publicando originales que muestran vívidamente las heridas de la guerra. Estas publicaciones se colocan en los estantes de las librerías con orgullo, algo impensable antes de la guerra.

Incluso las revistas de baja calidad, comúnmente llamadas *kasutori*[\[42\]](#), han logrado mantenerse. Fueron prohibidas al principio de la posguerra y obligaron a sus editores a detener su actividad, pero se mantuvieron en el mercado cambiando constantemente de nombre para sobrevivir.

Kitansha empezó a publicar antes de la guerra, por lo que no es como todas esas nuevas editoriales que han podido gozar de la liberación de la posguerra. Aunque no es de primera línea, publica tres revistas de tirada mensual.

La hermana menor de Kyōgokudō trabaja en la tercera planta, en la sala

de edición del boletín mensual *Kitan*. Como indica su nombre, la editorial Kitansha nació con esta revista, que sigue siendo su publicación más importante. Aunque su tirada es modesta, sus ventas han aumentado poco a poco.

En el boletín mensual *Kitan*, se intentan explicar historias misteriosas y sucesos extraños de todas las épocas y países desde una perspectiva racional. Al escuchar el nombre de la revista, es posible pensar que es una revista para adultos más, llena de contenidos eróticos y macabros. Sin embargo, es una revista seria y jamás publica el tipo de artículos que podrías leer en las *kasutori*, sino reportajes relacionados con la historia, la sociedad y la ciencia. Rara vez publican algo sobre los temas sobrenaturales que tan poco le gustan a Kyōgokudō, pero, incluso cuando lo hacen, intentan mantener cierta distancia y seriedad. Ese ha sido siempre su estilo. Aunque es una revista de entretenimiento, la seriedad de su línea editorial ha conseguido que se diferencie de las nuevas *kasutori*.

Hace dos años, un amigo del hermano del editor me recomendó para la revista literaria de la segunda planta por razones que no es necesario comentar aquí. Se llama *Literatura Moderna*, y desde entonces he publicado ahí algunas de mis obras.

Sin embargo, no solo vengo a Kitansha cuando tengo algo que tratar con los encargados de *Literatura Moderna*.

Aunque me gustaría poder vivir de mis novelas, para ganarme el pan tengo que realizar otros trabajos. Escribo artículos sin firma para varias *kasutori*. Como las revistas de baja calidad se multiplican como los brotes de bambú después de la lluvia, normalmente les faltan escritores y, si no eres exigente, siempre tienes trabajo.

Aunque agradezco el trabajo, incluso a mí me resultan repulsivos los artículos sobre los vicios inconfesables de la gente o sobre sus intimidades sexuales. Por eso suelo elegir temas que están un poco pasados de moda, como los misterios o los casos extraños, aunque para poder escribir sobre ello necesito fuentes, y estas siempre son difíciles de encontrar. Esa es la razón por la que rondo por la sala de edición de la tercera planta, donde tomo notas para hacer mis dramatizaciones. Me mantengo de este modo, gracias a las migajas de otros, y por eso no respondo cuando Kyōgokudō se burla de mí.

Así que, aunque no trabajo para ellos, soy un asiduo de esta sala.

El redactor jefe, un tipo llamado Makoto Nakamura, está concentrado escribiendo.

—¿Está la señorita Chūzenji? —le pregunto sin saludar antes.

Chūzenji es el apellido de la hermana de Kyōgokudō. Él se apellida igual, por supuesto; tiene un nombre muy grandilocuente: Akihiko Chūzenji.

Sin embargo, es muy raro que lo llamemos así. Casi todos usamos con él el nombre de su negocio. De hecho, Kyōgokudō es el nombre de la pastelería de su esposa, cuya casa familiar está en Kioto; cuando abrió su librería de viejo la llamó del mismo modo, aunque parezca absurdo.

Nakamura, el redactor, levanta la mirada y me contesta, risueño:

—Vaya, pero si es el señor Sekiguchi... ¿Por qué no ha avisado de que iba a venir? Pero, no importa, pase. Hace calor fuera.

Después de su invitación, que pronuncia con voz grave y nítida, me siento en una de las sillas de la sala.

Nakamura se sienta frente a mí y agita un bloc de hojas cuadriculadas.

—¿No está ocupado? Si le estoy entreteniendo me marcharé enseguida, no se preocupe por mí.

—No, qué va. Estaba puliendo el plan para el número del mes que viene pero, como no he avanzado nada, estaba a punto de salir a dar una vuelta para despejarme la mente. —Si la memoria no me falla, el redactor es de Kansai. Al hablar, se le nota el acento de la región—. Por cierto, usted estaba investigando el moho mucilaginoso, ¿no? Entonces debe de saber quién es Kumagusu Minakata[43], ¿verdad? Mire: aprovechando que el año que viene es el décimo tercer aniversario de la muerte del profesor Kumagusu, estábamos pensando hacer un número especial sobre el moho mucilaginoso. ¿No nos podría usted escribir algo? ¿Qué le parece algo sobre la misteriosa vida que enlaza a los animales y las plantas?

—Bueno, por mí no habría problema, pero si no me equivoco el profesor murió el décimo sexto año de Shōwa, en 1941. Falta bastante para su décimo tercer aniversario, ¿no?

No es que a mí me interese demasiado el moho mucilaginoso. Lo que ocurrió fue que un profesor de mi universidad, que era muy amable conmigo, me recomendó que iniciara una investigación al respecto. Una cosa llevó a otra y terminé quedándome en el centro de investigación, pero no me apetece nada ponerme a escribir sobre eso ahora.

—Ah, vaya. Bueno, entonces contaremos con su colaboración dentro de dos años —me dice en voz baja.

—Oiga, ¿hay alguna novedad sobre el hombre desaparecido? Ese al que estaba investigando la señorita Chūzenji.

—No me diga que a usted también le interesa. Mire, yo siempre he pensado que ese tema podría ser un bombazo, pero no estaría bien que lo explotáramos.

Mi intención era indagar sin que se notara demasiado, pero parece que el redactor me ha malinterpretado. Hasta hace un instante parecía cabizbajo, pero ahora ha recobrado el ánimo y parece bastante contento. Me siento un poco avergonzado.

—¿Por qué? ¿Cree que no son más que rumores?

—No, para nada. Es cierto que ese joven médico desapareció de una habitación cerrada por dentro. Según me ha contado Chūzenji, han surgido muchos rumores de mal gusto y podría resultar hiriente, por lo que no podemos tratarlo en nuestra revista.

—¿Ha dejado de investigar? —Me parece algo inusual.

Nakamura se rasca la cabeza con timidez.

—Sí. Mire, esa señora lleva embarazada veinte meses. Hay muchos rumores vulgares al respecto. Aunque nuestra intención fuera investigar la desaparición del marido, terminaríamos haciendo pesquisas sobre ella. Por muy objetivos que intentáramos ser, terminaríamos siendo arrastrados por esos extraños rumores —dice, con cara de pocos amigos—. No somos una *kasutori*. No vivimos de ese tipo de noticias y no vamos a actuar de un modo irresponsable. Eso es todo.

—Vaya, no sabía que hubiera algo más en este caso —le digo, fingiendo ignorarlo todo.

Aunque yo no me había dado cuenta de lo contraproducente que sería sacarlo a la luz hasta que Kyōgokudō me puso en mi lugar, aquella muchacha de veinte años no había obviado esa posibilidad.

—Pero, entre nosotros, en un principio creí que sería interesante. Jamás había oído hablar de una embarazada con esos síntomas y pensé que podríamos analizar el caso desde un punto científico, ya que es muy probable que el cuerpo de la madre entrara en *shock* cuando el esposo desapareció.

—Tiene sentido. ¿Y ella qué le dijo?

—Que deberíamos pensar en el niño que iba a nacer, eso me dijo...

No podrían negar que son hermanos. Ambos opinan lo mismo.

—Todos esos chismes y rumores habrán tenido su origen en algo, ¿no? No se puede escribir un artículo sobre un tema sin mencionar las causas, ya sea la desaparición de un humano en una habitación cerrada o los efectos psicológicos en el cuerpo de una embarazada. Aunque el niño que está por

nacer no tiene la culpa, en cuanto se publique esta historia pasará a la posteridad. Caray, llevo muchos años en este negocio y creo que me he vuelto un poco capitalista. Lo más importante no es vender, y no se debe escribir sobre cualquier cosa. Cualquier artículo, por insignificante que parezca, puede tener un efecto sobre la sociedad y las personas. Lo entendí en cuanto me lo explicó. Como dice el refrán: «A veces, el niño que llevas a la espalda puede guiarte al cruzar el río».

Parece que Nakamura estaba deseando hablar de esto con alguien. Yo me siento igual de avergonzado que él; había estado a punto de hacer una tontería que podría haber perjudicado a un hombre que ha resultado ser un viejo conocido, y si no ha sido así es gracias a la valentía de la hermana de Kyōgokudō.

Aunque me gustaría preguntarle más cosas al respecto, no lo hago.

—Es una muchacha muy elocuente... No hay muchas chicas como ella. No se parece en nada a las jóvenes de ahora, que son tan débiles de moral. Si le soy sincero, en un principio pensé que no servía para este trabajo. Tenía una carita tan tierna... Los jóvenes de ahora no son capaces de aprender nada pero, en su caso, me basta decirlo una vez para que ella aprenda diez cosas más. Es ya toda una profesional. Jamás pensé que encontraría a una trabajadora como ella. Por favor, salude de mi parte a su hermano.

—Vaya, cuántos halagos. ¿Debo mantenerlos en secreto?

—Por supuesto. Aunque no lo parezca, tengo que mantener mi autoridad —me dice entre risas.

Como no voy a conseguir más información sobre el sanatorio Kuonji, decido marcharme de allí. Me levanto y estoy a punto de despedirme cuando el redactor baja la voz.

—Oiga, señor Sekiguchi —me dice, y me hace una seña para que me sienta de nuevo—. Hemos decidido no seguir investigando este caso por las razones que acabo de exponerle, pero... Me ha llegado una extraña noticia a través de otra fuente.

Siempre me pasa la información de los casos que su revista no puede publicar. Aunque se haga el tonto, está bien enterado de los trabajillos que hago para sobrevivir.

—Hay otro rumor relacionado con el sanatorio en el que tuvo lugar la desaparición. Dicen que poco antes de eso se produjeron varios casos de recién nacidos desaparecidos. En la clínica, por supuesto, lo niegan. Afirman que fueron muertes postparto o abortos naturales, pero se rumorea que se

escucharon gritos y que las enfermeras que sabían este secreto también desaparecieron. Los malos rumores no han cesado, y, en cierto momento, acudió la policía a investigar. Y justo entonces desapareció el joven doctor. Al parecer, ni siquiera han informado de ello a las autoridades. —Al ver mi expresión, baja la mirada y se disculpa—. Yo también he hecho algunas preguntas, pero no se lo diga a Chūzenji. En ese sanatorio pasa algo misterioso. Le pido que no le cuente nada de todo esto, puesto que ella nos pidió que dejáramos estar el tema —dice, y vuelve a rascarse la cabeza—. A fin de cuentas, tengo que mantener mi autoridad.

Al salir de Kitansha voy a ver al detective privado a Jinbōchō[44] tal como me aconsejó ayer Kyōgokudō.

Lo de detective es en serio. Reijirō Enokidu se gana la vida con ese trabajo.

Es posible que yo sea un ignorante, pero no conozco a ningún otro detective privado.

Mientras camino, observo los escaparates de las librerías del barrio de Jinbōchō.

El sol de verano pega con fuerza. Es posible que ayer terminara realmente la temporada de lluvias. Quizá es por haberme dedicado a la investigación de un moho, pero los días lluviosos y húmedos me gustan más que los despejados y soleados. Por esa razón, Enokidu me puso una vez el desagradable mote de «Criptógamo».

Enokidu es un año mayor que Kyōgokudō y yo, así que iba un curso por delante en bachillerato. Es un tipo sumamente excéntrico.

En el instituto, su posición era casi la de un emperador. Sobresalía en todas las áreas: en los estudios, en artes marciales, en artes plásticas... incluso en las peleas destacaba. Era un erudito, y además su familia era de alcurnia. Monopolizaba tanto las miradas de envidia de los chicos como las miradas de deseo de las chicas (aunque aquí habría que incluir a algunos estudiantes mayores con claras tendencias homosexuales). En el instituto nadie podía superar a Enokidu: ni los más revoltosos ni los más responsables. Era una persona diametralmente opuesta a alguien como yo, que intentaba superar su depresión. El que nos presentó fue Kyōgokudō, aunque en esa época nadie lo llamaba así. No sé cómo se conocieron ellos, pero el emperador Enokidu, que se mantenía invicto ante sus enemigos, siempre mantuvo distancia con

Kyōgokudō.

No sé por qué, pero Enokidu se interesó por mí. Y, con el tiempo, nos hicimos muy amigos.

Es posible que, aunque muchos envidiaran su posición, Enokidu se sintiera muy solo.

—Pareces un mono —me dijo la primera vez que me vio.

Fue tan grosero que ni siquiera me enfadé, pero Kyōgokudō le contestó por mí.

—Este tipo padece depresión, ¿es que quieres que le dé un chungo? Además, tú no eres el más indicado para hablar; todos sabemos que eres maniaco.

Lo cierto era que Enokidu tenía tendencias maniacas. Siempre estaba alegre y de buen humor. Lo que más le gustaba era hacer esperar a las colegialas que se morían por él y después de un rato largo aparecer como si no hubiera pasado nada. Si lo comparamos con el resto de estudiantes de esa época, su personalidad era escandalosa; más que inocente era ingenuo, y su actitud era muy infantil. Todo aquello era muy atractivo para mí. Cuando estábamos juntos, me olvidaba de la diferencia de edad, porque a él tampoco parecía importarle. En el antiguo sistema de bachillerato las reglas eran muy estrictas: los débiles eran vistos como seres inferiores y las relaciones entre estudiantes seguían un sistema jerárquico. Enokidu era un soplo de aire fresco.

Sea como fuese, lo cierto es que era un bicho raro. Yo siempre digo que Kyōgokudō era el *yokozuna*[\[45\]](#) del este y Enokidu el del oeste, aunque los dos lo niegan completamente. Según ellos, el raro era yo.

Siempre, en todas las épocas, hay gente que no encaja con los cánones. Seguramente nosotros no lo hacíamos. Enokidu, Kyōgokudō y yo éramos los raritos de la sociedad estudiantil de aquella época.

Giro en una de las calles de la avenida de las librerías y, después de cruzar un callejón abarrotado de tiendas, aparece ante mis ojos un edificio de tres plantas. Como está rodeado por inmuebles de una o dos plantas, sobresale. Es el hogar y despacho de Reijirō Enokidu. Tiene la primera planta alquilada a un sastre, y en el sótano hay un bar. Si no me equivoco, en la segunda planta están instalados una empresa mayorista, un despacho de abogados y una asesoría. Finalmente, la agencia de detectives ocupa toda la tercera planta. Es demasiado lujoso pero, como es el dueño de todo el edificio, no le supone ningún gasto. Vive de las rentas del resto de plantas y no tiene problemas económicos; por eso puede mantener un negocio tan absurdo



como una agencia de detectives.

La familia Enokidu proviene de los extintos *kazoku*: una familia de alcurnia. En cierta medida, el carácter ingenuo de mi amigo es el resultado de haber crecido en un buen hogar, aunque también se lo debe a su padre, que era bastante excéntrico.

El vizconde Enokidu era aficionado a la Historia Natural y, en los primeros años de la era Shōwa, viajó a Java. Para matar el aburrimiento, empezó a importar materias primas, empresa que finalmente se convirtió en una mina de oro. El objetivo de su viaje había sido la pesca y la búsqueda de insectos, pero el destino le tenía reservada una gran fortuna. A diferencia de los aristócratas decadentes tan en boga hoy día, estableció un emporio que no se ha visto afectado por ninguna contrariedad. La mayor parte de los *kazoku* y sus familias han terminado en la calle, pero los Enokidu siguen disfrutando de una gran prosperidad.

Sin embargo, si pensáramos que el detective vive holgadamente gracias al poder económico de su padre, nos equivocáramos. El vizconde repartió la herencia a sus hijos en cuanto llegaron a la edad adulta, aduciendo que así quedaba liberado de la responsabilidad de seguir manteniéndolos. Además, no les permitió que trabajaran en la empresa familiar, una decisión valiente en un país en el que el sistema sucesorio ha calado hondo.

Aunque Enokidu obtuvo una gran fortuna, no podría vivir sin trabajar.

Su hermano mayor, Sōichirō, abrió un club de jazz con la herencia recibida al que los militares eran asiduos durante la ocupación. Al parecer, heredó el talento comercial de su padre y le ha ido bien.

Enokidu solo heredó su excéntrico carácter y no le ha ido tan bien. Estuvo en el ejército y su carrera militar parecía prometedora, pero al volver del frente su suerte cambió por completo. Toda su formación académica y experiencia militar quedó desperdiciada.

Aunque a él eso le importa un comino.

Como se le daba bien dibujar, durante un tiempo se dedicó a hacer ilustraciones para algunas revistas y empresas de publicidad, pero ese trabajo no le duró mucho. A continuación, intentó ganarse la vida tocando la guitarra en el club de jazz de su hermano. La gente empezó a considerarlo el típico soldado que se ha quedado tocado tras la guerra, incluso se rumoreaba que consumía metanfetaminas... Aunque él hacía caso omiso, al final decidió dar un vuelco a su vida y usó lo que le quedaba de herencia para adquirir este inmueble. Eso fue hace más o menos medio año.

Paso de largo el escaparate de la sastrería y me detengo frente a la puerta. El grabado de la placa es ciertamente pomposo: «Edificio Enokidu». El interior es fresco, y la barandilla de las amplias escaleras de piedra está fría. Es muy agradable. Revitalizado, subo hasta la tercera planta. Las ventanas de la escalera son tan pequeñas que apenas permiten el paso de la luz, por eso está tan fresca.

En la puerta de vidrio esmerilado hay unas letras doradas: «Agencia de detectives Rosacruz».

Esta es la oficina de Enokidu. El nombre de la agencia de detectives es de lo más tonto. Evidentemente, no tiene nada que ver con la Orden Rosacruz de la Europa medieval. Cuando Enokidu se decidió por esta profesión, Kyōgokudō estaba leyendo casualmente una traducción de un libro europeo sobre magia; durante la conversación salió a colación ese tema y decidieron bautizar así a la agencia. Aunque está muy trillado, Enokidu está contento con él.

Al abrir la puerta se escucha una campana: *talán*.

Torakichi Yasukazu está en el sillón para las visitas situado junto a la entrada, bebiendo café.

—Qué milagro, bienvenido.

El afable Torakichi es hijo de uno de los sirvientes de los Enokidu. Se dice que el vizconde se ofreció a pagar sus estudios pero, como no le gustaba ir a clase, empezó a trabajar como aprendiz de un carpintero. Eso tampoco le gustó y ahora vive y trabaja con Enokidu. Es un chaval muy dispuesto, pero a veces es un poco impertinente.

—¿Dónde está el detective?

—El señor está todavía en su dormitorio. Es que ayer vino el agente Kibashū y estuvieron hasta las tantas...

Torakichi mueve la mano derecha como si bebiera. Seguramente estuvieron de juerga.

—Vino Kibashū, ¿eh? Entonces debió ser toda una odisea.

Kibashū, que en realidad se llama Shūtarō Kiba, es un amigo de la infancia de Enokidu. Trabaja en el Departamento Metropolitano de Policía de Tōkyō y estuvo en el mismo batallón que yo. Sobrevivimos juntos a la guerra.

A Kiba le encanta beber. A Enokidu también, y cuando están juntos y empiezan, no saben cuándo parar. Yo, que no estoy acostumbrado a beber, nunca he aguantado una juerga con ellos.

Me siento junto a Torakichi y me secó la frente con un pañuelo.

—En serio, señor, ayer se emborracharon bien. En el calor de la fiesta, mi señor metió el pie en el ventilador y mire cómo quedó. —El cadáver del aparato está en un rincón de la habitación—. Es una calamidad, con el calor que hace...

—¿Qué dices? Alégrate de tener uno; ese es un lujo que las personas normales no podemos permitirnos. Yo sudo tanto en casa que ya he perdido dos kilos. Por cierto, ¿ha despertado ya?

—Supongo, he escuchado ruidos. Esperamos visita dentro de un rato; si no sale ya, nos veremos en un aprieto. ¿No podría despertarlo usted por mí? Cuando lo hago yo, se enfada mucho.

Enokidu tiene muy mal despertar. Es extraño que vaya a venir alguien a la agencia. Desde que abrió el negocio, hace ya seis meses, creo que no ha venido nadie.

—¿La visita es un cliente? ¿O se trata del que va a reparar el ventilador?

—El ventilador ya ha pasado a mejor vida. Viene un cliente, por supuesto. Una dama, además. Llamó por teléfono hace un rato para avisar de que llegaría en una hora. Pero, no se crea, es la cuarta cliente que recibimos. Vendrá pronto, pero mi señor no respeta los horarios...

Torakichi habla como si fuera su benefactor.

Estoy un poco sorprendido.

Va a venir un cliente a esta absurda agencia de detectives. Y no solo eso: Torakichi dice que ya han venido tres más. Es la primera vez que escucho semejante cosa. Si es cierto, ¿qué le pidieron a Enokidu que investigara? Tengo mucha curiosidad, pero... Antes habrá que despertar al detective.

Junto al sillón de visitas, hay una mesa grande en la que hay un tetraedro en el que pone «Detective». Es muy propio de Enokidu, y cada vez que lo veo me muero de risa.

Llamo suavemente a la puerta del dormitorio y la respuesta que obtengo es algo a medio camino entre el llanto de un bebé y el rugido de una bestia. Como no tengo más remedio, entro. Enokidu está sentado en la cama con las piernas cruzadas, mirando la montaña de ropa que tiene delante.

—Oiga, Eno, ¿está despierto?

—¡Claro que sí! —me contesta sin apartar la mirada de la ropa.

Entonces me percaté de que, además de una camiseta de color escarlata que lleva sobre los hombros, solo tiene puestos los calzoncillos. Parece el segundo hijo de un *hatamoto*[\[46\]](#).

—¿Está despierto de verdad? ¿Qué hace con esas fachas? El cliente que

espera llegará pronto y Torakichi está preocupado. ¿Bebió demasiado anoche? Ya no es tan joven, parece hecho polvo.

—Oye, vienes sin avisar y me dices que estoy hecho polvo. No tienes consideración alguna, Seki.

Enokidu me llama Seki. Es el diminutivo de Sekiguchi. Cuando estábamos en bachillerado, ese tipo de apodos estaban de moda entre los mayores; por eso yo no recordaba el nombre de Masao Fujino sino su mote, Fujimasa. Los de mi curso no teníamos esa costumbre pero, no sé por qué, a mí sí me llamaban así. Al principio me pusieron Sekitatsu pero, como les dije que parecía el nombre de un bombero del periodo Edo, me quitaron el *tatsu* y me quedé con Seki. A partir de entonces y hasta la fecha, Enokidu me llama Seki. Y no solo a mí; también utiliza un diminutivo con Torakichi Yasukazu y con Shūtarō Kiba, a los que llama respectivamente Kazutora y Kibashū. Le encantan ese tipo de apodos. Sin embargo, como Kibashū es más largo que Kiba, creo que no puede considerarse un diminutivo.

—Eno, yo también tengo que hablar de algo con usted. Cámbiese, por favor, que parece Kuranosuke Ōishi[47] en un burdel.

Ahora que lo pienso, yo también uso un diminutivo con él, Eno, así que no debería criticarlo.

—Tú no lo comprendes, Seki. Si decidir qué ponerse cada día fuera tan fácil, no habría renunciado a todos los trabajos que he tenido.

—¿Es que no sabe qué ponerse?

—Llevo dos años pensándolo, pero no he llegado a ninguna conclusión. Un escritor puede ponerse una camisa de cuello abierto o un *yukata*[48], da igual, porque su atuendo no tiene ningún efecto sobre su oficio. Pero yo soy detective. Mi atuendo tiene que dejar claro lo que soy sin perjudicar mi labor. Por eso es más difícil para mí.

Es absurdo. No sé por qué se toma esas cosas tan en serio.

Sin embargo, esto me ha ayudado a relajarme. Ahora todo me parece una tontería.

—No entiendo por qué cree que debe parecer un detective para hacer bien su trabajo, pero lo tiene fácil: imite a Sherlock Holmes. Póngase una gorra de cazador y una pipa en la boca.

—Ah, buena idea —dice, y busca en la montaña de ropa una gorra de cazador—. Lástima, no tengo ninguna similar.

Todavía no me ha mirado.

—Oiga, Eno, no está tomándome en serio. Voy a relatarle lo que he

venido a contarle.

La habitación de Enokidu está llena de todo tipo de cosas, así que no puedo sentarme. Como no tengo otra opción, empiezo a contarle lo sucedido de pie.

Mientras hablo, el tipo escarba en la montaña de ropa como si estuviera en trance. Solo reacciona cuando escucha el nombre de Fujimasa: levanta la mirada, pero ni siquiera asiente. Tengo la sensación de que no me está haciendo caso.

—Eno... Hágame caso, por favor. Está empezando a colmar mi paciencia.

—Te estoy escuchando —me dice, mirándome por fin.

Tiene los rasgos muy marcados, y unos ojos café impresionantemente grandes. Su piel es tan blanca que no parece oriental. Tiene el cabello castaño, más claro cuando lo rozan los rayos del sol.

Es un tipo con poca pigmentación. Parece un arlequín.

—¿Por qué tienes esa cara de bobo, Seki? A ver si el que está hecho polvo vas a ser tú. Si fueras una chica guapa no me importaría, pero eres un tío con cara de mono y barba cerrada y estás ahí de pie como un imbécil. Me dan ganas de darte un puñetazo.

Me pone los nudillos frente a los ojos y entonces recupero el sentido. Aunque lo conozco desde hace mucho, siempre me quedo embobado mirando su rostro, tan afectado y artificial.

—Es que usted no me hace caso, Eno...

—¿Y por eso te quedas alelado?

—No me he quedado alelado, es que me sorprendió que se girara tan de repente.

No sé por qué tengo que darle explicaciones; con Enokidu y Kyōgokudō siempre me pasa lo mismo. Es como si tuvieran algún efecto mágico o venenoso en mí; pero, como ellos no se dan cuenta de su influencia, acabo pareciéndoles un idiota. De hecho, cuando me alejo de su ámbito de influencia dejo de ser un idiota y me convierto en una persona normal y corriente, pero si estoy con ellos mis habilidades se ven mermadas y termino por excusarme sin querer ni necesitar hacerlo.

—No importa. Los hechos de tu historia son inciertos y las fechas son erróneas. Has divagado y en tu relato había varias incongruencias, pero en lugar de interrumpirte para señalártelas he preferido escuchar la historia completa. Que no te mire no implica que no te escuche: aunque quisiera, no

podría cerrar mis orejas.

Dicho esto, el detective se pone la camisa que ha escogido.

—¿No dicen que los mejores oyentes son aquellos que te hacen saber que te están escuchando? Además, no sabía por dónde empezar una historia tan complicada.

—¿Qué tiene de complicada? Eres bobo, en serio. Fujimasa fue adoptado por su familia política y desapareció de una habitación cerrada por dentro; en ese momento, su esposa estaba embarazada de tres meses, pero un año y medio después aún no ha nacido la criatura. Atsu empezó a investigar el caso, te pidió tu opinión y tú lo consultaste con Kyōgokudō, que te recomendó que vinieras a verme. Habría sido suficiente con decir eso, y no habrías tardado ni treinta segundos.

—Ocurrieron más cosas antes de que llegara a esa conclusión.

—Pero esos detalles deberías contármelos cuando ya haya entendido de qué va el tema. Si necesito preguntarte algo, lo haré y punto.

Visto así tiene razón.

Enokidu se anuda la corbata con los ojos cerrados.

—¿Cómo dices que se llama la clínica? ¿Ijūin o Kumamoto?

—Kuonji. ¿Ve como no me estaba escuchando?

Enokidu empieza a reírse a carcajadas.

—¡Kazutora! ¡Kazutora! —llama mientras se ríe alegremente.

Torakichi abre la puerta.

—¿Qué ocurre, señor?

—Nada, ¿cómo se llamaba el cliente al que esperamos? ¿Era *Kunō*, o *Yakushiji*?

Torakichi frunce el ceño con preocupación y me mira. A continuación se dirige a Enokidu:

—Kuonji, señor. Por favor, procure no equivocarse al dirigirse a ella.

Me he quedado perplejo.

—Pues de eso se trata, Seki. Me alegro de que hayas venido. No sabía qué iba a pedirme alguien con semejante apellido, así que estaba un poco preocupado. Misterio resuelto: la dama va a pedirme que encuentre a Fujimasa. —Vuelve a hacerse el nudo de la corbata y añade—: Bueno, Seki, tú sabes más que yo de esta historia. ¿Por qué no haces tú de detective?

—¡No diga tonterías! Yo soy escritor; el detective es usted, ¿no?

—Eso es lo de menos. Sería mejor que tú, que tienes un conocimiento previo, hicieras las preguntas. La dama se sentirá más cómoda y la

conversación será más agradable.

—No soy buen conversador y esa persona viene en busca de sus servicios motivada por la preocupación. Si hubiera escuchado con atención lo que le he contado...

—Ya no tenemos tiempo, Seki; la dama debe estar a punto de llegar y yo ni siquiera tengo puestos los pantalones. No tienes pinta de detective, pero tampoco creo que vayas a hacer el ridículo si la recibes con ese atuendo. Tienes cara de mono, pero eso no será un problema. Estás al tanto de todo lo que ha ocurrido en este caso; hasta un niño se daría cuenta de que eres la persona perfecta para la tarea.

Mientras habla, vuelve a deshacerse el nudo de la corbata. Las razones que me ha dado son absurdas, pero debo admitir que tengo curiosidad por conocer a una de las víctimas de este caso.

—Pero yo no puedo hacer de detective. No sé cómo se lleva a cabo una investigación.

—De investigar se ocupan los policías, ¿no? Yo nunca hago eso.

Es cierto, Enokidu no tiene que hacerlo. La verdadera razón por la que decidió dedicarse a esto es que tiene un buen instinto.

No sé si fue el año pasado; ocurrió cuando tocaba la guitarra en el club de jazz de su hermano. Una vez, encontró un objeto perdido y otra vez, dio con una persona a la que habían perdido de vista. Lo hizo sin moverse de donde estaba, parecía uno de esos adivinos que leen el futuro o un médium...

Así fue como se le ocurrió que podía vivir de esto, y más tarde abrió la agencia de detectives. Por eso, aunque es un detective, no hace deducciones ni investigaciones. Es absurdo, pero...

—No importa, antes de que terminéis de hablar apareceré para revolver el caso —dice con alegría—. Lo único que tienes que hacer es hablar con la dama, eso será suficiente. No tienes que preocuparte de nada. Es más, si quieres puedes decirle que eres Seki, mi ayudante. Kazutora, cuando llegue el cliente, preséntalo de esa manera, ¿entendido?

Una vez más, se deshace el nudo de la corbata. Al parecer no consigue que le salga bien.

Torakichi y yo estamos perplejos, pero Eno nos echa de la habitación inmediatamente aduciendo que preferiría morir antes que vestirse delante de dos hombres.

Aún no entiendo por qué tengo que hacer de ayudante de detective, pero me resigno y me siento en la sala de espera.

—Mi señor aborrece escuchar las aburridas explicaciones de los clientes —lo defiende Torakichi, y me ofrece té negro.

—Pero tiene que hacerlo si quiere que el negocio prospere, ¿no? Si no escucha a los clientes, no podrá hacer su trabajo de detective.

—No sé, aun así lo consigue. Al primer cliente le dio la solución antes de que llegara a abrir la boca. El hombre se asustó un poco y le preguntó si es que había estado investigándolo previamente.

—Es normal.

—En el resto de casos intentó escuchar, pero se aburrió a mitad de conversación y se marchó.

—¿Se marchó?

—Se marchó. Al primero le dio una solución absurda, pero al segundo le atinó por completo.

—¿Y qué tiene eso de malo? Mientras acierte...

—No salió bien. Aunque resolvió el caso, el cliente receló porque, ¿cómo podía saber algo que nadie sabía? Así que pensó que él también debía estar involucrado y llamó a la policía. —Torakichi suspira—. Si el agente Kiba no hubiera intervenido, no sé qué habría pasado. No logro comprender cómo consigue saber tantas cosas. ¿Es un médium o algo parecido?

Así es.

A mí también me ha parecido siempre algo misterioso.

Kyōgokudō parece entenderlo, pero Kyōgokudō es Kyōgokudō; él mismo está en otra frecuencia. Siempre que le preguntas algo, te responde de un modo incomprensible, al menos para mí. No obstante, cuando Enokidu nos contó que iba a abrir su agencia de detectives, todos le dijimos que ganaría más dinero leyendo el futuro. Kyōgokudō fue el único que le dio la razón.

«Enokidu no puede leer el futuro, no sé por qué creéis eso», dijo. Al parecer, lo que Enokidu puede ver es el pasado, aunque solo los hechos; no puede leer el pensamiento ni ver el futuro.

Han pasado quince minutos.

Como estoy un poco nervioso, se me han hecho muy largos.

Tengo curiosidad por ver a la dama que viene del sanatorio Kuonji, pero preferiría que Enokidu saliera de una vez de su habitación.

Que llegue la mujer o que Enokidu salga; necesito que ocurra alguna de las dos cosas para terminar con este estado de espera. De la habitación del detective manan ruidos extraños; no parece que vaya a salir pronto.



*Talán.* La campana ha sonado.

Sorprendido, salto unos nueve centímetros del sillón. Levanto la mirada y veo a una mujer de rostro pálido.

Es delgada y guapa.

Lleva un kimono de un tono morado oscuro que se parece al negro del luto y una sombrilla blanca.

Es como si no tuviera color, como si fuera una fotografía en blanco y negro.

Una frágil barbilla al final de una cara como la de las muñecas de Kioto. Unas cejas finas.

Será porque no lleva los labios pintados o por el lustroso negro del kimono, pero es como si no estuviera viva. Eso es... Parece una muerta. Tiene el rostro pálido.

Aunque ha sido solo un instante, la mujer ha fruncido el ceño con expresión de sufrimiento.

Y sin enfocar la mirada, mortificada pero con una gran delicadeza, nos hace una reverencia.

Cuando levanta la cabeza, su cabello recogido baja un instante.

Se mueve con lentitud.

—Disculpe, ¿es esta la oficina del señor Enokidu? —Como no hemos dicho nada desde que apareció, la mujer ha debido pensar que se ha equivocado de sitio—. Estoy buscando al detective, al señor Enokidu. ¿Es aquí? —nos pregunta con preocupación.

—Sí, es aquí. Ah, usted debe ser la señora Kuonji, ¿verdad? Por favor, pase.

Torakichi se levanta del sillón como un autómata de madera y ofrece asiento a la señora, que se sienta frente a mí. Mientras la miro, me saluda de nuevo con la cabeza. No he dejado de mirarle el rostro porque no me atrevo a mirar más abajo; no he sido lo suficientemente valiente para verificar si su vientre está anormalmente hinchado.

Bajo la mirada con temor hacia la zona que no debería ver; tengo que descubrir si los rumores son ciertos.

Sin embargo, mis expectativas son defraudadas. La mujer que hay frente a mí no tiene protuberancia alguna. Ahora que lo pienso, es lógico. Una mujer que llevara veinte meses embarazada no vendría sola hasta aquí.

—El detective ha tenido que atender un trabajo repentino que está intentando solucionar lo antes posible. Este es su hábil ayudante, el señor

Seki; él la atenderá —dice Torakichi con demasiada rapidez. Tras ofrecerle té, se sienta a mi lado.

Me ha presentado como Seki, tal como Enokidu había ordenado, así que no tengo más remedio que seguirle la corriente.

—Soy Seki, encantado.

La mujer sonríe ligeramente y me ofrece una reverencia. Es la tercera que hace.

—Ryōko Kuonji, encantada. Quiero darle las gracias por hacerse cargo de mi caso. Es una situación delicada, así que le agradezco su ayuda de todo corazón.

Vuelve a hacer una reverencia, ahora muy profunda.

Contesto con otra reverencia. Como es la primera que hago en su presencia, he debido parecerle un maleducado.

Me siento mal al pensarlo.

De cerca, Ryōko Kuonji es todavía más guapa. Su tez pálida y preocupada acentúa la peligrosa tensión en la que se sostiene su belleza.

Torakichi me da un codazo en las costillas porque sigo mirándola embobado. Empiezo a hablar a trompicones.

—Bueno, cuénteme qué le preocupa.

—Es posible que sepa que mi familia administra una clínica en el barrio Zōshigaya del distrito de Toshima.

—Me han llegado rumores al respecto.

No se me da bien hablar con la gente; me siento presionado y empiezo a decir tonterías. Es mejor quedarse callado que decir una estupidez pero, como tengo que hacer de detective, debo seguir hablando.

—Ah... ¿Malos rumores?

Ryōko Kuonji me mira como si realmente confiara en mí. «¿Qué estás haciendo?» me pregunta Torakichi con la mirada, y a continuación me da otro golpe en las costillas.

—Son... Son malos rumores, pero hemos corroborado que no son más que disparates y los hemos descartado. Señora, no podemos decirle mucho sobre el paradero de su esposo, pero le aseguro que los rumores no son más que chismes hirientes.

No puedo decirle nada más.

Nos quedamos en silencio. Ryōko Kuonji baja la mirada como si estuviera conteniendo el dolor.

—Los rumores están por todas partes, ¿verdad? —dice lentamente—

Parece que ya sabéis cuál es el problema que nos aqueja...

—Como acabo de decirle, no creo que sean verdad. Y, ahora que la he visto, es imposible que llegue a creer que son algo más que calumnias.

—Señor Seki, creo que está malinterpretando la situación. No sé qué rumores ha oído, pero es probable que muchos de ellos sean verdad.

—¿Cómo?

¿Qué está diciendo esta mujer?

¿Me está diciendo que esos rumores de mal gusto son ciertos? ¿En serio?

—Mi hermana Kyōko lleva veinte meses embarazada y no hay indicios de que la criatura vaya a nacer pronto. ¿Era eso lo que usted había oído? Y supongo que los rumores también hablan de la desaparición de su esposo, Masao...

Me noto las orejas calientes. Seguramente tengo la cara roja, como si hubiera estado bebiendo. Fobia social, eritrofobia, trastorno dismórfico corporal... Normalmente sufro todas esas cosas.

Es totalmente lógico que el cliente no sea la persona que sufre el problema, sino un familiar. Me muero de ganas de que Enokidu aparezca y solucione este caso por arte de magia.

Sin embargo, el detective no aparece.

Ya ha pasado mucho tiempo, de sobra para ponerse unos pantalones.

—La familia Kuonji es un linaje matriarcal; tanto mi abuelo como mi bisabuelo fueron adoptados para mantener el apellido. Mis padres tampoco tuvieron hijos varones, solo a mi hermana y a mí...

Escucho la nítida voz de Ryōko Kuonji mientras miro la superficie de la mesa. Levanto la mirada con temor.

—Me avergüenza contarle, pero estuve muy enferma de pequeña y...

Se detiene ahí.

Está sufriendo, creo que podría desmayarse en cualquier momento.

—Yo no puedo tener hijos. Por eso se casó mi hermana, para que la familia tuviera un heredero.

—He sido muy desconsiderado. Le ruego que me disculpe.

—No es necesario que lo haga. Ya tengo veintiocho años, es lógico pensar que estoy casada.

Soy un patán. Para una mujer debe ser terrible no poder tener hijos, y encima la he obligado a confesar que no está casada y a decirme su edad.

—Vaya...

—No se preocupe por mí, por favor —me dice con tristeza—. No debí

contárselo, discúlpeme.

La joven tiene las manos apretadas sobre las rodillas. Sus dedos son como ramitas. Está tan delgada que es extraño que no tenga los pómulos marcados o los ojos hundidos. En lugar de eso, tiene cara de niña. No parece una mujer de veintiocho años. Si se soltara el pelo podría pasar por una chica de diecisiete o dieciocho.

—No, soy yo quien debe disculparse por haberla malinterpretado. No aparenta su edad, parece mucho más joven. Yo no le echaría más de veinte años.

Justo después de decirle lo que tenía en la cabeza, me arrepiento de ello. Ryōko Kuonji baja la mirada y Torakichi me mira con lástima.

Quiero mandarlo todo a la mierda y salir corriendo de aquí, pero...

Para mi sorpresa, Ryōko Kuonji se está riendo.

Cuando levanta la cara, tiene los ojos alegres.

—Discúlpeme por haberme reído, en estas circunstancias es de mal gusto. Pero... Es usted un poco raro. No sabía cómo contar lo que está pasando en mi familia, pero usted ha conseguido que me relaje. Me ha quitado un gran peso de encima.

Habla con tristeza, pero al terminar sonrío de nuevo. Sin embargo, yo aún me siento avergonzado.

Lo que me cuenta es más o menos lo que yo ya sabía. Parece que la relación del matrimonio no era buena: la noche de la desaparición tuvieron una acalorada discusión.

Me cuesta imaginar al Fujimasa que conocí discutiendo con su esposa, pero lo cierto es que nuestra amistad no fue demasiado profunda y que no sé nada de su relación matrimonial.

No le he contado a Ryōko que soy un viejo conocido de su cuñado desaparecido. Aunque no sea más que una coincidencia, creo que podría confundirla o incluso hacerla sospechar de mí.

—El matrimonio estaba pasando por una mala racha. ¿Sabe si había alguna razón detrás de ello?

—Bueno... Se rumorea que Masao desconfiaba de mi hermana.

—¿En qué sentido?

—Dicen que Kyōko se veía con otro hombre.

—¿Estaba cometiendo adulterio? —le pregunta Torakichi, que hasta entonces se había mantenido callado.

—¿Cree que el rumor es cierto? —intervengo. No quiero que Torakichi

se entrometa ni que la conversación caiga en la vulgaridad. Ahora que la joven ha empezado a relajarse, no quiero que vuelva a cerrar su alma.

—No, en absoluto. Créame... Lo único que puedo decir es que mi hermana no hizo nunca nada censurable.

No parece muy convencida.

—¿Por qué sospechaba el señor Masao de su hermana, si no tenía ningún indicio?

—Tenía motivos para sospechar —me contesta, con la mirada gacha—. En nuestra clínica hay un aprendiz, Naitō, al que mi madre había echado el ojo desde su juventud. Todos creíamos que lo adoptarían para preservar el apellido Kuonji...

—Y entonces apareció el señor Masao —interrumpe Torakichi—. Como dice el refrán: «El azor le robó el *aburaage*». Pero ahora el azor ha desaparecido...

Le doy un pisotón para evitar que siga hablando.

—El señor Masao sospechaba que había algo entre Naitō y su hermana, ¿verdad?

—Sí, así es. Al parecer, Naitō estaba descontento con la situación, pero su posición no habría cambiado tras tener una aventura con mi hermana. Al contrario: si eso fuera cierto, no podría seguir viviendo con nosotros. Por eso...

—No es posible que haya propiciado algo así. ¿Es eso lo que intenta decirnos?

—Eso es lo que yo creo.

—Las personas más inteligentes y serias suelen ser las más celosas, ¿verdad? Lo siento por su hermana.

Torakichi ha vuelto a inmiscuirse. Lo fulmino con la mirada para que deje de decir impertinencias.

—Volviendo al día de la desaparición del señor Masao... ¿Podría contarme qué ocurrió? No omita detalle alguno. ¿Qué pasó ese día?

—Yo no estaba en casa, así que no sé qué pasó exactamente. Al parecer, tuvieron una gran discusión y, más tarde, cerca de la madrugada, Masao se encerró en la habitación con llave.

—¿Todas las habitaciones tienen llave? ¿En serio? —le pregunta Torakichi, pero Ryōko no le contesta

—Llegó la mañana y, al ver que no salía, mi hermana empezó a preocuparse. Lo consultó con mi padre, pero él le dijo que lo dejara en paz,

que ya saldría cuando quisiera... Por la tarde, como estaba ya muy preocupada, mi hermana llamó a su puerta, pero no obtuvo respuesta.

—¿No miraron por las ventanas?

—Esa habitación no tiene ventanas. Antes formaba parte de las instalaciones de la clínica y la usábamos como quirófano, pero, tras los ataques aéreos de la guerra, hubo que reformarlo todo y empezamos a usarla como biblioteca. Tiene dos puertas, pero ambas estaban cerradas con llave.

—¿Y qué hizo su hermana?

—«No se habrá puesto una soga al cuello, ¿verdad?», sugirió alguien. Entonces mi hermana ya no pudo aguantar más y pidió a Naitō y a un criado que rompieran la cerradura de la puerta. Finalmente, pudieron abrirla.

—¿Y no estaba ahí?

—No.

—¿No hay modo alguno de salir de la habitación? ¿No pudo marcharse cuando todos estaban dormidos?

—La puerta que forzaron fue la que conduce a la habitación de mi hermana. Como estaba tan nerviosa, no pudo dormir en toda la noche, así que es imposible que saliera por ahí. En cuanto a la otra puerta, esta conduce a otro cuarto, un lugar estrecho, oscuro y sin ventanas. Además, la puerta estaba cerrada con llave desde dentro. Aunque hubiera conseguido escabullirse, ¿cómo habría podido cerrar por dentro? ¿Y por qué? —me pregunta con el ceño fruncido. No puedo contestarle; esto no tiene ni pies ni cabeza—. Mi cuñado está desaparecido desde entonces, y mi hermana sufrió tal conmoción que está postrada en la cama. Lo demás, embarazo incluido, es tal como ha oído. Lleva un año y medio sin levantarse de la cama. La gente ha empezado a hablar del tema y no solo hemos perdido pacientes: también han renunciado un buen número de enfermeras.

—Es una lástima —respondo, como si fuera tonto.

—Pero estoy segura de que todo esto se resolverá de algún modo. La verdadera razón por la que estoy aquí es que tengo el presentimiento de que todo esto va a terminar con el linaje de los Kuonji, mi familia. —Me mira con un gesto de súplica, pero no está llorando. Es como si estuviera conteniendo el dolor—. Como dice el proverbio, los rumores solo duran setenta y cinco días. No importa lo que diga la gente; si la familia se mantiene unida, saldremos adelante y superaremos esta calamidad. Pero si empezamos a desconfiar unos de otros... Será el fin.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Mi padre sospecha de mi hermana y de Naitō. Cree que tienen algo que ver en el asunto, que han cometido un crimen... Que mi cuñado Masao fue asesinado. Mi madre, sin embargo, cree que está vivo y que ha maldecido a mi hermana. Mi hermana se ha revelado contra mis padres y se ha negado a medicarse, así que se debilita día a día...

Me duele el corazón al verla sufrir de ese modo.

—Ya nos ha quedado claro. No deberíamos seguir hablando de esto, es demasiado duro para usted. Nosotros hablaremos directamente con su familia.

Como parece que Enokidu no va a aparecer y yo no tengo aptitudes como investigador, no puedo hacer nada más. El único modo de esclarecer este tétrico y complicado caso es terminar cuanto antes esta farsa y que mi amigo actúe; si seguimos así, lo único que conseguiremos será torturar aún más a la joven.

—El detective y yo iremos mañana a su casa. ¿Le parece bien? —le pregunto, aunque no lo he consultado con Enokidu y no sé cómo va a reaccionar. Pero la culpa es suya, por no salir de su habitación para dar la cara con su cliente.

—¿Eso significa que aceptan nuestro caso?

—Tenemos que dar con el paradero del señor Masao, ¿verdad?

—No... Si está vivo, lo único que queremos es saber por qué se marchó. Con eso será suficiente. No nos interesa qué hace ni dónde está, pero necesitamos saber qué pasó exactamente para poder llenar el hueco que ha dejado en mi familia.

De repente, escucho una voz a mi espalda.

—¿Querría esa información aunque contribuyera a la desunión de su familia?

Enokidu está detrás del biombo.

Está serio, algo raro en él, y tiene los labios apretados con fuerza. Está mirando a Ryōko Kuonji.

Parece una escultura griega.

La joven no parece sorprendida por la inesperada llegada del detective y lo mira con determinación, como si llevara una máscara del teatro *nō*[49]. Es difícil leer su expresión.

Es extraño, pero atrapado entre los dos me siento como si estuviera en un museo de cera.

—¿Qué significa eso?

—Significa justo lo que parece.

Los dos muñecos de cera están intercambiando unas palabras que solo ellos pueden comprender.

—Confío plenamente en mi familia.

—¿Masao no es parte de su familia?

Ryōko abandona su expresión de preocupación y sonríe levemente.

—Por ahora no.

Los muñecos de cera vuelven a su estado inanimado.

—¿Qué ocurre, Eno? ¿Desde cuándo lleva ahí?

Enokidu no contesta a mi pregunta y sigue mirando a Ryōko Kuonji... Mejor dicho, está mirando seis o nueve centímetros por encima de su cabeza.

—Tengo dos preguntas —dice el detective sin rodeos. Su tono de voz ha cambiado por completo: ahora es solemne y estricto—. ¿De quién ha sido la idea de pedir mi ayuda en este caso?

—Mía. Un conocido que fue intérprete para las fuerzas de ocupación me habló de sus logros.

—No me diga —dice Enokidu con sorpresa, aunque parece enfadado—. La segunda pregunta es: ¿está mintiendo?

—¡No sea insolente, Eno! Ella es su cliente, ¿por qué iba a mentirle? Nos ha hablado sobre la difícil situación que vive su familia, algo muy doloroso, porque quiere que este caso se resuelva, ¿no?

—Seki, esta joven no ha dicho en ningún momento que quiera que resolvamos el misterio. Quiere saber por qué; eso es lo único que ha dicho.

—¡Es lo mismo, diantres!

Estoy muy enfadado con Enokidu pero, al girarme para mirar a Ryōko, descubro que no parece molesta; ni siquiera está intentando negar la absurda acusación del detective.

—¿Hay alguna inconsistencia en lo que he dicho? —le pregunta con tranquilidad.

—No, pero creo que usted ya conocía a mi ayudante.

¿Qué demonios dice ahora? No es posible que ella y yo nos conozcamos.

—Oiga, Eno, ¿es que se ha vuelto loco? No diga tonterías. Es la primera vez que veo a esta dama. ¡Ahora resulta que también duda de mí!

—Eres muy olvidadizo, no podemos confiar en ti. Contésteme. ¿Conocía usted a Seki?

Ryōko Kuonji lo niega rotundamente.

—Por supuesto que no. Se equivoca.

—Entendido. Entonces eso es todo.



Dicho esto, Enokidu entra en su habitación y cierra la puerta.

Torakichi está boquiabierto. Intento justificar la excentricidad del detective mientras me disculpo con Ryōko Kuonji. Sea como sea, su actitud ha sido imperdonable. No entiendo por qué se lo ha tomado tan bien la joven, que me hace un gesto con las manos para que deje de pedir perdón. Parece confundida, pero se muestra amable.

—No se preocupe; ya me habían informado de que el señor Enokidu es un individuo inusual que usa extrañas técnicas de investigación. Me ha sorprendido un poco, pero no hay problema —me dice.

Pero sé que es mentira. En ningún momento ha demostrado sorpresa.

Quedamos en que visitaremos la clínica Kuonji a la una en punto del día siguiente. Ryōko Kuonji me apunta la dirección y me explica brevemente cómo llegar.

—Estaremos esperándoles. Muchas gracias por todo —dice, y hace una lenta y profunda reverencia.

*Talán*, suena la campana.

La tristeza de Ryōko Kuonji se mantiene en el ambiente un rato después de su marcha: el sillón donde ha estado sentada, el espacio junto a la puerta donde se detuvo... Todo está impregnado de melancolía.

Cuando la sensación disminuye, Torakichi, que se había quedado boquiabierto, recupera el sentido y habla como si hubiera resucitado.

—Vaya... Nunca había visto a una mujer tan guapa como esa. Estoy acostumbrado a ver bellezas, como la esposa del señor librero o la suya propia, señor, pero la mujer que acaba de marcharse... Caray.

El señor librero al que se refiere es Kyōgokudō. Para Torakichi, al parecer, todos somos señores.

—No seas adulator. Lo de la esposa de Kyōgokudō es cierto, pero no metas a la mía en el mismo saco.

—No era esa mi intención. Pero la dama que acaba de irse es un espécimen distinto. No parecía de este mundo. Hace un calor espantoso, pero ella llevaba su elegante kimono sin derramar una sola gota de sudor. Dígame, ¿es posible que no sude alguien vestido así?

—Ahora que lo dices, tienes razón.

No me había dado cuenta.

—Y aunque estaba delgada tenía una buena delantera. Es una pena que se la tapara ese kimono.

Tampoco me había dado cuenta de eso.

Por alguna razón, mi percepción ha sido distinta de la de Torakichi.

—Torakichi, cuando miras a una mujer, ¿solo te fijas en esas cosas? Eres un descarado. Y hablando de descarados, ¿a qué ha venido lo del detective? Esperaba que apareciera para solucionar el caso, pero ¿qué es lo que ha hecho?

No quiero seguir hablando de ella, así que cambio el tema hacia Enokidu. Haciendo caso omiso de lo que dice Torakichi, me detengo frente a la puerta de su alcoba y lo llamo en voz alta:

—Oiga, Eno, ¿a qué ha venido eso? Explíquese.

No hay respuesta.

Abro la puerta sin miramientos.

Enokidu está junto a la ventana, mirando el exterior. Parece deprimido, algo extraño en un maníaco como él. ¿Se habrá arrepentido? Verlo así hace que se me pase el enfado. Me armo de valor y me acerco a él.

—Mañana actúe con cordura, por favor —le digo en voz baja.

—¿Qué?

—Que se comporte como un detective. Hoy se ha excedido.

—¿De verdad no te acuerdas de ella?

—¿Cómo?

—No importa, ya estará muerto. Sí... Dadas las circunstancias, estará muerto —murmura.

—¿Quién estará muerto?

—Fujimasa. Y esa mujer también debe saberlo.

—¿Todavía desconfía de ella? Es posible que yo no sea un detective, pero a lo largo de mi vida he acumulado cierta experiencia y, en base a ella, puedo decirle que esa mujer no estaba mintiendo.

—Quizá tengas razón. Es posible que ella también lo haya olvidado.

Después de eso, Enokidu se queda callado.

Salgo de la habitación pensando cómo voy a controlar a este bicho raro. Le digo a Torakichi, que todavía parece desconcertado, que acompañe a Enokidu a la cita de mañana y me marchó de la agencia sin sentirme satisfecho.

No puedo hilar mis pensamientos. No puedo ordenar mis sentimientos.

Decido informar a Kyōgokudō de lo ocurrido, ya que fue él quien me sugirió la visita al detective.

Cuando bajo del tren ya casi ha atardecido y la frescura de la brisa me alivia el alma. A diferencia de anoche, hoy sopla el viento.

Confuso, empiezo a subir la empinada cuesta.

La librería ya ha cerrado. Llamo varias veces pero, como nadie contesta, doy la vuelta y me dirijo a la entrada principal de la casa. Como siguen sin contestar, abro la puerta. Junto a las sandalias del señor de la casa hay unos zapatos de mujer. Seguramente son de su esposa, que ya ha vuelto. Escucho la voz de Kyōgokudō, así que decido entrar.

—Oye, Kyōgokudō, soy yo. Voy a entrar...

Cuando abro la puerta corredera, descubro que la mujer no es su esposa, sino su hermana pequeña: Atsuko Chūzenji.

—Me has asustado, Sekiguchi.

La joven me mira con unos ojos tan grandes como los de un gato. A diferencia de su hermano, que no se mueve apenas, Atsuko siempre está muy activa. De niña parecía una muñeca *ichimatsu*, pero, cuando empezó a trabajar, se cortó el cabello y, como casi nunca lleva falda, parece un chico.

—Vaya, estás aquí, Atsuko. Pensé que Chizuko había vuelto.

—Oye, no se te ocurra comparar a Chizuko con esta caprichosa. No se parecen en nada.

Kyōgokudō parece enfadado, como siempre.

La joven Atsuko levanta una ceja y fulmina a su hermano con la mirada. No se parecen físicamente, pero tienen el mismo carácter.

—Qué desagradable eres, hermano. Cuando no está mi cuñada ni siquiera eres capaz de prepararte un té; ¿te parece bonito decirle eso a tu hermana, encima de que viene a hacerte la cena?

—¿Cuánto te he pedido yo que vinieras? Además, nadie se comería por gusto algo que tú hubieras cocinado. Y sé preparar té. Ayer le hice uno a Sekiguchi.

Atsuko Chūzenji se ríe con ganas.

—Por cierto, ¿dónde está Chizuko? —le pregunto—. ¿Se ha cansado ya del ratón de biblioteca de su marido y se ha ido de casa?

—Si Yukie sigue aguantándote a ti, ¿por qué iba a irse Chizuko? Además, entre los libreros tengo fama de devoto esposo.

—Eso será en tu círculo, porque en el vecindario todo el mundo sabe que a lo único que prestas devoción es a tus libros.

Cuando termino de burlarme de él, me siento en el mismo sitio de ayer.

—Mi cuñada está en casa de sus padres. ¿Se le ha olvidado que ya es el

festival Gion[50]? —me dice Atsuko, riéndose.

—Ah, claro.

Ese debe ser el festival al que se refirió mi esposa esta mañana.

—Durante la guerra dejaron de celebrarlo, pero ahora han retomado la festividad. Como cada barrio tiene que sacar su carroza, hay mucho trabajo que hacer. —Kyōgokudō hace una pausa, levanta una ceja como su hermana y me mira con recelo—. Bueno, ¿y qué es lo que quieres a estas horas de la noche? Parece que has subido la pendiente corriendo, te falta el aliento.

—Es que te hice caso y fui a ver al detective.

—¿Por lo del sanatorio Kuonji?

En ese momento, me doy cuenta de que está presente Atsuko, que muy sensatamente había decidido abandonar la investigación del caso. Recuerdo que Nakamura, el redactor, se llevó una bronca, así que cierro la boca.

—No te preocupes, Sekiguchi, le he contado lo sucedido hace un rato. De hecho, la culpa de todo esto es de ella, que fue la que te pidió tu opinión. Sin embargo, al menos desistió de seguir investigando. Pero, bueno, ¿qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho ese bicho raro?

Kyōgokudō me ha ayudado, algo inusual en él. A continuación les cuento a ambos todo lo que ha pasado hoy. El librero me mira como un *jizō*[51] de piedra, sin decir absolutamente nada, pero su hermana, que es muy educada, me escucha con atención. Afortunadamente, porque no habría soportado otra situación como la que viví aquella tarde al hablar con Enokidu.

Caramba, llevo dos días hablando sin parar de este caso. Mientras lo hago me siento como si yo fuera el responsable de todo lo ocurrido. Estoy empezando a alucinar.

—Uhm... ¿Sientes algo especial por esa mujer? —me interrumpe Kyōgokudō.

—¿Por qué lo dices? Admito que es una mujer muy guapa, pero ¿estás insinuando que me he enamorado?

—No, en absoluto. Empero, cuando hablas de Ryōko Kuonji pareces ilusionado, como si estuvieras recitando un pésimo poema de amor... Me da hasta vergüenza escucharte.

—Hermano, ¿por qué siempre tienes que ser tan desagradable? —le pregunta Atsuko—. Sekiguchi es escritor, así que es inevitable que se ponga lírico cuando tiene que describir algo hermoso. ¿No es así?

Por alguna razón vuelvo a sentir lo mismo que la primera vez que vi a Ryōko Kuonji. Debido a eso, a pesar de las palabras de aliento de Atsuko, no

se me ocurre nada que decir.

—Da igual. ¿Y qué dijo el granuja de Enokidu?

Es un alivio que haya dejado el tema.

—Que seguramente ya estaba muerto, refiriéndose al amigo Fujimasa. También dijo varias veces que aquella no era la primera vez que yo veía a esa mujer.

Kyōgokudō ha estado rascándose la barbilla en su bien perfeccionada pose de Ryūnosuke Akutagawa.

—Entonces es que ella ha visto el cadáver de Fujimasa, o a Fujimasa en una postura en la que parecía estar muerto. Pero, si no estás mintiendo, es extraño que la joven no se acuerde de nada... Y si tampoco se acuerda de haberte conocido antes...

Es como si hablara solo.

—¿De qué estás hablando? No entiendo absolutamente nada. ¿Cómo sabes todo eso? Yo no la conocía. Y si la mujer hubiera visto el cadáver, ¿para qué habría acudido a pedir ayuda a un detective? Me sorprende que tú, que eres un tipo tan racional, creas en las especulaciones de Enokidu.

—¿Por qué te pones tan temperamental siempre que hablamos de esa mujer? Existe la posibilidad de que os conocierais y no lo recordéis, ¿no? Además, quizá no ha visto un cadáver, sino algo parecido a un cadáver. Quizá no pensó que fuera un muerto y lo olvidó. Asimismo, podría no haber relacionado lo que vio con la desaparición, ¿no te parece?

—Eso es precisamente lo que estoy diciendo. ¿Cómo es posible que Enokidu sepa algo que los propios protagonistas han olvidado? O es una mera especulación o es una de esas cosas sobrenaturales que tanto odias. ¿Qué otra explicación plausible hay?

De pronto, me doy cuenta de mi agresividad. Yo, que normalmente me la guardo en mi interior, observo con frialdad a ese yo exaltado que está aquí ahora.

Como dice Kyōgokudō, probablemente siento algo especial hacia Ryōko Kuonji. Pero... No es posible que entre nosotros haya una relación de hombre y mujer, algo romántico o sexual. No me cabe duda alguna. Todo lo contrario... Sí. No debería tener este tipo de sentimiento hacia ella. Siento que un fuerte tabú comienza a germinar dentro de mí.

—Oye, hermano, yo también tengo curiosidad por eso... —pregunta a Kyōgokudō, introduciéndolo de nuevo en la conversación—. ¿Cómo es posible que Enokidu sepa esas cosas?

—Porque sus ojos son especiales. Puede ver los recuerdos ajenos.

—¿Qué diantres dices? —Atsuko y yo cuestionamos sus palabras casi al mismo tiempo.

—Oye, Kyōgokudō, explícanoslo para que podamos entenderlo. ¿Es como si leyera la mente, o se trata de clarividencia? ¿Qué tiene eso que ver con sus ojos?

—Sekiguchi, ¿ya se te ha olvidado lo que hablamos ayer?

—No se me ha olvidado. Aún me acuerdo.

Kyōgokudō murmura algo para sí mismo, quita el cojín y vuelve a sentarse correctamente.

—Si te acordaras no dirías algo tan estúpido como eso de leer la mente. Anoche hice todo lo posible para que lo entendieras: no usé terminologías complicadas y lo resumí bastante, omití detalles y me salté cosas, le puse un poco de humor, mezclé temas comunes, utilicé metáforas... A pesar de ello, parece que solo comprendiste la conclusión. Si todavía crees en espiritismos y poderes sobrenaturales, si aún no has desechado esas ideas, sería una pérdida de tiempo que te lo explicara de nuevo.

Tiene razón. Ayer... En el camino de regreso, en la pendiente, no me acordaba ya de casi nada. Sin embargo, mañana tengo que hacer de detective con Enokidu. Aunque a simple vista parezca incoherente, no pierdo nada intentando averiguar si hay algo de verdad en ello.

—Bueno, eso dices tú, pero en realidad no tienes ninguna prueba fidedigna, ¿no? Solo estás intentando escabullirte de nuestra pregunta.

Sé que no es así. Ya sea una deducción hipotética o una teoría, el librero nunca dice nada que pueda ser rebatido. En mi larga amistad con él, nunca lo he visto perder un debate, o que a mitad de disertación su argumentación se vuelva inconsistente.

Pese a eso, lo estoy retando. Yo, que siempre estoy metido en mí mismo, lo he desafiado con descaro, pero al mismo tiempo estoy temblando de miedo.

Kyōgokudō me mira con una ceja levantada y suspira.

—Por favor, deja a un lado todo eso de los fantasmas y de leer la mente.

—¿Por qué odias tanto esas cosas? ¿Eres de los que piensan que los espíritus no existen? ¿Cómo debemos llamar entonces a todas esas cosas? ¿Fenómenos paranormales? ¿Fenómenos sobrenaturales?

—Eso sería peor aún —me dice con una mueca, como si acabara de comer algo con mal sabor—. Para empezar, eso de que los espíritus o las ánimas existen es una tontería.

—¿En serio? —Atsuko sonríe como un niño que acaba de cometer una travesura antes de replicar a su hermano—. Digas lo que digas, a veces ocurren cosas que son materialmente imposibles, como los presentimientos o las resurrecciones, los *jizō* de piedra que lloran y las apariciones de fantasmas. Todos los que afirman la existencia de los fantasmas y espíritus parten de ese hecho. Estos fenómenos no se ajustan al método científico, pero deberíamos mantenernos escépticos y aceptar que existen cosas que no se pueden explicar materialmente.

—Es una pérdida de tiempo —dice Kyōgokudō—. Aceptemos por ahora, Atsuko, que existen fenómenos sin explicación material. En esos casos, ¿qué dicen al respecto los que abogan por la existencia de los fantasmas?

—Que son milagros o misterios...

—Así es —continúa Kyōgokudō—. Se quedan satisfechos diciendo que son milagros o misterios, ¿no? Pero eso no explica nada; por eso es tan cuestionable. Los escépticos dirán que va en contra de su pequeño sentido común, que es tan diminuto como el lomo de una hormiga, y rechazarán la idea. Pensarán que se trata de un error. Y eso es de idiotas. Ni los milagros ni las cosas misteriosas, tal como ayer le expliqué a Sekiguchi, se amoldan al sentido común actual. Son cosas que el conocimiento científico contemporáneo no puede abarcar. En resumen: no ocurre nada que no pueda ocurrir. Esa es mi conclusión. Pero, si ocurriera, no podría decirse que no puede suceder, ¿no? Sin embargo, «paranormal» o «sobrenatural» son términos prestados de idiomas extranjeros que en japonés no tienen ningún sentido. No son sinónimos de antinatural o de algo que vaya en contra del sentido común.

—Entiendo lo que quieres decir, pero no creo que este debate tenga sentido.

—Los espíritus son códigos para poder explicar fácilmente las cosas que son difíciles de comprender. Son como los números. En este mundo no existe nada material llamado «uno». Empero, sería absurdo y un tremendo error decir que «uno» no existe, aunque sea algo que no se pueda ver. No estoy debatiendo la existencia de los espíritus; estoy diciendo que los espíritus son la esencia de todas las cosas existentes en el universo.

—Espera, hermano. Si dices que los espíritus son la esencia de todo, si afirmas eso, estarás relacionándolos no solo con los seres vivos, sino también con las piedras o el agua, incluso con este escritorio o ese cojín. Eso suena a sermón de monje budista.

—Atsu tiene razón, Kyōgokudō. Si dices que todo tiene un espíritu... Si

golpeo esta mesa sentirá dolor, ¿no? Eso es lo que dicen los adultos a los niños para que cuiden las cosas. No es propio de ti.

—¿Por qué decís cosas tan tontas? ¿Por qué tenéis que personificar a un escritorio? —pregunta, enfadado—. El dolor es una señal que producen los nervios y el cerebro. El cerebro crea el dolor para eliminar un estímulo externo no deseable para la supervivencia de un ser vivo; es parte del menú de sensaciones. Lo que estoy diciendo no es eso. Mirad... La clave es el tiempo.

Acabo de quedar en ridículo. Hasta Atsuko parece sentirse como yo y no dice nada en un buen rato.

—¿Qué es el tiempo? ¿Podrías explicármelo? —me pregunta Kyōgokudō con expresión maliciosa.

—Pues... Es el transcurrir del momento, no se me ocurre otro modo de decirlo. ¿No?

—Así es. Carecemos de la capacidad necesaria para explicar objetivamente qué es el tiempo. Ni siquiera puede hacerlo la física actual, y por eso se queda perpleja cuando se la expone al principio de incertidumbre. Para expresar el tiempo creamos un itinerario, pero eso no explica lo que es realmente. Ocurre lo mismo con los espíritus. Pero, dime, Sekiguchi, ¿qué son los recuerdos?

—Son los sucesos del pasado que no hemos olvidado.

—Vaya, pareces un diccionario. Pero aunque «pasado» y «sucesos» están bien definidos, aunque parece que los comprendes, no es así. Lo único que has hecho es cambiar la palabra «recuerdo» por «algo que no he olvidado».

—Hermano, ¿por qué no dejas de molestar a Sekiguchi? Es verdad que los recuerdos también son difíciles de definir. Eso ya nos ha quedado claro, pero ¿qué tiene que ver?

—Bueno, aunque hay varias formas de analizarlo, ¿qué tal esta teoría? Los recuerdos son, en esencia, el avance temporal de las cosas.

—¿Qué quieres decir?

—Pongamos como ejemplo la palabra 'universo', que en japonés se escribe *uchú* (pr). El primer carácter, significa p «extenderse hacia todos los puntos cardinales», mientras que r es el pasado y el presente, representa el tiempo. 'Universo' significa literalmente «espacio y tiempo».

—¿Y qué quieres decir con eso? —pregunta Atsuko.

—Las cosas se pueden abstraer en el espacio cuantitativamente, pero ¿qué ocurre con el tiempo? Desafortunadamente, por ahora no podemos expresarlo ni comprenderlo. Con respecto a la existencia, el tiempo



simplemente avanza continuamente sin oponer resistencia. Pero ¿no podríamos definir este avance del tiempo como algo «cualitativo temporalmente»? En este caso, sería la base fundamental de los recuerdos y, dando la vuelta al argumento, podríamos decir que todo lo que existe en el universo tiene un recuerdo material. ¿Estoy en lo correcto?

—Pero, si fuera así, toda la creación, cada árbol y cada brizna de hierba, tendrían un recuerdo.

—Es una forma de verlo. Escucha lo que te voy a decir. Es un caso hipotético. Este recuerdo material, la base fundamental de los recuerdos, es justamente lo que nosotros llamamos espíritu, ¿no? Pero es inmaterial: simplemente existe. Sin embargo, la historia cambia cuando se va en contra de las reglas. Por cierto, ¿cuál es la diferencia entre un ser vivo y uno que no lo es?

—Que uno tiene vida y el otro no —digo, y miro a Atsuko para que me dé la razón. La joven asiente.

—Si comparamos las sustancias, descubriremos que no hay mucha diferencia entre un ser vivo y uno que no lo es... Lo que diferencia a un microorganismo primitivo de un aminoácido no es la posesión de vida. —Es una respuesta más coherente que la mía. El librero mira a su hermana con impertinencia—. Pero ¿qué es la vida? Nadie podría darnos una respuesta tajante. Sin embargo, si algo posee un recuerdo material que está relacionado con otra cosa o que provoca una reacción, ¿no diríamos que está vivo? A eso me refiero. La vida y los espíritus pertenecen a la misma categoría. Pero este estado llamado vida es tremendamente innatural y por eso no se mantiene durante mucho tiempo. Morimos enseguida. Por eso, para poder guardar los recuerdos activados, se crea una copia.

—¿Por qué?

—La verdadera identidad de la vida es precisamente la memoria. ¿Qué te parece esta respuesta? De este modo, los recuerdos de los seres vivos se relacionan entre sí y se complican hasta que finalmente terminan por destruirse. Esto funciona de maravilla, ya que se establece un eficiente mecanismo que mantiene los recuerdos para la posteridad. Es un círculo vicioso, el juego del ratón y el gato. Los seres vivos, al consolidar un sistema llamado cerebro, han desarrollado una forma de evolución que va en contra de la naturaleza. Y con esto por fin nace la consciencia. Lo que te expliqué ayer sobre la mente es precisamente esta noción de vida. Vida igual a mente, y el punto de contacto con el cerebro sería la consciencia...

No entiendo lo que me ha explicado, pero la inteligente hermana de mi amigo reacciona de inmediato.

—Las almas son la conjunción de los recuerdos materiales, es decir, están vivas. Si esa es la verdadera forma de la mente, las manos, los pies y cualquier órgano que tenga vida, ¿tendrá mente? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Así es.

—¿Dices que mis manos y mis orejas tienen pensamiento? ¿Incluso mi cabello?

—El que piensa es el cerebro. La consciencia que es forzada a hacerlo es la mente. Por eso, tanto la mente como la vida están distribuidas; no se puede decir que estén en una parte exacta del cuerpo. Si consideramos que la vida está concentrada en el corazón o en el cerebro, terminemos afirmando que nuestros brazos y piernas están muertos.

Ahora que lo dice, puede que tenga razón. Me ha convencido.

—Es posible seguir viviendo sin un brazo, pero morimos si nos cortan la cabeza o nos arrancan el corazón —dice Atsuko.

—Estoy totalmente de acuerdo con ella. Esa idea tuya de que la vida y la mente están distribuidas es difícil de aceptar.

Como hacía mucho que no decía nada, Kyōgokudō sonríe sin miedo.

—Es muy sencillo pensar que el cuerpo es un recipiente en cuyo interior mora el alma, pero es como un itinerario. El cuerpo en sí es la vida. Es indivisible. Pero, déjame ver, supongamos que alguien atraviesa el corazón de un hombre. ¿Muere?

—Por supuesto. A menos que sea Rasputín o Koheiji Kohada[52], vivirá unos segundos y a continuación morirá desangrado.

—Puede que muera, como humano. Pero ¿y por partes? Algunas seguirán vivas. Cuando se limpia un pez vivo, ¿no sigue moviéndose después de que le hayan quitado el corazón y las vísceras? Los músculos aún siguen vivos. Con los humanos pasa igual. Aunque se pare el corazón, otras partes siguen vivas. El corazón es solo el órgano que hace circular la sangre. Pero lo malo es que, cuando la sangre se detiene y deja de distribuir el oxígeno, lo que muere a continuación es el cerebro. Si eso sucede, los complejos recuerdos de cada uno de los órganos no pueden mantener su intercambio. Pierden su capacidad como formas superiores de vida. Lo que queda son los órganos que son formas inferiores de vida. Como todos estos están interconectados, terminan por morirse. Es decir, no logran desarrollar la actividad de los recuerdos

materiales primitivos. De este modo, la unción del alma que es la propia vida no se puede establecer, y al cabo de un rato se convierten en una simple sustancia. Dicho de una manera tajante, se mueren. Pero no morimos cuando perdemos la consciencia; los humanos vamos muriendo por partes.

—Todo esto es macabro. Que una persona muerta siga viva parcialmente...

—Dicen que el hígado aguanta mucho tiempo. Los huesos y la piel también. El cabello solo necesita oxígeno para mantenerse. El pelo de los cadáveres sigue creciendo durante un tiempo.

—Ahora que me acuerdo, había una muñeca a la que le crecía el pelo... Escribí un artículo sobre ello.

—Seguro que dijiste que era la venganza de un niño muerto o algo parecido. ¿No?

—Así es.

—¿No sería extraño que el alma fuera expulsada al morir? Después de ser expulsada, ¿las partes que siguieran vivas serían otra persona? ¿No te parece una tontería que digan que la mente y el cuerpo son cosas distintas, o que la vida y la muerte del cuerpo no tienen nada que ver? Además, si pensáramos que los espíritus tienen materia no podría existir la reencarnación. Toda la materia forma parte de un ciclo, de una cadena alimenticia. Todos los organismos vivos terminan siendo consumidos por otros. —Se detiene y, al ver mi expresión, se burla—: Bueno, ya os he dicho que este es un modo de ver las cosas. Es asunto vuestro si lo creéis o no.

He estado a punto de caer en su trampa.

—¿No era más que palabrería?

—¿Cómo que palabrería? No he dicho una mentira en toda mi vida, y tampoco me he hecho nunca un *shimada-mage*[\[53\]](#) en la cabeza —dice con seriedad—. Os lo he contado porque este modo de ver las cosas os ayudará a comprender la naturaleza de las facultades de Enokidu.

Me había olvidado por completo de eso.

—Esperad —dice Atsuko. Se marcha de la habitación y trae té de la cocina—. Perdone que no le haya ofrecido antes —me dice, como si fuera un invitado.

Normalmente actúa como un hombre, así que es agradable verla ocuparse de asuntos femeninos. A diferencia del insípido té de ayer, el de hoy es un té verde de buena calidad. Me siento revitalizado. Kyōgokudō lo huele, asiente y toma un sorbo. Parece que le gusta.

—Bueno, siguiendo con lo que estábamos hablando, hay que decir que el cerebro no es el arca de la memoria. Al contrario; podríamos decir que el cerebro es el espacio donde se reproducen y se editan los recuerdos.

—Ayer dijiste que era como una aduana.

—Pero, hermano, he oído decir que gracias a la neurofisiología ya sabemos gran parte de las funciones de cada parte del cerebro. ¿Dónde y cómo se almacenan los recuerdos?

Atsuko es un hueso duro de roer.

—Así es. Pero no han podido esclarecer cómo una persona recuerda algo. La cantidad de recuerdos necesarios para que un ser humano pueda seguir viviendo es demasiado grande, por muy eficiente que sea el sistema en el que está almacenada. No es posible hacerlo en este recipiente —dice, señalándose la cabeza con el dedo—. Así que lo primero debe ser tirar la información repetida, ¿no? Imaginemos que es así. Cuando te veo, no pienso que eres un animal, un primate, ni es posible que te confunda con un mono. Tampoco digo: «Eres un humano, japonés, hombre, conocido, Sekiguchi». La primera parte la omito.

—Por supuesto.

—Cuando veo a Atsuko el proceso es similar. Tengo que mirarla con atención porque parece un hombre, pero en cuanto me doy cuenta de que es una mujer, como la conozco, omito la información como lo hice contigo.

—Ya vuelves a hablar de más —le espeta Atsuko.

—Y, bueno, vuelvo contigo. Ayer traías la camisa y el pantalón arrugados, pero hoy están planchados. Eso significa que ayer te levantaste a las ocho de la mañana y que hoy te han dado las once en la cama.

Es verdad.

—¿Cómo sabes eso? ¿Eres adivino?

—No. Lo sé por cómo te ha crecido la barba. Mira, para distinguir al Sekiguchi de ayer del Sekiguchi de hoy no hay más que mirar la barba que te cubre la barbilla como un mugroso moho y la cantidad de arrugas que hay en tu ropa. Luego, aunque haga el mismo proceso de omisión, queda establecido el recuerdo del Sekiguchi de hoy.

—Ya lo entiendo. Todo lo demás está ya memorizado, ¿verdad?

—Así es. En realidad es más meticuloso. Por ejemplo, la información que entra por los ojos, las formas, los colores, las angulaciones, todas esas cosas están desarticuladas y sin orden; omitimos las que están repetidas y el resto lo comparamos con los recuerdos pasados y lo volvemos a rearmar. Esa

es la realidad que estamos viendo ahora. No vemos lo que vemos porque sí; esta escena es una imagen que nuestro cerebro ha reconstruido con esmero, recogiendo y tirando cosas. Los ojos no son ventanas de cristal; no vemos cosas sin cesar. Estamos continuamente seleccionando qué tirar y qué recoger. Si no fuera así, no podríamos discernir. —Kyōgokudō hace una pausa—. No solo el sentido de la vista: el del oído, el tacto o el gusto funcionan igual. Pero pensad un momento. Si tuvierais que separar meticulosamente todo lo que os rodea, tendríais que llevar a cabo una clasificación gigantesca. Esto es lo que atormenta a los estudiosos de la neurofisiología. Pero, si aplicamos la idea anterior, el trabajo se verá muy reducido.

—Bueno, sería así suponiendo que existiera eso que llamas «recuerdo material». Pero, en ese caso, ¿para qué querríamos un cerebro? ¿No sería suficiente con los recuerdos?

—Qué tonto eres —me dice, enfatizando la palabra «tonto»—. La memoria está fragmentada; es como un código. Si los recuerdos no tienen sentido, pierden su utilidad, y por eso necesitan ser reconstruidos por el cerebro. El cerebro saca varias muestras de los recuerdos y, a una velocidad imposible de ver con los ojos, reconstruye la realidad y crea la consciencia. Pero, al mismo tiempo, también está experimentando la realidad que lo rodea, por lo que desarticula la nueva información y la transforma en recuerdos materiales. Aunado a lo anterior, totalmente ajeno al consciente, tiene que estar comunicándose de manera comprensiva con cada parte del cuerpo. Activa la corteza suprarrenal, aumenta los latidos... Nunca descansa. ¿No crees que debe de ser horrible tener que hacer tantas cosas al mismo tiempo?

—Pero solo tenemos un cerebro. Sería absurdo sentir pena por él.

—Por eso dormimos —continúa Kyōgokudō. Toma aire y da un sorbo a su té—. Una vez al día, detenemos durante unas horas la actividad del cuerpo y de la mente para organizar la información obtenida por los órganos receptores. Eso es dormir. Si solo fuera para aliviar el cansancio físico, no nos mantendríamos en un estado de semiactividad. Mientras dormimos, siguen moviéndose nuestros órganos y músculos, y el cerebro se toma ese tiempo para organizarse. Empero, la mente tampoco detiene por completo sus funciones, y el producto de ello son...

—Son los sueños, ¿no?

—Así es. En los sueños aparecen muchas cosas de las que no hemos sido conscientes durante el día. Al ordenar, se extraen también recuerdos del pasado. Por eso cuando soñamos aparecen cosas que no hemos visto sin

generarnos confusión.

Es una noción del sueño distinta a la que yo tenía. Pero creo que esta interpretación tiene más consistencia, aunque echa por tierra el encanto místico de los sueños.

—Entonces, ¿la interpretación de los sueños es una tomadura de pelo?

—No. El análisis de los sueños, si se hace de manera acertada, puede dar resultados satisfactorios. Pero si te refieres a adivinar el futuro, debo decirte que todas las predicciones son una farsa, incluidas las que se hacen a través de los sueños. Pero ¿sabéis por qué la mayoría de los animales cierran los ojos cuando duermen?

—Para detener el flujo de información que entra a través de los ojos.

—Así es. Como ya os he dicho, cuando una persona muere, los órganos pueden verse como seres independientes. Ocurre lo mismo con los ojos y los nervios ópticos. Por eso es necesario cerrarlos, para que la información no entre. Pero, aunque estén cerrados, siguen funcionando.

—Ven lo que ocurre en sueños, ¿no es cierto?

—Sí. En los sueños, por supuesto, hay sonidos, olores y sabores, pero la gran mayoría se centra en la parte visual. Eso es porque la nariz, el oído e incluso la piel están funcionando cuando dormimos. No se pueden cerrar los oídos.

Eso ya lo he escuchado antes.

Una extraña sensación recorre mi cuerpo, pero enseguida me doy cuenta de que es una frase de Enokidu.

—El sentido de la vista es antiguo, por eso no cuesta trabajo procesar la información que entra por los ojos.

—¿Quieres decir que es de los primeros sentidos que adquirimos?

—Sí. ¿Qué pasaría si abriéramos los ojos durante un sueño?

—Supongo que nos sentiríamos confusos.

—Así es, pero esto es como si se encendiera la luz del cine mientras vemos una película. ¿Qué pasaría en esa situación? A eso me refiero.

—No podríamos ver nada —dice Atsuko—. No se puede ver una proyección si hay luz.

—Correcto. Una imagen real es más impresionante que una falsa. Es lo mismo que ocurre con las estrellas, que no se pueden ver de día. Esa es la razón por la que los animales duermen cuando hay menos luz porque, aunque tengan los ojos abiertos, no pueden ver. Sekiguchi, ¿no ocurre algo muy similar con la estructura de los sueños? ¿No se te viene nada a la mente?

—Te refieres a la realidad virtual. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, así es. En cierto sentido, los sueños y la realidad virtual tienen una estructura similar. Ambas cosas surgen de los recuerdos. Entre ellas hay una sola diferencia: en el caso de los sueños, la intersección con la realidad es el acto de dormir. Eso es lo único que las diferencia.

—Por eso la mayoría de los fantasmas aparecen por la noche, cuando no hay luz.

No sé si fue por lo que me ocurrió anoche, pero lo comprendo de inmediato. Sin embargo, no sé si Atsuko lo habrá entendido.

—Bueno, necesito que comprendáis bien el mecanismo de los sueños

A continuación, Kyōgokudō le pide a su hermana que le sirva más té.

—¿Qué sentido tiene eso?

—Los recuerdos no están almacenados en las arcas del cerebro. Si pensamos que son un atributo de las propias sustancias, no sería nada complicado imaginar que nuestros recuerdos llegan a nosotros por medio de las materias existentes en el aire y el suelo.

—Entonces, lo que pienso se está filtrando hacia ti y hacia Atsu. ¿Es lo que insinúas? A mí no me llega lo que vosotros estáis pensando.

—Claro que no.

—Entonces, Kyōgokudō, te estás contradiciendo. Tú mismo has dicho que lo de leer la mente es una tontería.

—Y lo es. Lo que normalmente llamamos mente es el consciente. El consciente y la mente existen cuando intersectan con el cerebro. Lo que estoy diciendo es que son los recuerdos los que se filtran, y no la consciencia.

—Eso significa que no se puede leer la mente —le digo.

—Entonces, hermano, ¿qué ocurre cuando se filtran los recuerdos?

—En el momento en que el cerebro capta esas filtraciones las reproduce en la consciencia. Pero, como ya he dicho al hablar de los sueños, esto funciona del mismo modo que las películas.

—Ya comprendo. No se pueden ver sin la luz adecuada.

—Normalmente llamamos a eso «presencia». Decimos que sentimos una presencia sin cuestionárnoslo, pero seguramente no podríamos probar su existencia en términos físicos. Sin embargo, cualquiera puede sentir una presencia. Y, bueno, supongamos que hubiera alguien cuyos ojos apenas pudieran captar información. Si su entorno fuera casi oscuro, ¿qué se reflejaría en la pantalla de cine?

—Entonces... Enokidu.

—Así es. Puede ver los recuerdos ajenos. Es un don que ciertamente no envidia.

¡Qué conclusión tan absurda!

Quizá es que tengo la mente muy cerrada pero, aunque la historia tiene consistencia, no veo mucha diferencia entre eso y el espiritismo. Me parece una locura.

—No me lo creo. ¿Me estás diciendo que Enokidu no hace deducciones, sino que ve los recuerdos de la gente?

—Así es. Como he reiterado varias veces, en los recuerdos aparecen cosas de las que la consciencia no tiene constancia. Por ejemplo, a Sekiguchi siempre se le olvidan las cosas. Aunque su cerebro reproduzca los recuerdos, por alguna razón estos no pueden salir al escenario de la consciencia. Aunque olvidemos las cosas, nuestro cerebro las sabe.

—¿Por eso Enokidu puede ver las cosas que yo he olvidado?

—Evidentemente, hay veces que no lo logra.

—Lo comprendo, hermano, pero a mí tampoco me cuadra lo que has dicho.

Yo también pienso lo mismo.

—Hay una enfermedad llamada síndrome de Charles Bonnet que padecen algunas personas con daños en la retina. Sus afectados sufren alucinaciones; ven diablillos y cosas del estilo. A diferencia de lo que ocurre durante los sueños, estas personas son conscientes de que lo que están viendo no existe. Esto es parecido a lo que hemos estado hablando.

—¿Por qué los afectados por el síndrome ese no pueden ver recuerdos ajenos?

Si Enokidu puede verlos, es factible que otros también los vean.

—Porque depende de qué parte sea la lastimada, de las habilidades congénitas, del ojo en el que está la lesión... Una diferencia minúscula puede hacer que uno vea, y otro no.

Y así termina la explicación de Kyōgokudō.

Me siento como si me hubieran hechizado. ¿No será todo uno de los argumentos de primera de Kyōgokudō?

Atsuko también se ha quedado pensando.

—Bueno, esta es la hipótesis que más me gusta por ahora. Explica claramente la cuestión.

—Oye... ¿Y cómo se te ocurrió una explicación tan excéntrica?

—¿Excéntrica? ¿Eso te ha parecido? —Kyōgokudō saca un cigarrillo del



bolsillo de su pecho—. Pasé mi infancia en la península de Shitakita...

—En el monte Osore[54], ¿verdad?

Nunca se lo he preguntado directamente, pero al parecer nació en el monte Osore y vivió allí hasta los siete u ocho años.

—A las hechiceras del monte Osore se las llama *itako*. Son médiums y pueden comunicarse con los muertos, pero la gran mayoría de ellas tiene una discapacidad visual. No se sabe si esto es hereditario, pero ¿no os parece extraño que tantas, con el mismo problema de visión, se dediquen al mismo oficio? Me he dado cuenta de que muchos espiritistas tienen problemas visuales. En uno de los textos de Yangita se afirma que el *hitotsume kozo*[55] es un médium que cayó en decadencia. Señala la posibilidad de la existencia de un rito en el que al médium se le quitaría un ojo, y yo también creo que debe tener un origen similar.

*Tintín*, suena el canillón de viento.

—Es posible que cuando Enokidu salió de su habitación viera detrás de la chica una imagen tuya del pasado. También vio a alguien tirado en el suelo, como si estuviera muerto, y logró confirmar que se trataba de Fujimasa. Como no sabía qué significaba, tuvo que preguntar a la mujer de quién había sido la idea de ir a pedirle ayuda.

—Entonces pensó que era improbable que el propio asesino acudiera a pedir una investigación, ¿no?

—Pero ella dijo... Dijo que la iniciativa había sido suya.

—Por eso le preguntó si había mentido. Y a ti también —dice Kyōgokudō, señalándome. Bien mirado, la extraña actitud de Enokidu es explicable—. Su capacidad visual era muy débil desde niño, y al parecer siempre ha visto esas cosas. Al principio creía que se trataba de algo normal, pero al crecer descubrió que no lo era. El único que conocía su don era yo, y por eso nos hicimos amigos. Empero, durante la guerra, con el resplandor de las bombas, terminó de perder la vista. Vive como si tal cosa, pero en el ojo izquierdo no tiene visión. Irónicamente, ahora que ha perdido vista puede ver con mayor claridad otras cosas.

Es cierto... Cuando Enokidu empezó a hacer gala de su don fue después de la guerra.

Kyōgokudō mira la veranda, entornando los ojos como si mirara algo lejano.

—Lo que pasa es que, por más que se lo explico, no me quiere hacer caso.

Nos reímos, porque eso es muy típico de Enokidu, pero en mi interior emerge una preocupación que me enturbia la sonrisa.

—Oye, Kyōgokudō... —le digo—. Esto... ¿Cuánto de cierto puede tener el recuerdo que vio de esa mujer?

Eso es lo que me preocupa.

—Eso no lo sé, Sekiguchi. Como te dije al principio, pueden darse varias posibilidades. No obstante...

—¿Qué?

—La familia de esa joven no será un *tsukimonosuji*[\[56\]](#), ¿verdad? Si fuera así, la situación se complicaría.

—¿Cómo?

¿Qué tiene este merluzo en la cocorota?

¿Por qué me está hablando ahora de maldiciones?

Me ha pillado de improviso.

—Bueno, aunque lo investiguemos, no encontraremos nada.

Kyōgokudō se acerca a la urna de los huesos y coge un dulce. A continuación me ofrece a mí otro.

—Por cierto, Sekiguchi, ¿qué piensas hacer con este caso? —me pregunta con tono estricto.

—De ser posible... —le contesto mientras cojo un dulce de la urna—. De ser posible quiero resolverlo.

Kyōgokudō me mira con una mueca en los labios.

—Enokidu no te será de ayuda. Al contrario, te confundirá. —Cierra la urna de los dulces y añade—: Sekiguchi, no olvides que la observación del fenómeno afecta al propio fenómeno.

—Eso es física cuántica.

—Es el principio de incertidumbre. Solo se puede obtener un resultado correcto a través de un medio objetivo.

—¿Y eso qué tiene que ver con esto?

—Mira, Sekiguchi, el sujeto y el objeto no pueden separarse por completo... Lo que quiero decir es que es imposible ser totalmente objetivo. Al meter las narices en el caso has cambiado el curso de acción. Tú ya no eres una persona ajena. Es más, yo diría que estás muy involucrado. Hay casos en los que, si el detective no se hubiera entrometido, el resultado habría sido totalmente distinto. ¿Recuerdas lo que hablamos sobre la urna de dulces? ¿Que lo que hay en su interior no se materializa hasta el momento de abrir la tapa? Esto es lo mismo.

*Tintín*, suena de nuevo el carrillón de viento.

Los dos hermanos me miran, en silencio.

—Pero... Pero no podemos dejarlo así, ¿no?

No he podido evitar decirlo.

Kyōgokudō cruza los brazos.

—Me alegro de que alguien tan indeciso como tú haya tomado ya una decisión. En este caso... Sé que sientes algo por esa mujer, Ryōko Kuonji — me dice. Yo no lo niego. A continuación me hace una advertencia—: Espero que eso no te nuble la vista. Si te involucras demasiado, si te entrometes más allá de lo razonable... Podría ocurrir una tragedia.

Si me entrometo más allá de lo razonable...

¿Qué debo hacer?

—Bueno, no pretendo asustarte —continúa Kyōgokudō como si acabara de despertar de un mal sueño—. ¿Te atreves a comerte lo que esta patosa ha cocinado? Quédate a cenar.

Aunque no sé qué hacer, al final acepto la invitación.

La comida de Atsuko logra calmar la incertidumbre que me había invadido. Sin embargo, su melindroso hermano no alaba la cena ni da las gracias a la joven.

Después de comer, los ayudo a colocar la mosquitera y me dispongo a marcharme a mi casa. Son las diez, la misma hora de ayer. Justo cuando me pongo los zapatos, aparece el gato de Jinhua y maúlla. Juego con él despreocupadamente y Atsuko aparece en el pasillo.

—Sekiguchi... —me llama en voz baja. Se acerca a mí sigilosamente y baja aún más la voz—. Me gustaría pedirle un favor.

—¿Un favor? ¿A mí?

—¿Podría acompañarles mañana?

No me esperaba esto.

—Atsu, ¿no habías abandonado la investigación?

—Bueno, no voy a seguir investigando. No es demasiado ético, pero tengo curiosidad. Me gustaría que se solucionara, aunque será difícil.

Dicho esto, levanta la mirada, como si reflexionara. Por las venas de esta mujer corre la misma sangre de su hermano; siente una curiosidad desmedida por todo. No obstante, a diferencia de él, lleva una vida activa y saludable.

—Por mí no hay problema; de hecho te agradecería que vinieras con nosotros. Aunque delante de tu hermano me haya mostrado valiente, la verdad es que no me gusta la idea de ir solo con Enokidu. Acompáñanos, por favor.

Atsuko sonríe y, acto seguido, se pone seria.

—Por favor, no se lo cuente a mi hermano ni a mi jefe. Mi hermano se pondría furioso, y después de haberle echado un sermón a Nakamura, no sabría con qué cara mirarlo. Ya sabe, como redactor debe mostrar autoridad.

Al recordar que Nakamura me dijo lo mismo, intento contener la risa. Le prometo que har  lo que me ha pedido.

—Por cierto —me dice con una sonrisa mientras me ofrece una lámpara de papel—, para bajar esa cuesta va a necesitar esto.  No tuvo problemas ayer?

Anoche lo pas  realmente mal, pero le miento sin perder la calma. Como no quiero que me vuelva a pasar algo extraño, acepto la lámpara sin rechistar.

Tiene un extraño símbolo de estrella.

Atsuko Ch zenji me acompaña hasta la puerta para despedirse de mí.

 Llover  mañana?

 Qu  simboliza esta estrella?

Cualquier trivialidad me llama la atención.

Sin embargo, tengo un mal presentimiento. Es como si fuera a suceder algo escabroso.

Ah, ya lo s : esta estrella es para ahuyentar a los malos espíritus.

Lo escuch  cuando estuve en el servicio militar. Las estrellas que se usan para identificar el rango de los oficiales del Ejército de Tierra son en realidad amuletos para ahuyentar las balas.

En realidad, esa idea solo sirve para tranquilizarlos. Aunque lleven sus estrellas, los soldados mueren. Y, aunque yo tenga esta lámpara de papel, puedo marearme o tropezar.

Pero esta noche bajo la pendiente sin sufrir percances.

### 3

Estoy en la costa y camino de la mano de una mujer.  
Hoy es fiesta. A lo lejos se escuchan unos tambores. *Tan, tan.*  
Me da vergüenza que me lleven de la mano a mi edad.  
Pero, como soy un niño, no puedo hacer nada.  
Al pensarlo me siento aliviado.

Junto al mar, hay varios monjes budistas haciendo sonar sus bastones. Me parece muy interesante. Sin embargo, la mujer me tira del brazo y me obliga a acercarme a un puesto.

—Este lugar es precioso, ¿no crees? —me dice.

Como sigo intentando soltarme para ver a los monjes, la mujer me mira con gesto de enfado.

En ese momento, pienso que tengo que disculparme, pero no recuerdo su nombre.

Creo que es mi madre. ¿Cómo tendría que llamarla?  
No le gusta que balbucee, pero no puedo evitarlo.

Me tira sobre la arena y me grita algo, pero me ha entrado arena en los oídos y no entiendo lo que dice.

«¿Por qué no puedo cerrar las orejas?», pienso.

Me entra tanta arena que siento la cabeza pesada.

Al doblar la barbilla, veo las pantorrillas blancas bajo el dobladillo del kimono de la mujer.

Creo que no debería mirarlas.

Intento mirar hacia el lado contrario pero, como me tiene agarrado, no puedo girar la barbilla.

Los monjes clavan sus bastones en un enorme pez y lo alzan con gozo.

Parecen alegrarse mucho de haberlo pescado.

Pero no es un pez.

—También hay momentos así —dice uno de los monjes. Lo que han atravesado es un recién nacido.

La mujer no quería que lo viera. Hace una mueca y entra rápidamente en el puesto. El interior está desierto. Venden telas de colores vulgares y ranas de África.

Quiero gritarle que no entre pero, por alguna razón, no recuerdo cómo se hace.

Me da miedo quedarme solo.

Solo soy un niño.

A la mujer no le gusta que esté callado. Dice que me va a castigar.

Me agarra la cabeza y la restriega contra la arena.

La arena está caliente y, para mi mala suerte, hay muchas arañas. Me da bastante asco.

Miles de arañas corretean sobre mí, sobre mi vientre, caminan por todas partes con sus patitas. Me pica todo el cuerpo.

Una de ellas se me ha metido en la oreja. Me voy a volver loco.

Aguanto el dolor y levanto la cara. La mujer es muy fuerte y tengo que forcejear mucho para zafarme de ella, pero lo consigo y descubro que está desnuda. Es muy incómodo.

Miro sus pálidos pechos. Pienso que no debo mirarlos, pero no puedo cerrar los ojos.

Doy un par de tambaleantes pasos por la arena.

Al abrir la puerta corredera, encuentro a mi esposa leyendo el periódico.

Me mira, confusa. Es inevitable, lo sé. Ya sé que soy un niño al que su madre tiene que castigar.

Como no quiero que los cojines se llenen de arañas, me sacudo para quitármelas de encima. Sigo teniendo arena en las orejas. Mi mujer me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué te ocurre? ¿Todavía estás dormido?

—No, es que me duele el cuello. No sé por qué, pero es insoportable.

—Seguramente dormiste en una mala postura. Anoche volviste a hablar en sueños y te saliste del futón.

Me mira con atención.

A lo mejor aún tengo alguna araña en la cara. Nada más pensarlo me pica y me da asco, así que me frotó la cara.

—¿Qué te pasa? Tienes el tatami marcado en la cara. Me pica solo de verlo...

Entonces, ¿no hay arañas?

Bueno, ¿por qué iba a haber?

De pronto, me doy cuenta de que no están aquí. Es imposible que estén aquí.

—Era mi madre.

Me vienen a la mente esas palabras. Pero ¿por qué me había olvidado de ella? No, la pregunta es: ¿por qué me he acordado de ella?

—¿Le ha pasado algo? —me pregunta.

No es eso. No he visto a mi madre desde que visité mi ciudad natal en Año Nuevo. Además, como era profesora, nunca se ponía kimono, algo raro en una mujer de aquella época. Excepto el *monpe*<sup>[57]</sup> que usó durante la guerra, nunca la he visto vestida con ropa de estilo japonés.

¿Qué tiene que ver el kimono en todo esto?

¿Quién iba vestida de ese modo?

—Claro, Ryōko Kuonji.

Despierto de mi sueño por fin.

Mi esposa me mira con expresión de enfado.

—Tatsu, reacciona... —Solo me llama Tatsu cuando estamos los dos solos—. ¿Quién es esa tal Kuonji? —me pregunta con recelo.

Al escuchar su nombre en la boca de mi mujer, me siento culpable. Mascullo algo para intentar salir del embrollo.

Yukie es dos años más joven que yo, tiene veintiocho o veintinueve años. No suelo recordar la edad de los demás, y a veces ni siquiera sé con exactitud

cuántos años tengo yo. Sin embargo, Yukie parece mayor. Podríamos ser educados y decir que es debido a su serenidad, pero lo cierto es que la vida la ha tratado mal. Casi siempre está cansada. No era así cuando la conocí, con dieciocho años, pero últimamente siempre está igual. Torakichi le hizo un cumplido ayer y es cierto que hay días que está guapa, pero otros parece del montón.

Y ahora parece cansada.

—Eres como un niño, sigues soñando después de despertar...

Me sirve un té caliente con una sonrisa. A pesar de su desdicha, sonrío mucho. Es un alivio.

—Tatsu, ¿qué estás haciendo ahora? ¿A dónde vas todos los días? Últimamente no tienes buena cara.

—Ni que estuviera viviendo *Lámpara de peonía*[\[58\]](#). No tienes que preocuparte. Estoy haciendo una investigación para una nueva novela.

Pero, en realidad, mi situación es similar a la de *Lámpara de peonía*, aunque no puedo contárselo a mi esposa. No es que no quiera hacerle daño; es que me da vergüenza decírselo.

Pero ¿qué diantres fue esa pesadilla? No puedo recordar los detalles, pero creo que Ryōko Kuonji salía en ella. Hace unos momentos seguía dentro del sueño, pero ahora parece algo que sucedió hace cien años. Da igual; Kyōgokudō se cargó ayer todo el romanticismo de los sueños. No obstante, tardo bastante en escapar por completo de las garras de esa pesadilla.

Por suerte, Yukie no es de esas mujeres que se entrometen en el trabajo de su marido, así que he podido salir de casa sin tener que explicarle nada. Es como si la estuviera engañando. Me siento un poco culpable, pero no estoy obrando mal. ¿Qué problema hay? Decido verlo por ese lado.

Una vez en la calle, me doy cuenta de que no sé cómo se va a Zōshigaya. Estoy en un pequeño embrollo, ya que hace muchos años que no voy al distrito de Toshima. La última vez fue cuando acudí con mis compañeros de instituto al festival Kishibojin, ¿o habré ido después de eso? No lo sé, no recuerdo bien los años anteriores a la guerra. En Sugamo está el hospital psiquiátrico y el centro de detención. El resto no son más que tumbas. Esa es mi impresión de ese lugar.

Aunque el colegio Gakushūin[\[59\]](#) está en Mejiro y la Universidad de Rikkyō[\[60\]](#) está en Ikebukuro, no conozco bien la zona. Los ataques aéreos devastaron el distrito de Toshima dejándolo todo en ruinas. Bajo sus escombros, se estableció un mercado negro que surgió espontáneamente de



entre las cenizas aprovechando los resquicios del orden. En la época de apogeo, había en el país más de diez mil mercados negros.

Yo odio esos lugares. El caos, la muchedumbre que entra y sale, los gritos agresivos entre el tumulto, el abrumador individualismo, el ansia de sobrevivir... Yo odio todas esas cosas, y por eso no he entrado nunca a un mercado negro.

Algunos dicen que esa es la esencia humana, la fortaleza de los hombres. Probablemente tengan razón. Si este tipo de mercado no existiera, no habríamos podido recuperarnos tan rápidamente. Soy consciente de ello. Pero, si esa es la naturaleza humana... Yo no quiero seguir viviendo como un humano.

Las guerras arrebatan la vida de las personas sin tener en cuenta la voluntad individual. En el campo de batalla no existe la esencia humana. Pero, si teorizamos que la naturaleza humana es una peculiaridad de los hombres que no se halla en los animales, la aniquilación en el frente podría definirse como un rasgo de la humanidad. Por tanto, no comprendo qué es vivir como un ser humano. Cuando estuve en el campo de batalla tenía tanto miedo a la muerte como un perro callejero, y creo que esa conducta mía es la más humana de todas.

Por eso, la razón de mi aversión hacia el mercado negro no es la alienación que experimenta un extranjero al adentrarse en un mundo diferente, y tampoco el miedo de un animalillo al hundirse en un pantano: es el siniestro temor a que eso saque la oscuridad de mi interior. Esto, ese presentimiento, es lo que me hace rehuir esos lugares.

Los mercados negros fueron regulados por la ley después de la guerra, aunque lo único que se hizo fue reafirmar su condición de lugares contrarios al sistema, su naturaleza clandestina. Con la represión, la periferia de Ikebukuro se convirtió en una zona cada vez más oscura. Poco a poco, se transformó en un lugar peculiar, más que Ueno o Shinbashi, en un sitio al que no quería acercarme. Para mí, ir a Toshima es como acudir a las puertas del infierno, así que me he mantenido alejado de allí.

Aunque el mercado negro de Ikebukuro desapareció el año pasado, en la zona aún se hacen negocios turbios, sobre todo en la plaza frente a la estación.

Camino hacia la estación sin saber a ciencia cierta cómo llegar. Cuando me detengo en la parada, como si fuera cosa del destino, llega un autobús con destino a Waseda[61].

Queda cerca de mi destino, así que subo.

Está bastante lleno. Le pregunto a un anciano, vacilante, cómo llegar a ese lugar. El señor se molesta un poco, pero al final me dice amablemente cómo ir. Es posible que tomar este autobús no haya sido la mejor decisión.

El anciano me ha dicho que tengo que hacer transbordo en Waseda: he de tomar el tren público. Aunque no está lejos de Nakano, no tengo la menor idea de cómo es ese sitio. No tiene mala pinta.

¿Qué habrá pensado de mí el anciano? Eso me preocupa un poco.

Desde niño tengo complejo de inferioridad, aunque más que un complejo es casi una obsesión. Hubo una época en la que estaba convencido de que estaba loco y de que los demás me seguían la corriente por lástima.

Probablemente, no era más que una excusa para no admitir mi fracaso. Cuando mis padres o mis profesores me regañaban, pensaba: «¿Por qué me regañan, si estoy loco? ¿Es que no les doy lástima?». Además, estar chiflado me despojaba de responsabilidad sobre mis errores: era algo que no podía evitar.

Este modo de ver el mundo me aliviaba, y por eso me entregaba con entusiasmo a esas fantasías. Pero el problema de perpetuar esta actitud es que me posicionaba en un callejón sin salida. Al considerarme a mí mismo un loco, alguien distinto a los demás, no era capaz de relacionarme con normalidad.

Mi vida diaria estaba llena de desasosiego. Siempre estaba pendiente de las miradas ajenas pero, al mismo tiempo, no dejaba que los demás se acercaran a mí. Estuviera donde estuviera, no conseguía encajar.

Por esa razón, rompí todo contacto con el mundo y me escondí debajo de un caparazón llamado depresión.

Sin embargo, Enokidu, Kyōgokudō, el resto de mis amigos y mi esposa, terminaron por romper el caparazón.

¿Le habré parecido normal a ese anciano?

El tren ha llegado a la estación de Kishibojin.

Ya he estado aquí antes. Estoy seguro, aunque no es posible que me acuerde de este lugar si fue reconstruido después de los ataques aéreos.

Ryōko Kuonji me dijo que su familia vive al este del templo budista de Hōmyōji[62]. No sabía que Kishibojin era sinónimo de Hōmyōji. Ahora que lo pienso, ¿por qué me alteré tanto ayer? ¿De verdad pensaba que iba a conseguir resolver el caso? Me siento un poco tonto. Antes de bajar del tren, pienso que lo que ocurrió ayer era tan irreal como el sueño que tuve esta mañana.

Sin embargo, lo de ayer no fue un sueño: Atsuko Chūzenji está esperando

a este poco fidedigno sustituto de detective en el recinto de Kishibojin, el lugar donde habíamos quedado.

—Disculpe...

Atsuko Chūzenji lleva un gorro cazador gris con estampado de pata de gallo y pantalón con tirantes de piel. De no ser por el delicado busto bajo su camisa blanca, parecería un muchacho.

—No debería haberle pedido este favor —me dice antes de hacer una reverencia rápida.

—¿Conseguiste eludir con éxito la tenebrosa mirada de tu hermano?

Si alguien me escuchara, podría pensar que somos amantes y estamos escondiéndonos de las miradas ajenas. No sé por qué, pero me siento valiente y mi incertidumbre se ha esfumado por el momento. Visto ahora, el recorrido hasta aquí ha sido como un sueño.

Vuelvo a ser el mismo de ayer.

Atsuko saca la lengua.

—Lo descubrió todo —me responde—, justo después de que usted se fuera.

—Con este tipo de cosas es difícil engañarlo. ¿Te regañó?

—No pasó nada. —La muchacha sonríe y asiente ligeramente—. Por cierto, antes de que se me olvide: tengo un recado para usted.

—¿De Kyōgokudō?

«¿Qué querrá ahora?», me pregunto.

—Sí... Me ha pedido que le diga que busque los diarios y las cartas de amor.

—¿Qué diantres es eso, un acertijo? ¿Por qué nunca puede decir las cosas de una forma normal?

—Mi hermano no lo recordaba con exactitud, pero al parecer Fujimasa escribió una carta de amor. Quizá usted lo recuerde mejor.

No tengo la menor idea.

—Además me ha dicho que Fujimasa tenía la costumbre de escribir un diario, y que quizá podríamos echar un vistazo a algunas de sus entradas recientes.

—Si esos diarios existieran, serían una pista importante. Aunque no sepamos qué pasó esa noche, podríamos leer lo que ocurrió en los días previos.

—Pero, si Fujimasa planeó su fuga, ¿dejaría pruebas? Además, mi hermano cree que los diarios más importantes deben ser los de hace doce

años. ¿Por qué será?

—Si tú, que eres su hermana, no lo sabes, no creo que pueda saberlo yo.

Como nos hemos cansado de charlar de pie, nos sentamos a esperar a Enokidu en un banco vacío que hay junto al templo. Habíamos quedado a las doce y media; todavía faltan cinco minutos. Aunque no es festivo, en los recintos del templo hay algunos tenderetes. Hay algunos fieles, pero las casas de té están cerradas y en el lugar reina el silencio.

—Se dice que, aunque esta zona sufrió muchos ataques, el templo consiguió sobrevivir a las llamas.

—¿En serio?

—Mire los árboles de *keyaki*[\[63\]](#), parecen bastante viejos. Algunos podrían tener varios siglos de vida.

Tiene razón: no creo que un bosque tan denso haya crecido en cinco o seis años.

Se oye el graznido de un alcaudón bucéfalo.

Es como si estuviéramos en otra estación del año.

—¿Cree que Enokidu vendrá? —me pregunta Atsuko. Yo también estoy preocupado.

—Como dijo Kyōgokudō, no podemos confiar en él. Esperaremos hasta las doce y cuarenta minutos; si no viene, nos marcharemos solos. No debemos hacer esperar a nuestra anfitriona.

Una parte de mí, cree que Enokidu no va a venir. Al final, llega la hora acordada y, tal como habíamos supuesto, el detective no ha aparecido.

El reloj ya ha dejado atrás las doce y cuarenta. Justo cuando desistimos y decidimos ponernos en marcha, escuchamos un ruido tremendo en la entrada del camino que lleva al templo. Hasta ahora todo había estado en silencio, así que nos giramos en la dirección del sonido por reflejo.

Un tipo con una gorra de aviador del ejército estadounidense acaba de bajar de un pequeño vehículo negro.

—Anda, pero si es el señor Enokidu.

—¿Qué?

El hombre ha empezado a darle patadas al vehículo.

Rodeados por los propietarios y clientes de los puestos, corremos hacia el lugar que se ha convertido en el centro de atención.

Enokidu está dando puntapiés a algo que parece un sidecar sin dejar de gritar «¡Toma!» y «¡Demonios!».

—¿Qué está haciendo, Eno?

Cuando nos acercamos a él, deja de dar patadas.

—¿Qué tal? Has llegado antes, ¿no? —me pregunta mientras me saluda con la mano—. Vaya, ¡mira quién está aquí! Nada más y nada menos que Atsu. Hoy estás preciosa.

—Disculpe, le pedí a Sekiguchi que me permitiera acompañarles. Espero no ser una molestia.

Enokidu suelta una carcajada

—Claro que no. Esta mañana estuve a punto de echarme una sogá al cuello, solo con pensar que tenía que ir con este individuo tan feo a esa clínica siniestra. Si Kyōgokudō se hubiera unido a nosotros, el día habría pintado aún peor, pero tú eres bienvenida, Atsu. Es más, Seki ya puede irse a su casa si quiere —dice con tono divertido.

El ánimo funesto de ayer ha desaparecido; Enokidu parece otra persona, está de muy buen humor. Además, su atuendo no se parece en nada al de un detective: parece miembro de un cuerpo de aviación.

—Oiga, ¿y esto? —le pregunto señalando el pequeño vehículo negro.

—Esto es un sidecar, Seki. Es como una moto, pero se pueden subir dos personas.

—No le estoy preguntando qué es.

Atsuko se desternilla de risa.

—¿No? Bueno, ¿te acuerdas de que un Jeep de la policía militar estuvo a punto de atropellarme hace tiempo? Pues Hayes, el militar estadounidense que lo conducía, me regaló esto para compensarme. Llevaba mucho tiempo sin conducirlo, así que esta mañana decidí venir hasta aquí con él.

—¿Por qué justo hoy?

—Pensé que llegaría más rápido. Pero, venga, vamos a la clínica —dice Enokidu. Aunque no sabe por dónde se va, comienza a caminar.

—Oiga Eno, ¿va a dejar aquí el sidecar? Se lo van a robar.

Enokidu se gira.

—Te equivocas. Si alguien se va en el sidecar, no será un ladrón, ya que yo lo estoy abandonando aquí para que se lo lleve cualquiera —me dice, y vuelve a reírse. Atsuko y yo lo miramos con la cabeza inclinada, perplejos.

Según nos cuenta Atsuko, Hōmyōji y Kishibojin son edificios distintos. Lo más correcto sería decir que Kishibojin está en los recintos del Hōmyōji, y de hecho ambos están bastante alejados. Entre ellos hay una arboleda y algunas casas, aunque no sé si todo ello forma parte de los recintos del templo. Asimismo, según le ha contado Kyōgokudō a su hermana, toda la parte oriental

de Hōmyōji, el lugar donde se ubica el sanatorio Kuonji, es un cementerio.

El cementerio de Zōshigaya es uno de los siete panteones que se edificaron en Tōkyō en el quinto año de la era Meiji, en 1872. Tiene una superficie de noventa y cinco mil seiscientos veintisiete metros cuadrados. Las tumbas que recordaba borrosamente del distrito de Tokushima eran estas, supongo.

El camino hacia el templo zigzaguea y está rodeado de árboles. Parece un laberinto.

Estoy empezando a pensar que al final de este serpenteante camino solo habrá tumbas. La idea me disgusta y camino con pesadez.

Sin embargo, en lugar de toparnos con tumbas nos encontramos con los matorrales que rodean al templo.

—Parece que aquí solo hay bosque. La zona urbana está seguramente por aquel lado.

Al otro lado del camino, hay casas y algunos comercios. No obstante, estoy totalmente seguro de que nos encontraremos un cementerio aunque vayamos por allí.

Enokidu, ajeno a mis preocupaciones, sigue caminando.

—Oiga, Eno, en esa dirección solo hay tumbas. ¿No nos ha dicho Atsuko que hay un cementerio bastante grande?

—Pero la dama nos dijo que la clínica estaba en la parte oriental, ¿no? Monicaco, ¿se te han olvidado las instrucciones que nos dio? Confía en mí: la casa está por aquí.

—¡Pero si usted ni siquiera estuvo presente en esa parte de la conversación!

—Se lo pregunté a Kazutora; tú tienes muy mala memoria. Venid por aquí. —Y desaparece abruptamente por un angosto camino del frondoso bosque.

—Por ahí solo va a encontrar tumbas...

No sé por qué, pero algo me dice que no debemos entrar ahí.

—Eres un testarudo, Seki. No tendrás miedo, ¿verdad?

Probablemente sea eso.

—Aquí no hay tumbas. —Atsuko había estado caminando tras nosotros, pero se ha adentrado en el camino sin que me diera cuenta—. Las tumbas están en otra parte, más allá de esa loma. Por aquí hay un bosque y algunas casas.

No lo creo. En este lugar solamente hay un cementerio, un manicomio y el centro de detención.

—Sekiguchi, no te pongas nervioso —me dice Enokidu, y acto seguido

me agarra del brazo y tira de mí hacia esa senda prohibida.

Es como en mi sueño. Me están castigando.

Cierro los ojos. Al abrirlos veo algo que no debería ver.

«Se le ven los muslos, y los pálidos pechos...».

—Oiga, ¡Sekiguchi! ¿Está usted bien?

Es la voz de Atsuko Chūzenji. Esto no puede ser un sueño.

Abro lentamente los ojos.

Veo la clínica.

Ya he estado aquí antes. No es una paramnesia, un *déjà vu*. Recuerdo claramente este paisaje.

El sanatorio es grande, un edificio enorme de piedra. Hay un muro de ladrillo y un bosque.

Recuerdo hasta el pequeño sendero adoquinado que conduce al portón.

Cuando nos acercamos, me doy cuenta de que el muro de ladrillo está bastante dañado. ¿Serán las heridas de los ataques aéreos?

Si no me equivoco, antes no estaba así.

¿Cuándo estuve aquí?

Siento un zumbido en el oído.

En la entrada principal hay una puerta de cristal esmerilado y un letrero borroso donde pone «Sanatorio Kuonji».

Todo está igual. Abrimos la puerta, pero no hay nadie en la recepción.

La otra vez tampoco había nadie.

—Buenas —dice Enokidu. Ryōko Kuonji sale a recibirlo.

Y yo recupero el sentido.

—Muchas gracias por venir.

Ryōko Kuonji lleva el cabello recogido con ondas, una ligera blusa blanca y una falda negra ajustada. Aunque su aspecto es totalmente distinto, a mí me parece la misma: es una mujer atrapada dentro de una foto en blanco y negro.

—Perdone mi actitud de ayer —le dice Enokidu, y baja la cabeza—. Como comprenderá, es mi deber como detective dudar de las personas, de todas sin excepción. Hoy tendremos que hacer algunas preguntas incómodas a los miembros de su familia, pero es totalmente necesario para esclarecer el misterio. Espero que sean comprensivos y colaboren.

No creí que Enokidu pudiera hablar de un modo tan educado. Atsuko parece pensar lo mismo; se ha quedado anonadada.

—Por supuesto, aunque mis padres son muy conservadores y no puedo

asegurarles una buena recepción. Espero que no se tomen a mal sus reacciones —dice, y baja la cabeza. Parece un teatro de marionetas: la muñeca alza la cabeza y me mira con una ligera sonrisa—. Señor Sekiguchi, muchas gracias por venir. Disculpe, ¿quién es la mujer que le acompaña?

—Es una de mis ayudantes, una mucho más eficiente que Seki —afirma Enokidu sin titubear—. Se llama Atsuko Chūzenji.

—Es un placer, señorita —saluda rápidamente Atsuko, que ha entendido de inmediato la mentira del detective.

Ryōko Kuonji parece confundida, pero le devuelve el saludo con amabilidad.

—No sabía que hubiera mujeres detective. Yo soy Ryōko Kuonji. El gusto es mío.

Al ser testigo de este encuentro entre dos mujeres tan diferentes, una extraña tensión invade mi cuerpo.

—Bueno... —empieza Enokidu, sobresaltándose y provocando que dé una patada al zapato que me estoy quitando—. Quiero dejar clara una cosa: si lo considero necesario me retiraré sin previo aviso. Esto es algo normal en nosotros, los detectives, así que no debe preocuparse. En ese caso, se quedarían mis dos ayudantes, así que puede estar tranquila.

—Ah, bien, por mí no hay inconveniente... —le contesta Ryōko con expresión preocupada.

Aunque todo esto parece una broma, Enokidu lo está diciendo totalmente en serio. De hecho, es una posibilidad real, así que me alegro de que la avise de antemano.

Entramos en la clínica y Ryōko nos lleva a la sala de estar de la parte destinada a la vivienda.

Es un cuarto extravagante, lleno de cosas antiguas, pero de mucho valor. Como el edificio es viejo y de estructura sólida, las reparaciones que se hicieron apresuradamente tras la guerra son muy notorias.

—Esperen aquí, por favor —nos pide Ryōko, y sale de la habitación. Nos sentamos en un majestuoso sofá, como si fuéramos recién licenciados que están esperando su turno para hacer una entrevista de trabajo.

Pero ¿qué fue esa sensación que noté al llegar aquí?

¿Estuve antes en este lugar? ¿Cuándo?

No se me ocurre ninguna razón por la que podría haber venido a este sanatorio.

—Es muy guapa, ¿verdad? Ahora comprendo por qué la describió



Sekiguchi de un modo tan poético —dice Atsuko, mirando la habitación. Su vista se detiene a la derecha, en la chimenea—. ¿La mujer de esa foto es la señorita Ryōko?

Atsuko está mirando un marco plateado que tiene en su interior una fotografía de tamaño gabinete de dos muchachas muy parecidas. Son dos niñas delgadas y muy bonitas, peinadas con trenzas. Están vestidas igual. Una sonríe, pero la otra tiene el ceño fruncido como si estuviera preocupada.

—Probablemente. Parecen gemelas. Yo diría que la que está sonriendo es ella —dice Enokidu.

—¿Usted cree? Yo creo que es la de este lado, la que no está sonriendo... —dice Atsuko, con la cabeza ladeada.

Tiene razón, esa expresión la hemos visto antes: Tal como dice Atsuko, la que no se ríe es Ryōko Kuonji. Debe tratarse de una foto de su infancia, aunque ahora es mucho más guapa. La que sonríe debe ser su hermana menor. ¿Será Kyōko Kuonji?

No, recuerdo a la chica que está sonriendo. Estoy seguro de que la conozco.

La he visto. La he visto antes.

Había algo rojo. Unas piernas pálidas y algo rojo...

«Probablemente es un chiflado que se ha escapado del manicomio de Sugamo».

Eso es. Me dirigía a este lugar y le pregunté a alguien cómo llegar.

Uno era viejo, y el otro, un caballero de mediana edad. Yo no sabía dónde estaba y lo único que quería era llegar al sanatorio... Le pregunté a esos dos que venían juntos.

—Por aquí no hay nada así.

—Es verdad. Aquí solo hay tumbas, jovenzuelo.

—Pero ¿qué te pasa? Contesta.

—Probablemente es un chiflado que se ha escapado del manicomio de Sugamo.

—El único sanatorio que hay por aquí es ese.

—Será que quiere volver a su casa.

En ese momento, mi mente comenzó a bullir. ¿Estaría loco de verdad? ¿Estaba alucinando? No podía decirles nada. Sudaba a mares y mi visión se oscureció.

«Yo no estoy loco. Estoy bien. Esto es una alucinación».

—Está chiflado.

Ahora lo comprendo. Como no quería aceptar las palabras de aquel hombre que el azar me había llevado a preguntar, había ocultado ese recuerdo en mi interior. Y no solo eso: añadí a ese recuerdo un temor irracional hacia los mercados negros para evitar volver a esta zona. No he conseguido romper el cascarón de mi depresión; solo lo he ocultado sobre una capa de normalidad sobre él.

Y ahora he conseguido recordarlo todo.

En aquel momento, Masao Fujino me dijo lo siguiente:

—Sekiguchi, tú sabes que estoy enamorado. Debes saberlo, ya que todos se burlan de mí por eso. Esto no es un juego. Lo único que hago es pensar en ella: no puedo dormir, ni estudiar, ni siquiera soy capaz de tragar un bocado. Eres el único que no se ríe de mí. Todos se burlan, pero a mí me trae sin cuidado.

»También se lo he contado a Chūzenji, y él me ha recomendado que le escriba una carta. Aunque me ha escuchado seriamente, sé que no le caigo bien. En una cosa tiene razón: una quinceañera me ha robado el alma y soy tan cobarde que no me atrevo ni siquiera a declararme. Pero no sé si esta carta conseguirá calmar este sentimiento.

»He tardado dos noches, no, ¡tres!, en escribirla. No sé si estará bien. He roto y tirado varias. He dudado mucho entre mandársela o dársela en persona, pero no quiero que su familia me vea. La he esperado varias veces en el sendero, pero no he tenido el valor para dársela. Por favor, entrégasela tú.

»¿Crees que soy un cobarde, que soy poco hombre? No sé si será cierto, lo único que sé es que estoy en un sinvivir... Es la única carta que voy a escribirle, y no puedo pedírselo a nadie más. Si no me contesta desistiré, pero si la respuesta es afirmativa, entonces actuaré como un hombre.

»Quiero que se la des personalmente. A Kyōko Kuonji.

En aquella época, aún no sabía qué era aquello de la hombría, y tampoco me importaba. Por eso decidí aceptar su petición y vine hasta aquí.

«Está chiflado».

Para negar esas palabras, para huir de ellas, salí corriendo. Unos desconocidos habían conseguido sacarme de mi refugio seguro. Ya no me

sentía aliviado por el hecho de que los demás creyeran que estaba loco.

«Yo estoy bien. Los que estáis locos sois vosotros».

Antes de darme cuenta, me había detenido en aquel camino angosto.

No recuerdo que hubiera nadie en la recepción. No podía haber nadie; el día había terminado y la consulta estaba cerrada.

Llamé en un susurro y apareció una muchacha con trenzas. Tenía la piel tan blanca como la cera.

—¿Quién es? Mi familia ha salido. Es una carta, ¿verdad? ¿Para quién es?

No podía ver bien sus ojos. Su boca se movía y me hablaba como si fuera una criatura de otro mundo.

—¿Qué pasa? ¿Se encuentra bien?

—He prometido que solo entregaría la carta a su destinatario —le dije, y con la cabeza gacha le enseñé el anverso del sobre.

—Es para mí.

No sé por qué, pero no le pude entregar la carta. Me quedé en la misma posición, mirando el suelo...

Los labios de la muchacha se movieron misteriosamente.

—La carta es para mí, ¿verdad? ¿Me la da? No se tratará de una carta de amor, ¿no?

Levanté la mirada sin poder evitarlo.

La muchacha se estaba riendo. Alargó sus lechosos dedos y cogió la carta.

—¿La ha escrito usted?

Volví a bajar la mirada, incapaz de decir nada. Una blusa blanca. Una falda de color oscuro que dejaba ver sus pálidas piernas.

Unas piernas por las que empezaba a escurrirse la sangre.

Levanté la cara y la miré. La muchacha sonrió siniestramente.

Estaba loca...

El que estaba loco no era yo. Aquella no era una muchacha normal.

—¿Por qué se asusta? —Entonces se me acercó y me susurró en la oreja —: Vamos a jugar.

Y me dio un mordisco.

Salí corriendo de allí como alma que lleva el diablo.

Los oídos me zumbaban y notaba las mejillas ardiendo. ¿Qué había sido eso? Yo no estaba loco, los locos eran todos los demás. Aquella muchacha estaba ida.

No quería mirar atrás porque sabía que ella estaría riéndose. Con sus piernas blancas y su sangre roja.

«Está chiflado».

Atsuko me está mirando fijamente.

—Sekiguchi, está pálido.

Tras abrir la caja donde he mantenido guardado durante más de diez años un recuerdo prohibido, me doy de bruces con la realidad presente.

—La carta... Acabo de acordarme de la carta de amor. Yo... En el pasado... En mi época de estudiante, vine a este sanatorio por encargo de mi amigo Fujimasa —digo, casi sin aliento.

—Seki, ¿tanto te ha costado recordarlo? —me pregunta Enokidu—. Estás sudando la gota gorda.

—Entonces, ¿sí hubo una carta de amor?

—Así es. Me sorprende que Kyōgokudō lo recordara.

—Seki, eso da igual; no nos ayuda con este caso —me dice Enokidu con voz abatida y una mano en la frente—. Lo único que ha quedado claro es que tienes memoria de pez.

—No es cierto.

De hecho, a la que yo conocía era a Kyōko y no a su hermana Ryōko, aunque las dos se parecen mucho. Enokidu debió ver mis recuerdos, no los de Ryōko, y eso hace que mis recelos se desvanezcan. Ella no me conocía.

Se lo comento a Atsuko. Como Enokidu no sabe de qué estamos hablando, se queda en silencio con expresión enfadada. No comprende su propio don.

—No sé qué diantres es eso de los recuerdos, pero te equivocas, Seki —me dice Enokidu.

Yoshichika Kuonji, el director del sanatorio Kuonji y cabeza de familia, no es como había imaginado. Tiene la frente amplia y está medio calvo. Su rostro es rojizo y carnoso y tiene los ojos hundidos. Lo poco que le queda de pelo está completamente cano. El médico tiene mal puesta la bata y se sienta con las piernas abiertas, de un modo vulgar.

Kikuno Kuonji, su esposa y gobernanta de la clínica, me recuerda a las mujeres de los guerreros que aparecen en los kabukis. Es una dama altiva. De joven, debió de ser guapa, pero ahora su belleza es decadente, como sin vida.

—¿Cómo? ¿Has dejado que entren a esta casa unos desconocidos que

nadie sabe de dónde han salido? ¿Qué pretendes con todo esto? De ninguna manera voy a pedir consejo sobre los asuntos privados de la familia a un extraño.

La dama nos fulmina con la mirada sin mover un solo músculo, aunque su voz parece llena de vida.

—Madre, no sea descortés. He sido yo quien les ha pedido que vengan.

—Lo sé.

—¿Qué quiere saber, señor detective? —pregunta el cabeza de familia, que hasta ahora había mantenido la boca cerrada. El anciano, a pesar de su aspecto, tiene la voz aguda. Al hablar, inclina el cuerpo y baja el mentón. Es una especie de tic—. Como puede ver, hoy es nuestro día de descanso, así que no hay pacientes. Las enfermeras no viven aquí y solo vienen a trabajar, por eso solo tenemos a una de guardia. Nuestro único paciente es una mujer en su último mes de embarazo. Más que un médico parece una partera. Tiene gracia —dice, riéndose.

Su esposa interrumpe sus carcajadas con voz estricta.

—No debería decir ese tipo de cosas delante de un extraño.

—¿Qué tiene de malo? Es la verdad, no tengo nada que hacer. Responderé a todas sus preguntas, señor detective.

Enokidu sonrío y, antes de que la señora pueda interrumpir de nuevo, comienza a hablar.

—Este edificio es impresionante. ¿Solo están especializados en Ginecología?

—Antes de la guerra, teníamos consultas de Medicina general, Cirugía y Pediatría, pero el conflicto nos arrebató a todos nuestros médicos. Además, sufrimos varios ataques aéreos. Toda esta zona fue bombardeada. —El anciano entorna sus pequeños ojos haciendo que se hundan todavía más en su rostro—. Solían arrojar bombas incendiarias a las casas, pero estos señores de Estados Unidos confundieron nuestra clínica con una instalación militar. Teníamos tres torres y perdimos dos durante los bombardeos. Por fuera no lo parece, pero por dentro están huecas. No sirven de nada. Seguramente se estará preguntando por qué no las arreglamos después de la guerra, pero ¿para qué? Lo único que conseguimos reparar, y a duras penas, fue la vivienda y la primera torre.

—Pero ¿por qué mantuvo el departamento de Ginecología en lugar de la consulta de Medicina general o Cirugía?

—Los Kuonji siempre hemos sido ginecólogos —responde la señora de

la casa con tono estricto.

—Yo, en un principio, era cirujano. Pero la ginecología nunca se queda sin clientela; es como tener una funeraria. ¿Usted no habría cambiado de especialización? —aclara el anciano, riéndose. Su esposa no lo interrumpe, pero lo fulmina con la mirada. Cuando deja de reír, la señora continúa hablando.

—Los Kuonji fueron médicos de cabecera de un señor feudal desde el tercer año de Kyōhō (1716 a 1735) hasta la restauración Meiji. Desde el día en el que asistimos con éxito el nacimiento de uno de sus hijos, nos convertimos en los médicos particulares de esta honorable familia.

—Era de Shikoku, ¿no?

—De Sanuki[64].

—Por cierto, ¿su familia suele viajar?

Enokidu pregunta de repente algo totalmente fuera de lugar y la señora de la casa hace una mueca.

—Después de la guerra, nada —responde el anciano—. La última vez que salimos fue en el décimo cuarto o décimo quinto año de Shōwa, en 1939 o 1940, no lo sé con exactitud. Me acuerdo porque fue la época en que quisieron economizar el país con la Segunda Guerra Sino-japonesa. Creo que fuimos a Hakone[65].

—Señorita, ¿usted se acuerda?

Después de pensarlo, Ryōko Kuonji responde con expresión preocupada:

—Yo...

—Ryōko siempre ha sido muy enfermiza, así que no ha viajado nunca. Aunque no fuera agradable, siempre la dejábamos en casa.

—Disculpe, pero ¿qué padece?

El médico, que es también su padre, les relata con naturalidad la trágica situación de su hija.

—De todo un poco, esa es la verdad. Es enfermiza por naturaleza. Tiene un leve mal cardíaco y es asmática, por lo que no debe hacer ejercicio. Como tiene la piel delicada no le sienta bien el sol. Y, para colmo, su sistema nervioso autónomo no funciona con normalidad. Es casi un milagro que ahora mismo esté bien.

Miro a Ryōko Kuonji con una mezcla de sentimientos y ella me responde con una mirada lúgubre.

—Podría morirme en cualquier momento —susurra.

—Dejemos aquí la conversación. Mis ayudantes les harán ahora unas

preguntas. Adelante, Seki, sé educado.

Después de haber estado preguntando cosas que nada tienen que ver con el caso, Enokidu pretende dejarme a mí la parte complicada. Sin embargo, no tengo más remedio que hacer mi trabajo como ayudante de detective.

Primero les pregunto sobre la noche en la que tuvo lugar el misterio, si es que puede llamarse así.

—Aquí vivimos mi mujer, Ryōko y yo... Bueno, esta era en un principio la parte destinada a la vivienda, pero después de los bombardeos empezamos a usarla para todo. Como era demasiado pequeña para acoger también al joven matrimonio, remodelamos el antiguo consultorio de Pediatría para ellos. Ryōko os llevará hasta allí más tarde. Está bastante lejos; desde aquí no se oiría ni un disparo de rifle. Cuando Kyōko vino a avisarnos, nosotros aún no sabíamos nada.

—¿Qué les dijo la señora Kyōko?

—Solo que se habían peleado y que Masao se había encerrado con llave. Le aseguré que sería una tontería y le aconsejé que lo dejara un rato tranquilo.

—Señora, ¿usted también estaba presente?

—No supe nada hasta aquella tarde, cuando Tokizō y Naitō intentaron abrir la puerta de la habitación. Kyōko nunca me consulta ese tipo de cosas.

—Tokizō vivió aquí hasta la primavera del año pasado, era uno de nuestros empleados —añade Ryōko.

—¿No escucharon nada extraño? ¿Ni siquiera la discusión?

—Si hubiéramos oído algo, habríamos sacado alguna conclusión; no habríamos solicitado la ayuda de un detective —dice la señora Kuonji tajantemente. Sin embargo, no me mira, ni tampoco a Enokidu; está mirando al frente.

No se me ocurre ninguna otra pregunta.

—Disculpe... —empieza Atsuko—. ¿Cuál es su opinión sobre este asunto?

—Para mí está claro —le responde—. Ese hombre ha maldecido a esta familia.

—¿Una maldición?

—Debe de tener algún resentimiento hacia nuestra familia y se acercó a nosotros para hacernos la vida imposible. Ahora estará escondido en algún lugar, observando y disfrutando del mal que está causando a Kyōko. Estará satisfecho con todos los rumores que han surgido. Tiene que ser eso —afirma, con la voz temblando por la ira.

No sé por qué, pero está mirando fijamente a su hija.

—¿Por qué cree que les guarda rencor?

—Porque... —dice, con expresión asustada. Mira de reojo a Ryōko Kuonji y continúa sin apenas fuerza en la voz—. No... No lo sé. Debe ser un asunto personal, ¿cómo podría yo saberlo? En cualquier caso, ha desaparecido de una habitación cerrada por dentro: se trata de magia o brujería, no hay otra explicación.

—No creo que sea eso —la interrumpe el anciano—. En este mundo no existen misterios así.

Recuerdo con un escalofrío que he escuchado antes esa frase.

—Soy médico; no creo en la magia ni en los espíritus —continúa—. Los humanos se mueren y ahí termina todo. Es materialmente imposible que ocurra algo así. La respuesta a este caso es sencilla.

—¿Cuál es la respuesta?

—Está claro. No es posible que alguien desaparezca de una habitación cerrada por dentro. Si no está en el interior, es porque abrió la puerta y se marchó. En este caso, la persona que afirma que no se abrió la puerta miente. Es lógico.

—La señora Kyōko estaba en la habitación contigua, ¿no?

—A eso me refiero.

—¿Cómo puede sospechar de nuestra hija? —le espeta su esposa, que parece haber recuperado las energías perdidas—. ¡Y delante de otras personas! Qué desfachatez.

—La habitación estaba cerrada por dentro. ¿No han aseverado eso tanto Naitō como Tokizō?

—¿Y cómo sabemos que no están juntos en esto? Ni tú ni yo hemos visto nada.

—No discutan más, por favor —intercede Ryōko. Tiene el ceño fruncido. Por un momento, se hace el silencio, pero Atsuko lo rompe.

—¿Sería posible que el señor Naitō y la señora Kyōko se hubieran puesto de acuerdo para dar falso testimonio? ¿Tienen algún indicio que apoye esta suposición?

—No, pero es lo único que se me ocurre. Uno más uno son dos. Sería posible que Kyōko y Naitō se hubieran unido para hacer algo a Masao, o quizá para ocultar algo que el propio Masao hubiera hecho, no sé. Son meras suposiciones. Hablo por hablar.

—¿Saben si tenían problemas?



Por fin hago una pregunta digna de un detective.

—Masao es un joven muy discreto y no sé nada sobre los asuntos de la pareja. Pero eso no significaría nada; yo mismo discuto a veces con mi esposa.

—Yo sí lo sabía, aunque Kyōko no me lo dijera. Pobre hija mía... Y ahora sufre esta terrible maldición. Deberíamos habernos resignado y haber aceptado a Naitō como yerno. El culpable de todo esto es mi marido.

—¿Qué? ¡Pero si Naitō ni siquiera es médico! No podíamos aceptar como yerno a un hombre así.

Según cuenta el anciano, el doctor Naitō ha suspendido tres veces el examen nacional, así que no tiene licencia para ejercer. Antes de la guerra, las licencias se obtenían al terminar la carrera, pero la ley cambió en septiembre del vigésimo primer año de Shōwa, en 1946, y se estableció un examen nacional.

—Masao cumplió su promesa: consiguió su licencia. Tú también te mostraste de acuerdo, ¿no?

—Disculpe, ¿de qué promesa está hablando?

—Es una historia muy larga. Hace diez años, Masao vino a pedir la mano de mi hija Kyōko. Eso fue antes de la guerra...

Si el relato del anciano es cierto, Fujimasa vino a verlo cuando todavía éramos estudiantes. Debió ser después de que yo trajera su carta de amor, no hay duda alguna. Sin embargo, se supone que se marchó a Alemania medio año antes de que comenzara la guerra del Pacífico.

Yo vine al sanatorio un año antes de que se fuera a Alemania. Todavía hacía calor; debió ser a finales de agosto o principios de septiembre. Si la memoria no me falla, hay un lapso de siete meses antes de su partida. En un tiempo tan breve, mi pusilánime compañero decidió casarse y fue a pedir la mano de la chica a la familia; me es imposible imaginar que eso haya sucedido.

—Hacía frío... ¿Fue en febrero? Quería que lo conociéramos, así que acordamos una reunión y mira de quién se trataba... de un estudiante. Nos pidió vehementemente que lo dejáramos casarse con Kyōko. Decía tener una razón para hacerlo.

—¿Y aceptaron?

—Era la primera vez que lo veíamos. Tenía dieciocho o diecinueve años y venía a pedir la mano de nuestra hija. ¿Qué padre habría aceptado? Si existe alguno, me gustaría conocerlo. Lógicamente, lo rechacé, pero él se negó a marcharse. Le preguntamos la razón por la que quería casarse con ella, pero

no nos contestó. No tuve más remedio que decirle que terminara sus estudios y consiguiera un trabajo. Entonces nos dijo que su sueño era ser médico y que no quería esperar hasta terminar la universidad. Era un joven muy serio, y yo no comprendía por qué había enloquecido de ese modo por amor. Al final, le dije que, si aceptaba, tendría que asumir el legado del sanatorio Kuonji, y que tenía que demostrar ser digno de ello. Tendría que estudiar en Europa y graduarse con honores, tendría que proporcionar una dote... Le dije que hasta que no trajera su licencia no tendríamos nada de qué hablar. —Cuando termina, echa la frente hacia atrás y comienza a rascarse la calva—. Mi esposa se va a enfadar conmigo por decir esto, pero lo convencí de que éramos una familia de alcurnia para que desistiera de su idea.

»Pero lo cierto es que yo también estudié en Alemania. Y mi suegro. Desde 1869, nuestro ejemplo a seguir ha sido la medicina alemana. Sin embargo, lo único que yo quería era que se rindiera. Se desanimó mucho. Estaba tan desangelado que temí que se fuera a suicidar. Sin embargo, volvió después de diez años y cumplió su promesa: trajo su licencia. Y no solo eso, sino que también estuvo estudiando en Alemania, aunque tuviera que volver con el inicio de la guerra. En ese momento, no teníamos médicos. Naitō no dejaba de suspender el examen nacional. ¿Qué habríais hecho vosotros? Aunque yo no lo había dicho en serio, ese muchacho había dedicado diez años a su objetivo.

¿Cómo es posible que se esforzara tanto? Se marchó a Alemania solo para cumplir los absurdos requisitos de este anciano.

Y no solo eso: Fujimasa también cumplió la promesa que me hizo a mí.

«Si la respuesta es afirmativa, entonces actuaré como un hombre».

Probablemente obtuvo esa respuesta. Por eso vino valientemente hasta aquí y se portó como un hombre. Tardó diez años en conseguirlo... Me parece muy triste.

—Su perseverancia le llegó al corazón y por eso echó a perder el futuro de nuestra querida hija. Es lamentable —dice la esposa, airada.

Ryōko tiene los labios fruncidos y baja la mirada con tristeza. Está intentando salvar a esta inconsolable familia, que todo vuelva a ser como antes. Quizá en el pasado eran una familia feliz.

O quizá no.

Tengo un mal presentimiento.

¿La muchacha a la que di la carta creció en un entorno amoroso? Era muy extraña. Alguien criado con cariño, ¿habría hecho lo que hizo ella?

¿Estaba Fujimasa enamorado de ella, de una mujer que se ríe perversamente mientras enseña su menstruación? No parecía de este mundo. ¿Por qué querría entregarle alguien su vida? A no ser que todo fuera una alucinación mía...

—¿Por qué deseaba tanto el señor Masao entrar a formar parte de esta familia? —Atsuko pregunta justo lo que yo quería saber. Como ella no sabe lo que ocurrió cuando entregué la carta, sus palabras deben responder a otra motivación—. ¿Quiso que lo adoptaran para obtener la herencia de la familia?

—No digas tonterías, jovencita. ¿Dónde ves tú la riqueza del sanatorio Kuonji? —responde el anciano, riéndose de su propia desventura—. Es posible que antes de la guerra tuviéramos algo, pero ahora, como puedes ver, vivimos en la pobreza. De hecho, la dote de Masao nos vino como anillo al dedo.

—¿La dote?

—Nos trajo cinco millones. Me quedé sin palabras, en serio.

—¿Por qué tiene que darles tantos detalles? —le reprocha su mujer. Sin embargo, tiene razón: es una cantidad exagerada.

—¿Cómo consiguió tanto dinero?

El anciano hace una mueca y, después de confirmar nuestra perplejidad con la mirada, resopla.

—Los detectives siempre estáis buscando cosas ilegales —dice, sonriendo—. No se trató de nada turbio; al parecer, su familia tenía mucho dinero. Eran oriundos de Yamanashi. Murieron todos en la guerra y él recibió una enorme herencia. Tras vender las tierras, volvió aquí con el dinero —nos explica con expresión inquisitiva—. Supongo que os estaréis preguntando cómo es posible que, a pesar de tener tanto dinero, vivamos tan modestamente.

El anciano nos mira como si nos desafiara a responder. Después de hacer una pausa, deja a un lado su expresión seria y sonrío.

—El dinero se acabó. Lo gastamos intentando restaurar el edificio. ¿No es cierto?

Su estricta esposa, a quien ha pedido que secunde sus palabras, se gira hacia el lado contrario con evidente incomodidad. Al parecer quiere evadir esta situación.

Atsuko parece pensar lo mismo que yo. Me mira con expresión confusa.

—¿Qué tiene esto que ver con el misterio? —pregunta ingenuamente Enokidu, que se había mantenido callado hasta ahora.

Es una pregunta tan directa que todos nos quedamos un instante sin habla.

—Nada... No tiene nada que ver. Solo estaba recordando, ¿verdad?

Una vez más, intenta llamar la atención de su esposa. Sin embargo, la gobernanta se mantiene en silencio.

¿Será cierto que la dote no tiene nada que ver con el caso? Yo no sé cuánto cuesta reparar un edificio, pero me resulta difícil creer que cinco millones puedan esfumarse tan fácilmente.

—Perdonen —dice Ryōko—, ¿podríamos continuar?

—Por supuesto. Lo mejor será que vayáis al lugar de los hechos, ya que lo único que nosotros podemos aportar son historias inútiles. Estamos un poco cansados. Ryōko, llévalos hasta allí...

Dicho esto, el anciano se dispone a marcharse.

—Ah, una última cosa —dice Enokidu antes de que se vaya. Atsuko y yo esperamos con entusiasmo sus palabras—. Cuando estuvieron en Hakone, ¿dónde se hospedaron?

Me he quedado literalmente boquiabierto.

¿A qué viene esa pregunta? El anciano está perplejo, pero aun así contesta su estúpida pregunta.

—Siempre nos quedamos en una posada llamada Sengokurō. Es muy antigua, data del periodo Edo. Pero hace mucho tiempo que no vamos.

La pareja de ancianos se marcha y nosotros, guiados por Ryōko, nos dirigimos al lugar donde desapareció Fujimasa.

Según Ryōko, llaman al edificio en el que estábamos «edificio viejo». Es el más antiguo; fue construido durante la era Meiji. La vivienda está conectada con el ala oeste del edificio viejo, y para llegar a nuestro destino tenemos que regresar allí y pasar por el edificio anexo y por el edificio nuevo ubicado en el ala este. Aunque son nuevos, fueron construidos en las postrimerías de la era Taishō (1912 a 1926). Todo está conectado por corredores. Entre cada ala hay un frondoso jardín interior. Se ve que no le dedican mucho tiempo.

Los corredores son de piedra y parecen parte de una edificación religiosa. Caminamos en fila india, como si fuéramos feligreses camino de un sepelio.

El interior del edificio anexo no ha sido restaurado. Los agujeros del techo pueden verse desde el corredor, y también el ruinoso estado de las paredes.

—El edificio anexo está en ruinas, pero la mitad de las habitaciones del edificio nuevo es habitable. Ahí es donde vive Naitō y el resto de trabajadores, aunque, bueno, ahora ya no queda nadie más... El laboratorio de

mi cuñado Masao también está ahí.

—¿Estaba trabajando en algo? —le pregunta Atsuko.

—No conozco los detalles, pero creo que sí —le contesta Ryōko, como distraída. De repente, parece recordar algo y se gira para mirarnos—. Ah, ¿quieren conocer a Naitō?

Hasta ese momento, había estado mirando su espalda, así que dirijo rápidamente los ojos hacia el jardín. Entre la maleza ha florecido una flor blanca. Es la única parte que está cuidada, salta a la vista. Sin embargo, desde lejos no sé qué tipo de flor es.

El techo del vestíbulo es extremadamente alto y también está agujereado. Seguramente, sea así en todas las plantas. Los rayos del sol de poniente se filtran a través y dibujan líneas en el oscuro espacio. Parece la capilla de una iglesia gótica de Occidente.

La escalera, para ser la de un sanatorio, es muy intrincada. La subimos y llegamos a la segunda planta. Tal como me había imaginado, el techo de esta planta también está roto. Caminamos con cuidado.

—Está muy dañado, ¿no? —pregunta Enokidu. Ryōko lo mira con tristeza. De repente, escuchamos una voz grave.

—Señorita, ¿son estos los detectives?

Es un hombre alto, de tez morena y expresión intrépida.

—Es Naitō... —dice Ryōko, y aparta la mirada. Vuelve a tener una expresión angustiada.

El doctor Naitō camina hasta nosotros esquivando los agujeros.

—Les he visto entrar. Esta mañana estuve imaginando cómo serían, pero han echado por la borda todas mis expectativas.

La mitad oeste, la zona más cercana al edificio anexo, está completamente destruida, pero el resto está intacto. El dormitorio de Naitō está en la segunda planta.

Aunque formaba parte de un sanatorio, es bastante amplio. Originalmente, era una habitación para los pacientes más graves, pero los muebles son bonitos y el paisaje que se ve desde la ventana no está mal.

—Estas habitaciones eran para los pacientes ricos. Estaban pensadas para que no se parecieran tanto a una clínica, sino a una casa de campo.

Naitō nos invita a pasar mientras parlotea de cosas que no le hemos preguntado.

Tiene los ojos almendrados e irritados, la boca torcida y barba de varios días. Debe tener mi edad, o quizá algo menos.

Nos invita a sentarnos en unas sillas y él se acomoda en la cama.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudarles? —nos pregunta sin vacilar.

—¿Dónde estuvo la noche del incidente? —le pregunta Atsuko, ignorando la presencia del detective.

—¿Qué incidente? Si se refiere al momento en el que el doctor y la señora Kyōko discutieron, yo estaba aquí.

—En su opinión, ¿no se produjo ningún incidente?

—No han matado a nadie ni han robado nada, ¿verdad? Lo único que ha pasado es que el doctor ha desaparecido.

—Ha desaparecido una persona y no podemos negar la posibilidad de que se haya cometido un crimen.

Naitō se incorpora un poco y nos mira con expresión desafiante.

—Se ha cometido un crimen. No, mejor dicho: se está cometiendo un crimen.

—¿Qué significa eso?

Sonríe. Saca un cigarrillo de su arrugada bata y se lo lleva a la boca.

—Ustedes creen que el desaparecido es la víctima, pero no es así. Él es el delincuente. No es extraño que el criminal desaparezca.

—¿Qué hizo Masao? No debería acusarlo sin pruebas —le dice Ryōko en tono estricto, algo raro en ella.

Naitō la mira con los ojos entornados y amplía su sonrisa.

—La única prueba necesaria es el estado en el que está su hermana. Eso no es una enfermedad normal.

Ryōko fulmina a Naitō con la mirada, pero no dice nada. Naitō evade su mirada y nos mira a Atsuko y a mí.

—Les hablaré claro: ese hombre experimentó con la señora Ryōko. Y después de jugar inhumanamente con ella, desapareció.

—¿Por qué lo hizo?

—Para vengarse. La relación entre la señora Kyōko y él ya no era la de antes, aunque lo cierto es que había ido mal desde el principio. Las peleas eran peores cada día, era una situación terrible. No debería decirlo, pero la señora Kyōko tenía mucho carácter y no aguantaba más al débil de su marido. Su vida era un infierno. Se odiaban, el sentimiento era mutuo. Pero Masao lo tenía todo calculado y usó un método atroz para llevar a cabo su venganza.

—¡Eso es una calumnia sin sustento! Kyōko sigue esperando el regreso de mi cuñado Masao. Kyōko...

Naitō acalla la réplica de Ryōko.

—¿Está segura? Señores detectives, miren un momento por la ventana. El edificio contiguo era originalmente el de Pediatría, pero más tarde se convirtió en la residencia del matrimonio.

Sentados no podemos ver nada, así que nos levantamos. El tejado se ve con claridad desde allí.

—Con las ventanas abiertas, se oye todo. He escuchado sus peleas a diario.

—¿También oyó la discusión de aquel día?

—Sí. La de aquel día fue terrible.

Naitō se levanta y se acerca a la ventana para observar el edificio.

—La señora Kyōko estaba histérica. Pensé en hablar con ella, pero... — Se gira y sonríe—. Ya saben, uno no debe inmiscuirse en riñas de pareja.

—Debió ser una experiencia muy desagradable —dice Enokidu de repente.

—¿Desagradable? ¿A qué se refiere? No entiendo.

—La señora Kyōko tenía un aspecto terrible y...

—Oiga, espere. Eso es una pregunta sesgada. Yo no estuve allí, solo escuché sus voces. ¿Cómo voy a saber qué aspecto tenía?

Naitō parece confuso. Enokidu ha visto algo. Atsuko también se ha dado cuenta, y ambos lo observamos con expectación.

—Ah, bueno. ¿Masao cerró él mismo la puerta?

—¿La puerta? ¿Qué puerta?

—La que usted ayudó a abrir a la fuerza, la puerta de la biblioteca.

Naitō está completamente pálido. Las comisuras de sus labios empiezan a temblar.

—Qué... Qué cosas tan raras dice, señor detective. No sé de qué me está hablando.

Enokidu no se mueve, parece una estatua. ¿Qué habrá visto? Escudriño sus enormes ojos sin proponérmelo.

—Usted cree que Masao está vivo, ¿verdad? —le pregunta.

—Por supuesto. Por eso le pido que lo encuentre lo antes posible, para que ponga punto final a este abominable crimen —le dice Naitō con expresión preocupada.

Creo que es sincero; sus palabras parecen de corazón.

—El... El experimento que ha mencionado, señor Naitō, ¿de qué se trata? —le pregunta Atsuko—. ¿Sabe qué tipo de investigación estaba llevando a cabo el señor Masao?

Después de recuperar un poco la calma, Naitō vuelve a sentarse en la cama. Mira con nerviosismo a Enokidu, como si estuviera viendo algo tenebroso.

—No sé qué era exactamente, pero creo... Sí, creo que quería crear un homúnculo.

—¿Un homúnculo? ¿Qué es eso? —pregunta Enokidu.

—Es un término de alquimia —le respondo yo—; se trata de una criatura creada a partir de varias sustancias en el interior de un frasco de vidrio. Pero eso...

Eso no es ciencia. Es magia.

—Una vez me habló sobre ello —empieza Naitō—. Me preguntó si sería posible sentir amor por un niño que no ha nacido de una relación sexual. Si dudan de mis palabras, pueden registrar su laboratorio. Supongo que los datos de su investigación siguen allí.

Tiene razón: un experimento así sería inhumano y abominable. No se trata de un mago de la Europa medieval sino de un médico; no puedo imaginármelo concentrado noche tras noche en la creación de una criatura así.

—Me dijo algo más: que el problema principal al que se enfrentaba era cómo colocar el «germen infantil» en el cuerpo materno.

—Entonces, el niño del vientre de la señora Kyōko sería...

—No podría ser otra cosa. Ese matrimonio no llegó a consumarse.

—¡Naitō! ¡No diga tonterías, por favor!

La paciencia de Ryōko ha llegado a su límite. Una vena cruza su pálida frente.

—Es verdad, me lo dijo la propia Kyōko. Si no me cree, pregúnteselo a ella.

—¿Cómo voy a preguntarle algo tan absurdo? ¡Es usted un insolente!

—¿Está segura de que es absurdo? Para ella debió ser una gran preocupación, ya que no podía pedir consejo a nadie de su familia. La señora Kyōko es demasiado prudente, no habría sido capaz de decir a sus padres que su esposo no la tocaba por las noches. Y tampoco a usted, que es su hermana mayor. Pero yo no formo parte de la familia. ¿A quién más podría habérselo contado? Estaba muy confusa. Su madre es muy estricta, su padre un melindroso, y usted...

—Ya es suficiente.

Ryōko está temblando, como si supiera lo que Naitō va a decir. Siento lástima por ella; me gustaría decirle algo, pero no se me ocurre nada. El que



habla es Enokidu.

—Eso significaría que el hijo es suyo.

Todos se quedan callados. ¿Cómo? Pero ¿qué tonterías está diciendo?

—¿No es así?

Naitō se queda petrificado. Ryōko lo mira de reajo.

—Eso es lo que se rumorea. Yo confío en mi hermana, pero... Si es cierto que usted no tiene nada que ver, pórtese como un hombre y dígalo aquí mismo.

—Esos rumores son mentiras sin sustento alguno, señorita. Yo no he hecho nada, y afirmar lo contrario sería una falta de respeto para la señora Kyōko. Además... —Parece nervioso y mantiene la mirada apartada. Tiene la frente perlada de sudor—. Aunque eso fuera cierto, aunque fuera mi hijo... —continúa, y mira a Enokidu y a Ryōko antes de bajar los ojos—. ¿Por qué no ha nacido aún?

El comportamiento de Naitō es realmente extraño. Es como si estuviera afirmando que habría sido mejor que fuera hijo suyo.

—Aunque fuera fruto de un adulterio, si fuera un embarazo normal ya habría nacido. Cargaría con gusto con el peso de tal inmoralidad, pero ese no es el caso. En lugar de dudar de nosotros, busquen a ese hombre y terminen con esto. Ella no se merece seguir sufriendo así... Me refiero a la señora Kyōko.

Naitō tose y baja lentamente la cabeza.

—Parece que está admitiendo que tenía una relación con mi hermana —dice Ryōko en voz baja mientras mira por la ventana.

—Interprételo como desee —le responde el joven, sonriendo intrépidamente.

—Hace un rato, nos dijo que los datos de la investigación del señor Masao siguen en el laboratorio, ¿verdad? —le pregunta Atsuko, rompiendo el desagradable silencio—. ¿Por qué no los ha revisado, señor Naitō? A lo mejor hay una cura.

Yo pienso lo mismo. Esto es una clínica y, aunque todavía no tenga la licencia, él es casi médico. Si los datos de la investigación existen, ¿por qué no ha intentado buscar una cura?

—Lo que pasa es que... —le responde, y continúa subiendo la voz—. No sé de qué se trata. No comprendo los datos. Ya deben saber que soy un fracasado y que he suspendido tres veces el examen nacional. Admito que he estado leyendo esos cuadernos, pero son casi cincuenta. Lo dejé después de

leer un tercio porque no entendía nada. Creo que había planeado incluso eso; de no ser así, no habría dejado atrás los resultados de su investigación. Sabía que para mí serían incomprensibles y por eso los dejó aquí.

Naitō se ha exaltado tanto que casi parece enfadado con Atsuko.

—¿Y el director de la clínica? ¿No podría entenderlos él? —le pregunta la chica, un poco asustada, acercándose a mí para escabullirse de Naitō.

—¿El director? Lo consulté con él y le enseñé los cuadernos, pero no creyó nada de lo que le dije. No confía en mí. Me desprecia porque he suspendido el examen tres veces.

Debe ser verdad. Además, teniendo en cuenta el carácter del director, no creo que confiara en alguien tan inestable emocionalmente.

—¿Y qué le dijo?

—Que era una investigación de Embriología. Que no había nada diabólico, y que un médico recto como Masao no sería capaz de algo semejante. Me miró como si fuera basura. Me dijo que estaba alucinando y que si tuviera los pies en la tierra no suspendería todos los exámenes —dice con tristeza.

—Sea cierto o no, comprendemos la situación. Pero hay algo que me gustaría preguntarle respecto a la afirmación que acaba de hacer. —Como Atsuko está asustada y Enokidu sigue callado, no tengo otra alternativa que seguir con el interrogatorio. Hay algo que no me cuadra—. Señor Naitō, supongamos que aceptamos por un momento lo que usted nos ha dicho, que la relación entre el señor Masao y la señora Kyōko era tan mala que era imposible que se pudieran reconciliar. Asimismo, imaginemos que es verdad que él estaba haciendo experimentos diabólicos. Hoy en día, existe el divorcio, y me parece demasiado rebuscado que alguien planea una situación tan extraña en lugar de disolver su matrimonio.

Naitō no me responde.

—Señor Naitō, usted nos ha dicho que Masao deseaba vengarse de la señora Kyōko. La sed de venganza es habitual cuando una relación termina mal. Además, la señora Kuonji nos dijo hace un rato algo parecido, que Masao estaba resentido con la familia. ¿Existe alguna razón por la que pudiera sentir rencor por la familia o por la señora Kyōko?

Naitō se queda un momento callado, como si estuviera eligiendo lo que va a decir. Al cabo de un rato, baja la voz y contesta lentamente a mi pregunta.

—No sé qué opinará la señora Kuonji. Yo he dicho venganza porque no se me ha ocurrido otro modo de definirlo —me dice, sonriendo vilmente—. Se

trata más bien de una represalia, de una represalia tan abominable que no es de este mundo.

Es una persona rastrera... No se me ocurre un modo mejor de definir a este tipo. No tengo duda de que oculta algo: cada vez que intenta defender su inocencia noto algo extraño.

—Bien... Pasemos a otro tema. —Todavía me quedan varias cosas que preguntar. Por ejemplo—: ¿Podría contarnos algo más sobre el día en el que desapareció el señor Masao?

Después de mirarme como una víbora a punto de atacar, Naitō hace una mueca y se ríe.

—Así es. Señores detectives, dejen las aburridas conjeturas y hagan las preguntas adecuadas.

—¿A qué hora escuchó la discusión?

—Eran más de las once; un poco antes de las doce, supongo. Antes de eso, Masao había estado en su laboratorio. Empezaron a discutir cuando regresó al dormitorio.

—¿Pudo escuchar qué decían?

—Lo he olvidado casi todo. Algo sobre un niño, sobre un heredero. La señora Kyōko estaba muy nerviosa y no entendí lo que decía, pero escuche varios improperios. Luego escuché el sonido de algo al romperse... Una auténtica pelea de enamorados.

—¿Cuánto duró?

—Deje que piense... No duró mucho, a las dos de la madrugada estaba ya todo en silencio. Dormí profundamente hasta que la señora Kyōko vino a buscarme por la mañana, así que no sé qué pasó en las horas intermedias.

—¿Fue a buscarlo por la mañana?

—Sí. Me contó que el señor Masao aún no había salido... Algo así.

—¿Y usted bajó enseguida a abrir la puerta?

—No, le dije que antes lo consultara con su padre. El señor Masao es el consentido del director.

—Entonces la primera persona con quien habló fue usted, ¿verdad? —le pregunta Atsuko.

—Por supuesto —le contesta Enokidu. Naitō lo ignora y sigue con su historia.

—Cuando llegué allí, ya había pasado la una de la tarde. La puerta de la biblioteca no se podía abrir y la señora Kyōko empezó a llorar. No sabía qué hacer, y entonces la señora Tomiko nos trajo la comida, aunque ya era tarde

para comer.

—Tomiko es la esposa de Tokizō —añade Ryōko—. Era una sirvienta que vivía con nosotros y nos ayudaba con los quehaceres.

—La señora Tomiko, en lugar de quedarse callada, empezó a ponerla nerviosa: a ver si se ha puesto una soga al cuello, a ver si va a estar ya muerto... La señora Kyōko estaba desesperada; lloraba, gritaba, todo un escándalo. No se me ocurrió otra cosa que llamar a Tokizō, que trajo unas herramientas para forzar la puerta.

—¿El que forzó la puerta fue Tokizō?

—No me acuerdo bien, lo hicimos juntos. La cerradura era muy fuerte, así que rompimos las bisagras.

—El último golpe lo dio usted, y también fue usted el que abrió la puerta —lo interrumpe Enokidu.

—No... No me acuerdo bien. Es posible. Pero eso da igual, ¿no? Lo importante es que al abrir la puerta no había nadie.

—¿Quién fue el primero en entrar en la habitación?

—La señora Kyōko. Me apartó de la puerta y entró.

—¿Qué hicieron Tokizō y Tomiko?

—Uhm, creo que se quedaron mirando, no entraron en la habitación.

Naitō apaga el cigarrillo en el cenicero que hay sobre la mesa.

Le damos las gracias con desgana y salimos de su habitación.

—Así es... Este hombre es así —nos dice Ryōko con expresión angustiada—. Naitō es un descendiente del *daimyō* al que la familia Kuonji sirvió en el pasado, aunque no descendiente directo. Como mi madre es muy tradicional, no podemos decirle que se vaya. Sus padres murieron cuando era pequeño y tuvo una infancia muy difícil; por eso es tan cínico. Llegó a nuestra casa hace diez años, pero yo no he conseguido tomarle afecto. —Y añade en voz tan baja que solo yo la escucho—: Lo odio.

El corazón me palpita con fuerza.

Aceptamos la propuesta de Atsuko y nos dirigimos al laboratorio. Está en la primera planta del edificio nuevo, en la diagonal de la habitación de Naitō. Es el antiguo cuarto del guarda.

Me había imaginado el sótano de un viejo castillo europeo, pero me equivocaba. Masao es un científico, no un alquimista, así que lo que hay en su laboratorio es totalmente normal. Me había imaginado una escena diabólica, con insectos extraños y hierbas venenosas, pero no hay nada parecido.

Hay una estantería, un escritorio, una silla y también un estante donde hay

placas de Petri y algunos frascos. Es un cuarto sencillo, no hay nada más. La estantería está llena de libros de medicina, álbumes de recortes y cuadernos con etiquetas en las portadas ordenados por orden cronológico.

Cojo uno y comienzo a hojearlo.

Está escrito en alemán con letra pequeña y pulcra. En mi época de estudiante no había nada que me costara tanto como el alemán. Después de dos o tres renglones desisto de seguir leyendo.

Decidimos concentrarnos en los cuadernos que según Naitō contienen las notas de su investigación sobre los homúnculos. Lo ideal sería que pudiéramos llevárnoslos para examinarlos, pero si Naitō, que va a ser médico, no los entiende, difícilmente los comprenderemos nosotros.

—Aquí hay unos diarios.

Atsuko ha descubierto los diarios en el estante inferior de la librería. Están ordenados cronológicamente de derecha a izquierda.

—Es una persona extremadamente metódica. Están ordenados desde el primer año de Shōwa, 1926, en adelante.

En ese momento, Fujimasa era solo un niño. Es admirable que haya mantenido un diario durante veinte años sin dejar de escribir ni un solo día. Cojo el que está a la izquierda, el más reciente. El cuaderno está casi vacío.

Me tiemblan las manos. Si hay hojas en blanco, significa que este es su último diario.

—Ryōko... —Estoy tan nervioso que la he llamado por su nombre de pila. Es la primera vez que lo hago—. ¿Sabe qué día desapareció Masao?

Aunque se ha sorprendido al escuchar su nombre, me contesta de inmediato con voz tranquila.

—El año pasado... El ocho de enero del vigésimo sexto año de Shōwa, 1951. Bueno, para ser más exactos, en algún momento del nueve de enero.

Busco la última fecha.

Ocho de enero del vigésimo sexto año de Shōwa.

Es del día de su desaparición.

Escucho con claridad los latidos de mi corazón, pero no sé si es porque he encontrado el diario o por haber llamado a Ryōko por su nombre de pila.

Acabo de acordarme de que Kyōgokudō dijo que los diarios anteriores eran importantes, así que decido pedirlos todos prestados. Ryōko se niega al principio, ya que es una intromisión en la intimidad de su cuñado, pero al final entiende que son cruciales para la investigación.

Atsuko ya había previsto lo que ocurriría y saca un cordel que tenía

preparado para atar los diarios y cuadernos de investigación.

Enokidu alaba su capacidad de prevención.

—Vaya, Atsuko, eres impresionante. Nada que ver con el monicaco este, ¿eh? —le dice. Toca uno de los frascos y de repente da un chillido. Casi me caigo del susto—. Aquí hay unos ratones muertos.

Tiene razón: hay varios ratones blancos muertos.

—Vaya, no me había dado cuenta. ¿Los estaría criando Masao? Pobrecitos, si lo hubiera sabido, les habría dado de comer.

—¿Nadie sabía que tenía ratones? —le pregunta Enokidu.

—No sé, es posible. El único que ha entrado aquí ha sido Naitō.

Enokidu levanta la mirada.

Tras las jaulas, hay varios ratones en formol.

—Son solo ratones.

Enokidu siempre se comporta así, parece idiota.

—¿Qué importan los ratones? Hemos conseguido varias cosas. Ya es hora de que nos vayamos, ¿no cree?

Estoy alterado porque estamos a punto de ir al lugar de la desaparición.

—Pero ¿no deberíamos esclarecer el misterio de los ratones?

Enokidu está preocupado por los ratones. Decidimos no hacerle caso y nos marchamos.

Ryōko señala con el dedo.

—El edificio que se ve desde la ventana es el hogar de mi hermana y su esposo.

Desde el dormitorio de Naitō solo se podía ver el tejado, pero desde aquí se ve la fachada. Había estado tan concentrado en los hallazgos del laboratorio que no me había dado cuenta. Sin embargo, tienen unas cortinas gruesas, así que no se ve el interior.

A la derecha, siguiendo el pasillo frente al laboratorio, hay una puerta de servicio que conduce al edificio nuevo. Fuera hace mucho calor.

Pasamos por un solar y llegamos a la vivienda del matrimonio.

Aunque pequeña, es muy sólida, de piedra, y los marcos de las ventanas dejan clara la antigüedad del edificio. Detrás está el bosque.

—Esta construcción es más antigua que el edificio anexo. El sanatorio Kuonji se especializó en Ginecología en los tiempos del antiguo shogunato; más tarde construyeron este edificio para albergar el ala de Pediatría. Cuando todavía no existía ni el edificio anexo ni el nuevo, el departamento de Pediatría quedaba muy separado del edificio principal —nos explica Ryōko.

En la entrada, que antiguamente debió ser la recepción, hay un sofá desgastado y una mesa. Hay un fuerte olor a Lysol, un desinfectante. La pequeña ventana está cerrada y cubierta por una cortina blanca. Como fuera hace tanto calor, el interior del edificio parece fresco.

—¿Quieren ver a Kyōko primero? O bien...

—Déjenos inspeccionar antes el edificio —le contesto, como si intentara prolongar el clímax.

Ni Enokidu ni Atsuko me llevan la contraria.

—Creo que ya se lo imaginarán: esto era antes la sala de espera.

Es una sala de unos veinte tatamis con tres puertas.

—Esta es la habitación grande... Se utilizaba para los pacientes.

Ryōko abre la puerta de la izquierda. En su interior, hay perfectamente alineadas ocho camas pequeñas, seguramente de niño. Todas están cubiertas por telas blancas, como si fueran ataúdes. Asimismo, del techo cuelga una cortina blanca que cubre en su totalidad la gran ventana, por lo que el cuarto parece descolorido. El suelo tiene bastante polvo. Si alguien entrara, dejaría sus huellas.

—Como pueden observar, ahora nadie la utiliza.

Ryōko deja la puerta abierta y se detiene junto a la siguiente.

—Aquí están las habitaciones pequeñas.

Al abrir la puerta se ve un pasillo en penumbra.

A la izquierda del pasillo, hay tres puertas; en la derecha, solo un óleo colgado. Al final del pasillo, hay una puerta que parece conducir a la parte de atrás, ya que tras el cristal se ve luz.

Ryōko abre la primera puerta. Es un pequeño cuarto de ocho tatamis, con dos camas. Este también está descolorido y lleno de polvo. Hace mucho tiempo que no pasa nadie por aquí.

—Desde que Kyōko no se puede mover, nadie limpia este lugar —nos dice Ryōko. Al parecer se ha dado cuenta de lo que estaba mirando.

El cuarto contiguo tiene la misma estructura y dimensiones. La última puerta es un lavabo. A Enokidu le han dado ganas de orinar, se disculpa y entra a hacer sus necesidades. Todo indica que ha estado aguantándose.

Regresamos a la sala de espera.

—Y este es el consultorio... Es decir, la habitación de mi hermana —dice señalando la puerta ubicada junto a la pequeña ventana de la recepción.

En el momento en el que pone las manos sobre el pomo de la puerta, mi nerviosismo llega a su punto máximo, pero en ese momento aparece Enokidu

secándose las manos.

—Bueno, el excusado sí que lo habían limpiado.

Y con esas palabras se desvanece por completo mi nerviosismo.

La puerta se abre.

La habitación es casi del mismo tamaño que la sala de espera. A la derecha, está la pequeña ventana que da a recepción. Debajo está el escritorio de la recepcionista, pero no hay silla. En el centro de la habitación hay una alfombra descolorida y una cama de un estilo totalmente diferente a las de los pacientes. Sin embargo, la cama no tiene colcha ni mantas: es como si acabaran de traerla los de la mudanza.

—Kyōko duerme en la habitación contigua... En la biblioteca de la que desapareció Masao. Ya no utiliza nadie este cuarto.

Dicho esto, coge el florero que hay sobre la mesa junto a la ventana. Por supuesto, no tiene flores.

En la parte que da a recepción, hay tres ventanas y una estantería empotrada. En la pared que da a la sala de espera, hay un óleo de un paisaje con un marco muy lujoso y un baúl con patas de estilo cabriolé. En la parte contraria, hay un ventanal con una cortina como la que hemos visto antes. Seguramente es la misma ventana que vimos desde el edificio nuevo.

—Este lugar no es gran cosa. La habitación grande y esta son simétricas, y ambas dan a la sala de espera, ¿verdad? —pregunta Enokidu, divertido—. Pero aquí ocurrió la tragedia.

—¿De qué tragedia está hablando? ¿Se refiere a la pelea matrimonial?

Enokidu camina hacia la cama como si esquivara mis preguntas y me contesta una tontería.

—Sí, supongo. Ah, como me imaginaba: él estaba sobre la cama y entonces entró el marido...

El detective se detiene frente a la cama.

—¿De quién habla?

—De Naitō, por supuesto, ese tipo tan inestable emocionalmente.

Al parecer se trata de Naitō.

—¿Estuvo en esta habitación? ¿En la cama? ¿Cuándo? —le pregunta Atsuko.

—Para ti, Atsu, esto podría ser demasiado fuerte.

Dicho eso, Enokidu mira la ventana mientras se balancea en sus pantuflas. A continuación, camina, observa la habitación y se gira hacia la ventana desde la puerta por la que hemos entrado.



—Ahora lo entiendo: intentó huir.

Miramos al detective, totalmente perplejos. Enokidu camina de lado como un cangrejo y de repente se sienta junto al óleo.

—Aquí se quedó petrificado por el terror.

Como ya estoy harto de tanta palabrería, me inclino hacia él y le digo enérgicamente:

—Oiga, Eno, explíquese bien para que le entendamos. ¿Cuándo ocurrió eso? ¿Bajo qué circunstancias?

En lugar de contestar a mi pregunta, señala uno de los extremos de la alfombra.

—Vaya, pero si es una mancha de sangre.

—¿Qué?

Los tres nos acercamos a ese lugar. En efecto, la alfombra tiene una mancha negra.

—Esto... ¿De verdad es una mancha de sangre? —pregunta Atsuko. Saca un pañuelo de su bolsillo y lo usa para levantar la alfombra sin tocarla. Debajo también hay sangre.

Ryōko está pálida.

—¿De quién es ese rastro de sangre? ¿Por qué está ahí? Nadie se dio cuenta...

—Alguien limpió el rastro del suelo pero no consiguió quitar la mancha de la alfombra. Como es de color pardo es difícil ver la mancha, es casi indistinguible... —responde Enokidu con alegría—. Parece que usted tampoco lo sabía, señorita.

—Por supuesto que no.

Ryōko sigue mirando el rastro de sangre. Al parecer ha quedado muy conmovida.

—¿De quién es? —le pregunta Atsuko.

—Del desaparecido Masao, por supuesto —responde Enokidu como si nada.

—Eno, ¿está insinuando que alguien asesinó aquí al señor Masao?

Enokidu se pone en pie y se sacude el polvo del pantalón.

—Yo no he dicho eso, solo he dicho que la sangre es suya —responde, y añade con alegría—: Pero ¿qué importa eso?

—¿Cómo no va a importar? Oiga, Eno, ¿qué ha venido a hacer aquí? ¿Ha olvidado lo que le pidió la señorita Ryōko? —exijo saber, enfurecido.

—No se me ha olvidado, no digas tonterías —me dice con tono irritado.

Bajo la mirada—. Esta señorita quiere saber qué le pasó a Masao. ¿No fue eso lo que dijo? Y si está vivo quiere saber por qué desapareció. ¿No es así, señorita?

Ryōko, confusa, asiente levemente con la cabeza.

—Entonces, ¿cómo es posible que no importe?

—Porque nadie me ha pedido que investigue lo que sucedió aquí. Masao estuvo en esta habitación: lo importante es saber qué ocurrió después. Seki, da igual lo que ocurriera aquí, ya que eso sucedió antes de la desaparición. No debemos meter las narices en este asunto —me explica Enokidu con expresión malhumorada—. Para empezar, no deberíamos haber preguntado a la familia. Me arrepiento de haberlo hecho.

—¿Si no preguntamos, cómo vamos a descubrir algo?

—¿Por qué dices eso?

—¿Cómo que por qué digo eso? ¿Cómo puedes llevar a cabo una investigación si no preguntas a los testigos que saben sobre el asunto? Descubrir el motivo de la desaparición es parte de lo que le ha pedido su cliente, ¿no?

—Seki, yo no investigo. Saco conclusiones. —Es cierto: Enokidu no es un detective ordinario. No sé qué contestarle—. Además, estás equivocado. La señorita dijo: «Si está vivo, quiero saber por qué desapareció». En caso de que esté muerto, no importa la razón que lo motivara a hacerlo. ¿No es así?

—Es cierto. Eso es lo que pedí al señor Enokidu.

—Ya lo ves. Esa fue la razón por la que decidí aceptar el caso. No quiero hacer suposiciones sobre los pensamientos de los demás. Si está vivo, cuando aparezca podrá preguntarle directamente a él. Lo que importa ahora es saber qué pasó con él.

—Pero, Eno, usted vio algo, ¿no? —le pregunto tras acercarme a él—. Kyōgokudō me contó que a veces puede ver cosas. Dígame qué fue lo que vio, por favor, aunque no tenga nada que ver con la petición de su cliente.

Enokidu se queda callado un instante.

—Ví una rana.

—¿Qué?

—Un bebé con cara de rana.

En ese momento, Ryōko comienza a tambalearse.

—¡Señorita Ryōko!

Atsuko consigue sujetarla a tiempo.

La voluntad que mantiene en pie a Ryōko es tan débil como un hilo de

seda. Enokidu la mira, perplejo.

—En efecto: es una rana. —Y se tapa los ojos—. Seki, en este mundo hay cosas que no deberíamos ver.

Atsuko ayuda a Ryōko a sentarse y se queda a su lado intentando consolarla. No sé por qué, pero estoy aterrado. Ryōko se lleva las manos a sus torturados ojos, intenta forzar una sonrisa y agradece a Atsuko su ayuda.

—Muchísimas gracias, solo ha sido un mareo. Estoy bien —le dice. Vuelve a ponerse su máscara de teatro y se dirige a Enokidu—. Señor Enokidu, usted puede ver cosas que no son de este mundo, ¿verdad?

—No. Yo solo veo las cosas que pertenecen a este mundo.

Ryōko sonrío levemente... O eso me parece.

—¿También lo es el bebé con cara de rana?

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

—¿Sabe qué pasó aquella noche aquí?

—Sé qué la señora Kyōko se citó aquí con Naitō, pero no sé la razón ni el resultado de la reunión.

Mi miedo se ha convertido, sin darme cuenta, en desolación.

—¿Qué diantres ha visto? —le pregunto airado, sin poder contenerme más—. ¿Masao murió aquí?

Enokidu me mira como si acabara de despertar de un hechizo.

—No, no murió aquí —me contesta con una sonrisa—, ya que a continuación se encerró en la habitación contigua y cerró la puerta —dice, señalándola con el dedo.

La pesada y negra puerta.

—Ahí fue...

—Sí.

Ryōko se acerca a la puerta.

—Este es el despacho, es decir, la biblioteca. Originalmente era una sala de tratamiento donde se realizaban operaciones sencillas. Si creemos en la palabra de mi hermana, Masao desapareció ahí.

La puerta del estudio es de pesada madera; un hombre de complexión grande no podría echarla abajo. Tiene buena estructura y no tiene fisuras. Ya han arreglado las bisagras que rompieron.

—¿Qué ocurrió ahí dentro? Eso es lo que quiero saber, señor Enokidu.

—En efecto. Todavía no hemos avanzado nada; el único que cree que hemos logrado descubrir algo es Seki —dice Enokidu, riéndose. Mientras pienso una respuesta, Atsuko, que ha estado inspeccionando la puerta, habla.

—¿No se puede cerrar desde fuera?

—Por dentro tiene un pestillo pero, por supuesto, desde fuera no se puede cerrar.

La parte de la chapa está muy dañada: es el rastro que dejaron Naitō y el sirviente cuando intentaron forzar la puerta.

Atsuko saca un cuaderno de su mochila y arranca una hoja que intenta meter sin éxito en la rendija entre la puerta y la pared. Tampoco lo consigue en la parte de abajo; es como si estuviera herméticamente cerrada.

—No pasa ni una hoja. Sería imposible hacer el truco del hilo —dice el eficiente ayudante de detective, y arruga el papel en una bola.

Acepto su argumento. Ya he recuperado un poco la calma.

—En los crímenes reales en los que hay involucrada una habitación cerrada por dentro, no suelen usarse los trucos que aparecen en las novelas de detectives. En la mayoría de los casos, casi un noventa y nueve por ciento, se usa una llave maestra. Es un aburrimiento. Pero en el caso de los pestillos es imposible usar una llave maestra. Habría sido imposible escapar de aquí de ese modo.

Atsuko Chūzenji me mira con expresión insatisfecha.

—En esta habitación había una «llave viviente», la señora Kyōko. Lo único que avala que Masao estuvo dentro y que no salió de aquí es la palabra de la señora Kyōko.

—Entonces, ¿qué sugieres?

—Es posible que Masao no llegara a entrar en la habitación —dice, y levanta una ceja.

—En los casos de asesinato a puerta cerrada de las novelas de detectives, existe una contradicción entre la ubicación del cadáver y la imposibilidad de que el asesino pudiera cerrar por dentro tras escapar. En estos casos, la respuesta es simple: existe un modo de entrar y salir y, si lo encontramos, la contradicción desaparece y la puerta cerrada deja de estarlo. Sin embargo, este caso es diferente —dice Atsuko, y toma aire antes de continuar—. En este caso, no había un cadáver en el interior de la habitación cerrada por dentro. No había nada. Existen tres respuestas posibles: la primera es que Masao entró y salió usando alguna artimaña; la segunda, que se esfumó de manera sobrenatural; y la tercera, que no llegó a entrar en la habitación.

—Entonces, ¿crees que la señora Kyōko miente?

—No estoy diciendo eso, pero en este caso hay tres premisas: que Masao

entró en la habitación, que cerró la puerta por dentro y que no había nadie en el interior cuando se forzó la puerta. Para afirmar esto nos basamos en tres testimonios: el de la señora Kyōko, el del señor Naitō y el de Tokizō. El caso se convierte en un misterio solo si creemos a los testigos. — Atsuko toca la puerta—. No es necesario decir que el hecho de que alguien desaparezca de una habitación cerrada por dentro es una contradicción. Antes de pensar en cómo pudo salir de ahí, es necesario comprobar si es cierto que llegó a entrar. Supongamos que, como dijo el director, los testimonios son falsos. En este caso, el misterio se resolvería fácilmente: solo tendríamos que descubrir por qué mintieron. También es posible que solo uno de ellos haya mentido. Es fácil descubrir si Naitō o Tokizō mintieron, pero en el caso de la señora Kyōko...

—Claro, su testimonio...

—Ella fue la única que vio a Masao entrar en la habitación. Pero, aun así, podría desmontarse su mentira si se dieran ciertas condiciones. Si fuera posible cerrar la puerta desde fuera, la señora Kyōko podría haberlo hecho para más tarde pedir ayuda a Naitō y Tokizō. Ellos no habrían mentido y ahí tendríamos nuestra contradicción.

—¡Como se nota que eres la hermana de Kyōgokudō! Qué bien te has expresado —la interrumpe Enokidu. Tiene razón, a mí también me ha recordado a las alocuciones de Kyōgokudō. Su explicación ha sido muy coherente.

La elocuente muchacha termina su argumento.

—Pero, al parecer, es imposible cerrar esta puerta desde fuera, y sería muy improbable que los tres testigos estuvieran mintiendo. Eso disipa nuestras sospechas hacia la señora Kyōko. Como ha dicho Enokidu, Masao debió entrar en la habitación por su propio pie.

—Así es. Debemos dar por ciertas las palabras de los testigos —asiente Enokidu.

—Entonces es cierto que desapareció una persona. ¿Se derritió, como el hielo, o se evaporó?

Atsuko me mira con preocupación.

—Usted nos dijo que había otra puerta —le dice a Ryōko—. Deberíamos echarle un vistazo.

—Adelante, todo quedará claro cuando entremos —dice Enokidu, y se acerca a la puerta.

—Disculpe...

Ryōko evita que abra la puerta. Parece exhausta.

—¿No podemos entrar? —le pregunta Atsuko en voz baja.

—Es que...

—¿Hay algo que no debamos ver? —insiste Enokidu.

—Como les he dicho antes, ahora es la habitación de Kyōko.

—¿Su hermana no se encuentra bien?

—No. Lleva más de un año de embarazo, está desquiciada. Ya no puede discernir entre la realidad y las alucinaciones. Se exalta por cualquier cosa y esto podría poner su vida en peligro.

Creo que Ryōko tampoco se encuentra bien. Está tan pálida como la cera y hace que recuerde a la otra muchacha.

—No iré a decirnos ahora que no podemos ver a su hermana, ¿verdad? —le pregunta Enokidu con tono burlesco.

—No, sé que han venido específicamente para eso. Pero, como les he dicho antes, mi hermana está muy débil. Si entrara alguien que no fuera yo se asustaría mucho; ni siquiera deja que la vean las enfermeras. Aunque les parezca extraño, si fuera posible preferiría que solo entrara uno de ustedes.

Atsuko y yo nos miramos en silencio. Ambos sabemos quién tiene que entrar.

Si entrara Enokidu sería posible que el caso se resolviera gracias a sus extraordinarios poderes, pero en caso contrario no emprendería una meticulosa pesquisa para intentar descubrir algo. En ese caso la idónea sería Atsuko. Sin embargo, yo tengo un interés especial por ver a Kyōko Kuonji, no lo puedo negar.

—Comprendo. Entonces entremos —le contesta Enokidu sin titubear y sin tener en cuenta nuestra opinión. Siempre está quejándose de lo poco que le gusta escuchar a los demás, no sé qué mosca le ha picado.

Había esperado que Enokidu me cargara con esa responsabilidad y debo reconocer que deseaba que lo hiciera, pero mis expectativas no se han cumplido.

—Mientras, inspeccionaré la zona —dice Atsuko, que ha reaccionado rápidamente y ya casi ha salido de la habitación.

Yo me quedo colgado. No puedo salir corriendo tras Atsuko ni entrar en el dormitorio con Enokidu. No tengo otra alternativa que quedarme allí como un idiota.

Ryōko asiente y acerca la mano al pomo de la puerta.

Veo claramente el esfuerzo en las blancas y casi transparentes manos de Ryōko, pero la puerta no se abre y la chica frunce el ceño. La madera rechina

al abrirse.

—Kyōko, vamos a entrar.

Tras decir esto, Ryōko abre la puerta por completo y entra en la habitación. Enokidu la sigue.

—¡Ugh! —gime el detective al entrar en la habitación.

No han cerrado la puerta. Dudo un poco, pero antes de darme cuenta ya me he movido hasta un punto desde donde se ve el interior.

—¿Qué pasa? —pregunto en un susurro a la espalda de Enokidu, que obstaculiza la entrada. Se gira hacia mí con las manos en la boca y expresión de asco.

—Mira eso, Sekiguchi —me dice en voz baja.

Es muy raro que Enokidu me llame Sekiguchi. Comprendo que estoy frente a una situación extraordinaria y miro con temor sobre el hombro de Enokidu.

Ryōko está de pie y a su espalda hay una montaña cubierta por una sábana, un rostro de mujer extremadamente delgado y unos ojos vacíos.

Nadie dice nada. Nadie se mueve. Soy un intruso que ha allanado una casa de muñecas de cera. La habitación está en penumbra, fresca. Es bastante amplia. Por lo que puedo ver, hay estanterías desde el suelo al techo en todas las paredes. Al fondo, hay una segunda puerta.

De pronto, Enokidu sale del cuarto y cierra la puerta.

—¿Qué pasa? Oiga, Eno, ¿qué ocurre?

—Eso mismo me gustaría preguntarte a ti, Seki. Tú también lo has visto, ¿no? Qué visión tan horripilante.

Espero que Ryōko no lo haya oído decir eso.

—¡No sea insolente!

—¿Insolente? ¿Por qué? No hay nada que yo pueda hacer en una situación así. Esto ha sido una pérdida de tiempo, ojalá no hubiera tenido que ver algo tan tétrico.

—Oiga, Eno, no sea maleducado. No me gustaría que las personas de la habitación lo escucharan...

—¿Cómo? No creo que puedan escucharme. Con la puerta cerrada no oirían ni un cañonazo.

—¡No me refiero a eso!

Me gustaría que comprendiera que las desgraciadas hermanas del dormitorio están pasando por un momento terrible.

Además, Ryōko podría abrir la puerta en cualquier momento y

escucharnos.

—Entonces, ¿a qué, Seki? No puedo mirar esa cosa directamente.

—Usted conocía de antemano la situación de la señora Kyōko. No puede salir ahora con estas.

—¿Quién está hablando sobre la señora Kyōko? ¿No te has dado cuenta? ¡No irás a decirme que no lo has visto! ¿Cómo puedes ser tan tonto?

Es posible que Enokidu haya visto algo que yo no puedo ver.

—Por desgracia no he visto nada; soy un humano ordinario. ¡No puedo ver las cosas que usted ve!

—¿Qué diantres estás diciendo? ¿No te diste cuenta? ¡No es posible que no puedas verlo!

—¿Qué pasa, ha vuelto a ver a un bebé con cara de rana? En serio, el único que no deja de decir insensateces es usted. Me ha decepcionado. ¡Creía que era un poco más serio!

Estoy tan furioso que he alzado un poco la voz.

—Sekiguchi, ¿estás bien de verdad?

Enokidu parece muy preocupado.

—Ya basta, no puedo dejarle continuar con esto. Yo seguiré con la investigación.

—¿De qué investigación estás hablando? No hay nada que hacer. Solo resta una cosa: llamar a la policía.

—Ahora me sale con eso. ¿Quiere que le pidamos una investigación a la policía? ¿A la misma policía que usted siempre tacha de idiota? Entonces, ¿por qué aceptó el caso?

—No quiero que le pidamos una investigación, sino un interrogatorio.

—Lo que sea, ya no espero nada de usted. El misterio de este caso lo resolveré yo.

Lo digo en voz alta, con la esperanza de que Ryōko me oiga. Enokidu está perplejo.

—Sekiguchi, ¿estás seguro? No sé qué pretendes hacer, pero los de esta casa están todos locos. ¿Es que tú también estás chiflado?

«Está chiflado».

«Probablemente es un loco que se ha escapado del manicomio de Sugamo».

Mi mente empieza a bullir. Se me oscurece la visión.

—¡No estoy loco! ¡El chiflado es usted! —grito, pero no consigo articular bien las palabras y no sé si Enokidu ha comprendido lo que he dicho.



Me mira con expresión asustada y retrocede un par de pasos.

—Yo ya no puedo hacer nada más. Te lo advierto, Sekiguchi, sería mejor que lo consultaras con Kiba.

—¡No voy a seguir ninguna orden suya, Eno! ¡No estoy chiflado! ¡Y tampoco lo está esta familia!

Enokidu me mira con tristeza y sale de la habitación en silencio.

—No estoy loco. No soy un chiflado...

Un escalofrío recorre mi espalda. Me giro por instinto y la puerta se abre. Aparece el pálido rostro de una mujer.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué le ha pasado al señor Enokidu? ¿He dicho algo que lo haya molestado?

¿Cuánto tiempo lleva ahí Ryōko?

No me salen las palabras. Empiezo a sudar a mares y me arde el rostro.

—¿Qué le ocurre, señor Seki? Es decir, señor Sekiguchi... Ese es su nombre, ¿verdad?

Ryōko me llama por mi nombre y me pongo más nervioso aún, pero a la vez siento un inmenso alivio.

—Como... Como le dijo antes el detective, a veces se retira sin decir nada. Yo seguiré con la investigación, si no hay inconveniente.

¿Quién está hablando? Es como si alguien estuviera controlando mi consciencia.

—Por supuesto. Continúe, señor Sekiguchi —me dice Ryōko.

Huele a desinfectante, es un olor penetrante. No, no es solo eso; es como si estuvieran quemando incienso, aunque es posible que sea el olor de algún medicamento. Sea lo que sea, el penetrante aroma impregna toda la habitación. Aunque estamos en pleno verano, aquí hace frío. La luz azulada del interior acentúa esa sensación.

Hay una cantidad impresionante de libros. Las paredes están ocultas tras las estanterías que llegan hasta el techo y que contienen libros escritos en japonés, chino y lenguas occidentales.

«A Kyōgokudō se le caería la baba», pienso.

En realidad, no. Si viera las condiciones en las que están estos libros, se enfadaría y empezaría a ordenarlos, estoy seguro. Pero incluso él tardaría dos o tres días en ordenar todos estos libros...

Por mi mente pasan cosas que no tienen nada que ver con el caso.

En un rincón de la habitación hay una escalera para alcanzar los libros de los estantes más altos.

Subido a esa escalera debe ser posible tocar el techo.

¿Y si hay agujeros en el techo? Levanto la mirada.

En el centro del techo, hay ocho tubos fluorescentes que cuelgan en forma de asterisco, como si fueran un enorme ventilador. Es un montaje tan inestable que en cualquier momento podría venirse abajo.

El techo tiene una ligera curva pero, como soy un ignorante total en arquitectura, no sé cómo se llama o de qué estilo es. Sin embargo, no hay pasadizos en el techo, o al menos no lo parece. Como solo están encendidos la mitad de los tubos fluorescentes, no hay luz suficiente.

Dirijo ahora la mirada a las paredes.

Aunque las estanterías tapizan los muros hasta el techo, entre los muebles hay un pequeño espacio, pero no lo suficientemente grande como para que un humano pueda esconderse en él. Además, ni siquiera con la escalera podría llegar ahí. Un tipo bajito como yo apenas podría rozar la parte superior de la estantería con las manos.

—Señor Sekiguchi...

Cuando Ryōko me llama, vuelvo en mí.

En el centro de la habitación, justo debajo de los tubos fluorescentes en forma de aspa, hay una enorme cama metálica.

A su lado hay un aparador e instrumental para administrar suero intravenoso. Ryōko está justo delante.

—Esta es mi hermana.

Mi vista se estrecha como si sufriera visión en túnel.

Muevo los ojos, intentando captar la totalidad de la imagen de la pobre hermana menor de Ryōko.

Está tan delgada que da lástima. Tiene los ojos hundidos. Su piel está reseca, y sus labios han perdido el color. El cabello, largo y lacio, parece pegarse a su piel. Tiene rasgos marcados, como su hermana, y por eso parece más cadavérica.

Kyōko Kuonji...

Me acerco a ella pensando qué debería preguntarle. No consigo ordenar mis pensamientos. Dejo atrás un escritorio. No puedo concentrarme. Estoy a punto de llegar a la cama. ¿Qué es eso que brilla? ¿Hay un cuchillo de fruta tirado en el suelo?

En ese momento, Kyōko me coge la mano y la aprieta con fuerza.

—Mi querido Masao, ¿dónde ha estado todo este tiempo? No tiene que preocuparse por mí. Mire, nuestro heredero está aquí, nuestro bebé. ¿Ve qué

grande se ha puesto? Ya no voy a hacer travesuras, perdóneme. ¿Podrá perdonarme?

Tardo un poco en darme cuenta de lo que está pasando. Kyōko tira de mi brazo mientras me habla con voz chillona, intentando que toque su enorme barriga y sus pechos hinchados. Tiene una fuerza impresionante. Es una situación tan extraña que no sé qué hacer.

—¡Kyōko! ¡Kyōko! Cálmate, por favor. Este no es Masao, es el señor Sekiguchi. El se va a ocupar de buscar a tu esposo.

Ryōko coge a Kyōko del hombro, intentando tranquilizarla.

Kyōko me suelta la mano. De repente, mira a Ryōko con ojos de perro abandonado.

—Hermana, perdóname. Yo... Yo... Te prometo que no volveré a hacerlo.

Ryōko no contesta; pasa por delante de mí y le arregla la ropa a su hermana. Kyōko está casi semidesnuda. Puedo ver las venas que cruzan su blanco pecho cuando se inclina.

Aparto la mirada.

—Discúlpela. Se ha alterado un poco, pero ya está bien. ¿Verdad, Kyōko?

—Soy... Soy Kyōko Kuonji. Siento que me haya visto así. Perdóneme.

La voz de Kyōko, ahora que ha recuperado la calma, es idéntica a la de su hermana.

—Siento que tenga que verme así... Con esta ropa, y en la cama. Es muy embarazoso.

Habla como si se castigara, como si sufriera, pero su mirada ha recuperado la cordura.

—Yo soy Sekiguchi. Por favor, no se preocupe por eso. Puede estar tranquila. —Estoy nervioso y tengo la boca seca—. ¿Se ha quedado usted en la biblioteca todo este tiempo? ¿No sería mejor que descansara en alguna de las habitaciones del edificio antiguo?

Kyōko baja la mirada, avergonzada.

—Tiene razón, pero... Mi marido desapareció en esta habitación y pensé que, si regresaba, sería aquí. Por eso me he mudado aquí. Soy una tonta, ¿verdad? Puede reírse, si quiere.

No podría reírme de ella.

—Tiene una enorme colección de libros. ¿Son todos del señor Masao?

—No, estos libros no son de mi marido. Pertenecieron a varias

generaciones de mi familia, desde el periodo Edo a la era Shōwa pasando por Meiji y Taishō. Hay algunos libros de mi padre, pero no hay ninguno de mi esposo.

—En un principio, la biblioteca, aunque más parece un almacén que una biblioteca, formaba parte de la vivienda —añade Ryōko—. Cuando la guerra se recrudeció y empezamos a sufrir los primeros incendios, mi padre llevó todas las reliquias de la familia Kuonji al refugio antiaéreo. Gracias a eso conseguimos mantener intacto nuestro instrumental. Cuando todo terminó no teníamos dónde almacenarlo, así que, cuando reparamos este edificio, acondicionamos este espacio como biblioteca.

Aunque este sitio me había parecido extraño para alojar a una pareja de recién casados, entiendo que es la única zona que han reformado. Casi invirtieron más fondos en la biblioteca que en el dormitorio de matrimonio. Es raro.

—Quiero hacerle algunas preguntas sobre su marido. ¿Cómo era su relación matrimonial?

—Si he de serle sincera, debo decir que no ha sido buena.

—¿A qué se refiere?

—Nunca hablábamos, jamás hemos tenido una charla normal como la que tendría cualquier matrimonio... Aunque claro, en realidad no sé qué conversaciones tienen las parejas normales. Sea como sea, lo que puedo decirle es que no hablábamos nunca.

Mientras habla, Kyōko mira la puerta por la que hemos entrado como si Fujimasa estuviera presente.

—Supongo que esta pregunta será difícil para usted. Nos han contado que discutían a menudo. ¿Es cierto?

—Sí, pero no eran discusiones, ya que yo era la única que reprochaba cosas a mi marido. Él nunca se quejaba de mi actitud y jamás me puso una mano encima. En ese sentido, es un santo. Es...

—¿Cuál era la causa de esas peleas?

—Quién sabe, creo que no había un motivo concreto. Algunos malentendidos, incompatibilidad de caracteres, pequeñeces que se iban acumulando... —me contesta con los ojos llenos de lágrimas y la mirada gacha—. Ahora que lo pienso, fueron esas nimiedades las que precipitaron esta tragedia. Me arrepiento de mi actitud, pero ya no puedo hacer nada

—Entonces, ¿usted cree que su marido desapareció para alejarse de usted? ¿Eso piensa?

Estas preguntas son propias de un terapeuta conyugal, no de un detective, pero me siento aliviado. Prefiero hacer de psicólogo en lugar de jugar a los investigadores.

—Creo que abusé de su paciencia. Se tragaba todos mis reproches, por horribles que fueran, y hacía todo lo que yo le pedía. Esa actitud me parecía irritante, pero ahora me doy cuenta de lo mala esposa que fui: lo insultaba, lo agredía, lo golpeaba. Y le dije cosas tan crueles...

—¿Qué cosas? ¿De qué está hablando?

Kyōko, sobresaltada, mira a su hermana como si buscara su aprobación.

—No te preocupes, Kyōko. No escondas nada, cuéntaselo todo al señor Sekiguchi.

Kyōko está cada vez más pálida.

—Yo... Hice algo que no tiene perdón, pero no puedo contárselo. Lo único que puedo decirle es que yo sospechaba que había algo entre mi hermana y mi marido. En cierto momento, lo creí así.

Kyōko vuelve a mirar a su hermana con temor para ver su reacción, pero ella no dice nada. Entonces sigue hablando apresuradamente, como si quisiera quitarle peso a su declaración anterior.

—Por supuesto, solo eran imaginaciones mías. Como mis reproches no enfadaban a mi marido, me inventaba cosas para intentar que reaccionara. Mi hermana y Masao no harían algo así, no son de ese tipo de persona. Estoy segura de ello, pero... —Y entonces empieza a llorar.

—No es necesario que me dé más detalles. Sin embargo, ¿podría contarme cómo reaccionaba su esposo ante sus malos tratos?

—No estoy segura. Creo que sufría, que sentía rabia, pero no me mostró su enfado hasta el final.

—¿Hasta el final?

—Sí. Hasta que entró en esta habitación, hasta ese momento.

—Esa es mi duda: ¿por qué entró aquí?

Kyōko piensa unos segundos.

—Ese día, aún no habían terminado los festejos de Año Nuevo. Recuerdo que hacía bastante frío. A mi marido no le importaba que fuera Año Nuevo, como si era Obon[66]; siempre estaba en su laboratorio. Tenía la costumbre de trabajar todos los días después de la cena y aquel no fue una excepción. Cuando regresó, eran casi las doce.

—¿No había nada distinto en él? ¿Estaba preocupado por algo?

—No, estaba de muy buen humor. Yo estaba enfadada: me habría gustado

que dejara de trabajar un rato, porque era Año Nuevo...

—¿Sabe por qué estaba de buen humor?

—Me dijo que había terminado su investigación, pero no sé en qué estaba trabajando.

—¿Que la había terminado? ¿Eso le dijo?

—Creo que sí.

¿Significa eso que ya había finalizado su homúnculo? ¿Había creado realmente una criatura ajena a la ira de Dios? Me siento asqueado y me recorre un escalofrío.

—Y... Dígame, ¿qué pasó?

—No recuerdo nada de lo que pasó hasta el momento de la discusión. Es como si hubiera perdido la memoria.

—¿No lo recuerda? ¿No se acuerda de nada?

—Es como eso que dicen, que después de beber uno no se acuerda de nada. No sé si será algo así, pero lo cierto es que no lo recuerdo. Está totalmente borrado de mi memoria.

No hay nada que hacer. La parte más importante del testimonio se ha perdido.

¿Será verdad que no lo recuerda, o estará intentando ocultar algo? No puedo saberlo. Sea como sea y exceptuando los retazos de recuerdos que puede ver Enokidu, hemos perdido la única forma que teníamos de saber lo que ocurrió esa noche.

—Lo único que recuerdo es el rostro asustado de mi marido antes de salir corriendo hacia esa habitación y cerrar apresuradamente la puerta. El dormitorio estaba muy desordenado, el suelo estaba lleno de cosas... Seguramente las tiré yo. La puerta no volvió a abrirse por mucho que suplicara. Estaba tan desesperada que fui a pedir ayuda a mi padre y al señor Naitō.

—¿Fue su esposo quien cerró la puerta?

—Sí, fue mi marido. No cesaba de repetir: «¿Por qué? ¿Por qué?».

—«¿Por qué?». ¿Qué significa eso?

—No lo sé.

Se encerró mientras repetía una y otra vez la misma pregunta. No parece muy coherente.

—¿Conocía la existencia de las manchas de sangre del suelo de su habitación? En el dormitorio hay un rastro de sangre, debajo de la alfombra.

—No, no lo sabía. No sé qué ha podido causarlas. Es posible que mi

marido o yo nos hiciéramos alguna herida... Debió ser eso. Creo que limpié sangre cuando recogí la habitación, pero no lo recuerdo bien.

—¿Cuándo limpió la habitación?

—De madrugada. Como mi marido no salía y estaba tan nerviosa, me puse a limpiar para calmarme.

Qué calamidad: al parecer eliminó las pruebas materiales que podrían haberla hecho recuperar la memoria.

El resto del relato es muy parecido al de Naitō: cuando entró en la biblioteca descubrió que no había nadie dentro.

No soy capaz de preguntarle si había consumado su matrimonio con Fujimasa. No porque me dé vergüenza, sino porque me incomoda la mirada de Ryōko.

Kyōko parece cansada. Está respirando con dificultad.

«Todavía no hemos avanzado nada; el único que cree que hemos logrado descubrir algo es Seki».

«Adelante, todo quedará claro cuando abramos la puerta».

No hemos descubierto nada. No hemos conseguido nada abriendo la puerta.

¿Qué fue lo que vio Enokidu?

Hay algo más que debería preguntar, pero no estaría bien que lo hiciera.

Sin embargo, debo preguntarlo.

Pero...

—Señora Kyōko, me gustaría preguntarle una última cosa. ¿Recuerda haber recibido hace diez años una carta de amor?

Kyōko abre los ojos de par en par.

—Una carta de amor... ¿Por qué me pregunta eso? —Kyōko me fulmina con unos ojos de muerte que han perdido por completo la lucidez—. ¿Yo no sé nada sobre eso! No recibí ninguna carta. ¿Qué importancia podría tener algo así? ¿A qué viene eso de la carta de amor?

Está furiosa. Retrocedo dos o tres pasos.

«Debió ser una experiencia muy desagradable».

«La señora Kyōko tenía un aspecto terrible y...».

—No es cierto. Estoy seguro de que la recibió porque... Fui yo quien se la entregó.

—Señor Sekiguchi, ¿usted fue quien...?

La sorprendida no ha sido Kyōko, sino Ryōko.

No sé qué hacer y comienzo a retroceder. Aunque la biblioteca es amplia,

no queda más espacio a mi espalda.

Una escena aparece frente a mí, como una película en ocho milímetros: la hermana mayor abraza a la menor, que está muy inquieta. Hay una jeringuilla en un recipiente de metal sobre la cómoda. La mayor introduce la aguja en la mano de su hermana con destreza. Parece una fotografía secuencial, como si lo hubieran filmado a cámara lenta. Al final, la hermana menor se calma. Yo regreso a este mundo.

—Le he inyectado un tranquilizante, se dormirá dentro de poco. ¿Podríamos dejar las preguntas para otra ocasión?

Soy incapaz de responder, es como si me hubiera olvidado de hablar. Después de guardar la jeringuilla, Ryōko se acerca a mí.

—No creo que mi hermana sepa nada sobre esa carta de amor. Sin embargo... —Se acerca un poco más a mí y me mira con ternura o tristeza—. Señor Sekiguchi, es usted muy raro. Me oculta cosas, tiene demasiados secretos.

—Perdone, no era mi intención ocultarle nada. El señor Masao... Masao Fujino estudió en el mismo centro de bachillerato que yo. Iba un curso por delante. Es una coincidencia y se me pasó contárselo. Por favor, perdóneme. —Ryōko se queda callada—. Y de la carta de amor solo me acordé al venir aquí.

Normalmente, no soy tan elocuente, pero estoy intentando excusarme.

Ryōko se aleja sin decir nada.

—Espéreme.

No quiero quedarme solo. Ryōko se detiene frente a una puerta y se gira sin hacer ruido.

—Esta es la segunda puerta.

¿Qué me ha pasado? ¿Qué ha sido esto que he sentido de repente? No era tristeza ni soledad, sino algo más dulce, como un sentimiento de nostalgia...

La puerta es tan sólida como la primera, del mismo diseño y material. Con esta también se han esmerado para que no quede ninguna rendija; cierra herméticamente. Sin embargo, es un poco más pequeña: su ancho es como dos terceras partes de la otra.

—Esta puerta también tiene pestillo; solo puede abrirse o cerrarse desde dentro —me dice Ryōko sin mirarme. Agarro el pomo e intento abrir, pero no se mueve.

—Pero si solo puede cerrarse por dentro y está cerrada, el que la cerró debería seguir dentro.



—No necesariamente, ya que también es accesible desde la calle. No hay nadie dentro.

Entonces no era imposible salir.

—¿El señor Masao pudo haber salido por aquí?

—No. Esta habitación es muy pequeña, tiene cuatro tatamis y medio —me explica Ryōko sin titubear—. La usábamos para guardar los medicamentos y el instrumental. No sé por qué, pero todas las habitaciones del edificio de Pediatría, excepto las que dan al exterior, se cierran desde dentro. Quizá era la moda cuando se construyó, en la era Meiji... Quitamos las cerraduras de las habitaciones de los pacientes porque era peligroso, pero las demás todavía mantienen ese sistema. Ni este cuarto ni el contiguo pueden cerrarse si no hay alguien dentro pero, como aquí guardábamos los medicamentos, el encargado tenía orden de cerrar desde dentro una vez que terminaba el horario de consulta. A continuación salía por la otra puerta y la cerraba por fuera. —En ese momento, Ryōko pone las manos en la puerta con expresión nostálgica—. El responsable de este lugar era un pediatra, Sugano, que falleció durante los ataques aéreos. Tras su muerte, nadie ha vuelto a abrir esta habitación.

—El señor Sugano cerraba por dentro y, al salir, cerraba la otra puerta por fuera, ¿no?

—Así es. Y, cuando la guerra se lo llevó, la llave desapareció con él. No tenemos llave maestra y la puerta es muy sólida. No creo que nadie haya intentado abrirla nunca.

—Entonces, si Masao hubiera conseguido entrar en este cuarto de algún modo, no podría haber salido de nuevo, ¿verdad?

—¿Cree que mi cuñado podría estar en esta habitación?

Es una historia siniestra, pero no sería descabellado pensar que su cadáver podría estar ahí. Sin embargo, solo sería posible si hubieran encontrado la llave de esta puerta.

—¿Está segura de que esta habitación no se ha vuelto a abrir desde que desapareció la llave?

—Así es. Desde que terminó la guerra, hace siete años, nadie ha entrado en este cuarto.

Menuda decepción.

Esta habitación es un cuarto cerrado en el interior de otro cuarto cerrado.

Kyōko ya se ha dormido. Salgo de la biblioteca sintiéndome fracasado. Examino la cerradura de la puerta: es sólida, no podría manipularse con un imán o un hilo. No logro descubrir nada más.

Entro en la sala de espera, donde Atsuko me espera sentada en el viejo sofá.

No se imagina cuánto me consuela ver su rostro de muchacho.

—Les pediré un taxi. ¿Podrían esperarme en el vestíbulo del edificio viejo? —nos pregunta Ryōko con el mismo tono de siempre. Hace una pronunciada reverencia, como la que hizo al llegar al despacho de Enokidu, y sale del edificio con tristeza.

Nosotros... No, yo le he traído desesperanza en lugar de esperanza. Al pensarlo me duele el corazón.

—Oiga, ¿qué le pasó a Enokidu? —me pregunta Atsuko en voz baja cuando Ryōko se marcha.

—Ese tipo no tiene remedio. Creo que voy a mandar nuestra relación a hacer puñetas, aprovechando la ocasión.

Aunque me muestro tajante, estoy preocupado. La única pista que tenemos por ahora es lo que ha visto Enokidu. Si me alejo de él, ¿podré resolver el misterio yo solo?

—¿Te dijo algo?

—Sí, pero es extraño —Atsuko frunce el ceño. Cuando hace ese gesto se parece a su hermano—. Enokidu apareció mientras yo estaba inspeccionando los alrededores. Parecía embobado. Lo llamé dos veces, por si se trataba de algo importante. A la tercera tampoco me respondió, pero a la cuarta se giró hacia mí. «Ah, Atsu, ¿cuántas veces me has llamado?», me preguntó.

—¿Y?

—Le respondí que había gritado su nombre cuatro veces. «Ah, ya», me dijo, como si estuviera hablando para sí mismo. «No te había escuchado, a veces pasa». Y a continuación me dijo lo siguiente: «Atsu, no entres en esa habitación por ninguna razón. Llama a la policía cuanto antes».

—¿Y llamaste?

—¿Cómo iba a hacerlo? No sé dónde encontrar un teléfono por aquí.

El comportamiento de Enokidu es realmente indescifrable; no creo que podamos fiarnos de lo que vio. De hecho, fue Kyōgokudō quien nos convenció de que es posible ver los recuerdos de las personas. En realidad, es muy posible que Enokidu no sea más que un payaso y un inadaptado social.

Le relato a Atsuko mis pensamientos y lo que me ha contado Kyōko, pero le oculto mi estado de confusión.

—Entonces esa puerta es el segundo acceso a la habitación cerrada, la que da a la calle —dice Atsuko con convencimiento.

Se refiere a la puerta del cuartillo que da al exterior.

Por lo que sabemos, es imposible abrir esa puerta, pero me gustaría cerciorarme.

En un principio, pensamos que podría haber huido por el techo o por algún agujero de la pared, pero Atsuko ha examinado la fachada y no ha encontrado ningún punto extraño. También ha comprobado el tejado con la ayuda de una escalera. Si su hermano se enterara, se pondría furioso, pero su tenacidad es para quitarse el sombrero. Me ha contado que ha encontrado tres escotillas de ventilación, tan pequeñas que ni siquiera un gato podría atravesarlas.

Hay maleza por todas partes. Está claro que nadie ha pasado por aquí en mucho tiempo.

La tercera puerta, como me temía, se parece a las puertas de los almacenes del periodo Edo. Está lejos del paso y de ella cuelga un gigantesco candado. Sería imposible abrirla sin la llave.

—La única hipótesis que nos queda es que todos estén mintiendo, ¿verdad?

—No, hay dos posibilidades más —dice Atsuko con firmeza—. Que uno de los tres testigos tuviera esta llave, o que la tuviera un cómplice de Masao.

Atsuko y yo volvemos sobre nuestros pasos y llegamos al edificio nuevo.

Entramos al laboratorio para recoger los diarios y los cuadernos de investigación. Cuando Atsuko agarra la cuerda con la que están atados los cuadernos de la mesilla, estos se desordenan de manera extraña y se caen.

—Qué raro, yo los até muy bien. Voy a volver a atarlos, adelántese usted, si quiere —me dice Atsuko.

Salgo del laboratorio, atravieso la zona escombrada y llego al comedor.

Una voz me llama inesperadamente.

—Señor Sekiguchi...

Es Ryōko.

Está en el patio interior, frente al macizo de flores blancas. Me dirijo a ese punto inmediatamente.

Es como si todo lo que la rodea careciera de color. Su mundo es monocromático.

Las flores blancas parecen trompetillas.

—Son daturas.

—Oh, ¿estas flores se llaman así? No lo sabía. Pensaba que eran campanillas.

Ryōko coge una de las flores y la acerca a su rostro: es del mismo color que su tez.

La agarro del brazo para evitar que siga haciéndolo.

—No debería hacer eso, esas flores son venenosas.

Mis dedos están cerrados sobre el delgado brazo de Ryōko.

A las daturas, se las conoce en Japón como «campanillas coreanas». Pertenecen a la familia de las solanáceas.

Contienen tres tipos de sustancias psicoactivas, por lo que también se las conoce como «berenjenas del diablo». Estas sustancias se encuentran, sobre todo, en la flor, las hojas y las semillas. Ingeridas pueden provocar delirios.

Le explico lo que sé sobre la flor con gran esfuerzo, pero apenas logro escuchar mi voz.

Mi palma está tocando la piel de Ryōko.

—No me diga... ¿De verdad es una flor tan peligrosa? —me pregunta.

—Así es. Es una flor venenosa —le contesto con unos labios que se mueven sin mi consentimiento.

—Pero, si eso es cierto, ¿por qué la plantaron aquí?

Relajo un poco mis dedos.

—Las daturas también tienen propiedades medicinales. Antiguamente se usaban como somníferos, analgésicos y antiespasmódicos, así que no es extraño que las cultivaran en este sanatorio. Estoy seguro de que Seishū Hanaoka[67], el primero en usar anestesia en sus intervenciones, usaba las daturas con ese fin.

—¿De verdad? —me pregunta Ryōko. Se gira y nos quedamos frente a frente. Sigo agarrando su brazo—. Antes de que construyeran el edificio nuevo y el anexo, todo esto era un jardín en el que se cultivaban hierbas medicinales. Más tarde cambiaron las leyes y prohibieron su uso sin permiso de las autoridades. Este patio es lo único que quedó. Nunca fue bonito: todo eran hierbas de procedencia extraña. Lo único agradable a la vista era esta flor, que desde niña me gustó mucho. Cuando la tempestad de la guerra pasó, lo único que seguí cuidando fue estas flores. Y ahora resulta que es una planta medicinal.

Ryōko no intenta zafarse de mí. Acorta la distancia entre nosotros.

Su pálido rostro está muy cerca del mío.

—No sabía que también era un experto en botánica, señor Sekiguchi.

Los ojos de Ryōko atrapan mi mirada.

Soy como una rana seducida por una serpiente: no puedo moverme.

Lo único que puedo hacer es mirarla.

«Creo que no debería mirarla».

«Pienso que no debo mirarla, pero no puedo cerrar los ojos».

Yo...

—En mi época de estudiante aprendí un poco sobre neurociencia y psiquiatría, así que sé un poco sobre hierbas medicinales. Mi conocimiento es muy básico, no soy ningún experto.

En mitad de una frase con la que no sé si intento excusarme o presumir, Ryōko se tambalea.

La cojo entre mis brazos apresuradamente.

—Señor Sekiguchi...

Esta tan cerca que no puedo ver su rostro.

Frente a mí hay una enorme datura.

Escucho las palpitaciones de mi corazón.

Se me nubla la vista.

Mi mente está bullendo.

La respiración de Ryōko acaricia mis orejas.

—Se lo ruego... Sálveme —me dice con una voz que parece desintegrarse.

No puedo contestarle.

Siento un fuerte mareo.

## 4

Lunes cinco de mayo del vigésimo quinto año de  
Shōwa, 1950.

Cielo despejado, nublado por la tarde.

He terminado los trámites matrimoniales. Ayer abandoné el apellido de mi niñez, Fujino, y a partir de hoy seré Kuonji. No he podido finiquitar el otro asunto; mejor dicho no he tenido la oportunidad de corroborarlo. Estoy preocupado. Aunque seguramente es una tontería, he estado mucho tiempo sin saber si era cierto. Me siento avergonzado e inquieto.

\*

Domingo dos de julio del vigésimo quinto año de  
Shōwa, 1950.

Nublado, despejado a intervalos

Al final he preguntado a mi esposa sobre ese asunto del pasado. Su respuesta ha sido negativa: dice que no se acuerda de nada. Debe sufrir alguna atrofia en la memoria o quiere mantenerlo en secreto, no lo sé. Se trata de nuestro hijo, tengo que averiguarlo. Cueste lo que cueste.

El kinkauji está totalmente destruido. Alguien le prendió fuego.

\*

Jueves tres de agosto del vigésimo quinto año de  
Shōwa, 1950.

Nublado, soleado por la tarde.

Soy el único culpable de la locura de mi esposa. Me he comportado de un modo sumiso sin pensar en alternativas. Soy consciente de mi incapacidad, pero lo importante ahora esclarecer los hechos, aceptar mi culpa y esperar piedad. Tengo que cumplir con mi responsabilidad.>

Han empezado el reparto de arroz en Tōkyō.

\*

Miércoles veintitrés de agosto del vigésimo

quinto año de Shōwa, 1950.  
Cielo despejado

Me he reunido con el doctor K, el director general del departamento de Ginecología de la facultad de Medicina de la Universidad de Keiō[68]. Le he contado que estoy llevando a cabo una importantísima investigación en la que todavía no he obtenido los resultados esperados. Muy amablemente me ha permitido que vea los valiosos resultados de su investigación del año pasado. Además, me ha hablado sobre su trabajo y me ha dictado una cátedra, estoy muy emocionado. No obstante, en lo referente a mi labor, me he dado cuenta de que faltan espermatozoides, por lo que, utilizando su técnica, sería imposible tener éxito. Como me temía, me queda mucho trabajo por delante.

\*

—Vaya, siempre detalla el clima. Escoge bien las palabras, pero escribe mal las oraciones. Se expresa de un modo sencillo, pero es bastante sentimental —dice Kyōgokudō sin mucha sutileza antes de expulsar el delicado humo de su cigarro.

—¿Qué te parece? ¿Has descubierto algo?

—Sekiguchi, he escuchado del tirón todo lo que balbuceaste al despertar y apenas ha pasado un minuto desde que me entregaste los diarios. Solo he leído las primeras entradas y me he saltado dos o tres días. ¿Cómo quieres que descubra algo así? Ya te he dicho lo único que he deducido.

—Pero ¿no has deducido nada de todo lo que te he contado? A eso me refiero.

Anoche no volví a casa: estaba tan cansado que me sentía incapaz de volver a mi hogar. Después de despedirme de Atsuko, vine directamente a



casa de Kyōgokudō. Por suerte, su cónyuge no había regresado todavía, así que me quedé a dormir aquí. Llamé por teléfono a mi esposa para avisarla.

—Tu explicación no ha mejorado nada desde anoche, pero al menos, tras escucharla un par de veces, he comprendido su contenido. Sigamos.

Kyōgokudō hojea el diario que tiene en la mano. A continuación coge el siguiente, examina la portada y lo abre.

\*

Lunes ocho de enero del vigésimo sexto año de  
Shōwa. 1951.

Soleado, nublado por la tarde.

Casi he terminado la investigación. Aunque no hay nada que pueda hacer por aquel niño, que seguramente falleció, resarciré parte del daño que he hecho a mi esposa y a los Kuonji. Algunos dirán que esto va en contra de las leyes de la naturaleza, pero es el deber de este militar tullido darlo a conocer. Además, mi esposa ya no tendrá que volver a pasar por esa amarga experiencia. Su demencia terminará con esta investigación, y eso es lo que más deseo. Informaré a mi esposa de la buena noticia inmediatamente. ¿Cómo reaccionará?

\*

—Es la última entrada.

—¿A qué se estaría refiriendo con lo de «Esto va en contra de las leyes de la naturaleza»? ¿A lo del homúnculo? Tampoco entiendo lo del militar tullido, ni lo de la buena noticia.

—No me he fijado en eso, pero esta entrada está revelando algunas mentiras, como si un caballo hubiera dejado sus pezuñas por todas partes — me dice Kyōgokudō, mirándome como si fuera idiota.

—¿Qué dices? No entiendo absolutamente nada.

—Sekiguchi, lee con atención. Ha escrito que esa tarde estuvo nublado. Es cierto; si la memoria no me falla, la niebla se disipó en la mañana del día siguiente.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Me dijiste que ese edificio, la antigua ala de Pediatría, es muy hermético, ¿no? Eso significa que el dormitorio tendría esa misma característica.

Es cierto: el ambiente de la biblioteca, sin ventanas, estaba tan cargado que costaba respirar. En el dormitorio, había una ventana y el aire era mejor, pero en cuanto a hermetismo no había mucha diferencia. Asiento.

—Con las ventanas cerradas, la habitación estaría casi insonorizada, ¿no?

—Ahora que lo dices, dentro no se escuchaba el chirrido de las cigarras.

—Entonces, ¿comprendes que hay una inconsistencia? ¿Qué os dijo Naitō? Me has contado que os dijo que con las ventanas abiertas se oía todo. Pero recuerda que era enero, uno de los meses más fríos del año, y que era medianoche. Además había niebla. ¿No sería una tontería abrir la ventana? Os habló de la pelea, aunque os dijo que no recordaba el contenido de la discusión. Supongamos que Naitō abrió la ventana y prestó atención: si la ventana de la habitación del matrimonio no estaba abierta es imposible que escuchara la discusión, y mucho menos que entendiera su contenido. Y la señora Kyōko dice que no recuerda nada, ¿no? Mi duda es: ¿cómo sabía Naitō, que se supone que estaba en otra habitación, que habían discutido?

—Tienes razón.

Me ha dejado boquiabierto. Aunque el testimonio de Naitō no me había convencido del todo, esto confirma mi impresión.

—Entonces, lo que nos contó Naitō, eso del heredero, ¿es falso?

—Claro que no. —Kyōgokudō se lleva el dedo a la sien—. Naitō no ganaría nada inventándose una discusión. Como dijo Enokidu, él estuvo en el dormitorio de Kyōko la noche de la desaparición.

—Sí eso es cierto, Naitō y Kyōko están...

—Por supuesto, tienen una relación estrecha. Y no solo eso: muy profunda. Según dijo Enokidu, estaban juntos, en la cama, después de medianoche. Justo entonces regresó el marido de muy buen humor. Pero hay algo extraño. —Kyōgokudō baja la cabeza y se queda callado un instante—. En esta entrada hay algo que no cuadra. En lugar de sentir odio por los Kuonji,

parece que adoptó su apellido y se casó con su hija porque se sentía culpable. En el pasado, debió ocurrir algo, pero no podemos preguntarle. «Aunque seguramente es una tontería, he estado mucho tiempo sin saber si era cierto». ¿Qué significará esto? Y una cosa más: ¿quién será el niño «que seguramente falleció»? —Dicho esto, Kyōgokudō se queda callado de nuevo. Después de un rato levanta la cabeza—. Bueno, Sekiguchi, ¿cuál es tu opinión sobre la pérdida de memoria de la señora Kyōko? En el diario también habla de una «atrofia en la memoria». ¿Notaste tú algo?

—En mi opinión... Es solo una teoría, pero creo que podría sufrir un trastorno de identidad disociativo: personalidad múltiple. Es habitual que al cambiar de personalidad se olvide lo experimentado por la otra identidad. La muchacha que está en sus cabales y a la que entregué la carta de amor no son la misma persona, desde mi punto de vista. La histérica que lanza cosas a su marido es una persona y la Kyōko normal es otra; por eso no recuerda lo que hizo mientras estaba trastornada.

Kyōgokudō asiente.

—Tu teoría no es que haya sufrido un desdoblamiento psicológico momentáneo o que padezca una amnesia psicogenética, sino que sufre desde la infancia un caso de personalidad múltiple, ¿no es eso?

—¿Tienes tú otra teoría? —le pregunto, y le doy un sorbo al té que, como siempre, ha recalentado varias veces.

—Creo que, ya sea porque se siente culpable o porque es incapaz de superar una sensación de repulsa, ha eliminado todos los recuerdos desagradables. Es decir, que sufre una amnesia psicogenética. Esa es mi teoría.

—Pero al menos dos veces, mientras habló conmigo, mostró un cambio emocional abrupto. Si su hermana no hubiera estado a su lado, quizá habría sido testigo de un cambio de personalidad.

—Me dijiste que en el jardín había daturas, ¿no? ¿Sabes que esas flores contienen alcaloides psicotrópicos?

—Son tres, ¿no? Escopolamina, hiosciamina y atropina.

Al recordar aquella flor blanca, vuelve a mi memoria el momento en el que abracé a Ryōko. Apenas puedo seguir hablando

—Si alguien le suministrara eso, sufriría lagunas de memoria. Pero, claro, eso tú ya lo sabías. Disminuiría la reacción frente a los estímulos externos y aparecerían alucinaciones y espejismos, es decir, los síntomas clásicos de delirio.

—¿Cómo? ¿Estás insinuando que es posible que hayan administrado a la señora Kyōko alcaloides extraídos de las daturas? ¿Para qué?

—Como analgésicos, por supuesto.

—Espera. No deja que la vea ningún médico, ni siquiera su padre; ¿quién podría estar medicándola? En mi mente, aparece el rostro de Ryōko. Ella fue la que le puso la inyección.

—La que se ocupa de las flores es Ryōko, ¿no? —me pregunta, y guarda silencio por tercera vez.

—Oye, Kyōgokudō, ¿crees que Fujimasa estaba intentando crear un homúnculo? —le pregunto, intentando cambiar adrede el tema de conversación.

Kyōgokudō me mira con preocupación.

—No digas tonterías.

—¿De verdad crees que es una tontería?

—Es una idiotez. Más tarde leeré con detenimiento los cuadernos de investigación; no sé cuántos meses tardó ese médico bobo en hacerlo, pero yo no tardaré más de dos o tres días. —Seguramente los habrá terminado de leer para mañana—. Una cosa más, Sekiguchi: actualmente sigue intentándose crear vida, no es algo del pasado. Antiguamente, no se consideraba que estuviera fuera del alcance de la ciencia, e incluso Paracelso lo intentó, aunque hay que reconocer que él era medio alquimista. La alquimia ha contribuido al desarrollo de la ciencia y ambos campos han sido inseparables durante mucho tiempo. Eso es algo innegable.

—Conozco la historia. Si no me equivoco, creo que llegó a usar semen humano en sus experimentos, ¿no?

—Así es. Llenó un tubo de vidrio con semen humano y lo mantuvo a cuarenta grados, la misma temperatura que tiene un caballo. Afirmó que, de repente, el líquido se convirtió en una figura humana semitransparente. Al agregarle sangre fresca, obtuvo un pequeño ser similar a un humano, lo que nosotros llamamos homúnculo. Por supuesto, todo era mentira; ahora que conocemos el funcionamiento del sistema reproductivo, sabemos que es imposible que suceda algo así.

»Ahora que recuerdo... Sí, hace unos tres años lograron llevar a cabo una inseminación artificial en la Universidad de Keiō. Bueno, la inseminación fue natural, lo único artificial fue el modo en el que depositaron el semen, sin que hubiera una relación sexual. Espera, ¿no había una anotación en el diario sobre una reunión con el director del departamento de Ginecología de la

Universidad de Keiō? —dice, y empieza a revisar los diarios—. Mira, tenía razón. Seguramente le interesaba el tema de la inseminación artificial.

—Entonces es cierto que quería crear un homúnculo.

—Oye, espera, ¿por qué enlazas los temas tan a la ligera? No deberías apresurarte. Los resultados de la investigación están aquí, y ya te he dicho que voy a leerlos con mucha atención. —Kyōgokudō señala el paquete de cuadernos y a continuación vuelve a poner su atención en los diarios—. Pero, Sekiguchi, respecto a los diarios... ¿Por qué falta la parte más importante? La mitad del décimo sexto año de Shōwa, 1941. ¿No estaban? Tengo los de su estancia en Alemania y los de su época en el frente. ¿No es extraño?

—Eso no puede ser, ¿lo has comprobado bien? Sería raro que solo faltara esa parte.

—Aquí no está.

Verifico las etiquetas de los diarios. Efectivamente, falta uno.

—No creo que Fujimasa lo perdiera, es un hombre muy ordenado. ¿Quién lo habrá cogido? Me contaste que, cuando volvisteis al laboratorio, el cordel estaba flojo, ¿no?

Yo había visto a Atsuko atarlo con fuerza, pero la cuerda estaba floja.

—¿Crees que alguien cogió uno de los diarios mientras nosotros estábamos en el edificio de Pediatría? Si eso fuera cierto, dentro del sanatorio había alguien que no quería que lo leyéramos.

—No necesariamente, ya que el laboratorio no estaba cerrado y el techo del edificio estaba lleno de agujeros. Cualquiera podría haberlo robado, no solo alguien del sanatorio. Sin embargo, no robaron uno de los diarios recientes, sino uno de hace más de diez años. Seguramente, haya algo en él que alguien no quería que descubriéramos.

Hace diez años, Fujimasa conocía a Kyōko y también se había entrevistado con el director del sanatorio. ¿Pasó algo extraordinario en aquella época?

—Oye, Kyōgokudō, ¿por qué te interesa tanto el diario de 1941?

—Porque fue el inicio de su relación con los Kuonji. Tú entregaste su carta el dieciséis de septiembre de 1940. Fujimasa se marchó a Alemania en abril del año siguiente. ¿Qué ocurrió durante ese periodo? Eso es lo que quiero saber.

—¿Cómo es posible que recuerdes la fecha exacta? Yo, que fui quien entregó la carta, lo había olvidado.

—¿No será que sufres amnesia psicogenética? Tú mismo me lo dijiste

anoche, que habías escondido ese recuerdo porque era demasiado traumático para ti. No te imaginas a cuánta gente metiste en un lío en aquel momento.

—¿Qué pasó después de que entregara esa carta de amor? No lo recuerdo.

—Aquel día, regresaste al dormitorio casi a las once de la noche, con cara de haber visto un fantasma. Estuviste encerrado en tu habitación, sin hablar con nadie, seis meses. Apenas comías; Enokidu y yo estábamos muy preocupados por ti. No me digas que no te acuerdas.

—Perdona, pero no lo recuerdo.

No creo que mi amigo me esté mintiendo. Supongo que ocurrió realmente, pero no tengo ningún recuerdo de ello.

—Qué capullo eres. De no ser por nosotros, ni siquiera estarías aquí. Estabas autodestruyéndote y ni siquiera sabíamos por qué, pero Fujimasa insistía en hablar contigo, tanto que al final tuve que prometerle que te daría el recado.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo?

Kyōgokudō me mira con los ojos entornados, como si estuviera irritándolo.

—No me salgas con esas. Yo mismo te di el recado.

—No te hagas de rogar, cuéntame qué te dijo.

—«Gracias. Mi deseo se ha cumplido gracias a ti».

Ya veo... Entonces debió recibir respuesta de Kyōko Kuonji, y además fue positiva. Por eso se comportó como un hombre y fue a pedir su mano.

—En aquel momento, le pregunté qué significaba eso y me dijo que habías entregado una carta en su nombre. Supuse que era una carta de amor, y, cuando mejoraste, me olvidé del tema.

—¿Y por qué crees que ese asunto está relacionado con la desaparición?

—En aquella época, me pidió consejo al respecto, estaba loco por esa chica. Fui yo quien le aconsejó que escribiera una carta —me explica. Yo ya lo sabía; Fujimasa me lo contó. Kyōgokudō busca entre los diarios—. Mira. Aquí está.

\*

Lunes dieciséis de septiembre del décimo quinto  
año de Shōwa, 1940.

Clima desconocido.

Estoy acostado. Hoy no he ido a clase. Como no he salido de la cama no sé qué tiempo hace. Es casi medianoche, pero Sekiguchi aún no ha vuelto. Estoy desesperado. No debí habérselo pedido, me arrepiento de haberlo hecho.

\*

Martes diecisiete de septiembre del décimo  
quinto año de Shōwa, 1940.  
Lluvia.

Sekiguchi regresó ayer a medianoche, pero no ha querido ver a nadie. Chūzenji dice que está muy raro, quizá esté enfermo. ¿Qué le habrá pasado?

\*

Miércoles dieciocho de septiembre del décimo  
quinto año de Shōwa, 1940.  
luvia, nublado.

Un anciano que dijo ser un sirviente me trajo ayer una carta. Cuando la abrí, estuvo a punto de estallarme el corazón. Su contenido sobrepasa todas mis expectativas. Aunque me quedan décadas por delante, puedo decir que hoy es el día más feliz de mi vida. Después de escribir la respuesta, fui al lugar pactado, el «ginkgo de la fertilidad».

Pero aún no he podido entrevistarme con Tatsumi Sekiguchi, eso es lo único que no me deja tranquilo.

\*

—No sé, me siento como si estuviera inmiscuyéndome en la intimidad de alguien. No me gusta esta sensación. Está claro que acudió a su cita amorosa de inmediato. Por cierto, el «ginkgo de la fertilidad»[\[69\]](#) es el gran árbol que hay junto al templo Kishibojin; no hay duda alguna de que la respuesta fue de un miembro de la familia Kuonji. Vaya, eso significa que fuiste un excelente cupido —me dice en tono burlesco antes de seguir hojeando los diarios. Parece estar buscando algo concreto—. La primera cita fue el dieciocho de septiembre. Se vieron tres veces en septiembre, cinco en octubre, ocho en noviembre y cuatro en diciembre. Es un tipo muy entusiasta. Después de eso, el diario habla solo sobre el clima y sobre lo que comió cada día. A lo mejor no estaba de humor para escribir. No obstante, Sekiguchi, está claro que le preocupaba no poder hablar contigo; escribió sobre ello varias veces.

Ahora lo recuerdo.

Así es: no nos vimos ni una sola vez antes de que se marchara a Alemania. Era como si Masao Fujino se hubiera convertido en una especie de tabú para mí. De no haber sido por esta demencial coincidencia, su nombre habría seguido encerrado en mi memoria eternamente.

Sin embargo, todo esto es culpa del amigo que tengo delante, de mi esposa, de Enokidu... De todas las personas que intentaron tener alguna relación conmigo. Fueron ellos los que me trajeron de vuelta al mundo de los vivos, aunque a cambio tuve que eliminar a Masao Fujino y a Kyōko Kuonji de mi memoria.

—¿Por qué estás tan pálido? ¿Has recordado algo? —me pregunta Kyōgokudō sin demasiado interés.

Este tipo siempre se comporta igual: adopta su pose de sabelotodo e intenta husmear en mi interior, aunque seguramente no sabe nada a ciencia cierta. Su actitud es atractiva para mí, alguien cuyas emociones son como una tabla que flota sobre un mar sin fondo, así que a veces intento buscar algunos de sus rasgos en mi interior. No sé si eso está bien o no, pero con su ayuda he dejado de ser un individuo casi transparente. Yo era un tipo feo y poco sociable que estaba en una posición cómoda, ya que nadie se metía conmigo,



pero este hombre con cara de pocos amigos al que le gusta argumentar hasta el hastío parece haberse cargado con la responsabilidad de mantenerme en este mundo.

A continuación, lee la última entrada del diario que tiene en la mano.

\*

Martes treinta y uno de diciembre del décimo  
quinto año de Shōwa, 1940.  
Día soleado.

Después de lo que pasó en Nochevieja en el dormitorio, no tengo a dónde volver. Esta tarde he recibido correspondencia. Llevaba tiempo temiendo la llegada de esta noticia, pero parece que al final se ha hecho realidad. No se me ocurre ninguna solución. Es como si se me cayera e/ mundo encima, ¡qué contrariedad! Ojalá pudiera escapar de este mundo.

\*

Kyōgokudō tira el cuaderno sobre la mesilla.

—¿Qué diantres significa eso? ¿Por qué no cuenta las cosas con detalle? ¿De qué le sirve escribir algo así? Me gustaría saber qué significa eso de «Llevaba tiempo temiendo la llegada de esta noticia».

—¿Qué esperabas? Este no es el registro de una junta ni algo que vaya a archivarse, es un diario. No lo escribió pensando en que alguien lo leyera.

—Eso no es cierto —dice Kyōgokudō—. No existe ningún texto en este mundo que se haya escrito sin pensar en un lector potencial. Lo único que deja esto claro es el clima. ¡Para eso no es necesario escribir un diario!

—No te enfades, los diarios son así. Supongo que para ti debe ser difícil de entender, pero el diario de Fujimasa es decente, comparado con otros. Yo, por ejemplo, no duro ni un mes escribiendo con regularidad. Deberías elogiar la constancia que lo llevó a escribir durante veinte años sin faltar un solo día.

—Tonterías. ¿Veinte años, dices? En el primer año de Shōwa, en 1926, Fujimasa debía tener cuatro o cinco años. ¿Cómo iba a escribir un diario a esa edad? Eso es muy raro.

Coge el diario del primer año de Shōwa y la montaña de diarios se derrumba, deslizándose sobre la mesilla. Hace caso omiso y abre el diario sobre ese montón; lee dos o tres renglones y lo cierra de inmediato.

—¿Por qué has traído esto? Qué imprudente eres. No debemos leer esto; fue escrito por la madre de Fujimasa.

No me había dado cuenta pero, ahora que lo pienso, era de esperar que fuera así. Sin embargo, fue Kyōgokudō el que insistió en la importancia de los primeros diarios. Le replico y mi amigo se encoge de hombros.

—Me refería a los años décimo quinto y décimo sexto de Shōwa (1940 y 1941), y el que falta es precisamente el más importante. Lo que quiero leer es su testimonio, no lo que escribió su madre. —Coge de la montaña de diarios uno que seguramente escribió la madre—. Describe el crecimiento de Fujimasa. Su madre murió el octavo año de Shōwa, en 1933, cuando él tenía once años. Al parecer, le entregó estos diarios en el lecho de muerte y él continuó con ese hábito.

De uno de los cuadernos cae algo.

Es una fotografía antigua de una mujer con kimono.

¿Es Ryōko Kuonji?

—Es Ryōko...

—¿Qué dices? Es la madre de Fujimasa. ¿Se parece a ella la hija de los Kuonji?

Al mirarla de nuevo, me doy cuenta de que no es Ryōko, sino una dama a la que no conozco. Tiene a un niño en las piernas que debe ser Fujimasa. Es muy elegante. A primera vista se parece bastante a Ryōko.

—¿A cuál de las hijas se parece? ¿A la mayor o a la menor?

—Ambas hermanas son casi idénticas, da igual a quien se parezca —le digo para que me deje en paz, pero no es cierto.

Es una foto en blanco y negro y a quien se parece no es a Kyōko, sino a Ryōko.

Kyōgokudō coge la fotografía y vuelve a guardarla dentro del diario. Parece triste.

—No digo que tuviera complejo de Edipo, pero al parecer Fujimasa quería mucho a su madre. Su padre murió cuando él era un bebé, así que la relación entre ellos era muy fuerte. Es posible que ese parecido fuera la razón

por la que se interesó por Kyōko.

*Tintín*, suena el carrillón de viento.

Como si de una señal se tratase, las cigarras dejan de chirriar.

Nos quedamos un momento en silencio.

Kyōgokudō vuelve a colocar bien los diarios. Enciende un cigarrillo y le da una profunda calada.

—Por cierto, Sekiguchi, sobre la *ubume*... —Cambia de tema de repente, como si quisiera relajar el ambiente—. Sekien llamó *kokakuchō* a la *ubume* porque así era como figuraba en la *Enciclopedia ilustrada de Japón y China*, aunque en ella se especifica que debe pronunciarse *ubume-tori*: «pájaro *ubume*». Según una leyenda popular de Hitachi, si pones a secar las ropas utilizadas durante el parto, es posible que estas atraigan aun monstruo alado, que dejará una leche venenosa sobre esas prendas. El nombre de esta ave es *ubume-tori*. Es parecida al *kokakuchō* chino: tiene plumas, puede transformarse en pájaro y deja un rastro de sangre sobre los pijamas de los niños a los que quiere raptar. Pero, aunque la *ubume* se transforme en pájaro, la diferencia está en sus gemidos. Como sabes, el canto de algunas aves acuáticas parece el llanto de un bebé. En uno de los relatos de *Cien cuentos de las provincias*[\[70\]](#) se cuenta que se escuchaba el llanto de un bebé por la noche y que todos pensaban que se trataba de una *ubume*; sin embargo, cuando salieron a darle caza descubrieron que se trataba de una garza real. Si llora como un bebé, ¿por qué el imaginario popular creó a una madre? Esta aparece en la mayor parte de las ilustraciones existentes. ¿No te parece extraño? A mí sí me lo parece, y por eso me he acordado de esto. —Kyōgokudō coge un libro viejo de tapa dura que tenía sobre el tatami—. Es el sexto tomo de *La vida de una mujer lujuriosa*[\[71\]](#) de Saikaku. Al final, la protagonista es atormentada por una *ubume*, pero se trata de un bebé. Se dice que es el espíritu de un niño abortado artificialmente.

«Es un bebé con cara de rana».

—Mira, son niños con sombreros de hojas de loto llenos de sangre de cintura hacia abajo. Son muchísimos y aúllan con voz clara. «Arrepiéntete, arrepiéntete», dicen. Son *ubume*. —Es tétrico, me da escalofríos. Kyōgokudō sigue hablando, como si disfrutara de mi reacción—: Los sombreros de hojas de loto simbolizan a las placentas. La idea de que los fetos abortados se vuelvan contra sus madres no es antigua, pero este caso es un ejemplo típico.

Fíjate, son cientos. Sin embargo, su llanto no es diferente al de la *ubume* madre: «*Obaryō*». Tiene cierta semejanza con el monstruo al que llaman *obariyon*, u *onbu-obake*: el fantasma que se sube a la espalda de los viandantes extraviados. Por su forma se asemeja también al *kawa-akago* ilustrado por Sekien, y por sus características, al *gogyanaki* de la región de Shikoku. En las cercanías de Nagasaki, las *ubume* son monstruos marinos; en Echigo[72] su proceder es parecido, pero tienen forma de araña. La apariencia de la *ubume* es ambigua.

—Hace tres días me dijiste que la *ubume* no era un fantasma, sino la materialización del remordimiento de las mujeres que mueren en el parto.

—Así es. Pero piensa un poco: los muertos no tienen remordimientos. Quienes albergan ese sentimiento son los que quedan en este mundo, los vivos.

—¿No sufren remordimientos por haber muerto sin cumplir su voluntad?

—Claro que no. Los muertos no piensan, ya que al morir se acaba todo. Los que sienten remordimientos son los vivos y estos son también los testigos de los misterios; es decir, que son los que definen la forma de lo misterioso y los únicos que pueden verlo.

—¿A qué te refieres?

—Los hombres suelen ver a las *ubume* con forma de mujer y las mujeres las ven con forma de bebé, pero ambos afirman que su sonido es como el de un pájaro. Es decir, que aunque digamos que es la materialización del remordimiento de una mujer muerta en el momento del parto, debemos contemplar el asunto desde una perspectiva amplia.

Kyōgokudō parece disgustado, habla con desgana. Aunque sé que no me está contando esto porque crea que está relacionado con el caso, estoy empezando a pensar que puede haber una relación entre este mito y el misterio acaecido en la casa de los Kuonji.

Siento un escalofrío.

—Entonces, ¿qué diantres es una *ubume*?

—Es una contradicción entre el instinto maternal y el biológico, una especie de repugnancia instintiva... —Kyōgokudō mira la veranda. El chirrido de las cigarras cesa abruptamente—. ¿Conoces la historia de la mona?

—¿De la mona? ¿Qué historia es esa?

—Una mona anciana quedó atrapada en una tormenta junto a sus dos crías. La pequeña no sabía nadar, la mayor sí. La corriente era muy fuerte, peligrosa incluso para un adulto.

—Vaya, qué lástima.

—Era una situación difícil. En este caso, si tú fueras la madre, ¿a cuál de tus hijos salvarías?

—A los dos.

—Solo puedes salvar a uno. Si intentaras salvar a los dos, moriríais todos.

—Entonces, ya que el mayor sabe nadar, salvaría al menor.

—Sin embargo, la mona salvó al mayor. ¿Por qué? Ya no podía seguir reproduciéndose y el pequeño necesitaba más cuidados. Para perpetuar sus genes, la opción adecuada era salvar al mayor. Así funciona la maternidad desde un punto de vista biológico. Las posibilidades de supervivencia del mayor son más altas, y el amor no puede ir en contra de la genética. Además, los monos no sienten eso que nosotros llamamos amor. Ese modo de actuar es el más natural. Sin embargo, el objetivo de los humanos ya no es dejar descendientes: ahora tenemos nuevos valores, principios que nos proporciona nuestra inteligencia y nuestra cultura. Cuando nuestro instinto toma la misma dirección que nuestra inteligencia, no hay ningún problema. Cuando difieren es cuando nos sentimos confusos y aparecen las cosas extrañas.

»El objetivo principal de la mayor parte de los seres vivos es tener descendencia. Esta, a su vez, también la tendrá, aunque no sea consciente de que eso es lo que da sentido a su vida.

*Tintín.* El carrillón de viento suena más fuerte.

Kyōgokudō se queda en silencio y más tarde trae de la cocina un té de cebada frío. Me lo ofrece.

—Sekiguchi, creo que la historia de la *ubume* no ha sido una pérdida de tiempo —me dice—. Teóricamente, la *ubume* también aparece cuando se produce un aborto no natural.

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si la joven Kuonji se quedó embarazada? Es solo una teoría, pero no sería descabellado.

—¿Te refieres a antes de casarse con Fujimasa?

—En el diario hay una parte que dice: «Llevaba tiempo temiendo la llegada de esta noticia, pero parece que al final se ha hecho realidad». ¿Y si se refiere a la confirmación de un embarazo? Tuvieron varias citas románticas; es una posibilidad.

—Tendría sentido, ya que estuvo un mes preocupado y fue a pedir su mano en febrero.

—De acuerdo con el director de la clínica, tenía una razón imperante

para casarse, ¿no? Esa sería una razón bastante plausible. Y a continuación decía...

—Lo del niño que seguramente había muerto. Es posible que después de la boda le preguntara por el niño, pero la señora Kyōko no se acordaba.

—Así es. Por eso comenzó a sospechar que su esposa sufría de alguna atrofia en la memoria. Y, si no nos equivocamos, Fujimasa probablemente le preguntó sobre la carta de amor. Cuando tú le preguntaste por la carta, ¿qué te dijo ella?

—«¿Por qué me pregunta eso? ¡Yo no sé nada de ninguna carta de amor!».

—Uhm... Ya veo, entonces todo cuadra. Pero ¿por qué no se acuerda? Además, aunque ella hubiera perdido la memoria, su familia debería recordarlo todo.

—No sabemos si fue un aborto natural. ¿Y si no sabían quién era el padre? Los Kuonji son una familia de alcurnia, ¿no? El padre es muy obstinado y la madre es una mujer muy estricta; no creo que hubieran estado dispuestos a aceptar el comportamiento inmoral de una de sus hijas. En ese caso, les habría venido bien la adopción de Fujimasa como heredero para ocultar el pasado díscolo de su hija. Todo cuadra.

Es probable que esa hipótesis sea correcta. Tiene mucha más lógica que el testimonio de los miembros de la familia Kuonji.

—Así es. Esa es la respuesta —le digo.

—Pero... —Kyōgokudō suspira y murmura—: Si eso fuera cierto, ¿no te parecería raro?

—¿A qué te refieres?

—Fujimasa dejó embarazada a una joven, pero al final se casó con ella. ¿No debería haber acabado ahí el problema? Empero, no dejó de sentirse culpable. Hay algo raro en todo esto.

En ese momento, escuchamos sonidos en la puerta. Parece que tenemos visita.

Kyōgokudō se levanta diciendo algo y se dirige a la entrada.

Nuestro visitante es Shūtarō Kiba.

—Oye, ¿qué pasa? ¿Qué hora te crees que es? Como la tienda estaba cerrada, pensé que quizá te había pasado algo. Vaya, si está aquí el capitán Sekiguchi; el sargento Kiba se presenta ante usted.

Kiba bromea imitando a un *yakuza*. Tiene la barbilla afilada y el cabello muy corto. Su nariz es puntiaguda y su cara casi parece un cuadrado, con unos ojos pequeños y una boca apenas visible. Su rostro es único. En su enorme

complexi3n destaca su fornido pecho, que parece un roble, y unos brazos gruesos como troncos de 1rboles. Sin embargo, su voz es tan aguda que no parece pertenecer a su persona. A primera vista asusta, pero tiene un gran sentido del humor. Es un tipo muy raro.

Kiba y yo estuvimos juntos en el frente, en Nanp3[73].

Aunque ahora me parezca incre3ble, como me reclutaron siendo estudiante, me dieron un grado de oficial y estuve a cargo de una compa3a. Kiba, aunque ya ten3a su profesi3n, pose3a un rango inferior y era mi subordinado. Lo normal hubiera sido que los soldados no respetaran a un superior sin experiencia, pero por alguna raz3n Kiba me ayud3 y me sirvi3 de apoyo.

Tras la rendici3n, los 3nicos de mi compa3a que sobrevivimos fuimos Kiba y yo. Fue un milagro que volvi3ramos a pisar la tierra de nuestro pa3s.

Como el mundo es un pa3uelo, Kiba result3 ser un viejo amigo de Enokidu. Era hijo de un cantero de Koishikawa[74] y no s3 c3mo lleg3 a trabar amistad con el hijo de unos *kazoku*, pero gracias a esa coincidencia mantuvimos nuestra relaci3n despu3s de volver del frente.

—Jefe, 3qu3 te trae por aqu3 a esta hora? Los agentes de polic3a deben estar m1s ocupados que un tendero y un escritor, 3no?

Despu3s de ofrecerle un coj3n, Ky3gokud3 trae otro t3 de cebada de la cocina. Siempre llamamos «Jefe» a Kiba, no porque sea polic3a sino por su aspecto. Es un apodo que le va muy bien.

—No seas idiota, 3c3mo se te ocurre compararme con un escritor de tercera? Lo que ocurre es que Enokidu me llam3 esta ma3ana por tel3fono y, ya sabes c3mo es ese majadero, es imposible entender lo que dice. Lo 3nico que me qued3 claro es que el monicaco de Seki estaba metido en un buen l3o y que ten3a que ayudarlo. Aunque no lo entend3 bien, era algo relacionado con el sanatorio Kuonji, as3 que no pod3a dejarlo pasar. Fui a tu casa, Seki, y tu esposa me dijo que estabas aqu3. He venido lo antes posible.

—Espera, 3qu3 significa eso de que si estaba relacionado con el sanatorio Kuonji no pod3as dejarlo pasar? —le pregunta Ky3gokud3.

Kiba resopla y lanza sobre la mesa una revista enrollada.

—Hace un a3o y medio me pusieron a cargo del caso de los reci3n nacidos del sanatorio Kuonji. Acabo de comprar eso en la estaci3n de Nakano.

La revista es de contenido er3tico y amarillista; se llama *Hechos reales macabros*. El t3tulo est1 impreso en colores chillones sobre una mujer desnuda.

«La *kishibojin*[75] que come recién nacidos: qué hay dentro del vientre de la ninfómana, ¿un demonio o una serpiente?».

Desgraciados... Siento cómo sube la sangre a mi rostro. ¿Hasta ese punto han llegado los rumores? Era extraño que esos desharrapados estuvieran tardando tanto en publicar algo así. De hecho, he de confesar que hasta hace pocos días yo había sido uno de ellos. Es una calamidad.

Kyōgokudō hace una mueca y abre la revista.

—Jefe, ¿qué caso es el de los recién nacidos?

—Tal como cuentan ahí, en los últimos dos años hemos recibido tres denuncias de bebés desaparecidos. ¿No es extraño? Todos en el mismo sanatorio. Estuve investigándolo, pero el viejo es un hueso duro de roer. Fingió que no sabía nada, que se trataba de un malentendido. Me dijo que todos los niños habían muerto durante el parto y que entregaron los cuerpos a sus familias. Después, apareció una vieja que se creía la dueña del cotarro y que me dijo que, aunque comprendía lo que era perder a un hijo, no iba a tolerar que se vertieran mentiras sobre su clínica. La habría creído si hubiéramos recibido una sola denuncia, pero fueron tres. Demasiada coincidencia, ¿no? Estuve a punto de pedir una orden de registro.

—¿Por qué no lo hizo?

—De repente, retiraron las denuncias. Aquello me olió mal, pero sin demandante no es posible llevar a cabo una investigación. Me dio mucha rabia.

«Hay otro rumor relacionado con el sanatorio en el que tuvo lugar la desaparición».

«Dicen que poco antes de eso se produjeron varios casos de recién nacidos desaparecidos».

Es cierto. El editor, Nakamura, me habló sobre ese rumor.

No sé qué decir. La sombra que se cierne sobre el sanatorio Kuonji es demasiado grande, más de lo que había esperado.

Kyōgokudō se queda un rato en silencio mientras lee *Hechos reales macabros*, pero al final levanta la mirada y me enseña la página.

—Es denigrante, en serio. Jefe, ¿siempre lees este tipo de revistas?

—Lo que a mí me guste es mi problema. Si es necesario para mi investigación, leo *sutra* y hasta tebeos. Y déjame decirte que esta es



relativamente decente. Otras *kasutori* han tratado el tema de la familia Kuonji, pero no las compré porque no me gustaba su contenido.

La historia ha sido publicada en varias revistas. Algo hierve en mi interior, una especie de ira, un sentimiento como el que me apresa tras hacer algo vergonzoso en público.

El contenido de la revista es realmente ofensivo.

«La hija del director de la clínica ginecológica K, en Zōshigaya (*no entiendo para qué usan iniciales si dan a conocer su ubicación*) ha hecho gala en los últimos años de una actitud tan inmoral en sus relaciones con los hombres que difícilmente podríamos describirla aquí (*pero han ilustrado el artículo con varias imágenes de alto contenido sexual*). Impulsada por su depravada ansia, ha estado secuestrando bebés para preparar afrodisíacos usando su sangre y su grasa. No sabemos a cuántos recién nacidos ha matado. Ese parece ser el origen de la maldición que pesa sobre ella: está gestando a un monstruo en su vientre que, tras veinte meses de embarazo, aún no ha nacido. No hay duda de que es una situación extraña. ¿Se tratará de la resurrección en la actualidad de Kishibojin?».

Es demasiado. Y la revista sigue diciendo:

«Se dice que su marido, al descubrir su promiscuidad, intentó detenerla utilizando un conjuro chino llamado *En'oono*, pero fracasó y ella se lo tragó. Es él quien está en su vientre...».

—¿A qué conjuro se refieren?

Kyōgokudō hace una mueca de disgusto.

—Si no me equivoco, durante la dinastía Zhou[76] hubo un rey llamado En'ō del que dicen que nació de un huevo. Gobernó con inteligencia y fue benevolente, pero tenía unos gustos muy extraños; existen varias leyendas al respecto. Empero, jamás había oído hablar de un conjuro similar. ¿Ser absorbido por el vientre de una mujer? Es posible que se refieran a algo que yo no conozco, pero no deberían decir que es una *kishibojin*. Eso es una mentira de mal gusto.

Si Kyōgokudō no sabe nada al respecto, lo del conjuro será probablemente un invento.

—Oye, Kyōgoku, yo creía que Kishibojin era una diosa de la fertilidad. ¿No es así? ¿Es un demonio? Si lo es, ¿por qué va todo el mundo a rezarle? — le pregunta Kiba.

Kyōgokudō se rasca dos o tres veces la punta de la nariz.

Este tipo de charlas son su especialidad.

—Kishibojin, originalmente, se llamaba Kariteimo y era la esposa de un dios demonio de la India. Recibe otros nombres, como «Demonio azul», «Daiyakusyanyo» o «La bruja». Por increíble que parezca, se dice que tenía quinientos hijos. A pesar de eso, cada día raptaba a algún niño para comérselo. Para los padres, no era nada agradable, así que Buda apareció y se llevó a uno de sus quinientos hijos, Hiryōka, y lo escondió. Kariteimo se puso muy triste y comenzó a llorar. Buda quería que se diera cuenta de la tristeza que provocaba en aquellas personas cuyos hijos devoraba. Kariteimo lo comprendió entonces y se arrepintió de sus acciones. Tras abrazar el budismo, se convirtió en una diosa protectora de esta religión. Esta es, más o menos, la historia.

—Vaya, Buda era bastante benevolente. Yo, en su lugar, no la hubiera perdonado. La hubiera condenado a muerte —dice Kiba, perturbado, y Kyōgokudō le sonríe.

—Es una historia budista típica. Jefe, el budismo no es como el cristianismo, que tiene una estructura dura e inflexible. Los grupos nómadas utilizaban la religión como un modo de supervivencia, por lo que esta tenía que ser beligerante: reprimía las creencias locales de aquellos lugares que invadían, las humillaba. El resultado fue que muchas de estas creencias se mantuvieron en la clandestinidad, con reuniones secretas y celebraciones de misas negras. Por ejemplo, en el Sabbat hay un demonio llamado Bafomet, una cabra negra que, según dicen, es un modo de mofarse de Mahoma, el profeta del islamismo. El budismo es distinto, tiene una estructura más flexible. En la India, había otras religiones, el brahmanismo y el hinduismo: los dioses del brahmanismo fueron absorbidos y pasaron a formar parte del Cielo, y los del hinduismo se convirtieron en los Myōō, las deidades protectoras del budismo. Kariteimo es un ejemplo de ello. Todo eso está escrito en el texto budista *Konponsetu Issai Ubu Binaya Zōji*. Los dioses tienen una parte buena y otra mala, representan una dualidad.

—Solo con escucharte me empieza a doler la cabeza. La temible *Kishibojin* de Iriya[77], ¿no? —Aunque Kiba ha citado a Shokusanjin, ni siquiera creo que sepa escribir el nombre del poeta—. Da igual lo que sea: Buda le enseñó a comprender el amor maternal y por eso se convirtió en una diosa buena, ¿no?

—No, no es así. Kariteimo era una diosa buena: ayudaba a la concepción y era la protectora de la crianza de los niños. Se la veneraba en muchos lugares. De hecho, en algunos sitios se la llamaba «Madre del Cielo» o

«Amorosa madre». Lo comprenderás si lees *Relato del budismo de los mares del sur*[\[78\]](#). Su esencia no cambió con el budismo.

Kyōgokudō siempre cita sus fuentes, aunque ni Kiba ni yo hemos escuchado hablar sobre ese libro.

—Entonces, ¿es buena o mala? —le pregunta Kiba, sumamente confundido, pero Kyōgokudō no se inmuta y sigue con su discurso.

—Acabo de decirte que es ambas cosas. Y, desde el punto de vista del budismo, el amor impide la iluminación, por lo que no es posible que fuera Buda quien lo promoviera.

—¿A qué te refieres? —le preguntamos el Jefe y yo al mismo tiempo.

—El budismo, en esencia, dice que debe dejarse de lado el concepto del amor. Podríamos cambiar el término amor por apego. Abandonar todos los apegos es el único modo de salvación, el único camino para llegar a la perfección. La interpretación correcta de la historia de Kariteimo podría ser esta: la mujer tenía que dejar de lado el apego que sentía hacia sus hijos. Si se abandona todo, las culpas desaparecen y es posible lograr la iluminación. Como dijo Shinran[\[79\]](#): «Si hasta los buenos se salvan, con más motivo los malos».

Suelto la revista y le respondo sin pensar.

—Entonces, el budismo niega la naturaleza humana. Si eso fuera cierto, ¿lo que ocurrió en la historia de la mona no sería el camino a la iluminación?

—Así es. Las bestias no dudan, por eso están más cerca de la iluminación. Sin embargo, los animales no pueden llegar hasta Buda porque no pueden eliminar su apego a la vida, su instinto final de supervivencia. Por eso, el budismo en estricto sentido no niega la naturaleza humana: la supera.

—¡Pero el budismo no puede estar pidiéndonos que muramos!

Me siento sumamente decepcionado. Por supuesto, no era culpa solo de Kishibojin.

—No pongas esa cara. Mira, hay miles de formas de interpretarlo. Para alguien tan ordinario como tú, el budismo ha cambiado del Theravada al Mahayana. Además, el culto a Kishibojin se ha extendido en Japón, más que como budismo, de un modo muy similar al brahmanismo. Al final, Kishibojin o Kariteimo no se deshizo de su sentimiento de apego, ya que aún ama a sus hijos. Esa es la razón por la que tanta gente sigue creyendo en ella. Incluso el sabio Nichiren[\[80\]](#) creía en Kishibojin: el templo budista de Hōmyōji pertenece a la escuela del Nichiren-shu.

—¡Eso es! —grita Kiba, interrumpiendo nuestra conversación—. Se trata

de eso; no he venido hasta aquí para escuchar cuentos sobre la Kishibojin de la India, sino a buscar información sobre Kishibojin, en el recinto del templo de Hōmyōji ubicado en Zōshigaya. No sé por qué os metéis en estos embrollos...

Kiba intenta reconducir la conversación al meollo del asunto. Como es policía, me siento reacio a hablarle sobre este caso, pero no puedo negarme y le cuento de mala gana lo que ha sucedido los últimos días. A pesar de su aspecto, Kiba sabe escuchar y es fácil hablar con él, así que he podido explicárselo todo mucho mejor que a Kyōgokudō y Enokidu.

Cuando termino de hablar, Kiba se suena la nariz.

—Uhm... Lo de ese sanatorio lleva un tiempo oliendo mal, pero ahora parece la guarida de un montón de espíritus malignos.

—No es para tanto. Es cierto que hay algo sospechoso, que parece haberse cometido un crimen, pero...

—¿Qué? Sekiguchi, ¿por qué los defiendes? Sé que existe el principio *in dubio pro reo*: «ante la duda, a favor del reo». Pero, visto desde otra perspectiva, hasta que no sepamos quién es el verdadero criminal, todos serán sospechosos. Sois unos aficionados; tanto Enokidu como tú habéis pasado algo por alto.

Kiba saca un abanico de su bolsillo trasero y comienza a abanicarse.

—Supongo que tú, Kiba, que eres un profesional de la investigación criminal, habrás encontrado alguna pista después de escuchar la historia de este pseudodetective, ¿verdad?

No sé si Kyōgokudō lo está amenazando o si está burlándose de él. Sirve un poco más de té.

—En un crimen —empieza Kiba, que cambia la pierna que tiene cruzada y me mira—, lo primero que hay que tener en cuenta son los motivos. Una vez establecido eso, se evalúa la posibilidad. Pero vosotros ni siquiera os habéis planteado el posible móvil del crimen.

—Entiendo... Sekiguchi, presta atención a las amables palabras del jefe del Departamento de Policía Metropolitano de Tōkyō —me dice Kyōgokudō, burlándose.

Sin embargo... Algo de lo que Kiba ha dicho ha despertado una especie de remordimiento en mí.

Cuando decidí inmiscuirme en el asunto de la clínica Kuonji, ¿cuál fue mi motivación?

¿No debería haber mantenido la cabeza fría? ¿No debería haber intentado

ser objetivo?

Decidí que resolvería el caso yo mismo, pero fue a Enokidu a quien se lo pidieron. Y debido a su comportamiento indescifrable y excéntrico, cambié mi actitud, me volví subjetivo y decidí continuar solo. ¿No fue eso lo que sucedió?

En lugar de investigar el caso, actué movido por mis propios intereses. La cliente... ¿Qué diantres he hecho para ayudar a Ryōko Kuonji?

«Se lo ruego... Sálveme».

El lugar de salvarse, esa familia está cayendo al abismo. Sus escándalos se están esparciendo por todas partes.

Esta tendenciosa revisa muestra claramente mi incapacidad.

—No pongas esa cara, eres solo un aficionado. Escucha al experto. — Kiba vuelve a sentarse erguido, como si se concentrara en el asunto—. Empecemos por el principio. ¿Qué sucedió? El señor Masao no está; este es un hecho innegable. Sus familiares hablan de ello como «desaparición». Eso es lo único real; todo lo demás se sustenta en testimonios. Dejando a un lado al tontaina de Enokidu, Atsuko y tú creísteis la mayor parte de esos testimonios y, bajo esa premisa, comenzasteis a investigar. Ese es el problema. La familia dice que ha desaparecido, pero no hay ninguna prueba de ello. En ese momento debisteis plantearos el móvil y ocuparos de lo de la habitación cerrada más tarde.

»¿Tenía el esposo alguna razón para desaparecer? Esta parte es la que no cuadra. Aunque no tengo toda la información, no veo que haya un motivo. Si suponemos que no desapareció por voluntad propia, entonces debió matarlo o secuestrarlo alguien. Así planteado, encontramos que hay un «criminal», y los únicos que cuadran ahora en ese perfil son los integrantes de la familia. Como no hay otros sospechosos, debisteis sospechar de ellos. ¿Quién sería el primer sospechoso? Su esposa, sin duda, ya que es posible que tuviera una aventura con el ayudante del médico. Eso les daría a ambos un motivo. Los siguientes sospechosos serían los sirvientes, pero es difícil creer que tuvieran algo en contra del desaparecido. A continuación, el viejo; con él sí he tenido trato, pero creo que es demasiado íntegro como para cometer un crimen. El verdadero amo de la casa no es el viejo calvorota sino su gruñona esposa: el anciano hace todo lo que le dice su mujer. Por eso, ambos son sospechosos.

—¿Por qué?

—Primero, por el dinero. Es sospechoso que el yerno les entregara tanto dinero como dote. Segundo, insinuaron que su yerno les tenía rencor, como si su intención fuera hacerles daño. Y, por último, tenemos la desaparición de los niños recién nacidos.

—¿Eso también está relacionado?

—No creo que sean hechos independientes —me asegura Kiba.

—¿Quieres decir que la extraña enfermedad de la esposa no tendría ninguna relación con el caso? —le pregunta Kyōgokudō.

—Por supuesto que no. No tengo conocimientos médicos, pero las enfermedades son enfermedades: no aparecen y desaparecen a voluntad. Si introducimos esa variable, la investigación se vuelve confusa. De hecho, creo que es algo que no anticiparon y por eso aseveran que es una treta de Masao para hacerles daño. Me da la impresión de que esa es la razón por la que están tan asustados.

—La señorita Ryōko... ¿En qué lugar quedaría la primogénita? No creo que sea sospechosa, puesto que fue ella quien nos pidió que iniciáramos la investigación. Creo que deberíamos eliminarla de la lista de sospechosos.

«Sálveme».

Aquella palabra no fue una mentira, al menos para mí.

Kiba descarta mi opinión.

—No, ella también es sospechosa. En primer lugar, un año y medio después de la desaparición, pide ayuda a un detective inexperto. ¿Eso no es sospechoso? Tratándose de una desaparición, lo mejor habría sido acudir a la policía. ¿Por qué razón no lo hizo? Algo debió impedirlo. El detective privado, cuando un caso de desaparición cae en sus manos, comienza a buscar. Eso es lo normal, ya que de entrada tiene un prejuicio formado y comienza su labor bajo esa premisa. Entonces, cuando comienza a investigar, se encuentra con el misterio de una habitación cerrada por dentro, algo sobrenatural. El detective intentará encontrar la forma en la que el desaparecido pudo *salir* de ahí. Y esa... Esa es la cuestión.

—¿Qué cuestión?

—Es muy posible que hayan preparado un modo de salir de la habitación —asegura Kiba.

—Espera, Jefe. Yo lo revisé todo a fondo.

Kiba me fulmina con sus pequeños ojos. Probablemente duda de mi capacidad para la investigación, pero no fui solo yo el que examinó la habitación. También lo hizo la quisquillosa Atsuko Chūzenji.

Se lo digo a Kiba, pero me reprende.

—Por lo que he escuchado, la hermana de Kyōgoku examinó el lugar minuciosamente, pero solo la parte exterior, ¿no? Eso no es suficiente —me dice—. Lo del segundo cuarto cerrado me huele mal, y aunque no sea posible corroborarlo desde fuera, debe ser fácil averiguarlo desde dentro. Bueno, tú eres un aficionado, así que seguramente no revisaste ese punto. Un detective seguramente habría dado con la solución. Pero ¿qué pasa a continuación? Desde ese momento, aunque nadie haya visto al señor Masao, todos darán por sentado que el buen tipo salió de allí. ¿No crees?

—Entiendo. Aunque Fujimasa hubiera sido asesinado, gracias al detective privado podría demostrarse que no fue más que una desaparición por voluntad propia. ¿Es eso lo que nos quieres decir? —le pregunta Kyōgokudō, que parece bastante sorprendido.

En ese caso, Ryōko también estaría en el ajo.

No, no puede ser. Ella no está mintiendo.

Pero, entonces, Kyōgokudō dice algo aún peor:

—Así que, dicho de otra manera, Jefe, este sería un crimen en el que estaría involucrada toda la familia, ¿verdad? Todos podrían haber preparado sus declaraciones por anticipado.

—Por supuesto, pero se equivocaron al elegir al detective: escogieron al bobo de Enokidu que, como era de esperar, no dijo más que tonterías. Todo quedó más confuso. Sin ninguna prueba, afirmó que el desaparecido había muerto. Por eso estaban tan alborotados. Pero Enokidu se marchó de repente y se quedó Sekiguchi que, aunque parecía una opción mejor, tampoco consiguió encontrar nada.

—Espera, Jefe. Como soy un aficionado, hay cosas que se me pasaron. Pero ¿para qué estarían intentando hacer pasar por vivo a un muerto? ¿Cuál sería el móvil del crimen?

—No es la aventura amorosa ni nada relacionado con el dinero. Yo creo que querían que cargara con la culpa de la desaparición de los recién nacidos. Y todos han conspirado para conseguirlo.

»Mira, para empezar, cuando su mujer y el ayudante comenzaron su relación, Fujimasa se convirtió en un estorbo para ellos. Es algo habitual, hay miles de historias así. Sería un crimen pasional, hasta ahí bien, pero lo que sigue es raro. ¿Para qué preparar algo tan estúpido como una habitación cerrada? Para ello necesitarían más actores, ya que solo entre dos sería muy complicado. Por tanto, lo lógico sería que los sirvientes también hubieran

colaborado, cosa posible, pero parece difícil de creer que el servicio cooperara con ellos de buena gana. Los que sí podrían hacerlo serían el anciano y la bruja. Sería necesario que no estuvieran en sus cabales, por supuesto, pero tenemos el caso de la desaparición de los recién nacidos. Según me has contado, Fujimasa pasó a formar parte de la familia en junio de hace tres años y desapareció en enero del año pasado. Esto coincide con la fecha en la que ocurrieron las desapariciones de los recientes nacidos. —Kiba saca su libreta y lo comprueba—. El primer recién nacido desapareció en julio de hace tres años; el segundo, en septiembre; y el último en noviembre.

Si la deducción de Kiba es correcta, me he comportado como un idiota.

Pero... Algo no me convence. Algo...

Algo no cuadra.

Hemos obviado algo.

—Supongo que Fujimasa descubrió de algún modo el asesinato de los recién nacidos y que por eso lo eliminaron. Pero, como la esposa se puso enferma de un modo tan extraño, comenzaron los rumores. Cuando se dieron cuenta de que eso podía traerles problemas, decidieron echar la culpa al pobre marido... Eso fue lo que pasó.

No aguanto más.

—Eso es solo una conjetura. Eres tú quien tiene una idea preformada, Jefe. Para empezar, ni siquiera sabes si los recién nacidos fueron asesinados. Aunque sea cierto que desaparecieron, no sabemos si los mataron. Y si no lo hubieran hecho no habría sido necesario eliminar a Fujimasa para preservar el secreto.

—Es una conjetura, por supuesto. Pero, mira, Sekiguchi, es una conjetura válida. Las pruebas las encontraremos después y, si no aparecen, diremos que nos equivocamos y nos retiraremos. Sea como sea, es necesario tener una idea antes de comenzar a investigar.

—Esa es una táctica arriesgada —dice Kyōgokudō, y Kiba lo fulmina con la mirada. En ese momento, da miedo; yo no podría aguantarle la mirada, pero el librero continúa tranquilamente—. Pero a lo mejor tiene razón. Sekiguchi, ya te lo dije antes: no es posible ser totalmente objetivo. En ese caso, es posible que no llegues a alcanzar un resultado exacto, pero debes aceptar que eres subjetivo. No obstante... Hay algo que no cuadra en el asunto de las desapariciones de recién nacidos.

Kiba, que acaba de ser secundado, se pone de buen humor aunque no entienda lo que el librero ha dicho.



—No creo que haya nada inusual en ello, por tres razones fundamentales: la primera es que los tres matrimonios que efectuaron las denuncias no se conocen entre sí. Uno de los padres es un militar que fue herido en la guerra y que ahora es enlucidor en Itabashi[81]; otro trabaja en una comercializadora y vive en Jūjō[82]; y el último es el propietario de un bar de Ikebukuro. Los he investigado muy bien y no hay prueba alguna de que tengan relación entre sí, por lo que la denuncia fue totalmente espontánea. Tampoco hay indicios de que lo hicieran para dañar a alguien, ni es posible que las desapariciones ocurrieran de manera casual. La segunda razón es la situación de las enfermeras. Las enfermeras que trabajaban en ese momento en la clínica, las que asistieron los partos, están en paradero desconocido. Dicen que se marcharon a sus lugares de origen, pero es como si hubieran estado esperando a que comenzara la investigación para hacerlo. Es muy raro. Y la última razón... Esta es tu especialidad, Kyōgokudō —le dice, mirándolo—. ¿Los linajes malditos, los *tsukimonosuji*, existen realmente?

«La familia de esa joven no será un *tsukimonosuji*, ¿verdad?».

Las palabras de Kyōgokudō regresan a mi mente.

Como me temía, el librero parece molesto.

—¿Se está rumoreando eso?

—Sí. Los chismes son, además, bastante tétricos —le contesta Kiba, moviendo exageradamente el cuello de arriba hacia abajo—. Odio ese tipo de historias. Ni creo en ellas ni dejo de creer, y como no sé qué pensar, las odio. Mi madre creía en conjuros, daba mucha importancia a los puntos cardinales y a los días del año. Aunque nunca acertaba, jamás perdía el interés.

Pero la ley no puede juzgar ni a fantasmas ni a dioses. No tenemos jurisdicción.

—¿De dónde has obtenido la información?

—Ah, pedí un informe a la comisaría de Kagawa[83]. Como los Kuonji llegaron a Tōkyō al principio de Meiji, no creí que fuera a obtener nada importante, pero no quería dejar cabos sueltos... —Kiba vuelve a hojear su libreta—. Y, bueno, me dijeron que los Kuonji eran miembros de una familia de alcurnia que había servido como médicos particulares de un señor feudal, pero en el pueblo del que provenían habían vivido aislados. Muy pocos tuvieron contacto con ellos y, como no se casaban, no tenían más parientes. Por eso empezó a rumorearse que eran un linaje maldito.

—¿Qué tipo de maldición?

—No lo sé exactamente, creo que dijeron algo de un *oshobo*[84]...

—¿Un *oshobo*? —pregunto.

—Así se llama en Sanuki a un monstruo con forma de niño —me contesta Kyōgokudō—. Normalmente se cree que es un espíritu que encanta las casas. Son como los *zashiki-warashi* de Tōno[85]. Pero no sabía que podían maldecir a un linaje entero...

—Espera, Kyōgokudō. ¿Qué diantres es un *tsukimonosuji*? ¿Es como los hechizos que dicen que pueden hacer los zorros?

—No exactamente. El *tsukimono*[86] no cae sobre las personas que cargan con el *tsukimonosuji*; son ellas las que lo dirigen sobre otros. Es decir, que lo utilizan para su propio beneficio tras haberlo domesticado durante generaciones. Creo que queda más claro si los comparamos con los *osakimochi* o *idunatsukai*, los que leen el futuro utilizando animales pequeños y cuyo conocimiento se trasmite a sus descendientes directos. Los miembros de un linaje maldito hacen conjuros y hechizan a otras personas, a las que traen grandes desdichas. Por supuesto, en las comunidades son vistos con mucho desprecio. Como la maldición se trasmite a los descendientes, está prohibido contraer nupcias con ellos.

—No... ¡No puede existir algo tan absurdo! Esto es un legado del antiguo shogunato, ¿no? ¡Es una superstición! Estamos en 1952, el vigésimo séptimo año de Shōwa. ¡No es posible que creáis en esas cosas!

—Sekiguchi, siento decirte que eres tú el que no tiene ni idea. La tradición del *tsukimonosuji* sigue arraigada en la sociedad aún ahora, y con mucha fuerza —me dice tajantemente Kyōgokudō—. El *tsukimonosuji* es un mecanismo social que sirve para explicar los sucesos extraordinarios o absurdos que tienen lugar dentro de una comunidad. Hace unos días, hablamos sobre cómo se utilizaba a los demonios para explicar los partos anormales. Del mismo modo, la desventura de una familia se explicaba a través de los linajes malditos.

—Pero, esto de los *tsukimono*, ¿no es producto de trastornos y de enfermedades mentales? Las causas de las exaltaciones o cambios abruptos de emociones deben ser personales. ¡No es posible que la razón sea una maldición!

—Intentar explicar los *tsukimono* desde el punto de vista de la psicología es peligroso. Sé que eres experto en trastornos mentales y es posible que algo así se solucione con psicología o psiquiatría, pero esa es solo una parte de la cuestión. Por otro lado, tenemos el enfoque del folclorismo. Mira, se dice que fueron el *kodō*[87] y el *onmyōdō*[88] los que trajeron del continente el culto

popular a Oinari[89]. Pero esto solo explica su contexto histórico, no los comportamientos anómalos ni la locura asociada a esas supuestas maldiciones.

—Así es. Si le quitas los adornos del folclore, lo único que queda es una enfermedad, un mal al que llamamos trastorno mental.

—Por eso, aunque este sea el aspecto fundamental de los *tsukimono*, no constituye su base. Lo único que puede explicar la psiquiatría son los aspectos internos de estos encantamientos. La problemática familiar y la pérdida de la fortuna son aspectos que pasan desapercibidos, y por eso no es posible obtener una imagen global de las maldiciones. Mira, yo creo que los *tsukimono* son un mecanismo popular que surgió cuando la economía se introdujo en las comunidades. Antes de eso, la riqueza provenía de la producción agrícola comunitaria; fuera esta buena o mala, todos los miembros de la comunidad compartían el mismo destino. Empero, cuando el dinero se hizo de uso común, el reparto de la riqueza dejó de ser equitativo. Se abrió una brecha entre ricos y pobres. Para evitarlo, había que establecer algún mecanismo. De este modo, siguiendo las enseñanzas de los dioses de antaño —el fanatismo sobrenatural—, surgieron las maldiciones. De hecho, el fanatismo sobrenatural establecía artificialmente algo que no existía en este mundo, una especie de realidad virtual, una realidad que no se quiere aceptar... Un modo de explicar algo que no es cotidiano. En este sentido, la existencia de los *tsukimono* fue completamente necesaria en Japón, debido a que teníamos las bases territoriales y las condiciones para que así fuera. La psiquiatría no toma en cuenta estas condiciones sociales, sin las que no podríamos comprender los *tsukimono* ni las maldiciones o posesiones.

—Ya me ha quedado claro. Pero, entonces, ¿los miembros de los *tsukimonosuji* no son conscientes de que maldicen a otras personas?

Kyōgokudō levanta una ceja. Es su expresión favorita.

—No, no lo saben. No sé por qué, pero los miembros de estos linajes suelen sufrir locura y trastornos mentales. Es lo que nos muestra la estadística. Por supuesto, hay casos en los que esto no ocurre, y con la desaparición de los prejuicios sociales la situación ha mejorado. Por eso no podemos decir que son simples enfermedades, porque las condiciones territoriales y culturales están fuertemente relacionadas.

Kyōgokudō y Kiba están muy tranquilos. El único que está exaltado soy yo.

—Oye, ahora que me acuerdo... Ella me dijo que la familia Kuonji era un matriarcado, que hacía varias generaciones que adoptaban al yerno como hijo.

Esa idea del linaje maldito debió haber desaparecido hace mucho tiempo, ¿no?

—Sekiguchi, te estás comportando de un modo muy extraño. En cualquier caso, debes saber que el *tsukimonosuji* lo heredan principalmente las mujeres, razón por la que casarse con una de ellas se convirtió en un tabú.

—Pero... —No es así. En realidad, eso no importa—. Es posible... A lo mejor tienes razón, pero ¿qué relación tiene esto con el caso? Es lo que intento saber.

Insisto en mostrarme crítico. El que me contesta es Kiba.

—Por supuesto que tiene relación, Sekiguchi. No se me dan bien los discursos complicados pero, según el informe que me enviaron desde la comisaría, un anciano de la localidad afirmaba que, para sus hechizos, los Kuonji no usaban zorros ni mapaches, sino espíritus de niños abortados.

Pierdo el habla.

Kyōgokudō rompe el silencio.

—Entiendo —dice en voz baja—. Por eso es un «linaje de *oshobo*». Ahora me ha quedado claro. Tal como los guardianes del *Inugam*<sup>[90]</sup> tienen que tenerlo domesticado, y los del *Kuda-gitsune*<sup>[91]</sup> deben conseguir domarlo, ellos, los amos de los *oshobo*, controlan a los niños muertos.

Dicho esto, Kyōgokudō cruza los brazos. Sus palabras me han dejado atónito.

—¿Realmente existe este tipo de linaje?

—Eso dicen. El anciano afirmó que llevaban años matando a recién nacidos pero, como tú has dicho, esto no deja de ser un prejuicio basado en supersticiones. Un testimonio de ese tipo no es una prueba. Sin embargo... ¿No es demasiada coincidencia? Me da escalofríos. No puedo permitir que una familia haga algo así. Esto no es un pueblucho como Sanuki. Estamos en la gran Tōkyō: la capital de Imperio.

—En Tōkyō también siguen vigentes los *tsukimono*. ¿No decimos que llevamos el gafe encima, o que la suerte está de nuestro lado? En japonés usamos la palabra *tsuki*, que significa «quedar pegado a algo». Por eso, para decir que tenemos buena fortuna, decimos que la suerte está de nuestro lado. En realidad, lo que estamos diciendo es: «un zorro me ha hechizado y ha atraído a la suerte». Cuando alguien gana en las apuestas, está momentáneamente bajo un *tsukimonosuji* y usa un *tsukimono* para quedarse con la riqueza. Por lo tanto, las condiciones territoriales no son exclusivas de la provincia. ¿Me explico?

—No puede ser... ¿Estáis diciendo que los miembros de esa familia son unos asesinos, solo por esa razón? ¡A mí no me convence!

He vuelto a exaltarme.

Esta sensación... ¿No es similar a la que sentí cuando me enfadé con Enokidu?

Su conducta del día anterior me había puesto furioso. Sin embargo, esto es distinto. Ahora no hay nadie actuando de un modo extraño. ¿Qué es lo que me da tanta rabia? Quizá estoy enfadado por la situación de los Kuonji, de Ryōko. Si es así, yo...

—¿Qué es lo que te molesta tanto? —me pregunta Kiba con un tono más agudo que de costumbre.

—No es capaz de discernir entre sus enemigos interiores y exteriores —añade Kyōgokudō con tranquilidad.

—Tengo razones de sobra para estar indignado, esto es una verdadera discriminación. ¿Cómo es posible que os baséis en ese tipo de argumentos para sospechar de unos ciudadanos? ¡Esto es anacrónico! Estáis olvidando por completo los derechos humanos y el orden democrático.

Pero lo cierto es que no estoy enfadado por eso. Sin embargo, han sido esas palabras de cordura las que han salido de mi boca.

—Tal y como has dicho, este es un asunto de discriminación dentro de una comunidad, una malévola costumbre muy arraigada, algo que no debería suceder y que tendría que desaparecer. Pero la situación en la que estamos es distinta. No podemos cerrar los ojos a nuestra realidad histórica y cultural. Decir que el hechizo de un zorro no es más que un estado de trance o que los *tsukimono* son producto de una enfermedad mental no solucionará los prejuicios. Si no conseguimos aclarar la situación, los prejuicios se perpetuarán para siempre. Y este caso está basado justamente en esas creencias —dice Kyōgokudō con tono modulado.

Tiene razón, ya lo sé.

Kiba cierra su abanico, cruza las manos y suspira.

—Las cosas que decís son complicadas. Sekiguchi, ¿qué solución crees que podría tener este caso? Es cierto que los Kuonji han sido víctimas de represión y prejuicios, es una familia con una historia triste a la que la sociedad ha juzgado durante generaciones. Pero, desde mi punto de vista, eso y esto son cosas distintas. Por mucho que hayan sufrido, no hay nada que indique que los Kuonji no estén involucrados en este caso. Supongamos, como has dicho, que ninguno ha mentado y que la habitación donde entró Masao no

tiene salida. ¿Crees que, en esas condiciones, sería posible solucionar este caso? Es imposible que una persona desaparezca. ¡Totalmente imposible!

—Si usan alguna sustancia química no es imposible.

—No te inmiscuyas, Kyōgoku. Mira, Sekiguchi, según tus argumentos, Masao se convirtió en humo o se puso la capa de paja de un *tengu*<sup>[92]</sup> para volverse invisible.

—Eso sería genial, Jefe, que se hubiera puesto la capa de un *tengu*. Si Fujimasa se hubiera convertido en el hombre invisible de Wells, el misterio tendría explicación. Todavía estaría dentro de la clínica y deambularía por allí, dándoles comida a las ratas. Fue él quien arrancó las hojas del diario para que no las viéramos. Sería estupendo —dice Kyōgokudō, riéndose divertido.

Sin embargo, Kiba está muy serio. Me mira autoritariamente con sus pequeños ojos, en silencio.

—Es cierto que esta investigación está en un callejón sin salida —admito—. Pero a tu deducción, Jefe, le faltan las pruebas definitivas, la información necesaria para llegar a una conclusión. Eso es lo que quiero decir.

—Has subido el tono de voz y llevas un rato comportándote de un modo extraño, Sekiguchi. ¿Hay alguna razón concreta? —me pregunta Kyōgokudō.

No lo sé. ¿La hay?

Una razón concreta.

«Vamos a jugar».

En aquel momento...

Yo...

—Bien. —Kiba alza la voz de repente, interrumpiendo mis pensamientos—. Si estás tan interesado en esto, ¿qué te parece si investigamos juntos? Ahora que he descubierto todo esto, no puedo quedarme de brazos cruzados.

Es una situación inesperada.

—¿Puede seguir investigando la policía después de que retiren las denuncias? —le pregunta Kyōgokudō.

—Soy policía, no detective privado. Aunque nadie me lo pida, si existe la posibilidad de que se haya cometido un crimen, puedo emprender una investigación. Evitar los delitos es mi deber. Aunque no conseguí resolver el caso de los recién nacidos, esta vez ha admitido la desaparición la propia familia, ¿no? Si hay un detective privado investigando, yo también puedo

meter las narices.

Kiba se ríe intrépidamente.

Está claro que la cliente, Ryōko, no va a querer que la policía se involucre. Sin embargo, Kiba va a empezar a investigar aunque yo no coopere con él. Lo mejor será que me una a él y que intente resolver el asunto antes que la policía. No quiero que Ryōko tenga que enfrentarse a un interrogatorio, que se sienta agraviada. No quiero eso.

Le sugiero a Kiba que, para empezar, interroguemos al matrimonio de sirvientes: Tokizō y Tomiko. Yo mismo tenía planeado hacerlo hoy. Kiba acepta.

Kiba ya sabía dónde vivía el matrimonio. Tras la muerte de sus hijos durante la guerra, se mudaron con unos familiares que tienen una tienda de frutos secos en Itabashi. Ya casi he terminado de leer los periódicos, así que los dejo en casa de Kyōgokudō.

Es la primera vez que visito Itabashi.

Este lugar era una ciudad de paso para los viajeros que usaban el antiguo camino de Nakasen durante el shogunato Tokugawa. Todavía conserva la avenida comercial, pero cuando nos alejamos de ella nos encontramos con un laberinto de tierra y madera. En la posguerra, bajo el lema de la recuperación, volvieron a trazarse las ciudades, que cambiaron de nombre, pero Itabashi aún conserva su antigua curvatura. ¿Será producto de la forma natural de este lugar? Me siento tan tranquilo como si estuviera en el vientre materno, pero al mismo tiempo me embarga una gran incertidumbre.

—Como mi casa está en Koishikawa, conozco muy bien esta zona —me dice Kiba, con los ojos entornados—. Itabashi se llama así por el puente, *bashi*, de madera, *ita*, del río Shakujii. En serio, no sé cómo ponen unos nombres tan tontos a los sitios —añade, riéndose.

La tienda se llama Umeya. En el letrero, lleno de hollín, pone FRUTOS SECOS, en mayúscula. ¿El hollín será el rastro de los incendios de la guerra?

En el escaparate hay marisco deshidratado y virutas de calabaza seca con los precios en carteles de color amarillo colocados debajo. El edificio, el letrero y los productos son todos del mismo color. El aroma es el típico de la comida deshidratada y en conserva. Me tapo la boca, pero a Kiba parece no importarle.

—Me apetece una copa —dice después de mirar los productos. No sé qué contestarle.

—Bienvenidos, señores.

A pesar de que no nos ve, la dueña de la tienda nos saluda con amabilidad, aunque se nota que es por compromiso. Tiene unos cuarenta años y es bajita y gorda. Lleva un suéter ajado y un delantal sucio. Seguramente es la familiar de Tokizō y su esposa.

Kiba se acerca a ella discretamente y, después de decirle algo en voz baja, le enseña su cartera. Es donde lleva su identificación de policía. La señora abre sus diminutos ojos y entra en la casa apresuradamente. Cuando vuelve, nos invita a pasar.

En la sala de estar hay una mesa, un armario y tres cojines cuyos rellenos están ya casi fuera. Es una habitación humilde. Cuando nos sentamos, se abre la puerta corredera y aparece el rostro de la señora. A su espalda, como si estuviera empujándola, hay un anciano. Se trata de Tokizō Sawada.

Está tan delgado como una grulla. Tiene el cabello totalmente blanco y lleva unas gafas de cristal grueso.

—¿Qué hace aquí la policía? No tengo nada que contaros. Largaos.

El anciano tiene la voz ronca pero fuerte, autoritaria.

Puedo ver en su mirada la fuerte voluntad, producto de sus largos años de vida. No creo que podamos tener una conversación normal con este individuo.

—Vaya, cuánta amabilidad. ¿Ya no quieres saber nada de tu antiguo patrón? Creo que no te haría mal ser un poco más amable.

—Al contrario; le debo tanto que no quiero saber nada de aquellos que esparcen rumores sobre ellos. Largaos.

—Oye, no me pongas al mismo nivel que a esos sinvergüenzas. Aunque no lo parezca, yo sirvo a la comunidad y recibo mi salario de las arcas de este país.

La expresión de Tokizō es aún más estricta; sus pupilas, más negras.

—¿Qué ha hecho este país por mí? Arrebatarme a mis hijos, eso es lo único que ha hecho.

—Señor Tokizō... —Kiba me hace una seña para que tenga cuidado con lo que digo—. No hemos venido por el asunto de los recién nacidos, sino porque estamos buscando al doctor desaparecido. ¿Podría contarnos qué sabe sobre eso?

—Si se trata de eso... No tengo nada que contaros. No sé nada al respecto.

Se produce una pausa. El anciano se ha cerrado a nosotros.

—Bueno, no nos vengas con esas. Este asunto aqueja a los Kuonji, a quienes eres tan leal. Deberías cooperar un poco.



—¿Ha sido el señor? ¿Es la señora la que os ha pedido que lo busquéis?  
El anciano parece muy asustado. Ha sido buena idea apelar a su lealtad.

—Quien nos pidió ayuda fue la señorita... La señorita Ryōko. No soy policía, ella acudió a mí. Por supuesto, si todo queda entre nosotros, pediré a la policía que no interceda. Por favor, cuéntenos...

—¿Ha sido la niña Ryōko? —me pregunta, y levanta la mirada. En sus ojos negros hay un sentimiento nuevo. No parece sorpresa, sino ira—. Razón de más para no hablar. Venga, largaos. Y no volváis nunca.

El anciano abre la puerta corredera y desaparece. En la sombra de la puerta, está la señora de antes con una bandeja en la que lleva unas tazas y una tetera. Nos mira, perpleja.

Tanto Kiba como yo nos quedamos sin habla. La que rompe este incómodo silencio es la mujer.

—Perdónenlo, señores, por favor. Ese hombre es un testarudo. Perdónenlo, por favor. No lo arresten.

La mujer, Tsuneko Umemoto, baja la cabeza. Kiba le dice que no hemos venido a arrestarlo, que no se preocupe, pero tardamos bastante tiempo en tranquilizarla.

Según nos cuenta Tsuneko, los Sawada se mudaron a su casa la primavera del año anterior, a principios de marzo. Dos meses después de la desaparición. El difunto esposo de Tsuneko era primo de la madre de Tomiko, de modo que no tenían una relación profunda.

—Como yo también estoy sola, me dieron mucha lástima. No sabía qué hacer, ni siquiera conocía a Tokizō.

—¿Por qué decidiste acogerlos en tu casa?

—La verdad es que Tomiko estaba tan asustada que ya no podía seguir viviendo en la mansión. No me ha contado qué paso, así que...

—¿Solo eso?

—Bueno, la familia me dio un buen dinero para los gastos de su manutención.

—¿Dinero? ¿Cuánto le dieron?

—Uy...

Tsuneko mira hacia atrás, sin querer soltar palabra. A continuación se gira hacia nosotros y nos hace una señal con la mano derecha para que nos acerquemos.

—Un millón de yenes. Nunca antes había visto tanto dinero; para alguien tan pobre como yo era un tesoro —nos dice, e inmediatamente se lleva la

mano a la boca, con temor—. ¿Es un delito? ¿Si lo devuelvo me perdonarán? ¿Qué debería hacer?

Kiba la mira como si fuera una niña pequeña. La señora se rinde sin condiciones ante la autoridad, es como si padeciera un trastorno obsesivo-compulsivo.

—Usé una parte para reformar la tienda, pero el resto se lo di a Tokizō.

—Parece que el dinero fue para comprar su silencio.

—Jefe, el dinero seguramente salió de la dote del amigo Fujimasa.

Aunque no me guste, tengo que admitirlo. ¿Quién da tanto dinero a un criado cuando se va de la casa?

—Entiendo: como les dieron tanto dinero, no dicen nada. Con razón ya no les quedaban fondos para arreglar la clínica. Quizá tuvieron que pagar a alguien más para que no hablara.

Es cierto; no creo que se gastaran cinco millones en reparar el sanatorio Kuonji. Al contrario, cualquiera diría que no han invertido nada.

Pero... Si, como ha dicho Kiba, esa suma fue para evitar que Tokizō y su esposa hablaran, sería porque los Kuonji tenían algo que ocultar.

Kiba asiente varias veces y levanta la mirada.

—Bueno, señora, ¿dónde está la anciana? —le pregunta.

—Salió hace un rato, me dijo que no iba lejos. Tokizō tiene un carácter difícil, pero ella es buena persona.

Tsuneko se disculpa varias veces.

Mientras esperamos a que Tomiko Sawada vuelva, nos quedamos hablando con la dueña. La mujer teme que Tokizō, que ya nos ha gritado que nos vayamos, vuelva a aparecer, pero como sabe que somos de la policía parece respetarnos.

Según nos cuenta, el padre de Tokizō Sawada también fue sirviente de los Kuonji. Aunque parece mayor, apenas tiene sesenta años. Sin embargo, si su padre también sirvió a la familia, eso significa que estuvieron con ellos desde la era Taishō, o quizá desde Meiji. ¿Es posible que estuvieran en Sanuki? No podemos descartar esa posibilidad.

Cuando se lo pregunto, Tsuneko nos habla con tanta confianza como las señoras que cotillean junto a los pozos de agua.

—La abuela paterna de Tokizō perdió las ganas de vivir por alguna razón, se convirtió en ermitaña y comenzó un peregrinaje hasta los ochenta y ocho templos de Shikoku. Por el camino se desmayó y los que la ayudaron fueron los antepasados de los Kuonji. Resultó que estaba embarazada; llevaba

en su vientre al padre de Tokizō. Tras ayudar en el parto, criaron al niño y desde ese momento velaron por él y por su familia. Eso fue lo que me contó Tomiko.

—Ahora entiendo por qué se siente en deuda con la familia —dice Kiba—. Por cierto, cuando nombramos a la señorita, le cambió el semblante. ¿Sabes por qué?

—No sé nada sobre su vida en la mansión... Pero, ahora que recuerdo, un día, hace mucho tiempo, Tomiko vino a visitarme y me contó algo.

—¿Te visitaba a menudo?

—No, casi nunca, pero cada dos o tres años se ponía nostálgica y venía sin avisar. Fue cuando mi Yadoroku aún estaba vivo, antes de la guerra o al poco de comenzar. Mi marido murió durante uno de los ataques aéreos.

—¿Qué te dijo?

—Que la señorita se había quedado embarazada de no sé quién y que no sabía si iba a tenerlo o no.

—¡El hijo de Fujimasa!

Kyōgokudō tenía razón. Si entre Kyōko y Masao hubo una relación, fue por esa misma época.

—¿Y lo tuvieron o no?

—No sé qué pasó, supongo que lo tuvo. Por lo que me contó, se trataba de una muchacha de quince o dieciséis años y sus padres no sabían qué hacer, estuve hablando de eso con mi difunto Yadoroku. Después, la guerra se endureció y mi marido falleció. Tomiko volvió a visitarme un año después del fin de la guerra. En ese momento, mi única preocupación era sobrevivir, así que no recuerdo qué me contó. Por eso no sé qué pasó después.

Cuando termina de hablar, Tsuneko mira hacia la tienda y se queda en silencio. Como estamos de espaldas, nos giramos para ver qué pasa.

En la entrada de la tienda, hay una anciana de pequeño tamaño. Se trata de Tomiko Sawada.

—Tsuneko, ¿estás contándoles cosas? Si Tokizō te escucha, va a enfadarse mucho.

La anciana lleva en las manos algo envuelto en tela. Pese a su pequeña estatura, está totalmente erguida para mostrar algo de autoridad.

—¿Qué tal, Tomiko? ¿Cómo estás?

—¿Qué quieres ahora, policia? Ya te conté todo lo que sabía. Tsuneko, ¿dónde está mi marido?

Tomiko entra en la habitación sin dejar de quejarse. Tsuneko le cuenta

rápidamente lo ocurrido, pero la anciana no nos dirige la mirada.

—Uhm, entonces yo tampoco tengo nada que decir. Marchaos antes de que Tokizō descubra que estáis todavía aquí. Es por vuestro bien. Tsuneko, deja de hablar con ellos.

—Espera —le pide Kiba—. Yo no tengo nada que ver en esto. La muchacha de los Kuonji le ha pedido a él que investigue el asunto. Si te niegas, tendrá que informarla a ella.

Las palabras de Kiba parecen conmover profundamente a la anciana.

Me mira a la cara.

—¿Quién? ¿La niña Kyōko?

—Fue la señorita Ryōko.

—¿Cómo? ¿Qué quiere saber?

No sé qué preguntarle. Su respuesta a lo que ocurrió el día de la desaparición sigue siendo que no sabe nada. A continuación, le pregunto qué vio cuando echaron la puerta abajo.

—Nada. No vi absolutamente nada. No sé nada sobre este asunto.

—Pero, Tomiko, cuando llegaste aquí me contaste que había sido horrible, espantoso. ¿No es cierto? —la interrumpe Tsuneko.

—¿Por qué tienes que decir nada? Ya no me acuerdo de eso. Si sigues hablando, Tokizō te va a regañar. Ya es suficiente.

La mirada de Tomiko es del mismo color que la de su esposo. Trata de escabullirse hacia el fondo de la casa.

Entonces recuerdo que quiero preguntarle algo.

—Espere un momento, quiero preguntarle una cosa.

Es una pregunta que no sé si tiene algo que ver con este caso.

—¿Se acuerda... del bebé con cara de rana?

Tomiko se apoya en la puerta corredera y se sienta.

—Tú... ¿Cómo sabes eso?

—Tomiko, ¿qué es lo que sabes?

La anciana se derrumba; parece un hilo cortado después de estar tenso. Nos mira con los ojos llenos de lágrimas, aunque no sé si son de tristeza o de miedo. El rostro de Tomiko acumula demasiados años.

Sin cambiar de expresión, comienza a hablar con voz seca.

—Me lo contó Tokizō. La familia Kuonji es oriunda de un pueblo de Sanuki, eran *tayū*[\[93\]](#) que prosperaron. He dicho *tayū* pero no me malinterpreten, no eran como las de Yoshiwara[\[94\]](#), eran hechiceras. Hacían conjuros, eran una especie de adivinas. Cada familia que lee la suerte tiene a

un dios protector, un *inugami* o un *shōten*[\[95\]](#), existen diversos tipos. Y, en el caso de los Kuonji, al parecer era el espíritu de un infante.

Es... el *oshobotsuki*.

—Un día, a las afueras del pueblo, apareció un *rokubu*[\[96\]](#) errante. Traía consigo un pergamino secreto y curaba a la gente con su poder, por lo que pronto se hizo famoso. A la *tayū* de los Kuonji no le hizo mucha gracia, de modo que utilizó al dios infante para intentar matarlo a través de una maldición. Pero el *rokubu* era muy poderoso y revertió la maldición, por lo que muchas tempestades atacaron al pueblo.

—¿Cómo que revertió la maldición? ¿Qué es eso?

—Kyōgokudō me hablado de eso. Lo hacen los *onmyōji*[\[97\]](#) es una técnica para que la maldición pase de las personas maldecidas a los que las maldijeron.

La anciana asiente sin decir nada.

—Ante esa situación tan crítica, a la *tayū* de los Kuonji se le ocurrió una idea. Le dijo al *rokubu* que quería pedirle perdón y lo invitó a su casa. Una vez allí, lo envenenó con *bikki*, una rana.

—¿Una rana?

—Además de hacer conjuros, los Kuonji también sabían preparar medicamentos. El *rokubu* murió en una terrible agonía y maldijo a la familia. Como habían utilizado el veneno de una rana con él, les devolvería la desgracia a través del mismo animal. Dicen que su cadáver jamás se corrompió.

—Parece un cuento de hadas.

—Es un cuento de hadas. Pero cuando Tokizō me lo contó, me dio bastante miedo. Los Kuonji le robaron al *rokubu* su pergamino secreto y gracias a eso consiguieron una gran riqueza. Pero la maldición del *rokubu* era muy fuerte y todos los varones de la familia nacían con cara de rana. No vivían demasiado tiempo. Esa es la razón por la que todos los descendientes de la familia son mujeres, y por lo que nadie del pueblo permitió que sus hijos se casaran con ellas.

—Eso no puede ser... ¿De qué época estamos hablando?

—No lo sé, fue antes de que la familia Kuonji entrara al servicio del *daimyō*, supongo que hace mucho tiempo. Pero la historia es cierta. Yo fui testigo de ello hace treinta años.

—¿Hace treinta años?

—¡Tomiko! Deja de decir idioteces.

La puerta corredera se había abierto sin que nos diéramos cuenta. Tokizō está en el umbral.

—Ya es suficiente. No sabemos nada y lo único que podemos contar son historias de viejos, cuentos de hadas. Marchaos, por favor.

Está claro que Tokizō no va a contestar ninguna pregunta más, y tampoco Tomiko o Tsuneko.

Sin otra alternativa, Kiba y yo nos marchamos de la tienda Umeya. El matrimonio entra en la casa y Tsuneko lo sigue, con la cabeza baja y haciendo múltiples reverencias.

Me ha dejado mal sabor de boca.

Kiba se detiene y me dice con ironía:

—Bueno, serenísimo escritor y bien ponderado detective privado, este policía ya ha tenido más que suficiente. La conducta de Tokizō es anormal. La poca información que hemos obtenido, lejos de disipar las sospechas que se ciernen sobre los Kuonji, las ha aumentado. Y a ti, capitán Sekiguchi, protector de los Kuonji, debo mostrarte mi más profundo respeto.

No le contesto.

Sigue en mi cabeza la historia que nos ha contado Tomiko Sawada. Por más que lo intento, no consigo recuperar la calma.

¿Esa anciana vio a un recién nacido con cara de rana hace treinta años?

Si fue hace treinta años, todavía no había nacido ni Ryōko ni Kyōko. ¿Qué pasó hace tanto tiempo? Lo que vio Enokidu, ¿habrá sido un recuerdo tan viejo?

—Estás muy pensativo. Sekiguchi, aprovechando que he venido hasta aquí, hay un lugar que quiero visitar. Me acompañas, ¿no?

—Si está relacionado con el caso, iré contigo. ¿A dónde quieres llevarme?

—A casa del enlucidor, el primero que los demandó. Se puede ir a pie desde aquí.

Dicho esto, comienza a caminar.

El camino es tan sinuoso como antes, no veo el final de la calle. No sé dónde estamos, pero acabamos de subir una pendiente.

Kiba se detiene y me explica:

—Esto son las afueras de Kamijuku[98], pero como hay muchos árboles de *enoki*[99] y *tsuki* lo llaman Ennotsuki, que significa «el lugar donde finalizan las relaciones». Los viejos siempre ponen nombres que tienen que ver con la suerte. En realidad, esta pendiente se llama Pendiente de Piedra,

pero le han dado un nombre mucho más rimbombante: «la mala pendiente que rompe las relaciones». Al menos no es tan nefasto como la Pendiente del Mareo del barrio de las tumbas, esa que está camino de la casa de Kyōgokudō.

—¿La Pendiente del Mareo del barrio de las tumbas? ¿Se llama así?

—¿Cómo? ¿No lo sabías? Mira, a ambos lados de la cuesta hay un cementerio, ¿no? De ahí lo del barrio de las tumbas. Y no sé por qué será pero, cuando vas por la mitad, ¿no te mareas? Pues por eso la llaman «Pendiente del Mareo».

Vaya, al otro lado de la tapia de arcilla hay tumbas.

—Hace mucho tiempo hubo allí un templo budista pero, como no lo visitaba nadie, desapareció. Ahora lo administra un monje de no sé qué corriente. El verdadero nombre de esa cuesta es Modori-zaka, Pendiente del Retorno, aunque ya nadie la llama así. Creo que al bautizarla de ese modo estaban intentando emular a algún sitio de Kioto.

—¿De Kioto? ¿El Ichijō Modori-bashi? ¿El puente de Ichijō Modori?

—Ese, ese mismo.

El río Hori de Kioto es famoso porque se supone que fue allí donde Watanabe no Tsuna[100] le cortó el brazo a una criatura maligna. También se dice que el *onmyōji* Abe no Seimei[101] tenía domesticados allí a doce *shikioni*[102]. Si no estoy errado, cerca del puente están los restos de la casa de Seimei y también su templo sintoísta.

—¡Ahora lo comprendo todo! El templo en el que trabaja Kyōgokudō debe de estar emparentado con el de Seimei —exclamo sin proponérmelo.

Tiene que ser así. La lámpara de papel que me prestó aquella vez, la que tenía una estrella, era como de un templo sintoísta. Las estrellas de cinco picos ahuyentan a los malos espíritus, y este símbolo es conocido como *Seimei Kikyō*[103]. Está en el escudo familiar de Abe no Seimei.

Kiba me mira con expresión dubitativa.

—¿Qué? ¿Cómo es posible que conozcas a ese tipo desde hace tanto tiempo y no sepas nada de él? Si no me equivoco, ese lugar es el templo sintoísta de Musashi Seimei. Mira, ya estamos cerca —me dice.

Cuando bajamos la pendiente, encontramos un barrio marginado. Después de la destrucción de las posadas de Itabashi, los *kumosuke*[104], los artistas errantes y los *sukegō*[105] que se quedaron sin trabajo comenzaron a vivir en estos lugares, pero ahora hay artesanos y vendedores, aunque también traperos e indigentes.

Hay algunos edificios de apartamentos humildes y *kichinyado*[106]. En el

húmedo aire, hay un nauseabundo olor a aguas negras. Pero, a pesar de las adversidades, los habitantes parecen contentos: las voces de los niños que juegan y los alegres parloteos de las mujeres llegan hasta mis oídos.

—Me gusta esta gente, la actitud que tiene ante la vida. «¿Qué tiene de malo que seamos pobres y no podamos bañarnos?», parecen decir. Son infinitamente mejores que los pobres que aparentan no serlo. Pero, bueno, lo cierto es que todo Japón estuvo así hasta hace poco, ¿no? —dice Kiba, sacando pecho.

Así es. Todos los habitantes del Japón de la posguerra vivían en barrios marginados. Y todos estaban alegres y tenían ganas de vivir, sin una razón aparente.

Cuando volví del frente, no pude comprender esa alegría. Japón había perdido la guerra, ¿por qué no estaban todos tristes? Todo lo que habíamos creído resultó ser un error. El gobierno que nos mandó al frente, que hasta el final había seguido diciendo que la lucha era legítima, ahora nos decía que teníamos democracia. Y el pueblo se tragó ese cuento; aunque fueran pobres, todos estaban ansiosos por vivir esta maldita vida.

Lo cierto es que yo siempre estuve en contra de la guerra, pero tuve la mala suerte de terminar en el campo de batalla. Allí fui un tramposo, un cobarde. En aquel momento me sentía muy avergonzado de mí mismo. Sin embargo, muchos de los japoneses a los que conozco sí creyeron de todo corazón que la guerra era legítima. Por supuesto, nadie deseaba morir ni luchar contra otros, pero ¿cuántos creían que el sistema de gobierno japonés no era adecuado?

No tiene sentido darle vueltas. Lo gracioso es que ahora, bajo esa inexplicable fuente de vida, el país ha logrado establecer la paz con el exterior y la vida de los japoneses ha comenzado a mejorar a una gran velocidad. Y, a cambio de esta riqueza, las ganas de vivir se están atenuando. Es lo que ha pasado con muchos a los que conozco.

Sin embargo, aquí aún quedan rastros de esa vitalidad. Si esta fuente de vida es el motor del desarrollo, en el futuro este lugar será como todos los demás.

Posiblemente.

—Este tipo se llama Goichi Harasawa —comienza Kiba con vacilación—. Enlucidor de oficio. Este año cumple treinta y cinco años. Su mujer se llama Koharu, tiene treinta años y, bueno, podríamos decir que es guapa. Harasawa se casó con ella bajo el sistema de *miai*[\[107\]](#) y seis meses después



lo llamaron a filas. Lo mandaron a Birmania y participó en la Batalla de Imphal. Muchos cayeron allí. Le dieron en el pie y le volaron los dedos. Cuando volvió del frente, casi moribundo, toda su familia había muerto y ni siquiera tenía casa. —Kiba frunce el ceño. Es la típica expresión de policía—. Pero su mujer estaba viva. El reencuentro fue muy emocionante. Aunque su cuerpo no se recuperó del todo, ha estado trabajando muy duro. Cuando su vida se estabilizó, su esposa se quedó embarazada. Eso les proporcionó una gran felicidad, pero el niño... murió.

Kiba resume la vida de ese hombre como si fuera la suya.

No se me ocurre ninguna frase. Lo escucho en silencio sin asentir siquiera. Finalmente, antes de que pueda intervenir en la conversación, llegamos a nuestro destino. Es un complejo de apartamentos llamado Hanyū. No sé si recibe su nombre del lugar o si es el apellido de alguien.

—Buenas...

El hombre se gira por acto reflejo. Sus irritados ojos parecen asustados. Se le cae el fajo de papeles que lleva en las manos. Son billetes. El hombre, Goichi Harasawa, los recoge rápidamente.

—Vaya, eres un ricachón, ¿eh?

Harasawa no responde a la pregunta de Kiba y se guarda en el bolsillo los billetes.

La habitación huele muy mal, no sé si porque los tatamis están podridos o por el moho. Hay un futón deshecho que a saber cuántos años lleva ahí extendido y unas cajas de madera que sirven como escritorio. Sobre ellas hay varias revistas. La que está en la parte superior es...

*¡Hechos reales macabros!*

—Ya veo, así que el soplón fuiste tú, ¿verdad? ¿Por qué lo has hecho? ¡Pensaba que ya no los querías demandar!

Kiba, furioso, entra en la habitación con suelo de cemento.

Harasawa se pone a la defensiva, como si fuera un pequeño animal, y nos lanza una mirada severa.

—¿Qué? ¿Qué pasa? Arréstame si puedes. ¡Ya nada me asusta! ¡Qué tiene de malo recibir dinero por hablar de unas personas a las que conozco!

Como tiene bigote y barba, y le queda muy poco pelo en la cabeza, es imposible saber su edad. Sus ojos, a pesar del miedo que hay en ellos, tienen un punto de agresividad.

—¿Es que eres idiota? ¡Todavía odias a los Kuonji!

—¡Por supuesto! Me quitaron al hijo que tanto nos costó concebir. ¿Quién

se quedaría de brazos cruzados?

—Entonces, ¿por qué retiraste la denuncia? ¿Por qué haces esto ahora, a escondidas? Tú sabes algo, ¿verdad?

—¡Y qué si es así! No tengo por qué contárselo a la policía. Vosotros no habéis hecho nada por nosotros.

Harasawa coge las revistas que hay sobre las cajas de madera, pero no las agarra bien y caen sobre el tatami.

Son cuatro o cinco. Aunque son todas diferentes, es evidente que son *kasutori* de muy mal gusto.

En todas ellas, hay rumores hirientes sobre el sanatorio Kuonji.

Algo vuelve a bullir en el centro de mi cabeza. Sin embargo, no es ira.

Son sentimientos encontrados.

—Cálmate, Harasawa. Estoy investigando tu caso...

—¿Qué has dicho?

—Que he retomado la investigación de la desaparición de los recién nacidos.

Harasawa se detiene.

—¿Qué? ¿Qué dices que estás haciendo?

—Estoy investigando a los Kuonji de nuevo. Este hombre también tiene un interés personal en el caso —dice Kiba, a modo de presentación.

No lo niego ni lo afirmo, simplemente bajo la cabeza.

Harasawa parece pensar que yo también he perdido a un hijo. Ahora me mira con tristeza.

Kiba me hace entrar y a continuación cierra la puerta. Harasawa está en silencio.

En sus ojos, que están húmedos, ya no hay violencia animal. Su cuerpo parece irradiar dolor, agotamiento.

Le pregunto cuál es la razón por la que cree que le quitaron a su hijo.

Harasawa no es un tipo amable, pero me contesta educadamente.

—Mi mujer es enfermiza y, como podéis ver, vivíamos en la pobreza. No podía dar a luz aquí, así que trabajé día y noche para ahorrar. Como mis padres y mis hermanos murieron en la guerra, mi mayor deseo era tener un hijo. Estaba preocupado por mi mujer y ahorré lo suficiente para pagarle la estancia en la clínica. Yo no sabía que era un lugar tan nefasto... Pagué su internamiento y volví a trabajar. No había muchas opciones laborales y trabajaba de sol a sol, como una mula. Cuando mi mujer se puso de parto, no consiguieron localizarme. Estaba trabajando.

—Entonces, ¿usted no estuvo presente en el momento del parto?

—No. Pensé que en la clínica la cuidarían bien, por eso seguí trabajando tanto. La noticia me llegó después del parto, y acudí corriendo.

—Comprendo... —dice Kiba, y añade—. Todos los que han denunciado la desaparición de un recién nacido estuvieron ausentes en el momento del parto. En la clínica, solo estaban las embarazadas.

—Cuando llegué a la clínica me di cuenta de que algo iba mal. Mi esposa estaba distante, deprimida. El médico me dijo que el niño había muerto durante el parto. Fue un golpe muy duro, porque hasta entonces todo había ido bien. A pesar de eso, quise consolar a mi mujer inmediatamente, pero me dijeron que eso no sería bueno para ella, que necesitaba recuperarse del parto. Me prohibieron verla. Pasaron tres días antes de que pudiera hablar con ella; estaba distraída, actuaba de un modo extraño. Cuando le dieron el alta, una semana después, comenzó a decir cosas raras. Me contó que había oído el llanto de un bebé, que nuestro hijo no había muerto durante el parto. Que recordaba que era un varón. Me pareció muy extraño, así que fui a hablar con el médico.

—¿Y qué le dijo?

—Que mi esposa había sufrido un *shock* emocional muy fuerte que seguramente le había provocado esas alucinaciones. Era cierto que mi esposa estaba rara, pero como no me convencía les pedí que me entregaran el cadáver para su funeral. Me dieron eso.

Harasawa señala con la barbilla... En un rincón de la habitación hay una pequeña urna funeraria. Aunque es un sacrilegio, no puedo evitar acordarme de los dulces de Kyōgokudō.

—Dentro había unos huesos o piedras, no sé qué eran. Cuando me entregó semejante cosa, ¿cómo podía yo asegurar que fuera mi hijo? No me convenció. Lo incineraron sin nuestro permiso.

Harasawa comienza a llorar.

No soporto ver tanto sufrimiento.

—¿Y por qué decidiste retirar la denuncia? —le pregunta Kiba.

—Me lo pidió mi esposa. Me dijo que ya había sido suficiente, que lo olvidáramos y empezáramos de nuevo. —Harasawa está temblando—. ¡Pero la verdad es que vendió a su hijo por dinero!

—¿Qué estás diciendo?

—Fuimos a la comisaría a retirar la denuncia y, al día siguiente, desapareció. Al parecer, ella era la única que iba a empezar de nuevo.

Después descubrí que los sirvientes de los Kuonji habían venido varias veces a casa, a esta pocilga, en mi ausencia. Mi esposa cogió el dinero y se lavó las manos. ¡Vendió a mi hijo por un millón de yenes!

Las lágrimas bajan por las mejillas cubiertas de barba de Harasawa.

—De nuevo, un millón de yenes... Bueno, es una cantidad suficiente para hacer que cualquiera cambie de actitud.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡No puedes cambiar a un hijo por dinero! Era... Era mi niño.

Aparto la mirada. No puedo soportarlo más.

Si la clínica Kuonji pagó un millón de yenes a cada uno de los demandantes, el desembolso total fue de tres millones. Pagaron un millón más a Tokizō y su esposa. Es lógico que no les quedara dinero suficiente para emprender las reformas.

La dote de Fujimasa desapareció en un parpadeo.

—Comprendo. Esa debe ser también la razón por la que los otros dos afectados retiraron la denuncia. No sé qué ocurrió en los otros casos, pero tu esposa te traicionó y se marchó con el dinero —dice Kiba—. Oye, Harasawa, olvídate de esa mujer. Voy a vengar a tu hijo, así que deja de vender rumores a las *kasutori* y cuéntame todo lo que sabes. No puedo darte dinero, pero te prometo que los desenmascararé. Lo que me cuentes no saldrá de esta habitación. Confía en mí.

Harasawa mira fijamente la urna funeraria. A continuación se seca las lágrimas con la manga y se dirige a Kiba.

—Cuando mi mujer se marchó y la policía dejó de investigar, dejé de trabajar. No me levantaba de la cama. Deseaba haber muerto en Birmania, pensé incluso en quitarme la vida. —Harasawa está eligiendo sus palabras cuidadosamente—. Pero después empecé a sentirme furioso. Deseaba vengarme de aquel médico, y al final decidí hacerlo. Usé el dinero que había ahorrado para viajar y preguntar por todas partes, comencé mi propia investigación policial. Aunque sabía que no serviría de nada, me reconfortaba. Pero...

—¿Pero qué?

—La casualidad quiso que me encontrara con la enfermera en un bar de Ikebukuro.

—¿Qué enfermera?

—La enfermera que asistió el parto de mi mujer. Se llamaba Sumie.

—¿Sumie? ¿Te refieres a Sumie Toda?

—Así es. Me dijo que iba a regresar a su tierra natal, que iba a volver a Toyama[108].

Kiba se pone serio. Sumie es una de las enfermeras desaparecidas.

—Me acerqué a ella con cautela. Es una mujer muy introvertida, parece que siempre está borracha, pero conseguí trabar amistad con ella y me contó algunas cosas. Según Sumie, mi hijo nació vivo.

—¿Estaba vivo? ¿No murió durante el parto?

Harasawa asiente débilmente a la pregunta de Kiba.

—Sumie le dio su primer baño. El niño desapareció el día después de su nacimiento. Si lo que me dijo era cierto, fue la hija de los Kuonji la que lo raptó... Y... lo mató. Lo asesinó.

Es un testimonio terrible. Mi pulso se ha acelerado. Recuerdo los titulares de *Historias reales macabras*.

«La *kishibojin* que come recién nacidos».

«Ha estado secuestrando bebés para preparar afrodisíacos usando su sangre y su grasa».

«Ha estado secuestrando bebés...».

Harasawa palidece y levanta la mirada.

—Sumie me dijo que mi hijo era un niño sano, que tenía un lunar en el centro de la frente. A pesar de todo esto, señor, ¿usted cree que mi hijo murió en el parto?

—Uhm... Las cuatro enfermeras que asistieron los nacimientos de los niños desaparecidos se marcharon de Tōkyō. Como retiraste la demanda, no puedo rastrear su paradero, pero...

—Sumie me contó que todas recibieron un dinero para que se marcharan de la ciudad. Sumie obtuvo doscientos mil yenes y una recomendación laboral, pero no le gustaba la vida en el campo que exigía su nuevo trabajo y lo abandonó.

Si entregaron doscientos mil yenes a cada enfermera, en total fueron ochocientos mil yenes.

Después de eso no debió quedar nada de la dote de Fujimasa.

Harasawa inclina la cabeza y sonríe despectivamente.

—Pero esa no fue la única razón por la que volvió a Tōkyō.

—¿A qué te refieres?

—A los fármacos. Drogas. Esa mujer tomaba sustancias. Decía que la

hacían sentirse bien, como si estuviera soñando.

—¿Fármacos? ¿Metanfetaminas?

—Es lo que pensé al principio, pero parece que no era eso. ¿No las probasteis durante la guerra? Las metanfetaminas hacen que uno se sienta rígido. Pero ella no estaba así.

—Era una adicta, pero ¿dónde conseguía la droga?

—De los Kuonji, por supuesto. Creo que Sumie los estaba chantajeando, aunque no era dinero lo que quería, sino esas sustancias.

—¡Son las daturas!

No he podido contenerme, pero me arrepiento de inmediato. Lo que acabo de decir podría perjudicar a los Kuonji.

—¿Cómo? ¿Estás diciendo que las flores del jardín son psicotrópicas?

Parece que Kiba también se acordaba de ellas.

—Sí... Las metanfetaminas son alucinógenos, estimulantes nerviosos, pero las daturas provocan todo lo contrario, son calmantes. Señor Harasawa, ¿el extraño comportamiento de su esposa después del parto no era parecido al de la enfermera?

¿Por qué hago preguntas que no quiero hacer?

—Ahora que lo dice... Podría ser. ¿Insinúa que en esa clínica drogaron a mi esposa?

—Los alcaloides de la datura se usan como somníferos o sedantes pero, dependiendo de la dosis y del modo de uso, pueden provocar alucinaciones. La persona afectada podría no distinguir una alucinación de la realidad, podría perder la consciencia...

—Y de ese modo, todo lo que ocurrió en el parto podría ser confundido con una alucinación —concluye Kiba.

Temo que sea cierto. Parece que Kiba está convencido.

—Oye, Harasawa, ¿sabes dónde está esa Sumie Toda? —le pregunta.

En efecto, es el testigo que podría aclararlo todo.

—Ha muerto —contesta Harasawa.

—¿Ha muerto?

—Esta primavera fui a visitarla. El casero pensaba que se había marchado, porque no había pagado el alquiler, y cuando entró en su habitación la encontró muerta. Se puso en contacto con su lugar de nacimiento, pero nadie reclamó el cadáver. Si no me equivoco, el casero pidió a un monje que oficiara su sepelio. La enterraron en el cementerio de Nakano.

Kiba y yo nos miramos. Con el cementerio de Nakano, ¿no se referirá al

del barrio de las tumbas? Hemos estado caminando muy cerca de uno de los testigos claves de este caso.

En mi caso, lo he hecho muchas veces.

—¿Cuál fue la causa de la muerte? ¿Se suicidó? ¿La asesinaron?

—No lo sé con seguridad. El casero habló con el médico, que le dijo que la muerte no había sido natural. La policía estuvo investigando, pero al final se dictaminó que la muerte había sido por desnutrición. Al parecer no se alimentaba bien.

—Entonces no hubo nada extraño en su muerte.

¿Será posible?

Si consumía alcaloides de datura, si alguien le hubiera suministrado una gran cantidad de esa sustancia...

La datura es un instrumento sumamente efectivo para matar a alguien.

Pero me callo ese detalle. Me aterra pensar en esa posibilidad.

—Es posible que fuera una sobredosis. La sustancia de esa flor, en cierta cantidad, podría provocar la muerte, ¿no? —dice Kiba, como si me hubiera leído la mente.

No contesto. Kiba se cruza de brazos y observa a Harasawa.

Harasawa baja la mirada y aparta la cara lentamente.

—Oye, Harasawa, eso que nos has contado, ¿podrías repetirlo en un juicio? —Harasawa vuelve a mirar a Kiba. Está temblando—. Vendiste la historia a esas revistas cutres, así que no me vayas a decir que no puedes. Es por tu hijo, ya lo sabes.

—¿Qué quiere decir?

Kiba entorna los ojos, que así parecen aún más pequeños. Tiene esa costumbre cuando se exalta.

—Si quieres, mañana mismo podría tener una orden de registro del sanatorio Kuonji. Ellos no podrán evitarlo. Te aseguro que voy a esclarecer este asunto. Se hará justicia.

—Pero... Usted...

—No te preocupes. La muerte de Sumie Toda no será en vano. Utilizaremos esta nueva información para obtener la orden. La ley es muy estricta en los asuntos relacionados con las drogas.

Harasawa se queda boquiabierto y nos mira a Kiba y a mí con expresión perturbada. Le tiembla la voz.

—Señor... ¿Se hará justicia? ¿Qué quiere decir con eso? ¿Cree que serán condenados a muerte? ¿Ese médico y la demente de su hija terminarán con la

soga al cuello?

Su expresión perturbada ha quedado nublada por las lágrimas. Hace una mueca extraña.

Cuando decimos que las lágrimas son hermosas, tenemos que admitir que estamos siendo idealistas. Las personas, cuando lloran, tienen un aspecto horrible, como si fueran enanos atrofiados. Dan vergüenza ajena y su imagen es cualquier cosa menos hermosa.

El hombre que está frente a mí llora, con una cara horrible, y lo hace por su hijo. Y la persona en la que va a recaer su venganza, Kyōko Kuonji, también lloró ante mí, de un modo igualmente horrible, por su esposo desaparecido.

Gracias a Kiba, es probable que este hombre pueda secar sus lágrimas.

Pero ¿quién secará las lágrimas de Kyōko Kuonji?

—No creo que vayan a condenarlos a muerte, pero haré que paguen por sus fechorías —dice Kiba—. Sacaré a la luz todo lo que ocultan... y haré que los juzguen.

La expresión dolida de Harasawa se convierte en una mueca de frustración.

—¿Qué pueden saber los distinguidos jueces de mi sufrimiento? La policía nunca ha estado de mi parte, y tampoco los dioses o Buda. Nadie ha estado nunca de mi parte.

—Mira, Harasawa, yo era de los que pensaban que la guerra había sido legítima. Cuando escuché por radio el mensaje de rendición de su Majestad, no supe qué hacer. Pero ahora, con la cabeza fría, creo que estábamos locos. Creo que la democracia es buena. No sé qué es la justicia, pero estoy seguro de que es algo real. Como dicen los burócratas y militares, la justicia es para los fuertes.

»Como has dicho, en este mundo ni los dioses ni Buda están de parte de los débiles. Pero, aunque estos no existan, la justicia y las leyes sí lo hacen. Las leyes son el único instrumento con el que los débiles pueden hacerse fuertes. No des la espalda a la ley; conviértela en tu aliada.

Al principio, el razonamiento de Kiba no me convence. Sin embargo, lo que ha dicho no es mentira y podría proporcionar fuerza a un pobre hombre que se ha quedado solo en este mundo.

Harasawa coge la urna funeraria y la pone sobre sus muslos. Baja la mirada y dice, en voz baja:

—De acuerdo, dejo en tus manos este asunto.

Salgo en silencio del complejo de apartamentos.



Kiba es un hombre astuto. Mañana tramitará la orden de registro del sanatorio Kuonji.

¿Está bien así?

¿De verdad va a resolverse todo?

—Jefe, ¿no podríamos esperar un día más antes de registrar la casa de los Kuonji?

¿De qué me va a servir que se aplace un día? No puedo hacer nada.

Kiba me mira, perplejo.

—Comprendo muy bien el sufrimiento del señor Harasawa, pero tengo algo que resolver. Te juro que no voy a esconder pruebas ni a hacer sufrir más a las víctimas. Solo quiero investigar un poco más, para quedar convencido. Confía en mí, por favor. Dame un día más.

—Eres un hombre obstinado. No tengo razones para desconfiar de ti, pero ¿qué diantres piensas hacer?

—Me pondré en contacto contigo mañana por la noche. Si no lo hago, registra la casa a tu antojo. No te reprocharé nada. Creo que el caso de Fujimasa y el de los recién nacidos son distintos.

Así es.

Pero tengo que hacer algo.

¿Qué podría conseguir en un solo día?

—Está bien. Al fin y al cabo, es una petición tuya. Acepto tus condiciones.

Kiba me golpea el hombro amistosamente con su fuerte puño.

Tengo que darme prisa. No tengo tiempo que perder.

Me dirijo sin vacilación al sanatorio Kuonji.

No tengo ningún plan.

Lo único que sé es que tengo que ver a Ryōko cuanto antes.

No he pensado qué voy a hacer cuando la vea.

Paso junto al templo y corro por el sendero del bosque.

También fue así la primera vez que vine.

Aquella vez también corría, desesperado.

Yo...

No estoy loco...

En ese momento, aparece un hombre en el sendero.

—¡Oh! ¿Usted no es el detective que vino ayer? —Es Naitō—. ¿Qué ha sucedido? Tiene mala cara.

Naitō respira con dificultad, como si hubiera corrido a toda velocidad

desde la entrada del sanatorio hasta aquí. Está sudando mucho, aunque quizá se deba a que no está en buena forma.

—El que no tiene buen aspecto es usted, señor Naitō. ¿Ha pasado algo en el sanatorio?

—¿No se ha encontrado con nadie en el camino? —Si me he cruzado con alguien, no me he dado cuenta. No estaba en condiciones de preocuparme por esos detalles—. Ustedes son los culpables de esto. Acaban de lanzarlo.

Naitō me muestra una bola de papel que lleva en el puño. Cuando la abre, cae al suelo una piedra que estaba envuelta en su interior.

«En la clínica diabólica hacen caldo con los recién nacidos».

Es una página de una de las *kasutori*. Su contenido es distinto al de *Hechos reales macabros*.

Sin duda alguna, es una de las que estaban en casa de Harasawa.

—Han publicado varios artículos a la vez. Hemos recibido todo tipo de insultos y amenazas. Nos han roto los cristales, nos han pintarrajeado las paredes, nos han gritado...

—¿Qué gritan?

—Que nos vayamos de aquí, que devolvamos a los recién nacidos. Que nuestra actitud es inhumana y merecemos morir para pagar por lo que hemos hecho. Sin embargo, los que gritan no son las víctimas, sino desconocidos.

—¿Y el director de la clínica?

—Anoche, después de que ustedes se marcharan, nuestra única paciente dio a luz. Fue un parto difícil que duró toda la noche, así que el director no ha dormido y no está en condiciones de servir de ayuda. La gobernanta y la señorita Ryōko han tratado de solventar esto. Esta situación es un golpe muy duro en su honor.

—¿Han herido a alguien?

—La señorita Ryōko recibió una pedrada en el pecho. ¡Será mejor que se vaya, detective!

Esto es responsabilidad mía. Aunque directamente no haya hecho nada, yo estuve investigando a los Kuonji hasta hace unos días para publicar un artículo en una *kasutori*.

La puerta de vidrio de la entrada principal está completamente rota, solo queda el marco. Las paredes están embadurnadas de pintura. No han conseguido limpiarlas.

Este lugar ya no es una clínica. Está en ruinas.

Los edificios, sean viejos o nuevos, bonitos o feos, guardan vida en su interior. Mientras mantengan esa vida es fácil repararlos.

Pero esta construcción ya está muerta.

Como la puerta ya no tiene cristales, no sirve para nada. Los vidrios de las ventanas también están hechos añicos. Todo el edificio está deteriorado y erosionado.

Esto ya no es una clínica.

—¿Qué quiere? —La gobernanta, que es la esposa del director, está de pie frente a los escombros—. ¿Va a ayudarme a recoger todo esto? ¿O ha venido a reírse de nosotros? Si es así, le pido que se vaya. No quiero volver a ver su cara.

Es evidente que está cansada. Tiene el pelo alborotado, con mechones cayendo sobre su rostro, y la piel mate.

—Estimada señora, yo estoy de su lado. Es necesario que deje de perder el tiempo discutiendo conmigo. Por favor, deje que vea a mi cliente... A la señorita Ryōko.

—Ryōko está indispuesta. No puedo permitir que la vea.

—No queda mucho tiempo. Si no coopera, el sanatorio podría ser clausurado mañana. Si está dispuesta a enfrentarse a una calamidad así, me retiraré.

Espera. ¿Qué voy a hacer? Aunque hable con Ryōko no podré evitar la destrucción de la familia que vive entre estas ruinas.

¿Qué estoy haciendo?

—Ryōko está en su alcoba. Es la que está al fondo de la vivienda.

A pesar de su fuerte carácter, la anciana ha accedido muy fácilmente. Tiene los ojos húmedos. ¿Está alterada, o sus lágrimas son producto del cansancio? No puedo saberlo.

Entro en el edificio y, aunque aquí no es necesario descalzarse, me pongo unas pantuflas para las visitas. Esto no encaja con la situación en la que estamos. Me sonrojo un poco.

—¿Va a entrar en la habitación de Ryōko? ¿No será que usted y ella...?

—No diga tonterías —le digo con autoridad.

Ha sonado a algo que podría haber dicho Kyōgokudō.

¿No me perderé? No lo pienso en ningún momento. Si no pienso en ello, no me perderé. Me detengo sin titubear frente a la puerta que creo que es la del dormitorio de Ryōko. Llamo con los nudillos.

—Soy Sekiguchi. ¿Puedo pasar?

Sin esperar una respuesta, pongo la mano en el pomo de la puerta y abro.

Ryōko está en la cama, sentada.

Bajo su ligero camisón, sobre su pecho izquierdo, se trasparenta una especie de alga que probablemente han usado para curar la herida.

Es doloroso verla así.

—Señor Sekiguchi...

Estaba llorando o durmiendo, tiene los ojos un poco hinchados.

—Disculpe que la moleste. Sé que no es cortés entrar en la habitación de una mujer, pero no tengo mucho tiempo. ¿Puedo pasar?

Ryōko asiente.

Es un cuarto modesto.

Como es la primera vez que entro en la habitación de una mujer, no puedo compararla con nada, pero parece medio vacía. No tiene adornos. Mientras se incorpora, me hace una señal para que tome asiento.

Me acomodo en una silla que hay colocada junto a la cama.

—Me dieron en el pecho con una piedra. Solo ha sido un golpe, no me he roto nada, pero como tengo el corazón débil...

—Lo siento muchísimo. Lamento no haber podido hacer nada para ayudarlos. No sabía que iba a salir publicado en la prensa...

Sobre el aparador hay dos *kasutori*.

—Nos las tiraron.

—¿Las ha leído?

—Sí.

Ryōko no dice nada más al respecto.

—La policía se ha puesto en marcha, aunque no por la desaparición del señor Masao.

—¿Es por los bebés? ¿Por el asunto de las desapariciones?

—Así es. La policía va a investigar la muerte de Sumie Toda, una de las enfermeras que trabajaba aquí. Es probable que registren el sanatorio.

—¿Cuándo?

—He logrado que lo posterguen hasta mañana. Si no consigo resolver todo esto antes de mañana, la policía asumirá el control. Desmontará todas las mentiras que se hayan vertido sobre el caso del señor Masao, y también sobre el asunto de los recién nacidos. Escribirán sobre la familia, no en revistas obscenas, sino en los periódicos. Aunque sean inocentes, les destruirán.

—Ya lo han hecho —me dice Ryōko—. No sé qué creer, estoy

empezando a dudar si lo que hay escrito en esos artículos no será verdad. Si mi familia es una banda de criminales, si hemos cometido actos que provocarían la ira del Cielo, tendremos que aceptarlo. Lo mejor sería que nos condenaran a muerte.

Una vena cruza la frente de Ryōko, marcando el dolor en su ceño.

—Señorita Ryōko, usted me pidió ayuda. Todavía no me he rendido y tampoco debe hacerlo usted. No obstante...

—No obstante, ¿qué?

—Quiero que me cuente toda la verdad. Hay muchas cosas que ignoro, muchas cosas a las que he tenido que dar un rodeo antes de llegar hasta aquí. ¿Me ha mentado?

¡Parezco Enokidu!

Ryōko levanta la cara y se pone la mano derecha sobre el pecho izquierdo.

—Estaba al tanto del asunto de los recién nacidos y sabía que la policía había estado aquí. No se lo conté porque no tenía nada que ver con el otro caso, solo eso. No sé qué pasó realmente, pero...

Le duele la herida o el alma, el dolor ha teñido de un color oscuro su expresión.

—Hay algo en lo que le he mentado: la noche en la que tuvo lugar la desaparición.

—¿Cómo dice?

Aunque yo mismo la había acusado de mentirme, no puedo ocultar la sorpresa.

—Si le soy sincera, no sé dónde estuve esa noche.

—¿No lo sabe?

—No lo recuerdo, como mi hermana. Me sorprende aún más.

—Yo... No sé desde cuándo me ocurre, pero a veces pierdo totalmente la memoria. No sé lo que hago, ni a dónde voy. Lo olvido todo. —Ryōko habla lentamente, como si eligiera sus palabras. Levanta la mirada—. Es difícil de explicar, pero suele ocurrir cuando tengo el periodo. Afortunadamente, mi menstruación no es regular y me ocurre en contadas ocasiones —me dice con vergüenza.

—Ah... Aquella noche... Bueno, usted...

—No tengo ningún recuerdo de aquella tarde. Estaba en esta habitación, pero cuando desperté era medianoche. Había pasado más de un día. Los sirvientes no me vieron, así que debí estar todo el tiempo en esta habitación.

Por eso le mentí. Aunque a mi familia debería haberle extrañado que no saliera en todo el día, no mostraron preocupación alguna. Es muy raro.

No sé qué responder. Miro fijamente la nuca de Ryōko. Ahora que lo pienso, da igual dónde estuviera: eso no tiene ninguna relevancia en el caso.

—Yo... ¿Estaré enferma? Esto no es normal, ¿verdad? Esta es la razón por la que no dudé que fuera cierto que mi hermana no recordaba nada.

—No es tan raro. Aunque existen distintos grados, cualquiera puede sufrir lagunas de memoria. De hecho, si se sabe su causa, se puede curar.

Cada vez que habla conmigo, Ryōko acaba confesando algo doloroso para ella.

—¿Usted cree? A mí no me parece que sea solo una enfermedad, señor Sekiguchi. Usted ya lo sabe, ¿verdad? Lo abominable que es la sangre de los Kuonji.

El linaje maldito: el *tsukimonosuji*.

—El *tsukimono* es solo una superstición, una tontería sin sustento. Es intolerable que algo así destroce sus vidas. Estamos en Shōwa, una época de democracia y ciencia. Esta ya no es una era subdesarrollada en la que la creencia en las maldiciones siga teniendo vigencia.

—Pero... Quiero que vea esto. —Ryōko se aclara la voz y saca un trozo de papel del cajón de la mesita de noche—. Naitō lo encontró clavado en el árbol de ginkgo que hay cerca del templo Kishibojin.

El papel está recortado con forma de silueta humana. Tiene varios agujeros. Parece uno de los fetiches que se colocan en los templos sintoístas: en él hay escritos unos caracteres chinos muy complejos y otras letras negras indescifrables. Lo único que consigo leer son cinco caracteres chinos: faOi1 «Masao Kuonji».

—¿Es un fetiche para hacerle brujería a alguien?

—No lo sé, pero no parece algo propio de una época de democracia y ciencia —me dice con tristeza.

—Déjeme examinarlo —le digo. Ryōko me entrega el monigote y sigue hablando.

—Las supersticiones destruyeron la vida de mi madre, de mi abuela y de mi bisabuela. Usted dice que no cree en eso, señor Sekiguchi, pero eso no va a eliminar las heridas de una familia sobre la que pesa una maldición así. Nos marchamos de Sanuki para escapar de esa vida, pero...

Los ojos de Ryōko se posan sobre las revistas del aparador.

—Señorita Ryōko...

—Mi padre, que siempre fue una persona racional que desdeñaba las supersticiones, en un principio creyó que podríamos dejar atrás los rumores. Pero al final se cansó y aceptó la realidad. Por eso quería que yo estudiara Medicina; ya que no iba a poder casarme como cualquier otra chica normal, pensó que eso sería lo mejor para mí. Pero yo no estaba hecha para la medicina: era enfermiza y no siempre podía ir a clase. Entonces decidió que estudiara Farmacia. Lo intenté, pero fue imposible.

Entonces, ¿Ryōko tiene algunos conocimientos sobre farmacología? Debe saber cómo usar la datura...

—Yo quería estudiar Literatura clásica.

La sorprendente confesión de Ryōko interrumpe mis pensamientos. La joven mira una estantería.

—Solo conseguía escapar de la realidad cuando leía obras del medievo japonés (1160-1590).

En la pequeña estantería con puertas de cristal hay muchos libros de esa época.

Además son libros que no puede leer cualquiera: *Recopilación de cuentos de Uji*[\[109\]](#), *Historias increíbles de Japón*[\[110\]](#) y *Antología de cuentos del pasado*[\[111\]](#)... Conozco esos títulos, pero los demás solo podría reconocerlos alguien como Kyōgokudō.

—Pero ahora sé que mi afición por la lectura, por el mundo de los espíritus y demonios, solo era una forma de escapar de mi triste realidad, del linaje maldito al que pertenezco. Mi único alivio ha sido siempre mi hermana...

Su hermana menor. Kyōko Kuonji.

Ryōko aprieta la mandíbula y aparta la mirada hasta la pared.

—Mi hermana era alegre, popular, siempre destacaba entre los demás. Me gustaba mucho que me contara a qué sitios había ido, ya que yo casi siempre estaba guardando cama. Me enorgullecía de ella, de su vitalidad. Como yo era tan enfermiza, mis padres decidieron que fuera ella quien heredara el apellido Kuonji. Estaba convencida de que mi hermana terminaría con este abominable maleficio, de que me libraría de la pesada cruz que llevo sobre los hombros. Me alegré mucho cuando se casó.

Dicho esto, Ryōko saca las piernas de la colcha, se sienta en la cama y se lleva la mano a la frente.

—Pero el resultado fue esta terrible situación. Cuando vi cómo iba debilitándose mi hermana, cuánto estaba adelgazando, no supe qué hacer. Si

esto es producto de la maldición que pesa sobre el apellido Kuonji, ese debería haber sido mi destino, y no el de mi hermana. Esto es una pesadilla y ninguno de nosotros puede escapar de ella. Si esto sigue así, yo...

Ryōko empieza a llorar.

Hace unas horas creía que no podía haber belleza en la visión de alguien llorando.

Pero Ryōko, cuando llora...

...es hermosa.

—Señor Sekiguchi... —dice Ryōko, y se derrumba.

La cojo en brazos. La mujer pone la cara contra mi pecho y llora con mayor fuerza aún.

En otra vida, fuimos amantes.

O quizá es solo una fantasía.

Un recuerdo borroso de una vida anterior, una fantasía erótica y delirante.

La llevo en brazos lentamente mientras absorbo el calor de su cuerpo.

—Disculpe... Yo...

Sin embargo, no intenta alejarse de mí.

No hay ninguna duda; en otra vida conocí a esta mujer.

—Es el de los *otogizōshi* —me dice—, el *onmyōji* de los *ostogizōshi*...

—¿Qué?

—Por favor, quíteme esta maldición.

«Se lo ruego... Sálveme».

Finalmente, recupero la razón y me aparto de ella.

—Lamentablemente, no soy vidente ni puedo exorcizar. Yo no soy...

Abe no Seimei.

Eso es. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Él.

Ese es su trabajo.

Agarro a Ryōko por los hombros.

Bajo su ropa, puedo ver la línea que divide sus grandes y lechosos senos.

Le acaricio los hombros.

—Señorita Ryōko, tengo una idea. Mañana terminaremos con la maldición que ha caído sobre esta casa.

—Señor Sekiguchi...

—Mañana me pondré en contacto con ustedes —le digo, y salgo corriendo de la habitación.



Al otro lado de la puerta, están el director y su esposa. Parecen afligidos. Quieren saber el motivo de mi visita, pero eso ya no importa.

Ya ha oscurecido. El bosque de Zōshigaya está en penumbras, no llega la luz hasta él. Corro.

Él.

Kyōgokudō.

¡Tengo que pedirle a él que le quite esta maldición!

Subo corriendo la Pendiente del Mareo.

Es una noche sin luna.

## 5

Llego a casa de Kyōgokudō justo cuando cambiamos de día. Las nubes cubren por completo la luna y la Pendiente del Mareo no tiene farolas, por lo que todo está a oscuras, tanto que es imposible ver más allá de mi nariz.

Por supuesto, la tienda debe estar ya cerrada, por lo que me dirijo directamente a la puerta principal de la casa. Sin embargo, para mi mala fortuna, no hay ninguna luz encendida. Aunque mis ojos se han adaptado ya a la oscuridad, esta es tan envolvente que estoy a punto de tropezar no una, sino dos o tres veces.

La oscuridad es la que me agarra las piernas.

Cuando estoy a punto de tropezar por cuarta vez, rozo con la punta de los dedos la puerta corredera de la entrada principal. Intento abrirla pero, como me temía, han echado la llave. Llamo a la puerta mientras grito el nombre de mi amigo.

Alguien se mueve en el interior de la casa. Pero no es el dueño, sino el triste gato de Jinhua. *Miau*. Maúlla y araña la puerta desde el interior de la

casa.

Deben haberlo dejado al cuidado de la casa mientras sus dueños no están. Desde nuestra época de estudiantes, Kyōgokudō es capaz de notar si el gato sale de su habitación, tiene el sueño muy ligero. Además, él no suele desvelarse ni salir a divertirse por las noches.

Está, por tanto, en el templo sintoísta.

No sé por qué, pero tengo esa certeza. Giro en mis talones y vuelvo a lanzarme al interior de esa completa oscuridad en la que mis ojos no ven nada.

Mi memoria es mi única guía. Dejo atrás la tienda y me dirijo al bosque donde está el templo.

¿Siempre ha sido tan oscura la noche? Crecí en una ciudad, así que no he experimentado una oscuridad tan completa. El bosque susurra. Los árboles, en el interior de esta negrura, están vivos. De pronto siento miedo.

La oscuridad...

¿Es algo tan terrible?

¿Es distinto el mundo al perder la luz? ¿Se convierte en un universo monstruoso, secreto a nuestros ojos, por el que caminamos inconscientemente?

El terreno cambia y tropiezo. Me quedo tirado en el suelo, con un fuerte dolor en la pierna derecha, y toco con ambas manos lo que parecen ser los peldaños de piedra que llevan hasta el templo. Alzo los ojos al cielo.

La negra noche parece haber sido cortada con forma cuadrada.

Mis ojos tardan un poco en identificar lo que ven, algo que parece la entrada a un mundo irreal. Un arco *torii*[\[112\]](#) recorta el paisaje.

La silueta coercitiva del *torii* escinde la tenue luz como un troquel.

Es el templo sintoísta... El templo de Musashi no Seimei.

Subo hasta allí corriendo.

En la entrada, hay dos lámparas de papel con el pentágono *Seimei Kikyō* impreso. Ambas irradian un poco de luz a este mundo oscuro.

Son las estrellas que ahuyentan a los malos espíritus.

Son las lámparas de papel de Kyōgokudō.

En este templo sintoísta no hay estancias independientes, así que él debe estar en la entrada del recinto religioso.

Del entramado de la puerta escapa una luz anaranjada. No me quito los zapatos y salto los dos escalones hasta llegar a un lugar al que normalmente no entraría nunca: estoy en el interior del ofertorio.

El sacerdote sintoísta está junto al altar, iluminado por su luz. Está recostado con uno de sus brazos como almohada.

—¡Oye! ¡Kyōgokudō! Soy yo, Sekiguchi —le grito mientras golpeo la puerta.

Kyōgokudō mira en mi dirección, irritado.

—Eres un irreverente. ¿Qué hora crees que es? Además, ¿no sabes dónde estás? Este es un lugar sagrado donde debe reinar la espiritualidad y el silencio. Vienes a este templo a horas intempestivas y no solo entras calzado sino que lo haces gritando y golpeando sus puertas. Tu actitud es propia de un chiflado.

—¿Cómo? Tú también eres un irreverente. ¿Qué sacerdote se queda dormido delante del altar? ¡Tú también actúas de un modo anormal!

—Eres un ignorante. Cada persona vive la espiritualidad a su manera. Para mí, esta postura es totalmente respetuosa hacia los dioses. Hay gente que se pone de rodillas y no deja de pensar frivolidades; eso sí que es un sacrilegio. Si tu fe es verdadera, no importa que lleves solo un *fundoshi*[\[113\]](#). En primer lugar, los cánones solo tienen vigencia en el contexto en el que los establecieron. Si aplaudes cuatro veces en un templo sintoísta normal, parecerás un idiota. Sin embargo, en el gran santuario de Izumo[\[114\]](#) o en el templo de Usa[\[115\]](#) sería completamente normal. Es más: aunque los aplausos sean un modo de mostrar respeto, si lo haces frente a un altar budista te ganarás una reprimenda de todos los presentes. Por eso, no hay ningún problema con mi postura actual.

—Lamentablemente, no tengo tiempo para escuchar tus discursos.

Camino hasta dejar atrás el ofertorio. Parece que estoy hablando con el templo.

—He venido a pedirte un favor. Ábreme.

—No seas idiota. ¿Cómo voy a permitir que entre alguien que ni es un *ujiko*[\[116\]](#) ni un sacerdote de alto rango? —me responde. Como no puedo verlo, es como escuchar a un oráculo divino.

—Entonces sal tú.

—Me niego.

En comparación con mi voz, húmeda y gangosa, la voz de Kyōgokudō resuena con fuerza y nitidez.

—Si es sobre el caso Kuonji, ya está finiquitado. No quiero saber nada más del tema.

—¿Finiquitado? Kyōgokudō, tú... ¿Has solucionado el misterio?

—¿Que si he solucionado el misterio? No es para tanto. Simplemente, me di cuenta de que era como esa parábola india de los ciegos y el elefante. Si

preguntas uno a uno no puedes visualizar la estructura general del misterio; solo descubres que es un elefante cuando pones en común todos los testimonios individuales. Sekiguchi, tú ya sabes que es un elefante: lo has visto. Déjate de teatro.

—¿Qué se supone que he visto? ¿Te estás burlando de mí, como hizo Enokidu? Yo no he visto nada. ¿O estás insinuando que estoy chiflado...?

—Despierta de una vez. —Kyōgokudō se ha acercado a la puerta sin que me diera cuenta. Al escuchar su voz en un lugar que no espero, me sobresalto —. En cierto modo, puede que lo estés.

—Sí, estoy loco, ¿y qué? Si Enokidu y tú estáis cuerdos, yo debo estar totalmente chiflado. Pero eso no importa. Eres un sacerdote sintoísta, ¿no deberías atender las súplicas de los que acuden a ti?

—Soy un sacerdote sintoísta, no un padre cristiano.

—Es lo mismo.

Sin demora, le cuento lo que ha pasado con Goichi Harasawa, Tsuneko Umemoto, Tokizō Sawada y su esposa Tomiko, así como lo que piensa hacer Kiba y mis últimos descubrimientos sobre los Kuonji.

Mi amigo, al otro lado de la puerta, no sé si me está escuchando.

Cuando me callo, se hace el silencio, como si yo fuera el único ser que existiera en este mundo. Me siento como si la oscuridad estuviera royéndome el cuello. Es un silencio violento.

—Sekiguchi, ¿quieres meter la nariz en el caso de los recién nacidos desaparecidos?

—Si está relacionado, lo haré. ¿Qué pasa? Tú sabes algo, ¿no? ¿Cuál es el monstruo que los ciegos como yo hemos estado acariciando?

—¿Quién sabe? A diferencia de ti, yo no he visto nada. El único misterio para mí es tu actitud... —me dice, dándome la espalda.

En ese momento...

Las yemas de mis dedos encuentran el fetiche que me guardé en el bolsillo. Lo meto entre las rejas para que él pueda verlo.

—Kyōgokudō, mira esto, por favor. ¿Qué es? ¿Para qué se usa?

—¿Qué? Esto es una maldición para matar a alguien. Es muy antiguo... Parece uno de esos muñecos de paja que se usan en el Rezo de la Hora de la Vaca[117]. Pero no estamos en la época Heian; me sorprende que este tipo de tradiciones sigan vigentes.

—Un muñeco maldito... Esto... ¿Realmente funciona? Espera, ¿las maldiciones existen de verdad?

Eso es. Una maldición. Tanto la desaparición de Fujimasa como la de los recién nacidos forman parte de la historia de la abominable represión que han sufrido los Kuonji: todo ha sido culpa de las maldiciones.

Si las maldiciones existen... Si realmente es posible maldecir a alguien...

—Claro que existen. Además, surten efecto. Las maldiciones son como las bendiciones: algo que no tiene sentido en sí mismo pero que contiene un significado, cierto poder. Cuando son positivas se las llama bendiciones, pero cuando su sentido es negativo reciben el nombre de maldiciones. Las maldiciones no son más que palabras, pero palabras cargadas de intención.

—No quiero escuchar más teorías; lo que quiero es saber si las maldiciones pueden surtir efecto, si pueden matar o llevar desdichas a alguien.

—Solo tienen efecto si crees en ellas.

—¿Hay alguna fuerza sobrenatural involucrada?

—No, ese tipo de fenómenos no existen. Las maldiciones son bombas de relojería que se implantan en el cerebro. No creo que puedas llegar a comprenderlo.

No importa si lo entiendo o no. Si dice que pueden surtir efecto, entonces debe ser así.

Solo quería corroborarlo.

—Kyōgokudō, entonces tú debes poder quitar esa maldición, ¿no?

No hay respuesta.

—¿Puedes hacerlo? ¡Contéstame!

—Puedo hacerlo. Pero ¿qué diantres quieres...?

—Los Kuonji. ¡Por favor, elimina la maldición de la familia Kuonji!

Por un momento, la oscuridad se invierte y todo a nuestro alrededor se vuelve completamente blanco.

En mis ojos quedan plasmadas las vetas de la descolorida madera de la puerta del templo budista.

Un instante después, las vetas vuelven a ser absorbidas por la oscuridad.

Se escucha el sonido de un trueno.

Finalmente, el cielo se ha roto.

Caen grandes gotas de lluvia que parecen disfrutar mojando a estos pobres diablos.

La voz de Kyōgokudō se alza sobre el sonido de los truenos.

—Me niego.

—¿Por qué? ¿No se supone que eso forma parte de tu trabajo? ¿O solo te

niegas porque soy yo el que te lo ha pedido?

—Mira, Sekiguchi, no quiero que alguien muera o salga herido por mi culpa. Además, este estúpido caso va a resolverse sin necesidad de que nos involucremos.

—¿Estúpido? ¿Por qué estúpido?

De nuevo, un relámpago lo ilumina todo. Al otro lado de la reja veo la cara de mi amigo, que parece la de un fantasma, antes de que sea absorbida de nuevo por la oscuridad.

Kyōgokudō, el oráculo del templo sintoísta, no dice nada más.

—No voy a moverme de aquí hasta que aceptes este trabajo. ¿Me has oído, Kyōgokudō? ¡Estoy hablando en serio! —grito a todo pulmón. Mi voz ha desafinado, pero no me importa. Me siento y, al apoyar la espalda contra el ofertorio, noto que se relajan todos los músculos de mi cuerpo. La lluvia tibia me cala poco a poco.

¿Estaré loco?

—Esto es una locura.

Aquella vez...

¿Por qué me dio tanto miedo aquella chica?

Aquella vez...

Ella se estaba riendo.

Su piel blanca como la cera.

Sus labios color rosa.

Su blusa blanca.

Su falda oscura.

Las pálidas pantorrillas al descubierto.

Y esa línea roja, esa línea roja de...

«Vamos a jugar».

Me dijo eso al oído. Obscenamente.

No, eso no es cierto. No era ella la pervertida.

Era...

En aquel momento, aquella muchacha...

Kyōko Kuonji.

No parece formar parte del pasado.

La joven de la que estaba enamorado mi amigo, en la recepción de

aquella clínica, con las piernas blancas y rojas, ese color rojo...

¡Ah!

Por eso salí corriendo.

Una joven como ella jamás habría dicho una frase tan perversa.

El perverso, ese era...

¡Qué calamidad!

¿Estaba loco? No, no lo estaba. ¡Para nada! Yo huía...

Atravesé corriendo los recintos del templo Kishibojin. El bosque de Zōshigaya murmuraba. Estaba oscuro, una negrura inmensa. Corrí junto a las tumbas. ¿A dónde tenía que volver? ¿Al manicomio de Sugamo? No, tenía que volver a mi habitación. A mi dormitorio estudiantil, donde me esperaban Chūzenji, Enokidu y Masao Fujino.

Se abre la puerta.

Es Chūzenji.

Sí, tengo que contárselo todo. Eso me aliviará.

—¡Chūzenji! La muchacha de la que está enamorado Fujimasa... Kyōko Kuonji... Yo...

—No tienes que decir nada más. Nadie más sabe lo que ocurrió hace doce años.

Chūzenji... no, Kyōgokudō tiene una lámpara de papel en la mano.

Como si hubiera rodado por una pendiente, he regresado al dieciséis de septiembre de 1940.

—Yo... Yo he...

—Parece que eres tú el que necesita que lo despojen de un *tsukimono*, Sekiguchi.

Kyōgokudō se pone en cuclillas e ilumina mi rostro.

—Tienes los nervios destrozados, deberías descansar un poco. En serio, no me das más que disgustos. Vas a pillar una gripe, aunque estemos en verano.

Estoy empapado.

Además me he hecho bastantes arañazos, me está saliendo sangre.

Después de tropezar con el peldaño de piedra, tengo la espinilla derecha inflamada y el pantalón roto.

Parece que he estado casi tres horas así, naufragando en mis recuerdos del pasado.



Las grandes gotas de lluvia se han convertido, sin que me dé cuenta, en una ligera llovizna.

—Acepto el trabajo. Pero te va a costar mucho.

No comprendo de inmediato lo que me dice.

—Entonces, Kyōgokudō, ¿aceptas? ¿Vas a eliminar la maldición de los Kuonji?

—Hay condiciones. Si no las aceptas, no lo haré. —Escucho sus exigencias, aturdido—. Primero, la hora: será esta noche a las ocho. Quiero comprobar algunas cosas antes. Lo haremos en la habitación de la que desapareció Fujimasa, la biblioteca. No puede ser en otro lugar. Antes de esa hora debes reunir a todos los que tengan algo que ver con la familia Kuonji, excepto Tokizō y su esposa. En la biblioteca, tiene que haber cinco sillas, una de ellas para ti. La señora Kyōko no la necesitará, ya que estará acostada. Tampoco yo necesito silla. Y...

Kyōgokudō se detiene un momento. Saca un pañuelo y me lo entrega. Probablemente es para que me seque, pero lo aprieto con fuerza en la mano.

—Lo importante viene ahora. Llama a Kiba y pídele que vaya junto a dos o tres policías fornidos. Que vayan vestidos de civiles y que estén preparados para actuar cuando sea necesario. Pueden quedarse en el jardín, o en otra habitación.

—Pero eso...

—Si no lo resolvemos hoy, entrarán mañana con una orden de registro, ¿no? ¿Qué importa que se adelanten algunas horas?

—Eso es cierto, pero... ¿Para qué los necesitamos?

—Para que atrapen a los que intenten escapar.

—Cuando quitemos la maldición, ¿existe la posibilidad de que alguien escape? ¿Fujimasa? O bien...

—Estás demasiado aturdido para pensar. Además...

—¿Aún hay más?

—Si quieres, podemos dejarlo aquí.

—No, no me estoy quejando.

—Además de los policías necesitaremos un equipo médico. ¿Quién nos sería de ayuda? Podrías llamar a Satomura, el médico forense. Es broma, lo importante es que consigas a alguien bueno. Aunque no podamos evitar que alguien salga herido, tenemos que conseguir que no muera nadie. Por suerte, podremos utilizar las instalaciones de la clínica. Te lo repito: no quiero que nadie muera por mi culpa.

Acepto sus condiciones.

El reloj marca ya más de las cinco de la madrugada. Como las nubes lo cubren todo, el sol no hace su aparición al amanecer. Es como si estuviera en una pesadilla de la que no puedo despertar.

Después de darme un baño en casa de Kyōgokudō, descanso un poco en la habitación de invitados. Doblo el cojín y apoyo la barbilla en él. Me duermo acurrucado como un gato.

Cuando despierto, ya son más de las nueve. Sigue lloviendo, pero Kyōgokudō se ha marchado. Sobre la mesilla están las llaves de la casa y una nota escrita con una letra casi ilegible.

No dice nada importante: que eche la llave al salir, que es una copia y me la puedo llevar.

Me afeito en el lavabo, me bebo dos vasos de agua, cojo la llave que me ha dejado y bajo la pendiente. He cogido prestado sin permiso un paraguas.

Como no me apetece volver a casa, me compro una camisa de cuello abierto y un pantalón barato en una tienda de segunda mano. Mientras me arreglan las mangas, examino mi pantalón roto: no solo está rasgado, sino que también está lleno de lluvia, lodo y sangre. Será difícil arreglarlo, pero se lo pido al de la tienda. Me pregunta si me he topado con un salteador de caminos. Es una sugerencia totalmente anacrónica.

Tengo la sensación de que hace mucho tiempo que no vuelvo a casa. Recuerdo con nostalgia el rostro de mi esposa. Estoy muy cansado.

—Maldito Kyōgoku, siempre con sus tretas —dice Kiba cuando lo llamo por teléfono, y suelta una carcajada—. Pasaré a recogerte a las siete, nos vemos al final de la Pendiente del Mareo.

A continuación, intento llamar por teléfono a Ryōko, pero me quedo un buen rato con el auricular en la mano, sin marcar, dudando. Antes de llamar a Kiba debería haberla llamado a ella, pero no se me ocurre qué decirle. Como el dueño del restaurante está empezando a mirarme mal, decido marcar, aunque aún no estoy muy convencido.

—Esta noche iremos acompañados por un *onmyōji*.

La joven está asustada, pero al final consigo que me prometa que todos los miembros de la familia estarán presentes. Como me dijo Kyōgokudō, me siento un poco aturdido. En lugar de mostrarme educado y comunicativo, le digo lo que necesito sin más. Supongo que no está mal, teniendo en cuenta las circunstancias.

Cuelgo el teléfono. Me preocupa un poco pensar que Ryōko tendrá que

convencer a su testarudo padre y a su obstinada madre. Además, como no le he dicho nada sobre la emboscada que Kiba tendrá preparada, me siento un poco culpable y deprimido.

¿Qué estoy haciendo?

Intento relajarme un rato, pero no hago más que malgastar el tiempo.

Tengo una idea.

Aunque Kyōgokudō me dijo que descansara, mi cabeza no se calma.

Hay demasiadas cosas que no entiendo. ¿Cuál es la respuesta al misterio? No hay duda de que Fujimasa desapareció, al igual que los recién nacidos. Pero algo me dice que esa no es la raíz del problema. ¿Cuál es el elefante que se supone que ya he visto?

Me quedo momentáneamente en blanco. De repente, la imagen de Kyōko Kuonji aparece en mi mente como una sombra.

Hace un calor húmedo. Aun así, la lluvia cada vez cae con mayor fuerza. Necesito ir a algún sitio donde pueda tranquilizarme un poco.

Para resguardarme de la lluvia, entro a una cafetería bastante fea que hay frente a la estación. El interior es oscuro y suena de fondo una melodía clásica que no conozco. No hay mucha diferencia entre la temperatura exterior e interior.

Llamo por teléfono a Kyōgokudō. Como ya ha vuelto, le informo de que Kiba irá a recogerme a la pendiente. El teléfono de la cafetería es muy moderno, un aparato de alta fidelidad que no parece encajar con este lugar.

Me siento en una incómoda butaca cuyos muelles se me clavan para tomarme un café tibio de aroma débil. No sé por qué, pero me siento aliviado. Me adormilo un poco.

Son las seis menos cinco. Estoy en la Pendiente del Mareo, es decir, junto a la entrada de la tapia de arcilla color café que rodea el barrio de las tumbas. No sé si es por la lluvia pero, aunque ya he estado aquí muchas veces, hoy parece distinto.

Dos Jeeps se acercan haciendo un ruido estruendoso y salpicándolo todo. Kiba va en el de delante. Parece un *onigawara*[\[118\]](#)

—¿Te he hecho esperar bajo la lluvia? Sube, rápido —me grita con una voz aguda casi al mismo volumen que el sonido de la lluvia.

Cierro el paraguas y corro a pasos cortos hasta el vehículo. Subo a la parte de atrás. Aunque ha sido un trayecto corto, me he mojado. Soy muy torpe.

—Este es Aoki, mi ayudante. En el coche de atrás, vienen Satomura, su asistente, y un tipo grande apellidado Kinoshita que es experto en judo. Aoki

fue miembro de las Unidades Especiales de Ataque, un kamikaze que no logró cumplir su misión.

—No diga eso, jefe —dice Aoki muy serio, y a continuación me hace una reverencia.

Aunque Kiba es muy hablador, hoy está callado. Yo tampoco hablo mucho. Todos estamos un poco nerviosos.

—¿Qué es lo que quiere Kyōgokudō que hagamos? —me pregunta Kiba. La llovizna es tan fina como un hilo. El exterior está borroso, como si mirara a través de un cristal esmerilado.

Sobre la pendiente, hay un pequeño punto de luz. Kiba cierra los ojos.

—Mirad, el demonio ha bajado de la montaña.

Es una estrella, un pentágono *Seimei Kikyō* como el de las lámparas de papel. Entre la lluvia y la niebla emerge la extraña silueta de hombre con un paraguas de papel de estilo japonés. Va totalmente vestido de negro, como si se hubiera teñido con tinta. En su *haori*[\[119\]](#) lleva impreso el símbolo del *Seimei Kikyō*. Lleva *tekkō*[\[120\]](#), unos *tabi*[\[121\]](#) negros y unos *geta*[\[122\]](#) también negros con las tiras en rojo.

Es Kyōgokudō.

Al parecer, ha abandonado su habitual pereza para bajar la pendiente.

Bajo sus ojos, han aparecido unos cercos oscuros, como el maquillaje que usan los actores de kabuki, que lo hacen parecer demacrado.

Se acerca a nosotros sin hacer ruido, abre la puerta cuidadosamente y sube en silencio.

Como está vestido de negro, parece que no está mojado. Me ignora, se acerca a la parte delantera del vehículo y murmura algo al oído de Kiba. Este asiente y le contesta. ¿Estarán discutiendo qué van a hacer? A lo mejor no quieren que yo lo escuche. Como no quiero entrometerme, hago como si no me diera cuenta y miro por la ventana, pero no puedo ver el paisaje; lo único que refleja el cristal es mi cara de tonto.

*Tintín.* Me ha parecido escuchar un carrillón de viento. Deben ser mis oídos jugando conmigo.

Kiba le presenta a Aoki, que mira a Kyōgokudō con ojos de cordero degollado.

—He quedado allí con Atsuko. La llamé porque quería preguntarle una cosa e insistió en venir. Habría venido aunque me hubiera negado, así que le pedí que me ayudara. Espero que no os importe —dice Kyōgokudō, y a continuación se queda completamente callado.

En esta tarde lluviosa, el sanatorio Kuonji parece una gigantesca masa de escombros. Para que no sospechen nada, dejamos los Jeeps cerca del sendero y caminamos el resto del trayecto. Atsuko está en la entrada con un enorme paraguas negro.

Al ver que somos nosotros, hace una reverencia y comienza a seguirnos.

Kiba y su comitiva de seis personas atraviesa el jardín intentando no ser vista y se dirige directamente al edificio de Pediatría, donde esperará detrás de la arboleda. Los hermanos Chūzenji y yo nos encaminamos hacia la puerta principal.

La puerta sigue en el mismo estado que ayer; parece que han desistido de limpiar. La lluvia ha caído sobre el piso de cemento. Junto a los vidrios pulverizados se pueden ver restos de basura. Ahora sí que parece un lugar en ruinas.

Las lámparas eléctricas de la entrada también están rotas. Ver el largo pasillo alumbrado por una única bombilla acentúa la sensación de decadencia. Siento un enorme desasosiego.

Ryōko está al fondo.

—Estábamos esperándolos.

Ryōko lleva una blusa blanca y una falda negra, como anteayer.

—Señorita Ryōko, este es...

Cuando me giro hacia la persona que le estoy presentando, Kyōgokudō ya ha escurrido su paraguas y está frente a ella.

—Por fin nos conocemos, señorita Ryōko Kuonji —le dice, adelantándose a mí—. Soy Kyōgokudō.

—¿Usted es... el *onmyōji*?

—No sé qué le habrá dicho este hombre pero, sí, lo soy. Aunque esa denominación está en desuso. ¿Están ya todos reunidos?

—En el lugar que pidió, la biblioteca. ¿Es cierto que usted puede eliminar la maldición que aqueja a mi familia?

Kyōgokudō se ríe.

—Sí, he venido a ahuyentar el mal de esta casa; he venido a expulsar a la *ubume*.

—¿A la *ubume*?

—«Los miedos absurdos se repelen con risas», a eso me refiero.

—Es una cita de *Cien cuentos de las provincias*, ¿verdad? Si no me equivoco, del tomo cinco. *El monstruo que grazna en el bosquecillo de las grullas*. Se refiere a ese, ¿no?

—Qué bárbaro, su conocimiento es impresionante. Aunque no sea mi intención, mi papel es el del samurái tonto de esa historia.

—Se refiere a que al final solo era un martinete, ¿no? Pero quizá este sea un monstruo de verdad.

—En la práctica, ambas cosas son lo mismo.

Kyōgokudō examina a Ryōko y se sonríe.

Como yo no reconozco la cita, no entiendo de qué están hablando.

El tipo vestido de negro y la mujer monocromática. Ha desaparecido el color de este mundo.

Y llego a la siguiente conclusión: no debí traer a este tipo aquí.

Kyōgokudō y Ryōko no deberían haberse conocido nunca.

Ryōko y Enokidu son muñecos, podríamos decir que ambos son habitantes del más allá. Pero Kyōgokudō es distinto; él no es un muñeco, es un titiritero. Aunque no tengo pruebas que lo demuestren, creo que él podría destruir esta familia, más que el detective o la policía.

Y he sido yo quien lo ha traído.

He sido yo.

Es lo que temí desde un principio, pero ahora es demasiado tarde. Kyōgokudō comienza a caminar, dirigido por Ryōko.

En ese momento escucho, junto al sonido de la lluvia, el llanto de un bebé.

El frío atraviesa mi cuerpo, como si me hubieran arrojado agua helada.

La *ubume*.

No, ese debe ser el bebé que nació anteayer.

—Oiga...

Atsuko Chūzenji me empuja para que camine. Estoy petrificado. Ryōko entra un momento en el cuarto de las enfermeras.

—Quédate tú a cargo de todo —dice.

Entonces es cierto: en el edificio principal hay un recién nacido.

Antes de salir, tenemos que volver a ponernos los zapatos. Los míos están mojados, así que tardo mucho en hacerlo.

Sigo a los tres que caminan ante mí, como si estuviera resignado.

Cuando Ryōko entra en la habitación, Kyōgokudō hace una señal a su hermana para que se acerque y poder decirle algo al oído. Atsuko, sin esperar a que me quite los zapatos y me ponga las pantuflas, se pierde en el pasillo que lleva hasta la puerta principal. Probablemente va a abrir la puerta trasera para dejar entrar a Kiba y sus secuaces.

Kyōgokudō me deja pasar primero.

Dudo. En cuanto entre, todas las miradas se concentrarán en mí.

Sin embargo, mi temor es infundado. Aunque me he convertido momentáneamente en el centro de atención, los Kuonji apenas reparan en mí. La gobernanta está callada, tan débil como el día anterior; el director está mirando el techo y Naitō, que fuma junto a la ventana, me mira de soslayo.

—Anda, pero si es el detective del otro día. Y tú eres el exorcista, ¿no? Primero un detective y ahora un hechicero; en serio, Ryōko, esta es la última vez que colaboro en una de tus ridículas historias. Esto va a originar más rumores, y cada vez que publican algo, viene alguien a destruirnos la entrada del sanatorio —dice el director, que parece preocupado por la terrible situación en la que se encuentra su negocio.

Los otros dos están callados.

Ryōko se detiene ante la puerta de la habitación cerrada. No me mira a mí, sino a Kyōgokudō.

—¿Qué quieren de nosotros? ¿Qué pretenden hacer? —pregunta la gobernanta con voz temblorosa.

Kyōgokudō pasa junto a mí, que estoy petrificado en la entrada.

—Te advierto que tus charlatanerías no tienen ningún efecto sobre mí —le dice el director a Kyōgokudō, mirándolo con desdén y levantando la barbilla desafiantemente—. Aunque la boba de mi mujer crea en este tipo de cosas, yo soy un hombre de ciencia.

Kyōgokudō no se inmuta.

—Si usted es un hombre de ciencia, debería ser consciente de la situación en la que se encuentra y obrar con tranquilidad.

—¿Qué quieres decir?

—Si mantiene la calma, podrá evaluar mis acciones y sus resultados.

El anciano hace una mueca, como si hubiera recibido un golpe inesperado.

—¿Qué dices? Yo no sé nada sobre conjuros y encantamientos. ¡No creo en fantasmas ni en maldiciones!

Kyōgokudō camina sin hacer ruido y se detiene detrás del director. Le mira la calva nuca y, sin cambiar de tono, dice:

—Señor, yo tampoco creo en esas cosas.

—¿Cómo? —pregunta con voz confusa. Se gira pero no encuentra a nadie y, una vez más, el intruso vestido de negro le habla desde atrás.

—No se deje engañar; en este mundo no hay nada misterioso. Solo existe

lo que debe existir. Solo ocurre lo que debe ocurrir.

El anciano está rojo de furia, parece un pulpo cocido.

Kyōgokudō esquivo con agilidad la mirada del anciano y sigue hablándole desde atrás.

El director deja de perseguir a Kyōgokudō y baja la mirada, enfurecido.

—Aunque ahora no lo crea, la situación es como usted cree. Lo único que voy a hacer es abrir la puerta para dejarles entrar. Para eso he venido.

—No puede ser, no podrá hacerlo... —farfulla el director antes de quedarse en silencio.

El tipo de negro, que parece la mismísima Muerte, dice en una voz aún más grave:

—Véalo con sus propios ojos. Es fácil.

Es una araña intentando atrapar a su presa. Sí, el anciano está ya en las garras de Kyōgokudō.

Conmigo también lo hace siempre.

Como si hubiera estado esperando su turno, Naitō alza la voz.

—Muy divertido. En serio que lo es. ¿Cómo se te ha ocurrido traer a gente así, Ryōko? Primero fue un detective vestido de aviador, y ahora un exorcista en kimono. Cuando me dijeron que eliminaría a los malos espíritus pensé que sería un monje o un bonzo del monte Ei[123], pero lo que tenemos aquí es a Sukeroku[124] del teatro kabuki...

Aunque el atuendo de Kyōgokudō es distinto al de Sukeroku, su afirmación tiene sentido.

—Y encima resulta que no cree en espíritus. Es posible que yo sea un inmaduro, pero soy capaz de discernir. Nunca había visto a un religioso que no creyera en los espíritus.

Kyōgokudō camina hasta colocarse ante Naitō, que está ya en posición de ataque.

—Quiero que le quede clara una cosa: la base del budismo es la reencarnación. Tras la muerte, atravesamos uno de los seis caminos y renacemos. No hay margen para la duda. La fe en el budismo es incompatible con la creencia en los espíritus. —Da un paso adelante—. En el caso del cristianismo, los no bautizados van al Infierno al morir. Los creyentes van al Cielo. Existe el Demonio, que se contrapone a Dios, pero tampoco cabe en esta fe la idea de los espíritus.

Naitō, que lleva una bata blanca, retrocede y baja la mirada.

—El islam no es distinto: lo más importante es vivir conforme a las



reglas del Corán y los dictados de Alá, de lo que dependerá el lugar al que vayas después de la muerte. Ninguna de las tres grandes religiones del mundo ve con agrado la idea de los espíritus. La religión es para los vivos, no para los muertos. —Kyōgokudō sube la voz y continúa con claridad, sin detenerse—. Por tanto, señor Naitō, es lógico que un religioso no admita la existencia de los espíritus. Usted también debería descartar una noción tan inmadura. Y, además —continúa, con tono provocador—, yo no soy un religioso, tal como usted tampoco es médico.

Naitō levanta la mirada, enfadado.

—¡Pero ha venido a eliminar la maldición! ¿Cómo va a eliminar una maldición si no es religioso? ¿Qué piensa hacer?

—Ya lo he dicho: he venido para abrir esa puerta.

Naitō mira la puerta señalada y parece asustarse.

—Lo siento, pero no voy a participar en esta sesión de comunicación con los muertos, exorcismo, o lo que sea. Aun suponiendo que pudiera hacerlo, Masao está vivo. Algo así no funcionará.

Ryōko no dice nada, pero desenfoca la mirada como si estuviera siendo testigo del fin del mundo.

—Señor Naitō ¿tanto miedo le da entrar en este cuarto? —le pregunta Kyōgokudō.

—¡Qué tontería! ¡Por supuesto que no!

—¿Tiene alguna prueba que apoye su afirmación de que el señor Masao está realmente vivo?

—No tengo pruebas, pero...

—¿No será eso lo que desea? Para usted, él tiene que estar vivo. Todos tenéis esa necesidad.

—¿Eso quiere decir que...?

—No se preocupe. El señor Masao está muerto.

Los presentes están sorprendidos. Aunque todos pensaban lo mismo, nadie, ni siquiera Enokidu, había sido capaz de asegurarlo. Kyōgokudō lo ha afirmado sin titubear.

Ryōko mueve lentamente sus ojos hacia Kyōgokudō.

—¿Está muerto?

—Así es. Y ha maldecido al señor Naitō.

Naitō palidece instantáneamente.

—¿No has dicho que los fantasmas no existen? Deja de decir tonterías.

—He dicho que no creo en ellos, pero las maldiciones surten efecto en

aquellos que creen que son reales.

—¿Cómo?

Naitō está desconcertado. Kyōgokudō mira a su alrededor y se dirige a todos los presentes.

—Desde que el señor Masao desapareció, Naitō no tiene apetito. Tiene problemas de concentración. No puede dormir. Bebe demasiado, ha suspendido el examen nacional, escucha voces... Señales de que un espíritu maligno lo acompaña.

Naitō está anonadado.

—Ya basta. No he dicho nada hasta ahora porque pensaba que era un *onmyōji*, pero lo primero que ha hecho es decir que los espíritus malignos no existen. ¿A dónde quiere llegar? —pregunta la gobernanta. Es cierto que las palabras de Kyōgokudō no tienen ni pies ni cabeza. Sin embargo, ha adivinado exactamente lo que sus adversarios tenían en mente. No es que no tengan ni pies ni cabeza; al contrario. No hay más que ver al director y a Naitō, que siguen callados y cabizbajos.

—Oiga...

Atsuko me da un empujoncito en la espalda y entonces me doy cuenta de que me he quedado parado en la entrada con la puerta abierta. Me aparto y la joven cierra la puerta con cuidado para no hacer ruido. Seguramente ya ha dejado a entrar a Kiba y sus compañeros, que estarán listos para actuar en cualquier momento.

—No sé qué pretende, qué quiere hacer en esta casa —le dice la anciana, que ha recuperado su porte señorial pero habla sin mirar a Kyōgokudō.

Sin embargo, ya no tiene la fuerza, la severidad que mostraba la primera vez que la vimos y que era capaz de repeler a cualquiera. Por el contrario, intenta no mirarlo y parece tener miedo. Me invade una sensación extraña.

—No voy a hacer nada. No voy a usar ninguna artimaña como la que usó usted.

—¿A qué se refiere?

—No se haga la tonta. El rito que llevó usted a cabo se ha revertido, es evidente.

Dicho esto, Kyōgokudō se saca de la manga el monigote de papel que yo le entregué. Lo levanta ante los ojos de la dama.

—¿Cómo...? ¿Por qué...?

—¿No conoce el dicho? El conocimiento es poder. Los Kuonji no solo son un *tsukimonosuji*: sus ancestros seguramente fueron *onmyōji*. Sin embargo,

habría sido mejor que no hubiera intentado utilizar su poder sin saber lo que hacía. No sabía que, para maldecir a alguien, solo son necesarios dos clavos. Usted lo atravesó incontables veces, algo que tradicionalmente suele revertir el mal sobre su actor. Ha sido usted quien ha perjudicado a esta familia.

La anciana está mirando al frente, pero sus ojos no parecen ver nada.

—Dice que el rito se ha revertido, pero ¿quién? ¿Quién ha sido?

—¿De qué diantres estáis hablando? —pregunta el director a nadie en particular, como si estuviera hablando solo.

No responde Kyōgokudō, sino Ryōko.

—Los *shikigami* son los demonios domesticados por los *onmyōji*.

Los ojos confundidos del anciano se posan sobre Kyōgokudō.

—¿No crees en los espíritus, pero crees en los monstruos y los demonios?

Kyōgokudō levanta una ceja.

—La explicación de la señorita ha sido demasiado literaria —le contesta—. Los ritos se materializan en forma de *shiki-gami*. *Shiki* (3), como sufijo, se usa en palabras como *sōshiki* (23) «funeral», *sotsugyōshiki* (J53) «fiesta de graduación», o incluso para *sūshiki* (n3) «fórmula matemática».

—No te entiendo. ¿Con fórmula matemática te refieres a  $1 + 1 = 2$ ?

—Así es. En ese caso, el número uno representa la existencia. Por ejemplo, supongamos que aquí hay una manzana. ¿Qué pasa si traemos otra?

—Pues que tendremos dos manzanas, ¿no? Uno más uno es igual a dos. No existe otra respuesta posible.

—Evidentemente. No es posible cambiar las leyes. Uno más uno siempre son dos. Esto siempre se cumple. Pero eso funciona solo si introducimos esta manzana individual en un grupo general, el de manzana como concepto. En el mundo natural no pueden existir «dos manzanas», ya que no hay dos especímenes exactamente iguales. Existe una manzana y otra manzana, ya que ambas son diferentes. Lo que quiero decir es que, aquí, esa codificación de la manzana individual es en realidad una especie de conjuro. Y, si el signo más representa el rito, la suma es la actividad por la que se lleva a cabo ese rito.

—Muy bien explicado, aunque parecen sofismas... —dice el director sin cambiar de expresión. Para él, cualquier explicación racional de la situación debe ser un alivio, sea cual sea su contenido.

—Por lo tanto, para llevar a cabo un rito, no es necesaria la existencia de fuerzas sobrenaturales. No se puede ir en contra de las leyes de la naturaleza; es la intervención de la motivación humana la que hace que varíe el resultado.

Empero, si vemos los efectos de un rito sin conocer su mecanismo, creeremos estar ante un misterio. Para un salvaje, un receptor radiofónico es mágico. Se dice que el aleteo de una mariposa en China puede provocar cambios en el clima de Europa; lo que quiero decir es que un pedazo de papel, usado sin conocimiento, puede destruir la vida de una persona.

¿Está atacando sutilmente a la gobernanta?

—Pero... —Kyōgokudō se dirige de nuevo a la anciana—. Si se equivoca al hacer el rito, no conseguirá una respuesta correcta. Si quiere que la respuesta utilizando el número uno sea tres, debe sumarle dos o multiplicarlo por tres, o sumarle cinco y dividirlo entre dos. Como ha dicho su marido, uno más uno siempre son dos.

—¿Me equivoqué al hacer el rito? —pregunta con voz constreñida.

—Digamos que fue una confusión. Sea como sea, su odiado Masao ya no está en este mundo. Y el rito que llevó a cabo se ha revertido... —Se gira rápidamente hacia Ryōko—. Y está haciendo infeliz a esta señorita. Lo que durante siglos ha maldecido a esta familia han sido ustedes mismos. Deberían haberse dado cuenta ya.

Nadie abre la boca. Nadie tiene fuerza suficiente para contradecir a Kyōgokudō.

—Bueno, ya nos hemos presentado. Sekiguchi, terminemos con esto —me dice. A continuación me ordena que abra la puerta y entre—. No te preocupes.

Pongo la mano en el pomo. Kyōgokudō me habla en una voz tan baja que apenas puedo escucharlo.

—Espero que no te arrepientas de esto —me dice.

La puerta está abierta. En esta ocasión, he sido yo quien la ha abierto.

Hay un olor extraño y la temperatura es inusualmente baja.

Las estanterías que cubren las paredes resultan oprimientes.

Todo está igual que la otra vez.

Pero... A la derecha de la cama de Kyōko hay colocadas cinco sillas plegables y un biombo de tela blanca que oculta la abominable parte inferior de su cuerpo. Ha debido colocarlo Ryōko para esconder la dolorosa figura de su hermana menor.

Al verlo, Kyōgokudō parece enfadarse. Nos mira y suspira profundamente. Se frota la sien, como si se resignara, y se acerca a la almohada de Kyōko.

Parece agotada. Sí, en aquel momento era una chiquilla. Presiento que mi mente va a nublarse de nuevo, pero no es así. En lugar de eso, noto una

palpitación tras mis ojos, estoy un poco mareado.

—¿Es usted Kyōko Kuonji? —le pregunta Kyōgokudō en un susurro—. Encantado. Yo soy Chūzenji. Fui compañero del señor Masao en bachillerato.

Kyōko no parece comprender lo que sucede, parece aturdida.

—Vaya, qué calamidad —le contesta—. Mi marido no está en casa. ¿Ha venido a visitarlo? Ya ve en qué estado me encuentro, no voy a poder atenderlo como se merece.

—No se preocupe, no se levante. Señora, ¿puedo preguntarle algo? El niño que lleva en el vientre es tan grande... ¿no le habla desde ahí?

Kyōko se ríe. Parece contenta.

—Por ahora no, lamentablemente.

—Comprendo. ¿Tampoco le ha ordenado nada?

—¿Los bebés pueden hacer eso?

—A veces sí. Pero eso es bueno. ¿Está segura de que nunca le ha dicho nada?

—No lo recuerdo, aunque parece que aún falta mucho para que nazca.

Kyōko vuelve a reírse.

—Por cierto, señora, ¿usted todavía quiere a su marido?

—Por supuesto. Es el padre de este niño.

Aunque no puedo verlo desde donde estoy, creo que Kyōko se está acariciando el vientre. Sus ojos no parecen ver este mundo.

—Me alegro, ya que el señor Masao siempre estuvo enamorado de usted. De hecho, hace doce años le escribió una carta de amor.

—La carta...

¡No debe decir eso!

Como sucedió cuando yo le mencioné la carta, Kyōko reacciona violentamente.

—¡La carta de amor! Usted también...

—No lo sabía, ¿verdad? Lamentablemente, usted no llegó a recibirla.

—¿Cómo? —Kyōko parece sorprendida. Sus ojos han perdido su entusiasmo, su vivacidad—. ¿Ha dicho que no llegué a recibirla?

—Así es. Por eso es comprensible que no supiera nada de ella. Pero es cierto que Masao la escribió. Fui yo quien le aconsejó que lo hiciera.

«¡Eso es mentira! ¡Yo mismo se la entregué! ¡Ella la recibió!», grito en el fondo de mi alma, pero no consigo pronunciar las palabras. Mis gemidos se pierden en el espacio.

Kyōko arruga la cara. Parece una niña punto de romper a llorar.

—Entonces es cierto... Me envió una carta de amor.

—Por supuesto. El señor Masao siempre le fue fiel. En su mente, jamás hubo otra mujer que no fuera usted.

—Pero él quería a mi hermana...

—Se equivoca. Hace doce años, y aún ahora, la amaba a usted.

—No puede ser, eso no puede ser.

Kyōko deja de llorar y mira a Kyōgokudō como si buscara consuelo.

—A Masao no se le daba bien expresar sus sentimientos, y tampoco a usted. No había comunicación, es algo que sucede a menudo. No es nada extraño.

—Pero, entonces... He sido una tonta.

—No se preocupe. Su marido la perdonará, se lo aseguro. Pero, para eso, tendrá que recordarlo todo.

—¿Recordar?

—Así es. Recuérdelo. Lo que ocurrió aquella noche. Lo que hizo.

Las pupilas de Kyōko se dilatan.

—Recuerde, poco a poco. No hay prisa. Cuando llegue el momento, la avisaré. Y, en ese momento, podrá sacarlo. —Escucho un zumbido en el oído —. En ese momento, aparecerá el señor Masao.

La lluvia resuena en mis oídos, como si alguien hubiera subido el volumen de una radio.

Kyōgokudō se dirige a mí. Tiene ojos de lobo.

—Sekiguchi, parece que ha levantado una complicada barrera espiritual y va a tardar un poco. Observa atentamente lo que va a suceder. No sé si tu palabra será prueba suficiente, pero más tarde tendrás que testificar. Ven, tu silla es esta.

Kyōgokudō señala mi asiento. Es, de las cinco sillas puestas en hilera, la que está más cerca de la puerta.

Cuando me siento, abre la puerta y deja que pasen los Kuonji.

Ryōko entra, tan débil y tan pálida que parece transparente. Le sigue la gobernanta; está despeinada y parece terriblemente cansada. Naitō pasa a continuación, mostrando su habitual nerviosismo; tiene los ojos rojos, irritados, y la frente sudorosa. Por último entra el director, con el rostro enrojecido y la mirada perdida.

Sus pisadas son pesadas y el aire está turbio.

Kyōgokudō les pide que se sienten en el siguiente orden: junto al cabecero de la cama de Kyōko, Ryōko, y a continuación la gobernanta, Naitō y

el director.

Este ha sido, por una extraña coincidencia, el orden en el que han entrado.

Miro de soslayo al director, que está sentado a mi lado. Tiene la mirada perdida.

Cuando todos se han sentado, Kyōgokudō cierra lenta y cuidadosamente la puerta y camina en silencio hasta detenerse entre Ryōko y Kyōko.

—*Namah Samanta Vajraanaam, Candamahaarodana Sphotaya Huum Trat Haam Maam.*

Es un mantra. Todos estamos perplejos.

Kyōgokudō tiene las manos unidas ante él, en lo que creo que llaman *naibakuin*. Entonces cambia de gesto y endereza los dedos anulares.

—Venerado Kōkyūsan-Daijin, haced acto de presencia en este lugar, atrapad al espíritu maligno que está aquí.

Al principio, había pensado que se trataba de algo relacionado con el budismo esotérico, pero no es así. Tampoco es como los *sutra* en voz alta o las oraciones a las deidades del sintoísmo. Es parecido a un conjuro. No, es como si estuviera contando una historia. Su voz cada vez es más clara.

—Que lo que causa tormento a la familia Kuonji quede atrapado aquí.  
*Rin, Pyō, Tō, Sha, Kai, Jin, Retsu, Zai, Zen.*

Es un *kuji*[\[125\]](#). Kyōgokudō hace cinco *teगतana*[\[126\]](#) verticales, cuatro laterales, y corta el movimiento.

—*Moen Fudōmyō Kaen-fudōō Namikiri-fudōō Ōyama-fudōō Kongara-fudōō Kichijōmyō-fudōō Tenjiku-fudōō Tenjikusakayama-fudōō Kayashini Okonauzo, Kayashini Okonai Okoseba...*

El estilo del conjuro ha cambiado. En ese momento, la actitud de la gobernanta cambia abruptamente.

Empieza a temblar y a tocarse la cabeza como si sufriera una fiebre intermitente. Rechina los dientes y emite un alarido de sufrimiento.

—Por favor, deténgase. Eso...

Kyōgokudō interrumpe el conjuro y mira a la anciana.

—¿Lo había escuchado alguna vez antes?

—Eso, eso...

—¿Lo había oído? Es el conjuro para repeler al espíritu vivo de Fudōmyō[\[127\]](#). Si no le gusta, ¿quiere que haga sonar las cuerdas del arco?

—Usted... Usted es...

—En el *onmyōdō*, hay conjuros que se llevan a cabo con un arco. Hacer

sonar un arco se llama *meigen*, y lanzar la flecha se llama *hikime*. El carácter chino, *hiki*, es el mismo que se usa para decir *hikigaeru*: sapo.

—Oh...

Se escucha un grito.

Kyōgokudō hace caso omiso y reanuda el conjuro:

—Y la flor de sangre florecerá, se resquebrajará y destruirá...

La anciana no lo aguanta más.

—¡Ah! Perdóname, perdóname. ¡Solo hice lo mismo que hizo mi madre!

Ryōko se levanta de repente.

—¡Cállate!

¿Esa es la voz de Ryōko? Por un momento dudo de mis oídos. La miro, para cerciorarme, pero ahora dudo de mis ojos.

Su rostro es diferente. Tiene los ojos abiertos, pero no hay pupilas en ellos.

Ryōko retuerce el cuerpo como si siguiera el ritmo del conjuro de Kyōgokudō. Es como si hubiera sido poseída. Esa no es Ryōko. Me estremezco.

—¡Devolvedme a mi hijo! ¡Malditos seáis todos! —grita con una voz como nunca antes había escuchado.

—¡Yo no hice nada! Yo solo miré —le responde Naitō—. ¡No he hecho nada! Fuiste tú quien provocó todo esto, no es a mí a quien deberías odiar.

Ryōko eleva aún más la voz.

—¡Cállate! ¡No mientas, desgraciado! ¡Vosotros, todos vosotros me habéis arrebatado lo que más quería! Lo vi con mis propios ojos. ¡Vosotros lo matasteis!

La mujer que antes era Ryōko mueve la mandíbula de lado a lado sin dejar de blasfemar.

Se le ha alborotado el cabello.

Las venas de su frente palpitan violentamente.

Como si estuvieran sincronizados, los latidos de mi corazón se aceleran. Mi mente comienza a nublarse.

—¡Canalla, fuiste tú quien lo mató!

Con una expresión demoníaca en el rostro, Ryōko intenta atacar a Naitō. Para protegerlo, la anciana se interpone entre ambos. Naitō está muy asustado; se cae de la silla y rueda por el suelo, donde se queda sentado.

—Ryōko, perdóname. Perdónanos, por favor —le pide su madre.

—¡Suéltame, asesina!



Ryōko se zafa de la anciana y se detiene ante su hermana, pero Kyōko no se mueve. Su rostro no tiene expresión. Su alma no está presente en esta realidad.

—¡Tú también mereces ser castigada!

Kyōgokudō detiene a Ryōko antes de que ataque a su hermana.

Mi corazón está desbocado. El mundo se detiene.

—No es a ti a la que quiero ver. Lárgate.

Dicho esto, Kyōgokudō acerca la boca al oído de Ryōko y le susurra algo.

La mujer se detiene. Gira lentamente la cara y muestra una ligera sonrisa. Y, en ese momento...

*Tintín*, suena un carrillón de viento.

—¡Gueeeeeeeeeee!

No es la voz de un humano. Es el graznido de un pájaro.

Kyōko se incorpora, graznando como un ave.

Se mueve muy lentamente.

Parece estar reproduciéndose a cámara lenta.

El biombo de tela blanca se cae.

Los pechos de Kyōko quedan al descubierto.

Su hinchado vientre se destapa.

Y, como si se abriera de golpe...

... su vientre se resquebraja.

Un rocío de sangre y líquido amniótico llega hasta el techo.

Empapa las sábanas.

Los tubos fluorescentes en forma de cruz.

Los biombos de tela que ya no es blanca.

Pierdo el equilibrio y caigo al suelo lentamente.

Un líquido tibio me empapa.

No sé hasta qué punto es real lo que estoy viendo.

Los biombos caen al suelo.

Y al otro lado...

Hay un gigantesco feto en el suelo.

¿Cómo es posible?

Aunque acaba de nacer, está vestido.

Está empapado de un viscoso líquido amniótico.

Fujimasa.

El que acaba de nacer es Fujimasa.

No, no es él.

Es el cadáver de Masao Kuonji.

Mi mente se enturbia y mi consciencia es cada vez más difusa, pero lo he visto con claridad.

Conozco esas gafas con cristal de culo de botella.

Un bicho camina por su circunferencia.

Es una araña.

Y me desmayo...

## 6

Huyo a través de las muchas salas de este edificio. Me están persiguiendo. Cuando me giro, veo cómo matan a mis compañeros uno a uno. Me escondo e intento no jadear. Lo miro todo, en silencio, pero no consigo ver con claridad. Todo está borroso. No, todo está oscuro. A mi alrededor solo hay negrura.

Me crié en una zona urbanizada, así que nunca he experimentado la oscuridad total.

En esta región extranjera, no hay ninguna fuente de luz, ni siquiera el fuego de una antorcha.

Hay mosquitos. No, no son mosquitos.

Son unos insectos de procedencia desconocida. Si no tengo cuidado, podrían incubar sus huevos bajo mi piel.

La compañía ha sido totalmente aniquilada. Todos mis subordinados han muerto. Es culpa mía.

¿Qué es ese sonido tan siniestro? ¿Será un pájaro?

¿Las aves de la jungla graznan de noche?

Hay alguien ahí. Como tiene la cara totalmente negra, no sé quién es.

Voy a quedarme quieto hasta que haya luz. No sé dónde estoy y no quiero terminar dentro de una tumba.

—Si esperas hasta que se haga de día, te encontrarán. ¿Quieres sentir la vergüenza de ser un prisionero de guerra? —me pregunta una voz aguda—. Deberías quitarte la vida. Cualquier otro capitán lo habría hecho ya. Esa sería una muerte honorable.

No quiero morir.

De pronto, siento miedo. Siempre me había resultado difícil seguir vivo, siempre había deseado escapar de esta confusa existencia. Pensaba en morir continuamente. Pero ahora es diferente.

—Has hecho algo que no tiene remedio. No puedes retroceder en el tiempo. Por eso tienes que seguir adelante —me advierte esa voz aguda.

¿Quién es el único superviviente de mis subordinados?

¿He hecho algo que no tiene remedio?

Siento las piernas como si pudieran quebrarse en cualquier momento. Mi piel, blanca como la cera, está fría.

Y hay algo rojo, sangre fresca y roja.

Aunque soy débil, he destruido algo que no se puede volver a reconstruir.

Tengo que darme prisa. No debo quedarme aquí. Un cobarde como yo tiene que huir.

¿A dónde? En esa dirección. Aquella luz cuadrada es el arco *toril* de un templo budista. Empero, para llegar allí tendré que cruzar las tumbas.

¿Qué hago?

No puedo moverme con libertad. Me pesan las piernas. La oscuridad me persigue. Jamás había experimentado una noche tan oscura como esta. No, no es cierto. Aquella noche fue igual que esta. Aquella noche de verano.

—¡Ah!

El subordinado que ha sobrevivido me mira con recelo. A su espalda hay sentados varios soldados que yo creía que habían muerto. Junto a ellos está también Atsuko Chūzenji.

—Oh, ¿has recuperado el sentido? —me pregunta con voz aguda... ¡Kiba! Ese era su nombre. Me pasa un pañuelo—. Estás sudando a chorros. No tendrás fiebre, ¿verdad? Estábamos esperando a que recuperaras el sentido. ¿Puedes hablar?

Con la ayuda de Kiba, me incorporo. Estoy en una cama.

—He soñado que estaba en el campo de batalla. Era la noche del ataque enemigo, la noche en la que tú y yo conseguimos escapar.

Aunque solo ha sido una pesadilla, todavía no estoy totalmente repuesto. Es como si estuviera alucinando. Le pregunto la hora al soldado... No, a Kinoshita, ese era su nombre. Me responde que son las once. Un poco después, recupero totalmente la memoria.

—Oye, me has dicho que son las once. ¿De la noche, o de la mañana?

—De la mañana. Has estado toda la noche inconsciente —me cuenta Kiba.

Es cierto. Recuerdo con claridad el momento en el que sentí que me iba a desmayar. Si cierro los ojos, puedo recrearlo como si fuera una película.

Kyōgokudō tenía en la mano un carrillón de viento, el mismo que ha estado siempre colgado del alero de su casa. Cuando el biombo de tela se cayó, Kiba y sus compañeros entraron en acción. Un equipo médico corría tras ellos con una camilla.

Kinoshita inmovilizó a Naitō, que estaba gritando a todo pulmón y se había puesto violento. Intentó escapar, manoteando y pataleando de una manera grotesca. Aoki se ocupó de la gobernanta, que estaba sentada en el suelo, asustada y balbuceando. Kiba se acercó al director, que estaba totalmente pálido y perplejo. Ni siquiera parecía escuchar lo que le decía. Ryōko... ¿qué pasó con ella?

Kyōgokudō pasó a mi lado con una cara que parecía la de la misma Muerte. En la entrada, estaba Atsuko, anonadada. Kyōgokudō me miró de reojo.

—¿Esto es lo que querías? ¿Estás satisfecho?

Aunque estaba empezando a perder la consciencia, intenté encontrar a Ryōko. Ella...

Se estaba riendo.

Todo sucedió en un par de segundos.

—Todos los que se han visto involucrados en este asunto parecen estar alucinando, no sé qué diantres ha pasado. Pero, como ahora tenemos un cadáver, la situación ha cambiado. He llamado para que traigan refuerzos y esta mañana vinieron los de Identificación Criminal para examinar la habitación. Aun así, no hemos conseguido aclarar lo sucedido... ni siquiera una pequeña parte. No sabemos si ha sido un asesinato o si solo ocultaron el cadáver.

—¿Dónde está Kyōgokudō?

—El muy idiota se ha esfumado. No sabemos dónde diantres está.

—Discúlpenlo, ya saben cómo es —dice Atsuko, avergonzada.

—Tenemos que llevar a cabo los interrogatorios, pero no sabemos qué preguntar... Por eso estábamos esperando a que despertaras.

Al parecer, el cuarto al que me han traído para descansar está en el edificio nuevo del sanatorio.

—La gobernanta está muy nerviosa, parece haber perdido la cordura. El anciano ha sufrido una ligera insuficiencia cardiaca. Naitō no hace más que llorar y gritar, incluso se ha orinado encima; está desquiciado. Kyōko entró en coma y ha sido trasladada al hospital, donde están operándola en este momento. Su situación es crítica.

—¿Y Ryōko?

¿Qué ha pasado con ella?

—Ah, está relativamente bien, pero no ha dicho palabra alguna. Aunque es una mujer fuerte, esto ha sido demasiado para ella. La he dejado descansando en su alcoba. Por supuesto, uno de nuestros hombres está vigilándola.

Aoki llena un vaso de agua y me lo trae.

Después de beber empiezo a recordar las palabras de Kyōgokudō.

«No sé si tu palabra será prueba suficiente, pero más tarde tendrás que testificar».

Ahora lo entiendo...

Kyōgokudō sabía que esto iba a pasar.

—Jefe, ¿Kyōgokudō no te contó nada? ¿En qué quedasteis ayer?

—Me dijo: «Hoy va a aparecer un cadáver y también tendremos heridos, así que necesito que te ocupes de ellos. Alguien intentará escapar; no lo permitas. La señal será el sonido de un carrillón de viento».

—¡Entonces el tintineo no era parte del conjuro, sino la señal para que entrarais en acción!

—Por supuesto. Me dijo que, como el sonido de un carrillón es más fuerte que el de la lluvia, se oiría con claridad. Dejó la puerta entreabierta y nos dijo que nos mantuviéramos alertas.

Recuerdo lo cuidadosamente que cerró la puerta Kyōgokudō. Kiba y sus compañeros estaban junto a ella, lo que explica lo rápido que actuaron.

—Eso fue lo único que acordamos, no me dijo nada más. Pero, aunque me dijo que iba a aparecer un cadáver, no esperaba una situación así. Me he quedado perplejo. —Nos quedamos en silencio un momento—. Como sea,

tienes que contarme detalladamente lo que sucedió en el interior de la biblioteca —me dice, totalmente exhausto.

—¿Me estás diciendo que el cadáver salió del interior de la mujer? —me pregunta Kiba, golpeando la silla. Apenas ha esperado a que termine de hablar—. ¡Eso es imposible! Sekiguchi, ¿no seguirás aún dormido? Te advierto que como sea una broma voy a meterte en la cárcel.

—Te he contado lo que vi. Cuando Kyōgokudō terminó de pronunciar el conjuro, el vientre de la mujer se abrió y alumbró al cadáver.

—¡Pero eso es imposible, va contra las leyes de la física! Por muy grande que fuera su vientre, ¿cómo iba a contener a un hombre adulto? No puede ser.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, pero su vientre era más grande que el de una embarazada normal.

—Ese no es el problema —nos interrumpe Atsuko. Está muy pálida—. No se trata solo de las leyes de la física. ¡Biológicamente es inconcebible, al menos en este mundo!

—Tienes razón, es inverosímil, pero yo lo vi. Si no es así, ¿de dónde salió el cadáver? Tú lo sabes, esa habitación no tiene otra salida. Vosotros estabais junto a la única puerta, ¿cómo habrían podido meter ahí el cadáver?

—Es posible que estuviera allí de antemano.

Kiba saca de su bolsillo un cigarrillo arrugado y se lo pone en la boca. Como no tiene cerillas, se lo deja ahí sin encenderlo.

—Improbable. ¿Quién haría semejante cosa? Y, de haber sido así, nos habríamos dado cuenta al entrar.

—¿No podría haber estado escondido en alguna parte de la habitación?

—A menos que hayan utilizado algún truco, es imposible. Empero, es difícil creer que hayan podido llevar a cabo una maniobra tan excéntrica como para dejar el cuerpo en el centro de la habitación.

Sí, el cadáver apareció de pronto. No, mejor dicho... nació.

La prueba es que su piel estaba viscosa, húmeda y brillante.

—Oye, pero Kyōgoku dijo algo sobre una barrera espiritual, ¿no? —me pregunta Kiba—. ¿No habría algún truco?

«Parece que ha levantado una complicada barrera espiritual». Eso fue exactamente lo que dijo.

Sin embargo, aun suponiendo que existiera un mecanismo especial, no creo que pudiera activarse con un conjuro. Es imposible que exista un truco así.

Atsuko Chūzenji se pone la mano en la barbilla, como su hermano, y comienza a hablar con pausas.

—Supongamos que creemos que lo que ha contado Sekiguchi es cierto... Si, de un modo sobrenatural, el señor Masao quedó atrapado en el interior de la señora Kyōko... ¿Cuándo murió? ¿Al entrar en su vientre? ¿Estaba vivo o muerto al entrar? —Aunque su discurso es fluido al principio, al final trastabilla un poco—. Sekiguchi, ¿el señor Masao nació muerto? ¿O murió después de nacer?

—¿Cómo?

Eso no se me había pasado por la mente. Cuando lo vi, pensé que era un cadáver, en ningún momento dudé que estuviera muerto. Sin embargo, entiendo la contradicción que supone decir que un cadáver ha nacido.

—Entonces, ¿Kyōko Kuonji escondió el cuerpo en su vientre? Es el mejor lugar para esconderlo; ahí nadie lo hubiera encontrado nunca. Pero ¿cómo diantres lo hizo? ¿Usó el conjuro que citaban en aquella *kasutori*? —Kiba está cada vez más enfadado, pero Kinoshita le da fuego y se tranquiliza—. Quizá se mantuvo vivo mientras estuvo en el vientre y murió al salir. El cuerpo no estaba descompuesto. Si hubiera muerto el día de su desaparición, ya solo quedarían sus huesos, ¿no? Lo mires por donde lo mires, debió morir hace poco, y eso significaría que Masao estaba vivo en el interior del vientre. Pero es imposible. Todo esto es absurdo. Es una locura. Una auténtica locura.

Kiba, que pregunta y se responde a sí mismo, ha vuelto a enfadarse.

—¿No saben a qué hora murió, o la causa de la muerte?—le pregunta Atsuko.

—Satomura está haciéndole la autopsia ahora mismo. En cuanto termine, me enviará el informe. Lo que voy a decir es una canallada, pero Satomura está tan emocionado con todo esto que pondrá un cuidado especial en esta autopsia.

Kōichi Satomura es un médico forense muy competente. Tiene una gran técnica y un carácter agradable. No obstante, es un depravado al que le gusta realizar autopsias más que comer. Para tranquilizarlo, Kinoshita le sirve un té a Kiba. El fornido ayudante está un poco tembloroso.

—Kiba, este no es un trabajo para nosotros. Deberíamos dejar todo esto de los maleficios y los espíritus malignos a los monjes budistas... —A pesar de su tamaño, está muy asustado—. Todo esto es producto de la maldición del marido asesinado. Poseyó al bebé y transformó su imagen. Es como en esas leyendas de la región de Kasanegafuchi[128], una venganza contra la esposa y



su amante, los que lo asesinaron.

—¡No digas tonterías!

Las últimas palabras de Kinoshita hacen explotar a Kiba.

—¡Tenemos un cadáver! ¡Este es un trabajo para nosotros! ¡Aoki!

Aoki, que hasta ese momento se había mantenido, cabizbajo, en un rincón de la habitación, se sobresalta y lo mira con los ojos muy abiertos.

—Sí, dime, ¿qué pasa?

—Espabila. Ve a ver cómo está ese tal Naitō. Si puede hablar, tráelo hasta aquí.

—¿Vamos a interrogarlo?

—¡No me contradigas y vete ya! —le ordena, y vuelve a sentarse dejando caer todo su peso en la silla.

Aoki vuelve cinco minutos después. Lo acompañan dos oficiales de policía que traen a Naitō. Parece consternado.

—¿Puedes hablar?—le pregunta Kiba. Naitō no parece entenderlo, pero asiente.

—¿Dónde está el exorcista? ¡Llamadlo! ¡Yo no he hecho nada! ¡No he hecho nada! Tengo miedo, ¡ayudadme! ¡Exorcizadme!

Hace apenas un día, parecía un hombre racional, pero ahora su mente se ha hecho añicos.

—¡Calla de una vez! —grita Kiba—. Si nos cuentas todo lo que necesitamos saber, te exorcizaremos y rezaremos por ti.

Naitō se derrumba sobre una silla y se queda calmado. Parece una rata de alcantarilla.

Kiba le pide a Kinoshita que tome nota y comienza el interrogatorio.

—Primero... Quiero saber qué ocurrió anoche. ¿Recuerdas lo que sucedió? Contesta. —Kiba intimida a Naitō, que tiembla de miedo. Atsuko y yo nos miramos, preocupados—. Empecemos por lo del cadáver. ¿De dónde salió el cuerpo de Masao Kuonji?

—¡Ese no era Masao! Ese cabrón está vivo. ¡Está vivo!

—No me vengas con esas ahora. No has dejado de gritar que todo esto es obra de una maldición suya, y los que maldicen son los fantasmas. Masao Kuonji está muerto, ¿no? ¡Tú mismo viste su cadáver! ¿Por eso tienes miedo?

—¡Eso no era el cadáver de un hombre! No se deje engañar; era el homúnculo que Masao creó a su imagen y semejanza. Hizo que Kyōko lo llevara en su vientre... Es un desgraciado, un tipo abominable.

—Sea lo que sea, ¿afirmas que esa cosa salió del vientre de Kyōko? ¿Lo

viste salir?

—Su vientre se abrió y eso rodó por el suelo, ese homúnculo...

—Entonces, ¿no viste el momento en el que salió? No viste salir del vientre de esa mujer a un gigantesco bebé muerto con ropa y gafas, ¿verdad?

No sé si la asquerosa descripción de Kiba le ha generado náuseas, pero Atsuko Chūzenji se tapa la boca.

Sin embargo...

Es cierto que yo tampoco vi ese momento. Es probable que ninguno de los presentes lo viéramos.

Así es.

Nadie lo vio.

Los biombos de tela blanca estaban delante. Cuando los biombos cayeron, fue cuando lo vimos.

Los únicos que lo vieron todo, sin el obstáculo de los biombos, fueron Kyōgokudō y Ryōko.

De repente, se abre la puerta.

—¿Todavía seguís dándole vueltas a esa tontería?

Es Kyōgokudō.

Hoy lleva un kimono distinto al de ayer: es ligero y amarillo, como los de la isla de Hachijō[129]. En la mano lleva un *haori*.

—¡Oye, Kyōgoku! ¿Dónde te habías metido?

—Me manché de sangre y volví para darme un baño y descansar. Después de lavar mi kimono he traído a este holgazán para que preste testimonio. No creo que me merezca los gritos de un policía.

Enokidu viene detrás de él.

—¡Eres tú, Reijirō! Pensaba llamarte en un algún momento.

Enokidu tiene la cara un poco hinchada, como un niño que acaba de despertar. Nos saluda con desgana.

Va vestido como si fuera a una fiesta de *kazoku* de la era Taishō. Como se lleva muy mal con él, Naitō se enrosca en su asiento.

Los dos misteriosos recién llegados entran y se sientan en unas sillas que parecen haber sido preparadas a propósito para ellos.

—Oye, Kyōgoku, ¿por qué dices que seguimos dando vueltas a una tontería? No creo que esto sea una tontería: un hombre desapareció de una habitación cerrada por dentro y ha aparecido un año y medio después, muerto, en el interior del vientre de una mujer. Es un caso único, un misterio, y no creo que a nadie le parezca una tontería.

Enokidu lo mira y hace una mueca de burla.

—¿Qué estás diciendo, Jefe? —pregunta Kyōgokudō—. Oye, Sekiguchi, después del espectáculo que te he montado, ¿aún no has resuelto el misterio?

—Kyōgokudō, no entiendo lo que me dices. Es cierto que todo sucedió como lo predijiste, pero el misterio se ha complicado aún más.

Le prometí a Ryōko que la ayudaría, pero he hecho todo lo contrario.

Esta casa está ya al borde de la destrucción.

—Si sabes algo, no te enrolles y dilo. ¿Cómo desapareció Masao? ¿Dónde estuvo? ¿Cuándo murió? ¿Y de dónde salió el cadáver? ¿Puedes explicar todo esto? No quiero más historias de espíritus u homúnculos, te lo advierto.

Kyōgokudō me mira con arrogancia y, después de mirarnos a todos lentamente, dice sin rodeos:

—No desapareció. No se movió de allí. Fujimasa siempre estuvo allí, muerto.

Nadie parece comprender lo que está diciendo. Nos quedamos en silencio durante más de treinta segundos.

—¿Quieres decir que Masao estuvo muerto desde el principio, desde el momento de su desaparición?

Parece que su inteligente hermana es la única que ha comprendido lo que ha dicho.

—Sí, así es.

—No, ¡eso no puede ser! A esa habitación hemos entrado muchos. ¡Incluso yo estuve ahí!

—Eso no es correcto. En la habitación solo habéis entrado Ryōko, su hermana y tú, así como Tokizō y su esposa. Es probable que el director ni se haya acercado. La gobernanta no traspasó el umbral, y Naitō, aunque echó la puerta abajo, estaba tan asustado que no miró el interior.

—Pero, Kyōgoku, eso significa que cualquiera de esos cinco pudo hacerlo, ¿no? Incluso ayer...

—Si te soy sincero, no tenía planeado montar este circo. No quería hacer sufrir a la señora Kyōko.

—Hermano, ¿qué tenías pensado hacer en un principio?

—Mi intención era abrir la puerta y decir: mirad. Ese era mi plan. En ese momento, nuestro amigo Naitō saldría corriendo, por lo que haría sonar el carrillón de viento para avisar a la policía. Pero hicieron algo que no había previsto: colocaron unos biombos que obstaculizaban la visión, así que no

tuve más alternativa que hacerles pasar. No pude anticipar que, con la excepción del director, esto afectaría tanto a los demás.

—Podrías haber quitado los biombos, ¿no?

—Si hubiera hecho eso, no habría conseguido romper el hechizo bajo el que estaba Sekiguchi.

—No sé a qué te refieres —dice Kiba, con la frente arrugada por el esfuerzo.

—Los únicos que no podían ver el cadáver eran Sekiguchi y las hermanas Kuonji. Quería que fueran capaces de hacerlo.

¿Qué demonios está diciendo?

¿Yo era el único que no podía verlo? ¡Eso no es posible!

«La barrera espiritual». Ya, ¿habrían levantado un muro invisible? ¿Se trataría de alguna técnica astrológica?

—Kyōgokudō, entonces, lo que dijiste sobre una barrera espiritual, ¿funcionaba solo con nosotros?

El librero levanta una ceja.

—Dije barrera espiritual para referirme a los biombos, que eran un incordio.

—No puede ser... La primera vez que entré no había ningún biombo. ¡Y tampoco un cadáver!

—Claro que lo había —dice Enokidu.

—¿En serio? —le pregunta Kiba.

—Por supuesto.

Me siento mareado.

—Tú viste el cadáver, Sekiguchi, aunque no lo pudiste percibir.

¿Qué diantres significa eso?

La habitación comienza a girar lentamente. El mundo es cada vez más pequeño.

—Hiciste una descripción del edificio nítida y con todo lujo de detalles. Con solo escucharte pude reconstruir en mi cabeza su estructura. De hecho, al llegar aquí me impresionó lo exacto que había sido tu relato. Solo en un punto fuiste ambiguo: el suelo de la biblioteca. La puerta, las paredes y las estanterías, el techo, las patas de la mesa, la cama y el aparador, los tubos fluorescentes formando una cruz... Todo era tal como lo describiste, pero en ningún momento mencionaste el suelo y era imposible que no hubieras reparado en él tratándose de una habitación tan amplia. Inconscientemente, evitaste contarme lo que habías visto. Me pareció muy extraño, y entonces

recordé lo poco que habías dicho sobre el suelo. —Kyōgokudō se saca las manos de las mangas y se acaricia la barbilla, gesto que comparte con su hermana. A ambos les gusta esa pose—. Me contaste que había un cuchillo de fruta tirado en el suelo, algo que se me antojó muy improbable. Era el cuchillo que Fujimasa tenía clavado en el costado.

¡Ya!

Algo se rompe en mi interior. Me siento como si estuviera despertando de la anestesia, como si estuviera derrumbándose el muro que había ante mis ojos.

Así es.

¡El cadáver de Fujimasa siempre estuvo allí!

No había nada sobrenatural. Desde un principio, yo ya sabía que el cadáver no había salido del vientre.

—Pero, entonces, Eno, cuando me dijo que...

—Por supuesto: cuando abrí la puerta, vi el cadáver. No estaba escondido y parecía imposible que tú no pudieras verlo...

«Mira eso, Sekiguchi».

«No hay nada que hacer. Solo resta una cosa: llamar a la policía».

—¡Señor Enokidu! Entonces, en ese momento...

—Así es, Atsu; cuando me hablaste, no te escuché, pero podía oír el chirrido de las cigarras y el sonido del viento. Entonces pensé que, si es posible oír sin escuchar, también debe ser posible mirar sin ver. Es posible que alguien, con los ojos abiertos, no pueda ver un cadáver. Y por eso le dije que llamara a Kiba.

Yo había pensado que solo Enokidu había visto algo.

Pero yo era el único que no lo había visto.

—¿Eso es posible? —le pregunta Aoki—. No me lo puedo creer.

—No es habitual, pero es posible. Supongo que tú puedes comprenderlo mejor que nadie, Sekiguchi: lo que vemos, escuchamos y sentimos no es real. El cerebro elige entre varias opciones y vuelve a procesar esa información. Por lo tanto, no podemos percibir lo que no escogemos. Aunque hayamos recogido esos datos, no llegarán a establecerse en nuestro consciente.

—Sí... Lo que vemos y oímos da forma a nuestra realidad, pero no podemos saber si esta es real o no, ¿verdad?

He vivido en una realidad virtual en la que no había ningún cadáver.

—Un trastorno cerebral podría provocar que no pudiéramos discernir la cara de los demás, o que omitiéramos la existencia del número cinco... Hay

muchas enfermedades interesantes. Vivimos una realidad que no es más que un espejismo, algo que solo existe en el interior de nuestro cerebro. Este caso se complicó porque eran varias las personas que no podían ver el cadáver. Además, una de ellas era ajena al caso: Tatsumi Sekiguchi. Para solucionar esto, solo era necesario que uno de ellos se diera cuenta.

—¿Y los sirvientes? Según lo que has dicho, ellos también entraron en la habitación.

—Por supuesto que lo vieron. Esa fue la razón por la que la situación se tornó insoportable para ellos y tuvieron que abandonar el trabajo. Fueron ellos los que trasladaron la cama de la señora Kyōko a la biblioteca. Debió parecerles demencial que quisiera quedarse junto al cadáver de su marido.

—¿Para eso les pagaron tanto dinero, para que cerraran el pico?

—No creo. La gobernanta, que fue quien les pagó, no conocía la situación.

—¿Entonces?

—El matrimonio se mantuvo leal a la familia porque habían trabajado para ella durante generaciones. La gobernanta debió pagarles por algún otro motivo.

—¿Para que no testificaran en el caso de los recién nacidos?

—Eso deberías preguntárselo a ellos.

Kiba resopla.

—Vale, pero a mí no me queda claro. Aunque algo tan inverosímil pudiera ocurrir, ¿por qué las hermanas y este escritor pazguato fueron los únicos que no lo vieron? ¿Y por qué seguía fresco el cadáver un año y medio después? ¿Y qué diantres era lo que llevaba Kyōko en su vientre?

—Eso es cierto, hermano. No creo que el suyo fuera un embarazo normal.

Kyōgokudō baja la mirada. Está empezando a perder la paciencia.

—Ya conocéis lo principal del caso; lo demás no importa. Si os obsesionáis con los detalles, me pasaré varios días hablando sin terminar de explicarlo, y yo no soy periodista ni reportero.

—¡Pero no entendemos lo principal! ¿Qué había en el vientre de Kyōko? ¿Por qué se abrió?

Kyōgokudō frunce el ceño.

—¿Por qué insistís en cosas que no pueden ocurrir? El suyo era una pseudociosis, un embarazo psicológico. ¡No hay otra explicación! Aunque el parto puede atrasarse, la placenta humana no dura indefinidamente. Cuando esta decae, el feto muere e incluso la madre corre peligro. No es posible que

una mujer esté veinte meses embarazada, por lo que es lógico que fuera una pseudociesis. Su vientre se abrió cuando recuperó la cordura.

—Entonces, ¿en su interior no había nada?

—No. Lo único que había en su vientre era arrepentimiento y esperanza. Y, por supuesto, el sueño de Fujimasa, que no se pudo cumplir.

Es extraño que se exprese de un modo tan poético.

—Kyōgokudō, ¿pensaste que se trataba de esto cuando te hablé del caso por primera vez?

—Teníamos muy poca información, de modo que no podía confirmarlo, pero, sí, lo sospechaba. Y, además de un embarazo psicológico, también había posibilidades de que fuera un delirio de embarazo.

«El niño que lleva en el vientre es tan grande... ¿no le habla desde ahí?».

—Con razón... En aquel momento estabas comprobando si la señora Kyōko sufría una pseudociesis o un delirio de embarazo.

—Oye, Sekiguchi, ¿qué diferencia hay entre un embarazo psicológico y un delirio?

—La pseudociesis está provocada por un fuerte deseo de tener un hijo. Es una especie de neurosis; el cuerpo se confunde y cree que está embarazado, incluso presenta los mismos síntomas de un embarazo ordinario. Por su parte, en el delirio de embarazo surge la idea de que un ser independiente ha brotado en el interior del cuerpo.

—¿No es lo mismo?

—El ser que aparece en el delirio de embarazo no tiene por qué ser un bebé —continúa Kyōgokudō—. Puede ser un mesías, un niño abortado o un antepasado. No es necesario que haya una relación sexual previa, y no presenta los síntomas de un embarazo. Normalmente, el nuevo ser comienza a hablar con su huésped y le ordena cosas. Es parecido a una posesión demoníaca: el ser maligno intenta controlar al individuo y hace que cambie de personalidad, aunque este puede darse cuenta de ello o no, ser consciente de que ha sido poseído y está siendo controlado o no retener recuerdo alguno de estos episodios. El delirio de embarazo es parecido; la diferencia es que, en este caso, el ser no vino de fuera sino que brotó en su interior. El delirio es más difícil de tratar que la pseudociesis, y en algunas ocasiones es necesario exorcizar. Recordad que existían rumores de que esta familia era un linaje maldito...

—El *oshobo-tsuki*...

—Así es. Y entre la señora Kyōko y Fujimasa no se dio una de las condiciones necesarias para un embarazo psicológico: la existencia de relaciones sexuales. Por eso temía que fuera un delirio.

—¿No tuvieron relaciones? ¿En serio? ¿De verdad?

Kyōgokudō no responde a esta pregunta.

—Cuando hablé con ella, descarté el delirio y decidí que estaba ante un caso realmente excepcional de pseudociesis.

—¿Es posible que el cuerpo humano cambie solo con la fuerza de la imaginación? —le pregunta Aoki.

—No creo que «imaginación» sea la palabra adecuada. Se trata también de una especie de realidad virtual: el cerebro envía señales falsas al cuerpo debido a la existencia de un fuerte deseo. Pero el caso de la señora Kyōko es único. Deseaba seguir embarazada pero su cuerpo no podía aguantarlo. Cuando la obligué a reaccionar, estaba al límite. Me alegro de haber pedido un equipo médico por si lo necesitábamos.

Kyōgokudō parece un poco triste.

—¿La obligaste a reaccionar? ¿A qué te refieres? —le pregunta Atsuko.

—La sometí a una especie de hipnosis invertida para que recordara el pasado. El problema de la pseudociesis es el fuerte deseo que existe en el inconsciente. Cuando el cerebro recibe esa señal, engaña a la mente consciente como hacen los charlatanes, mostrando una doble fachada. Si el engaño es perfecto, la mente queda satisfecha. Por supuesto, el cerebro sabe que todo es una mentira, así que el único modo de solucionarlo es revelar los secretos del cerebro, demostrar que es mentira. Cuando la mente descubre la farsa, intenta regresar a la normalidad. A partir de entonces, el engaño ya no es necesario. El cuerpo sabe que el periodo de gestación no es normal. Su caso fue distinto, ya que ella quería seguir embarazada a cualquier coste. Por suerte, sabíamos con exactitud cuándo comenzó todo. Y pensé que, si la hacía retroceder a ese momento, descubriría lo que estaba pasando.

—Te refieres al momento de la desaparición de Masao, al día en el que fue asesinado, ¿verdad?

—Mucho antes de eso.

—Pero ¿por qué deseaba seguir embarazada? No me queda claro. ¿Es posible desear un embarazo sabiendo que el parto no es plausible?

—Claro que es posible. —Kyōgokudō mira a Naitō—. Ella no quería reconocer lo que había hecho.



Naitō no se mueve. Ni parpadea.

—Que había matado a su marido, ¿no? —le pregunta Kiba, mirando también a Naitō.

—No exactamente. Empero, con esto no intentaba escapar de su crimen. Todo lo contrario: era producto del amor, el cruel resultado de una pasión refractaria.

—La señora Kyōko quería al señor Masao, ¿verdad, hermano?

—Así es, pero necesitaba una prueba que la ayudara a confirmarlo: un embarazo. Para ella, el embarazo es el resultado inevitable de una relación sexual. Necesitaba un embarazo porque eso sería la prueba de que, entre ella y su marido, se había producido un intercambio de amor, una relación sexual.

—¡Qué perversión!

—No es nada perverso. Las relaciones sexuales son la expresión última del amor, y Kyōko necesitaba una prueba de que la amaban. No deseaba el embarazo sino las relaciones sexuales, el intercambio de amor. El embarazo la ayudó a retroceder al pasado y enmendar algo que no había sucedido, algo que había sido la causa de todos sus males. Nada de esto hubiera pasado si hubiera tenido relaciones sexuales con su marido.

—Eso es lo que no entiendo —dice Kiba, negando con la cabeza.

Kyōgokudō mira por la ventana.

—Para Masao, las relaciones sexuales eran solo un modo de perpetuar la especie. Creía que era el destino indisoluble de todo ser vivo dejar sus genes en las generaciones futuras. Dar vida a un niño era para él la expresión más pura del amor. Negaba cualquier relación sexual que no buscara ese objetivo.

La visión de Masao y la de su esposa eran totalmente diferentes. Qué relación tan estéril.

—Manteniendo en su vientre a un bebé que no había de nacer, ¿la señora Kyōko regresó al pasado y lo modificó? ¿Es eso lo que intentas decirnos, hermano? Y, al mismo tiempo, eso la ayudó a negar la realidad de algo que creía que no debería haber ocurrido. ¿Verdad?

—Era una negación absoluta de la realidad, algo que la existencia del cadáver de Masao habría destruido de un golpe. Por eso cerró los ojos a esa realidad. La pseudociesis y la desaparición del cadáver formaban parte del mismo paquete. Para el cerebro era lo mismo, un modo de seguir negando su muerte.

Kiba resopla; Kyōgokudō continúa.

—Pero eso se echaría a perder en cuanto alguien lo viera. Irónicamente,

como ella decidió quedarse en esa habitación guardando cama durante su embarazo, nadie lo descubrió. Esa es la razón por la que su embarazo se dilató tanto en el tiempo. Cuando llevé a cabo mi truco, su cerebro no pudo seguir engañándola. Tuvo que enfrentarse a la realidad y su cuerpo, que estaba al límite, intentó volver a la normalidad aceleradamente.

—¡Aahh! —grita Naitō.

—Pero... Aunque yo no hubiera hecho nada, la señora Kyōko no hubiera aguantado mucho más. Temía que su cuerpo ni siquiera pudiera soportar esa hipnosis invertida, ese engaño infantil, pero no había otra alternativa. Después de pensarlo mucho, decidí hacerlo.

Kyōgokudō baja la mirada. Parece frustrado.

—¿Qué era lo que no quería aceptar? —le pregunta Kiba, mirando de nuevo a Naitō.

—Al principio... —comienza Naitō—. Fue Kyōko la que se me insinuó. Ahora sé que jamás debí dejarme arrastrar a esta situación de locura.

Para nuestra sorpresa, Naitō parece tranquilo.

De hecho, parece más estable que nunca.

—Si no me equivoco, me mudé con los Kuonji cuando comenzó la guerra, hace casi diez años. Mi madre... Mi madre murió justo después de que yo naciera, y tampoco conocí a mi padre. Siempre he vivido en la planta de arriba de una mancebía. La pareja que cuidaba de mí era vulgar, sin clase y pobre, pero me enviaba al colegio para que estudiara. Había alguien que les entregaba cierto dinero por mi manutención, y esa era una de las condiciones. —Naitō mira a Kiba. Sus ojos siguen irritados, pero no parece haber confusión en ellos—. Sí, había un desconocido que pagaba mis gastos. Mis padres adoptivos decían que yo era la gallina de los huevos de oro, aunque yo no sabía qué significaba eso. ¿De dónde salía el dinero? ¿Quién era la persona que visitaba el burdel todos los meses, con el rostro tapado? No era otra que la señora de esta casa.

—¿De esta casa? ¿La gobernanta pagaba tu manutención? ¿Por qué?

Naitō entorna los ojos con nostalgia.

—En aquella época, la señora era guapísima. Siempre iba bien arreglada. Cuando la veía llegar a escondidas una vez al mes, deseaba que fuera mi madre. Lo creía. No podía haber otra razón. —Naitō sonrío levemente—. Pero no lo era. Al parecer, mi madre dio a luz en este hospital y murió en un accidente, o algo así. Mi padre se suicidó. La pareja que me tenía acogido me contó que la clínica estaba intentando pagar ese daño. Era una historia muy

extraña, ya que la clínica no debería tener responsabilidad alguna. Lo único que se me ocurrió fue que mi madre hubiera muerto a raíz de una negligencia médica que no llegó a salir a la luz. No lo sé. Sea como sea, la pareja de proxenetas me mantuvo con ellos tanto como pudo para seguir recibiendo el dinero. —Se detiene y toma aire profundamente—. Cuando la guerra empezó, el matrimonio desapareció y me quedé solo. Yo tenía diecinueve años y estaba estudiando. Entonces la señora vino a visitarme. Yo estaba desamparado, y era la primera vez que hablaba con ella. Para mi sorpresa, me dijo que se ocuparía de mí.

»Solo había dos condiciones. La primera era que afirmara descender de una familia noble, y la segunda que estudiara Medicina. Cuando fuera médico, me adoptarían y me casaría con una de sus hijas. Contesté a todo que sí y vine a vivir aquí.

—¿Te dijo que iba a adoptarte para que heredaras el apellido familiar?

—Así es. El director no conocía mi procedencia, aunque quizá sospechaba algo. Sin embargo, yo era feliz. Por fin podía despedirme de aquella apestosa mancebía, de sus sucios tatamis y su olor a lujuria. Decidí ser médico. Pero había otra razón por la que quería continuar con todo aquello: me enamoré de su hija.

Naitō curva sus labios en una sonrisa.

—¿Te enamoraste de Kyōko?

—No, todo lo contrario. ¡Me enamore de Ryōko! —confiesa con voz temblorosa—. Quedé prendado de ella inmediatamente. Pero Ryōko era muy fría conmigo; jamás me dedicó una sonrisa. Además, la señora era distante con ella. Cuando le pregunté, me contó que Ryōko no podía tener hijos y que por eso se quedaría soltera de por vida. Mi pareja debía ser Kyōko.

—¿Cuáles eran tus sentimientos hacia Kyōko?

—No me disgustaba, pero era una princesita que había crecido sin ninguna complicación. No iba conmigo. En Ryōko había algo misterioso, algo oculto... Se parecía más a su madre. Mi situación era un martirio: tenía que casarme con la hermana menor de la mujer de la que estaba enamorado y vivir con las dos en la misma casa. Tenía muchas dudas. Sin embargo, todo cambió cuando volví de la guerra.

—Apareció Masao Fujino.

—Así es. La gente creía que estaba celoso, pero no era así. Era feliz, porque ya era libre para casarme con Ryōko.

—¿Qué opinaba la gobernanta sobre que Masao se convirtiera en el

heredero del apellido? Ella quería que el elegido fueras tú, ¿no?

—Creo que discutí mucho con el director, pero al final el dinero compró su aprobación. La señora me pidió disculpas y me dijo que velaría por mi bienestar, que me buscaría otra esposa. Yo le dije que eso no me importaba, que solo quería que me permitiera casarme con Ryōko, pero entonces se enfadó mucho y se negó. Me dijo que podía concederme cualquier cosa excepto eso, que era imposible, totalmente imposible. La negativa me deprimió mucho.

—¿Qué ocurrió?

—Después de aquello, pasé una época idiotizado. Suspendí el examen, y después Kyōko se casó con Masao. Aunque ellos no me interesaban, desde mi habitación se oía todo. Era verano, y teníamos las ventanas abiertas... Un mes después de la boda, si no me equivoco, tuvieron una conversación muy extraña. No quería escuchar, pero no pude evitarlo.

—¿Extraña? ¿En qué sentido?

—No era una discusión, no estaban peleando. Kyōko no dejaba de echarle cosas en cara. Cada vez que Masao decía algo, ella se enfadaba. Sus diferencias continuaron y aumentaron de intensidad día a día.

—¿Sabes cuál era la razón?

—Masao estaba intentando que Kyōko recordara algo del pasado, insistía mucho en ello. Era un cobarde y me irritaba escucharlo, era uno de esos hombres que creen que pueden arreglarlo todo con una disculpa.

—¿Qué quería que recordara?

—No dejaba de hablar de una cita nocturna que habían tenido debajo del árbol de ginkgo... Le preguntaba si recordaba el pequeño cuarto de la parte de atrás, cosas así.

El árbol de ginkgo debe ser el que nombraba en su diario, el «Ginkgo de la Fertilidad» donde tuvieron su primera cita. El cuarto de la parte de atrás, ¿será el cuartillo del que se perdió la llave, el que da a la biblioteca?

—Kyōko no se acordaba de nada y terminó llamando loco a Masao. Entonces sacó el tema de la carta de amor y ella se puso furiosa.

Entonces, ¿la carta de amor es la clave?

Naitō continúa con su relato.

—Él decía que le había enviado una carta, pero ella desconocía su existencia; era un diálogo de besugos. A continuación, escuché un fuerte sonido. Aquel fue el inicio de la etapa violenta de Kyōko. Creo que eso sucedió en agosto. Desde aquel día, todas las noches, desde las doce hasta el

amanecer, parecía una pelea de gatos en celo.

—¿Desde las doce? ¿Tan tarde?

—Masao se encerraba en su laboratorio todos los días hasta esa hora, estaba investigando algo. Era tan exacto como un reloj, y eso a Kyōko no le gustaba. Y cuando regresaba comenzaban a discutir.

Su testimonio concuerda con los diarios. Fujimasa pensaba que Kyōko tenía problemas de memoria y se creía responsable de la locura de su esposa. ¿Por qué discutían tanto? A los ojos del otro, ambos estaban locos.

—A finales de agosto, Kyōko apareció de repente en mi habitación. «La ventana está muy cerca, debe escuchar todo lo que decimos», me dijo seductoramente. No parecía enfadada por que los hubiera escuchado, sino todo lo contrario. Se había pintado los labios y me miraba sugerentemente. Yo dudé un momento, pero decidí ser sincero. «No deberían discutir tanto, al final se enterarán sus padres». Y entonces Kyōko me gritó: «Mi marido es un desgraciado, ¡está totalmente loco!».

—Kyōko tenía un carácter bastante difícil, ¿verdad?

—Es absoluto. Aunque tenía un temperamento fuerte, normalmente era una persona positiva, emprendedora y alegre. Era una mujer muy sensata.

¿Sensata? ¿Aquella muchacha? ¿Qué es esta extraña sensación que me invade?

—¿Y qué creéis que me dijo esa sensata princesita? A mí, a alguien que se había criado en un burdel. Me pidió que me la follara.

Hay algo que no cuadra. Si Kyōko era una niña bien, no encaja que esas palabras salieran de su boca. Sin embargo, me recuerda a esa extraña escena que viví cuando le entregué la carta.

—Masao no le había puesto un dedo encima desde que se casaron. Y fue muy excitante escuchar algo tan explícito saliendo de su boca.

—Eres un sucio pervertido —le dice Enokidu.

Naitō no le hace caso y continúa:

—Masao no tenía relaciones con Kyōko, pero no dejaba de hablar de tener hijos. Y le preguntaba continuamente sobre algo que había pasado hacía diez años. Cuando ella se interesaba por el porqué de sus preguntas, él nunca decía nada; sonreía y le pedía disculpas.

Eso es lógico. Desde el punto de vista de Fujimasa, la que tenía problemas de memoria era ella. Además, había creído que su locura había llegado a un punto crítico. Si sus recuerdos (o más bien, las descripciones de sus diarios) son ciertos, no hay duda de que la que sufría lagunas de memoria

era Kyōko. Además, la carta de amor se la entregué yo.

—Según me contó Kyōko, Masao insistía en que le había enviado una carta de amor para la que había recibido respuesta. Él decía que habían tenido varias citas y que ella se había quedado embarazada. Le preguntaba qué había sido del niño, si lo había abortado o si seguía vivo. Era absurdo. ¿Cómo podría haber abortado diez años antes su esposa, que seguía siendo virgen y a la que ni siquiera cogía la mano? Cuando me lo contó, yo también pensé que Masao se había vuelto loco. A partir de ese día, Kyōko empezó a mostrarse muy cariñosa conmigo, sobre todo delante de Masao.

—¿Y él no hacía nada?

—Ese cobarde inútil se hacía el tonto, lo que enfadaba aún más a Kyōko. Cuando ya no aguantaba más la escenita, Masao se reía como un idiota y se marchaba. Era ese tipo de persona, ¿sabe a lo que me refiero? Kyōko era cada vez más cruel, pero él jamás reaccionó.

—¿El director y la gobernanta lo sabían?

—No. Ante sus padres, Kyōko actuaba como una esposa casta. Y, por alguna extraña razón, Masao nunca dijo nada. Seguramente se lo impedía su orgullo. Cuando llegó el otoño, Kyōko empezó a citarse conmigo en su habitación. Mientras Masao estaba en el laboratorio, bebíamos y nos divertíamos. Cinco minutos antes de las doce, antes de que llegara él, me marchaba.

Me imagino una escena: Fujimasa se topa en el pasillo con Naitō. El amante lo mira con desdén, con unos ojos perversos como los de una víbora. El marido se traga su sufrimiento y lo saluda con una sonrisa.

Puedo imaginarlo con facilidad.

—Un día me la encontré llorando. Le pregunté qué le pasaba y me respondió que su hermana era la culpable de que ella no tuviera relaciones sexuales con Masao. No sé de dónde sacó semejante idea... Bebía mucho, era casi una alcohólica, así que quizá fue una alucinación.

Es lo mismo que Kyōko me dijo a mí, pero no sé por qué piensa algo así.

—Kyōko estaba muy borracha y echaba pestes de su hermana. Al principio no supe qué hacer; nunca la había oído hablar mal de Ryōko. Me dijo que, aunque pareciera una santa, era una mosquita muerta, que tenía algo diabólico que volvía locos a los hombres y que a Masao le había robado el alma. Cuando escuché todo eso sobre Ryōko, la mujer a la que yo amaba, me enfadé muchísimo. Todos los miembros de esta familia tratan muy mal a Ryōko.

—Tu mente está completamente retorcida —le dice Enokidu de nuevo.

—Me da igual lo que opine. El caso es que Kyōko insistía en que su hermana era una bruja, y a continuación intentó llevarme a la cama.

Enokidu alza sus pobladas cejas y lanza una dura mirada a Naitō.

—¿Y lo consiguió?

Enokidu alzó sus pobladas cejas y fulmina con los ojos a Naitō.

—¿Qué hombre habría rechazado una oferta así? —le contesta Naitō, recuperando la arrogancia del día en el que lo conocimos.

—Estúpido, ¿no te diste cuenta de la intención de Kyōko? Ella solo se acercó a ti para atraer la atención de Fujimasa. Lamentablemente, no consiguió darle celos, lo que agrandó su problema y la colocó en una posición sin retorno. ¿Por qué no le pusiste fin? ¿Te acostaste con ella solo porque se te ofreció? ¿Es que no tienes orgullo? ¡No fuiste más que un sustituto de Fujimasa!

Es muy raro que Enokidu se enfade tanto. Kiba los mira a ambos, un poco perplejo.

—¡No hace falta que me lo diga, yo lo sé mejor que nadie! —exclama Naitō—. Pero no me importaba, porque Kyōko solo... —Mira fijamente a Enokidu, que le responde con una mueca de desagrado—. ¡Kyōko solo era la sustituta de Ryōko! Puede que eso me convierta en un ser despreciable, pero Kyōko no era más que una sustituta de Ryōko. Se parecen mucho, y era como estar con la mujer a la que amaba. Cuando Kyōko probó el sexo, comenzó a visitarme a menudo. Era muy excitante, ya que su marido estaba muy cerca. Un mes después, Kyōko comenzó a pedirme cosas raras, que encendiera la luz y abriera las cortinas. El laboratorio de Masao, que no tenía cortinas, podía verse desde la ventana. Mientras estaba sentado en su escritorio, tenía que ver lo que hacíamos. Era demasiado enfermizo, pero no me importaba: yo hacía todo lo que me pedía. Era como participar en un espectáculo para un solo espectador. Y eso parecía excitar mucho a Kyōko.

¿Sería este el hecho imperdonable del que tanto se arrepentía Kyōko? En cierto sentido, aquello era peor que si lo hubiera golpeado y pateado. No existen palabras para adjetivarlo. Parece que Enokidu ha perdido el habla.

—Qué hijo de puta... —dice Kiba—. ¿Y Masao seguía sin decir nada?

—Así es, ese hombre estaba loco. Es cierto que lo que Kyōko y yo hicimos estuvo mal, pero a él no parecía importarle nada. Seguimos haciéndolo casi todas las noches, pero empecé a pensar que estaba cayendo demasiado bajo y comencé a sentir cierto rechazo por ella. A veces, Kyōko me

daba un poco de miedo. Y, a pesar de todo lo que estaba pasando, Masao hablaba conmigo por las tardes como si no estuviera pasando nada. Fue culpa suya que ocurriera todo esto.

—¿Por qué soportó Masao una humillación de esa magnitud? Para empezar, tardó diez años en conseguir el dinero para la dote y la licencia de médico que le exigían para casarse. ¿Después de todo eso, no puso ni un dedo encima a su mujer?

—Una razón se lo impedía —dice Kyōgokudō, que se había mantenido en silencio, y se levanta de su silla.

—¿Razón? ¿Qué razón? No mantenía relaciones sexuales con su esposa y toleraba que esta tuviera un amante. ¿Qué podría justificar eso?

—¿Era masoquista? O quizá tenía una disfunción sexual... —apunta Atsuko.

—No. Se trataba de una razón física. —Después de servirse té y refrescarse la garganta, mira la taza y continúa—. Masao Fujino no volvió de Alemania porque la guerra hubiera comenzado, sino porque, en aquel país sumido en la violencia, sufrió un accidente. Perdió una parte de su aparato reproductor.

—¿Qué? —pregunta Kiba en un chillido agudo.

—¿Masao había perdido los genitales? Entonces, por mucho que amara a su esposa, no podía hacer nada. Pero ¿ocultar ese hecho y casarse, no es un fraude?

—Así es, pero no creo que él lo viera de ese modo. De hecho, tenía una razón de peso para querer casarse. —Coge la taza y se gira lentamente—. Como he dicho antes, Masao Fujino consideraba que el destino de todo ser vivo es procrear y criar a sus hijos. Ese era el objetivo de su vida. Sin querer, leí algunas de las entradas del diario de su madre. Las palabras que escribió en uno de sus últimos párrafos definieron por completo el resto de su vida.

Kyōgokudō recita su contenido mientras mira hacia arriba, enfocando la mirada a unos diez centímetros sobre sus ojos.

—«Lo más importante en la vida es tener un hijo y educarlo para ser una persona de bien. Como madre, me entristece y me da rabia no poder cumplir con esto y dejarte solo. No me asusta morir; me apena no verte crecer. Perdiste pronto a tu padre y ahora vas a perder a tu madre. Hijo mío, Masao, eres amable e inteligente y estoy segura de que crecerás fuerte y sano. No quiero que experimentes la tristeza que siente ahora tu madre. Busca a una buena mujer, ten hijos con ella y quíérelas. Tendrás una vida feliz; tu madre está



convencida de ello...».

A diferencia de la historia de Naitō, pasional e inmoral, esta es una historia de amor.

Ese contraste hace que la habitación se quede en silencio.

—Masao leyó tantas veces esta página que sus letras están borrosas. Para él, su madre era una figura sagrada, una deidad, y este texto era como la Biblia para los cristianos o el Corán para los musulmanes. Era meticuloso y cumplía sus directrices a rajatabla, y por eso intentaba vivir de un modo moral.

—Kyōgoku, eso no explica nada. Aunque entiendo la razón por la que no se acostaba con su mujer, el hecho de ser un tipo meticuloso no explica su anormal comportamiento.

—Deja que termine de hablar. Masao desoyó las enseñanzas de su madre solo una vez, hace doce años. Estaba perdidamente enamorado de Kyōko y el amor y la juventud le hicieron obrar de un modo inmoral. Aunque seguía siendo estudiante y no era apropiado, tuvieron relaciones y ella se quedó embarazada.

Sí, pero...

—Espera, ¡Kyōko nos dijo que no sabía nada de eso! No sabemos si ocurrió realmente. Aunque esté escrito en los diarios de Masao, podría ser una invención suya, ¿no? Un ejemplo más de la realidad virtual de la que hemos estado hablando.

—Lo importante es que Fujimasa creía que era cierto. Y en parte lo era.

—¿Estás diciendo que Kyōko miente? ¿Sufre de una atrofia en la memoria?

—No. Lo curioso es que, para él, un aborto sería algo terrible. Era como comer carne de cerdo siendo musulmán: había engendrado a un hijo irresponsablemente y ahora tenía que matarlo. Decidió enmendar su error, pero no lo consiguió.

—Le negaron la posibilidad de casarse, ¿verdad, hermano?

—En efecto. Pero no desistió. Como el deseo de su madre era que siguiera vivo, no podía suicidarse. Ni siquiera se le pasó por la cabeza hacerlo. Por mucho que tardara en conseguirlo, se casaría con ella. Primero iría a estudiar al extranjero y, cuando obtuviera el título, se casaría con Kyōko. Si el niño estaba vivo, lo reconocería como suyo y lo criaría; si hubiera sido abortado... En ese momento, tendría otro hijo con Kyōko. Fue lo único que se le ocurrió para enmendar su error. Se sentía muy culpable, como si hubiera defraudado no solo a Kyōko y a los Kuonji, sino a su santa madre. Empero,

sucedió algo que no esperaba, un accidente desafortunado. Perdió la capacidad reproductiva y, con ella, el modo de purgar su culpa.

—Era un caso perdido.

—Regresó al país completamente destrozado, pero no desistió. A partir de entonces, el carácter de Masao Fujino empezó a cambiar poco a poco. Las enseñanzas de amor de su madre cambiaron, se distorsionaron. Ya no llenaban su corazón deshecho.

—¿Qué quieres decir?

—Si el objetivo de los seres humanos, de cualquier ser vivo, es procrear y criar a los hijos, el sexo es un mero instrumento. La esencia de las palabras de su madre cambió. Su conclusión fue que es lícito tener hijos sin necesidad de relaciones sexuales.

—¡Pero eso es imposible!

—Hay muchas parejas que no pueden tener hijos y son felices —dice Atsuko—. Si tanto deseaban uno, ¿por qué no adoptaron? Hay muchos modos de hacerlo.

—A estas alturas, él ya no estaba bien. No contemplaba otra posibilidad: su hijo debía tener sus genes, los mismos genes de su madre. No solo creía que su visión distorsionada de la realidad era la correcta, sino que los demás lo veían del mismo modo. Creía que Kyōko también deseaba tener un hijo que heredara sus genes. Amarse, quererse, ya no tenía importancia. El hecho de que su esposa tuviera un amante era un reflejo de este pensamiento: ella lo hacía porque quería tener un hijo, solo eso.

—Entonces, cuando Masao veía a su esposa retozando con Naitō, pensaba: «Es lógico que lo haga, ya que quiere tener un hijo». ¿En serio?

—Sí, y por eso no sentía ira ni celos. Le daba igual que su esposa lo insultara, que lo golpeara o que se exhibiera con Naitō; lo único que le importaba era terminar cuanto antes su investigación. Mientras Kyōko buscaba un modo de atraer su atención, él se enclaustraba cada vez más en su investigación.

—¿Qué investigaba?

—Un modo de tener hijos sin necesidad de relaciones sexuales.

—¿Eso es posible? —pregunta Kiba, con expresión cansada.

—Aunque estaba loco, era un genio.

—Entonces, hermano, lo que el señor Masao estaba investigando era...

—Sí: la fecundación *in vitro*.

—¿*In vitro*? ¿Qué es eso?

—¿Te refieres al experimento del año pasado de la Universidad de Keiō?

—Se trata de una inseminación artificial. Aunque Masao había perdido gran parte de sus genitales, sus testículos aún funcionaban. Producía muy pocos espermatozoides, tan pocos que la inseminación artificial era inviable. Aun así, apostó por esta opción, aunque hubiera pocas posibilidades. En las placas de Petri y en los tubos de ensayo de su escritorio estaba tratando de desarrollar la forma de inseminar óvulos artificialmente.

—¡No puede ser! ¡Eso sería casi como un homúnculo moderno! —exclamo sin poder contenerme—. Es algo diabólico, algo que no debemos hacer los humanos.

—Eso depende de la ética personal de cada uno. Esta apreciación es diferente según el país en el que te encuentres y la religión que profeses. En cierto modo, ¿qué importa dónde y cómo se conciba? No deja de ser una vida que hay que respetar, ¿no? De lo contrario, tendríamos que aceptar que todas las intervenciones médicas van en contra de los designios del Cielo.

—Pero, desde un punto de vista real, ¿es posible hacerlo? A mí, todo esto me parece una fantasía.

—Teóricamente es posible. He leído casi todas sus notas de investigación, y su teoría no contiene inconsistencias. Desde un punto de vista científico, esta información es muy valiosa. No obstante... —Kyōgokudō hace una pausa con una mueca de dolor—. Estaba equivocado. Si lo hubiera conseguido antes, si hubiera logrado llevar a cabo con éxito una inseminación in vitro, esto no hubiera sucedido. Terminó su trabajo aquella nublada noche de 1951.

—Volvió a su habitación treinta minutos antes de lo habitual —comienza Naitō, que ha estado escuchando atentamente las palabras de Kyōgokudō—. Era un día frío. Aunque estábamos celebrando el Año Nuevo, Masao no había cambiado de hábitos. Kyōko y yo habíamos estado bebiendo y nos estábamos divirtiendo. Aquella habitación no tenía calefacción, estaba helada. Lo recuerdo muy bien. De repente se abrió la puerta. Kyōko estaba sobre mí, desnuda; levanté la cabeza y vi la cara de su marido. Fujimasa estaba sonriendo.

Cierro los ojos y me imagino la escena.

Las palabras de Naitō me transportan hasta allí. Es muy real.

—*Kyōko, ¡qué alegría! ¡Por fin he terminado mi investigación!*

—*¿De qué hablas? ¿Cómo puedes decirle eso a tu esposa mientras está*

*en la cama con otro? ¿No te das cuenta de lo que he hecho?*

*Kyōko, aún sobre Naitō, fulmina con la mirada a Fujimasa. A pesar de eso, su marido sigue sonriendo.*

*—Claro que me doy cuenta, ¡y ya no tienes que seguir haciéndolo! ¡Ya no es necesario!*

*—¿Eres tonto? ¿Qué significa eso? Querido, ¿estás diciéndome que ya no voy a tener que buscar a Naitō, que tú vas a empezar a acostarte conmigo? Espero que sea una broma. ¡Preferiría morirme a tener que acostarme con un parásito cobarde como tú!*

*—No es eso, Kyōko, no te enfades y escúchame. ¡Podemos tener un hijo sin la necesidad de tener relaciones! Un hijo tuyo y mío. Tendremos otro hijo, lo haremos por el que murió...*

*—¿Qué estás diciendo? ¡Estás loco de remate!*

—La expresión de Kyōko... Es justo como dijo el detective, no parecía de este mundo —continúa Naitō—. Daba miedo. Se levantó de la cama, desnuda, y colocó los brazos en jarras.

»—¡Quién querría dar a luz a un hijo tuyo! ¡Jamás lo haré, ni ahora ni en el futuro! No pongas esa cara de imbécil. Enfádate. Ni siquiera puedes enfadarte. ¡Gusano!

»—Cálmate, por favor. Perdóname, yo he tenido la culpa de todo. Perdóname. Pero, cuando te tranquilices, quiero que me escuches.

»—¡Cállate! ¡Vete de aquí! ¡Muérete!

»Kyōko cogió todo lo que tenía a su alcance para lanzárselo a Masao. Yo estaba temblando; me levanté, cogí la ropa y decidí huir de allí.

»—Deja de tirar cosas. ¿No ves que está aquí Naitō?

»¿Qué estaba diciendo ese imbécil? No comprendía la situación. Yo no era un extraño que estuviera siendo testigo de una disputa matrimonial: me había pillado con las manos en la masa, acostándose con su esposa. Pero parecía preocupado por mí, y me dijo:

»—Naitō discúlpanos por todo esto. Más tarde, cuando Kyōko se tranquilice, iremos a ofrecerte una disculpa formal. Pero ahora, por favor, tengo que pedirte que nos dejes solos.

»Al escuchar esas palabras, Kyōko se quedó momentáneamente sin habla. Acto seguido, aumentó la intensidad de sus insultos. Yo intenté huir, pero un reloj me golpeó el pie y me caí. Traté de esquivar los lanzamientos de Kyōko y me pegué a la pared.

—Te quedaste muerto de miedo debajo del cuadro al óleo, ¿verdad? —le pregunta Enokidu. Era cierto.

—Estaba endemoniada, pero Masao me daba más miedo que ella. Aquel imbécil seguía sonriendo y disculpándose.

»—Perdóname, yo tuve la culpa. Por un momento perdí la cordura, y sé que te hice daño. De verdad, estoy muy arrepentido. Pero ahora todo será diferente. Ya no soy un estudiante, sino un médico hecho y derecho. Tu padre me aceptó como heredero. El niño que murió hace diez años, nuestro niño, volverá a nacer.

»—¡No sé de qué estás hablando! ¡Vete de aquí!

»—Deja de actuar así. Por favor, Kyōko...

»Entonces, Masao se escabulló hacia la biblioteca para eludir el ataque de su esposa.

—Esa fue la razón por la que Masao entró en la biblioteca...

—Así es, pero la puerta pesaba mucho. No se abrió inmediatamente. En aquel momento, Masao dijo algo muy extraño.

»—Vuelve a ser la de antes. La que era dulce, la de hace diez años...

»Mi visión se volvió roja y no supe de inmediato qué había pasado. En el suelo comenzó a formarse un charco de sangre y entonces comprendí qué había sucedido: Kyōko había apuñalado a Masao con un cuchillo de fruta. Estaba perdiendo mucha sangre; estaba claro que le había seccionado alguna arteria.

Hemos descubierto qué pasó en las horas perdidas.

—Y para escapar de Kyōko, Masao cerró la puerta desde dentro. ¿Fue así?

—Sí. Escuchamos cómo cerraba con llave. Cuando comprendió la gravedad de sus heridas, ya era demasiado tarde.

No creo que fuera así.

Mi consciencia se alinea lentamente con la de Masao Fujino.

Miedo. Dolor. Y una profunda tristeza... No, no es tristeza, es temor. Pero no fue por eso por lo que cerró con llave, sino porque aún tenía la esperanza de arreglarlo todo. Si esperaba a que Kyōko se calmara...

*Estoy perdiendo el sentido. Pero aún no ha llegado mi hora. Si muero, el deseo de mi madre...*

«Busca a una buena mujer. Ten hijos con ella.

Y quiérelos. Tendrás una vida feliz.

Tu madre está convencida de ello...».

En ese momento, Fujimasa se convierte en un gran feto.  
Y vuelve a despertar lentamente.

*¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? Yo...*

*Estoy en el interior de una tibia placenta de sangre, con un cuchillo de fruta como cordón umbilical.*

Este feto que jamás llegará a nacer, ¿qué sueños tendrá? ¿Un futuro feliz junto a Kyōko? ¿Un pasado que no se ha de repetir, el tiempo que vivió junto a su madre? ¿O ambas cosas? El futuro es un pasado que aún no ha llegado, el pasado es un futuro que ya se ha marchado.

Se desangra. Su temperatura baja.

*Tengo frío.*

La consciencia comienza a perderse, a confundirse.

*Está oscuro y silencioso. A lo lejos escucho una voz. ¿Estará enfadada todavía? Está llorando.*

¿Y él? ¿Qué vio?

*Madre...*

*¿Madre?*

—Me quedé en el suelo, muerto de miedo.

La voz de Naitō hace que la consciencia de Masao Fujino, a punto de enfrentarse a la muerte, regrese a la de Tatsumi Sekiguchi. O sea, a mí.

—Me quedé en el suelo, muerto de miedo. Estaba debajo del óleo, boquiabierto. Kyōko graznaba como un pájaro y luego todo quedó en silencio. Pasaron cinco o diez minutos... No sé, quizá fue más tiempo. Después de eso, se quedó junto a la puerta, sin moverse. Me arrastré con dificultad, recogí mi ropa, que estaba esparcida por la habitación, y hui desnudo hasta mi cuarto. Temblaba como si estuviera congelado, pero no era frío, era miedo... No podía dejar de temblar. «¿Qué va a pasar ahora? ¿Masao ha muerto?», pensé. No quería ser cómplice de un asesinato. ¿Debía llamar a la policía, o avisar al

director? No, no podía hacer eso. Masao podía seguir vivo y, si lo estaba, todos se enterarían de lo que había ocurrido en realidad. Me acusarían de ser cómplice del intento de asesinato. Y, aunque no lo hicieran, no había duda de que me echarían de la casa.

Enokidu golpea el respaldo de la silla.

—¿En esas circunstancias seguiste pensando solo en ti? ¡Lo primero debería haber sido salvar la vida de esa persona! ¿No se te pasó por la cabeza tranquilizar a Kyōko y salvar a Fujimasa?

—¡No! —grita Naitō. Su deseo de vivir era como una víbora testaruda. Ahora que sabemos lo que pasó, el miedo ha desaparecido de su rostro; es como si se hubiera librado de algo que tenía atorado en la garganta—. No quería volver a vivir como un pordiosero. Aunque la clínica está de capa caída, conserva el terreno y el edificio. Si seguía aquí, terminaría siendo médico, me casaría, tendría un lugar donde vivir. No quería volver a aquella mancebía patética... no podía. Amaneció mientras le daba vueltas a la cabeza. La casa estaba tranquila, parecía que no había pasado nada. Fui a la habitación de Kyōko y descubrí que había limpiado la sangre y recogido los pedazos de cosas rotas. La encontré junto a la puerta, arreglada. Al darse cuenta de mi presencia, me dijo: «Masao se ha encerrado con llave y no quiere salir. ¿Podría abrir la puerta, señor Naitō?».

—Perdió el recuerdo de la tragedia.

—No solo eso; parece que también había olvidado nuestra relación. Me quedé perplejo, pero aquello me convenía. Por suerte, nadie conocía nuestra aventura. El problema era Masao: si estaba vivo, todo se iría al garete. Por suerte, había echado la llave por dentro y nadie podía entrar en la habitación. Si lo dejábamos estar, moriría allí dentro. Como no leo novelas de detectives, no sabía que este era un tema tan tratado, «el misterio de la habitación cerrada por dentro». Necesitaba que alguien confirmara que la puerta estaba cerrada, así que le dije a Kyōko que hablara con el director y volví a mi habitación.

—Pero el director no la ayudó.

—No. Por la tarde fui a ver qué había pasado y me encontré con doña Tomiko. Estaba gritando. Me dijo que Kyōko había discutido con Masao y que estaban muy preocupados. No sabía si estaría muerto, pero tenía que arriesgarme, así que llamamos a Tokizō para abrir la puerta. Rompimos las bisagras, pero la puerta era sólida y solo pudimos abrirla un poco. Kyōko se deslizó por la rendija y gritó: «¡No está! ¡Mi Masao no está! ¡Ha desaparecido!».

»Ahora que lo pienso, Kyōko miraba hacia arriba como si estuviera buscando mariposas. ¿Esperaba que Masao flotara? El exorcista dijo que no miré porque tenía miedo, pero no es verdad. Aunque tenía miedo, quise cerciorarme, así que me asomé. Pero yo tampoco pude verlo. ¿Me había contagiado Kyōko su realidad virtual? Es posible. Si lo hubiera sabido... Pero, en aquel momento, al no verlo, me asusté mucho. Si había conseguido escapar, significaba que estaba vivo y que todos iban a descubrir mi relación con Kyōko. Además...

—Temías que se vengara.

—Por supuesto. En su lugar, yo solo me habría quedado satisfecho haciendo pedazos al amante de mi mujer y lanzando los trozos a una cloaca. Empecé a vivir con miedo, me aterraba quedarme solo. No podía dormir ni comer. Pero el muy idiota estaba muerto. Todo fue producto de mi imaginación. ¡Ja, ja!

Naitō comienza a reírse.

—Naitō, ¿quién reparó la puerta y trasladó la cama a la otra habitación? —le pregunta Kyōgokudō.

Naitō deja de reír. Después de un instante pensando, contesta:

—Kyōko no dejaba de llorar mientras gritaba que Masao había desaparecido. Tokizō y yo no sabíamos qué hacer y, mientras estábamos hablando con el director y la gobernanta, apareció Ryōko.

¿Ryōko? ¿Fue ella?

—Si no me equivoco, fue a la habitación de Kyōko para saber qué había pasado. Su hermana le contó que había discutido con Masao y que había hecho algo malo; no dejaba de repetir eso. Entonces, Ryōko le ordenó a Tokizō que reparara la puerta.

—¿Cómo estaba la señorita Ryōko?

—¿A qué se refiere?

—Por ejemplo, ¿qué ropa llevaba?

—Ya... Llevaba un kimono.

—¿Recuerda algo más? ¿Parecía desganada? ¿Cansada?

—No, en absoluto. Estaba... no sé, animada. Tokizō le preguntó si debía llamar a un carpintero, pero ella le contestó: «Tú la rompiste y tú vas a arreglarla». Tokizō se quedó muy sorprendido.

—¿Y quién trasladó la cama?

—Después de eso, Kyōko perdió el conocimiento y la llevé al edificio principal para que descansara. Hablé con sus padres, omitiendo los detalles, y



Kyōko guardó reposo durante dos o tres días. Como no se encontraba bien, el director la examinó y descubrió que estaba embarazada de tres meses.

—El director es médico, ¿no? ¿Cómo no se dio cuenta? —apunta Kiba.

Kyōgokudō sonríe irónicamente y defiende al director.

—En ese momento, no habría sido fácil. Si presentaba todos los síntomas de un embarazo y no había tenido menstruaciones...

—Así es. Yo, que también he recibido instrucción médica, al escuchar al director no pensé que hubiera duda alguna. La gobernanta se enfadó mucho: abórtalo, no tengas al hijo de un tipo que te ha abandonado... Mi situación era complicada, no sabía qué hacer. Kyōko había olvidado por completo nuestra aventura, pero era imposible que el padre fuera Masao. ¿Cómo pensaba que se había quedado embarazada? La gobernanta es muy estricta, de modo que supuse que, antes o después, la obligaría a abortar. No me importaba, era un niño ilegítimo. Sin embargo, la cosa se torció: Ryōko les rogó que la permitieran tenerlo y pidió que trasladaran a Kyōko a la biblioteca. La gobernanta aceptó y no volvió a hablarse del tema.

—Entonces, la que pidió el traslado a la biblioteca fue la señorita Ryōko. ¡Sekiguchi! —me llama de repente Kyōgokudō—. Ella te contó que el día ocho de enero perdió la memoria y que no recuerda nada de lo que sucedió hasta la madrugada del día siguiente, ¿no?

—Así es, pero...

—Eso significa que pidió que arreglaran la puerta en ese lapso de tiempo sin recuerdos —añade, con expresión satisfecha.

Naitō cruza las piernas y sonríe con arrogancia.

—¿De qué vais a acusarme? Como habéis oído, yo no hice nada —dice con tono morbosos.

Kiba lo mira fijamente, pensativo.

—No sería difícil detenerte y llevarte a juicio, podríamos imputarte cualquier crimen. Pero no conseguiríamos que te condenaran a muerte, y no quiero volver a ver tu mugrosa cara. Ahora que te hemos tomado testimonio, sería genial que desaparecieras de la faz de la Tierra.

—Así será, no tengo ningún interés en quedarme aquí —le contesta Naitō con una enorme sonrisa—. Voy a largarme. Prefiero un burdel a esto.

Enokidu golpea con fuerza la mesa.

—¡Oye! ¿Qué demonios te has creído? ¿Cómo puedes vivir así? No, no quiero saberlo. Aunque la ley no pueda juzgarte, ¡lo que hiciste fue perverso! ¡Me das ganas de vomitar!

—¡Tú no podrías comprenderlo! —le contesta Naitō, enojado.

Es cierto, es posible que Enokidu no pueda entenderlo. Los bambúes que crecen hacia el cielo no pueden saber qué siente el musgo que se extiende por el suelo. Yo también aparto la mirada de los grandes ojos de Enokidu.

Naitō se ríe y Enokidu no aguanta más y se levanta. Inmediatamente, Kiba da una orden y unos oficiales se llevan al joven, arrastrándolo por las axilas.

—Naitō —dice Kyōgokudō, y este se vuelve—. Llevas a Masao Kuonji pegado a tu espalda y no creo que vaya a marcharse en mucho tiempo. Ten mucho cuidado.

Naitō se queda perplejo un momento, y a continuación el horror invade su rostro. Está a punto de gritar algo cuando los oficiales cierran la puerta. No lo escuchamos.

—Oye, ¿por qué le has dicho eso?

—Como la ley no puede juzgarlo, decidí darle un pequeño escarmiento. Sekiguchi, lo que acabas de ver es lo que llamamos «maldición». Hasta que no se arrepienta sinceramente, Fujimasa seguirá atormentándolo. Va a sufrir mucho.

Ser musgo y crecer a ras del suelo no es bueno. Pero lo cierto es que él mismo se lo buscó.

—Como suele decirse, el mal que haces termina volviendo a ti. Y no es nada agradable —dice Kyōgokudō.

Cuando Naitō se marcha, entra con una alegría discordante Kōichi Satomura.

—¿Qué? Nunca antes había visto a tantos civiles presentes en un interrogatorio. Si se enteran los de arriba nos vamos a meter en un lío, Kiba.

Lleva el poco cabello que le queda relamido y peinado hacia atrás, lo que acentúa su ya de por sí amplia frente. Sonríe de oreja a oreja. De hecho, siempre parece risueño. No parece tener otra expresión.

—No te metas en lo que no te incumbe; entrega tu informe y vuelve a tu trabajo abriendo muertos. Eres una vergüenza para el gremio.

Kiba, cuando está de mal humor, escupe veneno. Pero a Satomura no le molesta y saluda a Enokidu, a Kyōgokudō, a Atsuko Chūzenji y a mí.

—El que me habéis entregado es el cadáver más bonito del mundo. La víctima murió hace un año y seis meses.

—¿Tanto tiempo?

—Sí. Es muy probable que la fecha de la muerte fuera el nueve de enero del vigésimo sexto año de Shōwa, el día de la desaparición. Y no hay indicios

de que hayan movido el cadáver.

—Entonces... Fue así.

Kiba parece un poco decepcionado, como si aún mantuviera la esperanza de encontrarse ante un hecho sobrenatural.

—Pero, en serio, nunca había visto una adipocira igual. Me he emocionado más que cuando diseccioné a un *sokushinbutsu*[\[130\]](#) de Dewa[\[131\]](#).

¿Adipocira?

—¡Estaba tan resbaladizo porque su grasa se había convertido en adipocira! —exclamo.

Kiba hace una mueca y pregunta:

—¿Adipocira? ¿Qué demonios es eso?

—A veces, los cadáveres se saponifican y su grasa se convierte en una sustancia parecida a la cera de vela. Nunca había visto una adipocira tan hermosa como la suya. Su piel, sus músculos, casi todo parecía hecho de cera. Aunque tenía los pulmones como hojas secas, el corazón, el hígado y los riñones se habían saponificado. Es maravilloso. Pero, para que algo así ocurra, han debido cumplirse varias condiciones. Esto es un verdadero hallazgo.

—¿Condiciones? ¿Cuáles?

—La grasa corporal se convierte en adipocira a través de una transformación química. No sucede de inmediato; comienza por la piel, luego por los órganos internos, y finalmente en la grasa neutral. El tejido adiposo se deshidrata y el ácido graso insaturado se transforma en ácido esteárico y en ácido palmítico, y eso a su vez...

—No entiendo nada de lo que me dices. No te estaba preguntando eso.

—Sabía que me dirías eso. —Satomura sonríe y entorna los ojos tras las gafas—. Primero, es necesario que la temperatura sea baja. Y que haya humedad. Si hay humedad y la temperatura es alta, el cadáver se pudre. Si el ambiente es seco, se momifica. La mayoría de los cadáveres saponificados se encuentran en las zonas pantanosas; bajo el agua y a temperatura baja. En este clima no es normal que ocurra. Es posible que el hecho de estar en una habitación casi herméticamente cerrada haya contribuido. Para la creación de adipocira es necesario que el nivel de oxígeno sea bajo. Además, en la habitación había un tenue olor a medicamento, por lo que creo que es posible que hubiera un gas más pesado que el aire, quizá dióxido de carbono, que se mantuvo a ras del suelo. No lo sé con seguridad; mi especialidad no es la

química.

»La temperatura de la habitación era inusualmente baja, y eso que estamos en una época de mucho calor. El individuo murió en pleno invierno, ¿no? Es posible que se congelara. He oído hablar de algunos especímenes encontrados en los glaciares. Además, sabemos que se desangró. Lo único que sé por ahora es que se dieron varias coincidencias que favorecieron su formación, aunque las posibilidades eran mínimas —nos cuenta Satomura, como si fuera un abuelo hablando de su querido nieto.

—Creo que esa habitación... No, creo que todo el edificio nuevo, todas las edificaciones del sanatorio Kuonji, reúnen las condiciones necesarias para la formación de adipocira —añade Kyōgokudō—. El que construyó esto debía estar bastante loco. Buscó el hermetismo y potenció la humedad ambiental, es la obra maestra de un monomaniaco.

—Ya. Entonces esa es la razón por la que los ratones muertos eran todavía reconocibles —dice Enokidu con autoridad—. No fue una mera coincidencia.

—Los ratones del laboratorio... —susurra Atsuko, como si se acordara de repente—. Esos animales debieron morir poco después del señor Masao.

Satomura parece tan ilusionado como un niño.

—¿Hay unos ratones saponificados? Me gustaría verlos.

En cierto sentido, Satomura es tan extraño como Enokidu.

—¡Olvídate de eso ahora! Termina el informe.

—Sí, sí. En el cadáver había restos de formol.

—¿Un conservante?

—Pero rociar un cadáver con la sustancia no es suficiente para conservarlo, el líquido se evaporaría de inmediato.

—Es posible que quién lo roció no lo supiera.

—Esas cosas os las dejo a vosotros, mi especialidad es la disección. En cuanto a la causa de la muerte...

—Se desangró, ¿no? Eso ya lo sabemos. Puedes marcharte.

—No fue así —dice Satomura con frialdad—. La causa de la muerte fue una contusión cerebral, una fractura en la cavidad craneal.

—¿Cómo? —preguntan Kiba y Atsuko al mismo tiempo—. ¿Fue golpeado por alguno de los objetos que le lanzó Kyōko?

—No lo creo.

—Entonces, doctor Satomura, ¿la víctima se levantó, con el cuchillo clavado en el costado, tropezó y se rompió la cabeza contra algo? —sugiere

Atsuko.

—Tampoco. La víctima recibió una puñalada y perdió mucha sangre, debía estar casi inconsciente. Se dobló, por el dolor, y cayó así. —Satomura escenifica lo que cree que ocurrió. Se lleva las manos al costado y cae al suelo en posición fetal—. Una vez en esta posición, no debían quedarle fuerzas para levantarse. Y, justo cuando se encontraba así, alguien dejó caer algo pesado sobre él que le aplastó el cráneo. Eso fue lo que causó la muerte.

Como todos estamos imaginando la escena, durante un rato nadie dice nada. Como siempre, la que rompe el silencio es Atsuko Chūzenji.

—¿Cómo? Espere un momento... Entonces el golpe no fue post mórtem, ¿verdad?

—No.

—Después de ser apuñalado, ¿cuánto habría tardado en morir desangrado?

—El punto de entrada fue crítico. De quince a treinta minutos.

—Entonces, entre quince y treinta minutos después, alguien entró en la habitación para rematar a Fujimasa.

—Es lo más factible.

—Espera, Satomura, eso no puede ser. ¡Eso es imposible!

—No sé si lo es. Descubrir eso no es mi trabajo.

Enokidu empieza a reírse.

—Eso es perfecto —nos dice a los demás, que estamos aún absortos—. ¡Al final no se trataba de un asesinato en una habitación sin salida!

Interrogan al director y a su esposa al mismo tiempo. Kiba y sus compañeros discuten un poco, ya que lo normal es hacerlo de uno en uno. Yo no lo sé, ya que a mí no me han interrogado nunca. Sin embargo, como ha sido Kyōgokudō quien lo ha propuesto y este es un caso excepcionalmente extraño, aceptan hacerlo así.

Kiba se sienta frente a ellos. Después de pensar durante un rato, levanta la cabeza.

—¿Qué demonios os pasa? —exclama—. ¿No sabíais que había un cadáver tirado en el suelo?

—Por supuesto que no, creíamos que Masao estaba vivo. No me acerqué a aquel cuarto porque estaba asustada... —responde la gobernanta débilmente.

—¿Estabas asustada? Es extraño. ¡En un año y medio no entraste en la habitación en la que dormía tu hija! ¿Y qué me dices tú?

—Yo... Tienes razón, no he sido un buen padre. Si me preguntas si lo

sabía... Bueno, reconozco que lo presentía. Ya lo dijo el exorcista, y es cierto, lo presentía. La única salida de la habitación era esa puerta, así que, o la abrió y se fue, o nunca salió de ella. Eran las únicas opciones posibles. Fuera cual fuera, no era un resultado alentador. Por eso...

—Te hiciste el loco. Pero ¿cuánto tiempo pensabas que podrías continuar así? ¡Jamás había visto un modo tan absurdo de ocultar un cadáver!

—Precisamente... —dice el anciano, y de inmediato cierra la boca—. Precisamente por eso. Era tan absurdo que, tarde o temprano, se descubriría todo, ¿no? No era necesario hacer nada. Yo... Estaba cansado de cargar con el apellido Kuonji. Ya no me quedaban fuerzas.

Parece que Kiba ya no sabe qué preguntar; Kyōgokudō recoge el testigo.

—Kiba, me gustaría hacer algunas preguntas, pero no sé si tienen relación directa con este caso. ¿Me permite? No sé si es adecuado que un civil participe en el interrogatorio.

Kiba levanta las manos, impotente.

—Haz lo que quieras. Me rindo.

Kyōgokudō se dirige al anciano matrimonio.

—Primero hablaré con usted, señora. Iré directo al grano, ya que no tiene sentido seguir ocultándolo. En Sanuki, su lugar de origen, había rumores sobre que su linaje era un *tsukimonosuji*, ¿verdad?

—Sí. Aunque parezca una tontería, mi familia ha sufrido mucho por ese asunto. Mi madre y yo nacimos aquí, pero mi abuela vivió en Sanuki toda su vida. Sufrió una gran discriminación.

—Comprendo, pero hay algo que no me queda claro. ¿Es cierta la historia sobre el apellido Kuonji?

—Sí...

—En la época Heian, el *onmyōdō* estaba en el centro del poder político. En aquel momento era el fundamento científico más novedoso. Al final el *onmyōdō* sería prohibido públicamente, pero sus creyentes lo transmitieron por todas las regiones y en algunas se fusionaron con las religiones locales hasta convertirse en lo que conocemos hoy día como tal. Sin embargo, el *onmyōdō* se mantuvo puro en Shikoku, por alguna razón, y creo que la familia Kuonji fue uno de los linajes que se encargó de perpetuar este *onmyōdō* «clásico». Anoche, usted no reaccionó ante las oraciones budistas o sintoístas, ni ante los mantras o hechizos. Sin embargo, cuando invoqué a los dioses al estilo del antiguo *onmyōdō*, reaccionó de inmediato. Mi corazonada resultó ser correcta: usted sabía lo que era aquello.

—Sí, es algo que se ha transmitido en mi familia durante generaciones. A mí me lo enseñó mi madre, pero me dijo que no debía usarlo nunca.

—Entonces no me equivocaba, no hay duda de que los Kuonji son un antiguo linaje que aún mantiene las enseñanzas del *onmyōdō*. ¿Sabe lo que es un *oshobo*?

—Un *oshobo*... Creo que mi madre me habló de ello cuando era niña, pero no lo recuerdo bien.

—¡Kiba! ¡Sekiguchi! ¡Habéis oído lo que ha dicho la señora? ¡Los Kuonji no eran un *tsukimonosuji* relacionado con un *oshobo*! —dice Kyōgokudō alegremente—. Es lo que me imaginaba. No es habitual que un *oshobo* se aferré a una persona...

—¿Por qué? La policía me entregó la declaración de un anciano sobre ese tema.

—Por muy anciano que fuera, no creo que naciera hace quinientos o mil años. Como mucho, podrá saber qué ocurrió hace setenta u ochenta años.

—Eso es cierto, pero ¿qué importancia tiene una antigua leyenda? Eso de que los Kuonji matan a los críos y controlan el espíritu de niños abortados...

—Eso era lo más extraño, ya que la misma idea de que un bebé abortado pueda portar una maldición es un concepto reciente que tuvo su origen en la era Shōwa, cuando se establecieron los derechos civiles. En el periodo Edo no se consideraba personas a los niños menores de siete años y, si morían, ni siquiera se les hacía una ceremonia. Los infames *Edictos sobre la compasión hacia los seres vivos*[\[132\]](#) prohibían que se tirara a los niños.

—¿Los *Edictos sobre la compasión hacia los seres vivos*? ¿Los que protegían a los animales?

—En esa época, los infantes eran vistos casi como perros o gatos.

—Pero, Kyōgokudō, ¿tú no me contaste que en *La vida de una mujer lujuriosa* había una historia sobre unos bebés abortados?

Estoy seguro de que fue así.

—No se trataba de bebés abortados, sino de *ubume*. No eran los causantes de la maldición, sino la materialización de ese concepto. Ahora sería posible, pero en la sociedad del pasado no era creíble que los niños muertos pudieran maldecir. El *oshobo* no tiene ninguna relación con los abortos.

—Entonces, ¿qué es un *oshobo*?

—En algunas zonas de Shikoku, el *oshobo* es un monstruo con forma de niño y cabello corto, parecido al peinado de un *kappa*[\[133\]](#). No sé muy bien

qué es, pero parece similar a un *zashiki-warashi* o un *kurabokko*. ¿Sabéis qué es un *zashiki-warashi*?

—Soy de la región de Tōhoku[134] y sé lo que es un *zashiki-warashi* —dice Aoki, horrorizado—. Es un monstruo que tiene forma de niño y la cara roja. Cuando se instala con una familia, esta consigue una gran riqueza, pero la pierde cuando se marcha.

—Excelente explicación. Como bien dices, el *zashiki-warashi* servía para explicar la opulencia de ciertas familias y el sesgo de la riqueza en la sociedad. Es la misma función que desempeña el *tsukimono*. Lo importante es que solo es posible ver a un *zashiki-warashi* cuando se marcha de una casa. Los testigos suelen ser personas ajenas a la familia, y esta tarda poco en caer en desgracia. El *zashiki-warashi* es un modo de explicar la decadencia de una familia que hasta entonces había sido rica, casi siempre nuevos ricos o forasteros. También es un modo de explicar el modo en el que consiguieron dicha riqueza. Cuando esa idea se asienta en una comunidad, se consolida ese modo de ver el mundo: «Míralos, son ricos porque tienen un *zashiki-warashi*». En resumen, este es un mecanismo popular que funciona como los *tsukimono*. —Kyōgokudō mira a todos los presentes—. Por tanto, si consideramos que el *oshoho* tenía la misma función, no tendría sentido que maldijera a una familia; este ser no es domesticable y lleva la riqueza de una a otra persona.

—¿Eso qué implicaría?

—Está claro: que la historia que contó el anciano sobre los Kuonji fue inventada recientemente.

—Espera un momento, Kyōgokudō. La señora Tomiko Sawada nos contó una leyenda sobre los Kuonji en la que aparecía un dios infante. ¿Dices que eso también es mentira?

—Ah, la leyenda del asesinato del *rokubu*. Eso sí que es viejo. Por cierto, señora, ¿cuáles son los dioses domésticos de los Kuonji?

—Tenemos varios: Shikiōji y Gohō[135] niño, así como los niños de la familia de Fudōmyō.

—Claro. Normalmente, las deidades familiares tienen forma de niño. He oído decir que el carácter chino para «niño», «K», era originalmente un modo de designar un estatus inferior: un sirviente. No sé cuándo comenzó a usarse para los niños. Es posible que se deba a alguna confusión. A lo mejor, la imagen infantil del *zashiki-warashi* viene de ahí.

»Por tanto, el dios infante del que os habló Tomiko no era un *oshobo* ni



un niño abortado, sino un dios doméstico con forma de niño. En cualquier caso, no tiene ninguna relación con un niño abortado. ¡Kiba!

Como lo ha llamado de repente, se ha sobresaltado.

—¿Qué?

—Ha quedado demostrado que el rumor de que los Kuonji son un *oshobotsuki* y de que llevan generaciones asesinando niños es falso. Debemos abandonar ese tipo de prejuicios.

Lo he entendido muy bien. Aunque al principio no parecía tener relación, la explicación de Kyōgokudō ha sido perfecta.

Es cierto que Tomiko Sawada nos habló de un dios infante y que en ningún momento pronunció la palabra «oshobo». Como a continuación habló sobre una rana y un feto, uní todos aquellos términos en un mismo pensamiento. Kyōgokudō tiene razón: debemos desechar esos prejuicios, que no son más que la raíz misma de la discriminación.

—Establezcamos las causas que llevaron a pensar que la familia Kuonji era un *tsukimonosuji*. Por supuesto, está relacionado con que fuera la peculiar familia de una *tayū* del *onmyōdō*, pero creo que la riqueza fue la causa principal. Es lo que se deduce de la leyenda del asesinato del *rokubu* que os contó Tomiko. —Kyōgokudō se dirige de nuevo a la gobernanta—. Son muchas las leyendas populares en las que se asesina a un forastero. Un desconocido visita un lugar, es asesinado y los culpables se enriquecen con los bienes robados... a cambio de ser maldecidos durante generaciones. Lo que os contó Tomiko es justo eso. Sin embargo, no todo es mentira; este tipo de leyendas necesitan sustento, la existencia de un argumento que encaje con la lógica interna de la comunidad. En las sociedades tradicionales, el asesinato de un forastero era lo mismo que un *tsukimono* o un *zashiki-warashi*: su función era explicar el sesgo de la riqueza. Por tanto, la leyenda del *rokubu* que os contó Tomiko debió surgir en el momento en el que los Kuonji consiguieron su riqueza. Lo que quiero decir es que debió ocurrir algo que provocara esa reacción.

—¿Qué pudo ocurrir? ¿A qué te refieres?

—Probablemente, al suceso que hizo que los Kuonji se convirtieran en los médicos de cabecera del señor feudal, ya que fue así como obtuvieron su poder y riqueza. Creo que eso es lo que simboliza la leyenda que os contó Tomiko. La leyenda del asesinato del forastero se convirtió, con el paso de los años, en un *tsukimonosuji*. En Shikoku, además de en el *onmyōdō*, se desarrolló también la creencia en los *tsukimono*, en los *inugami* y en los

*toubyō*[136] Si los Kuonji fueron *tayū* del *onmyōdō* durante generaciones, en lugar de ser un *tsukimonosuji*, eran los encargados de eliminarlos. Pero, por alguna razón, esa función se invirtió. Y así comenzó la triste historia de los Kuonji. Empero, debió ser hace mucho tiempo, tanto que aún no existía la tradición del *oshobotsuki*.

—Mi madre nunca me dijo nada de eso. Lo que ella decía es que nuestra familia era un *kuro*.

—«Kuro» es una palabra secreta que se usa para representar a un *tsukimonosuji*. A los niños que nacen en este tipo de familias, los *shiro*, son llamados normalmente *haishiro*. Además de la vieja leyenda del asesinato del *rokubu* existió una segunda, sobre un *oshobo-tsuki*, que surgió cuando los Kuonji se marcharon de Sanuki: la que relató el anciano a la policía.

—Y en la que se nombran los niños abortados —dice Atsuko.

—Así es. Pero, aunque sea moderna, esta segunda leyenda se ha contado durante muchos años, aunque los Kuonji ya no vivieran allí. Tal como ocurrió con la primera leyenda, debió ocurrir algo que diera origen a la segunda.

—¿Qué podría haber pasado?

—La pieza clave del rompecabezas debe estar en la llegada de los Kuonji a la capital imperial. En ese periodo, tal como ocurrió cuando entraron al servicio del *daimyō*, la riqueza de los Kuonji se incrementó.

—Según me contaron, la familia llegó a la capital en 1870, el tercer año de Meiji.

—Ya. Debió ser un poco antes o un poco después de la restauración Meiji. Y... sé que ocurrió un incidente. Creo que lo que dio pábulo a todo esto fue de nuevo el asesinato de un forastero. —Kyōgokudō mira fijamente a la gobernanta—. Es posible que usted no lo sepa, pero la abuela de Tokizō llevó a cabo una peregrinación por los ochenta y ocho templos de Shikoku. Se desmayó y uno de los Kuonji, su abuelo para ser preciso, fue el que la auxilió.

La anciana sonríe ligeramente, como si nada le importara ya.

—Parece saberlo todo sobre nosotros. Mi madre me contó que gracias al dinero de la abuela de Tokizō, que se llamaba Tsuneko, los Kuonji conseguimos sobrevivir. Nadie más conoce lo que pasó.

—Entonces era cierto. El *tsukimonosuji*, el asesinato de un forastero, el *oshobo*... Todas esas leyendas se perpetuaron en el tiempo y evolucionaron hasta dar origen a la segunda leyenda, que argumentaba que los Kuonji poseían un *oshobo*. Esto no fue un invento, sino el producto de la envidia que sentía la gente hacia aquella familia. Además, insinúa un incidente del que no podían

acusarlos abiertamente, esa es mi teoría.

—¿Un incidente? ¿A qué se refiere?

—A lo que su abuela, usted y su hija hicieron.

La señora Kuonji, atónita, ahoga un grito.

—Oye, Kyōgoku, ¿qué significa eso?

—No tengo pruebas, solo es una teoría. Es posible que la abuela de Tokizō, la señora Tsuneko, no se desmayara sin más, sino mientras perseguía a la persona que había secuestrado a su bebé.

La gobernanta emite un alarido.

—Su abuela, como le ocurrió a usted, había perdido a su hijo, y ese trauma provocó que raptara al bebé de la señora Tsuneko. No es creíble que saliera en peregrinación estando cerca la fecha del parto, pero sí se han dado casos de peregrinas que visitan los templos con sus hijos de pocos meses. La señora Tsuneko murió mientras perseguía a los Kuonji, ¿no? Y se quedaron con el niño y con el dinero que llevaba encima, dinero que utilizaron para pagar el viaje de la familia a Tōkyō.

»¿No sería este un segundo caso de asesinato de un forastero? Esta es la esencia de la segunda leyenda. Pero su abuela, tal como ocurrió en su caso y en el de su hija, no actuó por maldad, de modo que no pudo soportar los rumores y decidió marcharse de su tierra natal para intentar dejar atrás la mala suerte.

—Pero no lo conseguimos...

—No, no pudisteis escapar.

—Oye, me estoy perdiendo de nuevo. ¿No podrías explicarlo de un modo que todos pudiéramos entender?

Kyōgokudō mira al confuso Kiba de reojo.

—Odio decirlo pero... la historia se repitió. A pesar de todo, su abuela consiguió superar la culpa y, agradecida, crio al padre de Tokizō como sirviente. Pero usted ni siquiera pudo hacer eso.

—Oye, Kyōgokudō, ¿de qué diantres estás hablando?

—Me refiero a Naitō.

—¿Cómo?

—Señora, la madre de Naitō murió después de que usted raptara a su hijo, ¿no?

—¡Ah! Yo no lo sabía, pero esa mujer tenía el corazón débil. No, en aquel momento... no sabía nada.

—¿Secuestró a su hijo? ¡Ahora lo comprendo! Por eso pagó la educación

y manutención de Naitō, porque se sentía culpable por lo que había hecho.

—Perdió a sus padres por mi culpa —dice la gobernanta, con un conflicto de emociones en su rostro—. Yo quería criarlo, pero la sociedad no me lo habría permitido. Mi madre... No solo ella, la familia Kuonji al completo no me lo habría perdonado. Por eso decidí que sería el marido de mi hija. Para ello tenía que dejar de ser un don nadie, así que decidí pagarle los estudios.

—Director... ¿usted sabía todo esto?

—No sabía qué había pasado con aquel niño, pero, cuando Naitō vino a la clínica, lo reconocí de inmediato. Sin embargo, nunca dije nada. No habría servido de nada desenmascararla

—Hace una mueca. Parece arrepentido—. Si Naitō hubiera sido una persona de fiar, le habría permitido que se casara con mi hija aunque no hubiera sido médico. No era necesario que heredara este lugar; siempre pensé que el sanatorio desaparecería conmigo.

—Pero ¿por qué hizo esa tontería? —pregunta Kiba—. Kyōgoku, ¿has dicho que esta mujer perdió un bebé?

Kyōgokudō se gira lentamente hacia el anciano matrimonio.

—Señora, el pobre niño al que usted dio a luz no nació así debido a una maldición o conjuro, se lo aseguro —le dice en voz baja—. ¿Podría contarnos lo que sucedió?

—Usted... ¿Usted también sabe eso?

—Lamentablemente, mis conocimientos médicos no son amplios. Me gustaría hacerle una pregunta, señor Kuonji: su hijo, ese tipo de niños, ¿qué probabilidad tienen de sobrevivir? ¿Es posible que ese mal se transmita genéticamente, que se hayan producido varios casos en la misma familia?

El anciano frunce el ceño y se lleva las manos a las sienes. Un momento después, contesta con sequedad a la pregunta de Kyōgokudō.

—Desde un punto de vista macroscópico, no es extraño, pero su probabilidad es muy baja. No obstante, yo he asistido varios partos de este tipo. Tus deducciones parecen acertadas, es lo único que puedo decir.

Tras escuchar la respuesta, el librero se dirige de nuevo a la gobernanta.

La mujer, que hasta entonces había parecido una esposa autoritaria, una fuerte luchadora, parece ahora diminuta. Mira a Kyōgokudō y asiente.

—Su primogénito, al que dio a luz hace treinta años... ¿sufría anencefalia?

¡Anencefalia!

Por supuesto. El bebé con cara de rana al que vio Enokidu, el niño que recibió la maldición del legendario sapo, aquel al que treinta años antes había visto Tomiko Sawada era un recién nacido que sufría anencefalia, un defecto congénito en el que se carece de cerebro y de bóveda craneal. ¡Eso había sido!

Una vez, en uno de los laboratorios de la universidad, me mostraron la foto de uno de esos desafortunados recién nacidos. Carecía de la parte superior del cráneo y sus ojos parecían los de una rana...

De pronto, siento ganas de vomitar y me tapo la boca.

—En la familia Kuonji, las probabilidades de nacer con anencefalia son muy altas. No sé la causa, pero sé que no es una maldición. Es un problema médico, algo que está al mismo nivel de una enfermedad o una lesión. Por tanto, no hay que avergonzarse de ello ni esconderlo. Sin embargo, la sociedad no siempre ha sido benevolente con los que sufren alguna enfermedad congénita. Es lamentable, pero es algo que hoy en día sigue vigente.

Dicho esto, Kyōgokudō observa la reacción de la anciana dama. La pobre mujer parece a punto de desfallecer.

—Tradicionalmente, los niños malformados o discapacitados se han considerado como «niños de buena suerte» o como «niños endemoniados», según la ocasión. En este caso, ocurrió esto último. Cada vez que nacía un niño anencéfalo, era considerado producto de una maldición y ocultado. Aunque no podemos culparlos, ya que era algo normal en las sociedades del pasado, ahora los tiempos han cambiado. Su madre no debió continuar con esa costumbre. Y tampoco usted.

Kikuno Kuonji ha llegado a su límite y rompe a llorar. Su marido, que está sentado a su lado, la mira con tristeza.

—Odio este tipo de supersticiones —dice lentamente—. Cuando entré a formar parte de esta familia había algunos rumores de mal gusto, pero decidí no prestarles atención. Creí que podría poner fin a todas esas tonterías anticuadas, pero el muro a derribar resultó ser demasiado grueso. Aunque al principio me mantuve firme, cuando mi esposa se quedó embarazada, mi suegra me mandó a llamar. Me dijo que si el niño era un varón, tendría que matarlo. Que me preparara por si resultaba ser el caso. Me enfadé mucho, pero nació con una anencefalia. Yo asistí el parto y fue un golpe muy duro para mí. Cuando lo vio, mi suegra...

—¡Basta, por favor! —grita entre lágrimas la anciana, como si fuera una chiquilla.

—¿Lo mató? —le pregunta Kiba—. Si lo hizo, no hay duda de que fue un

asesinato. ¡Aunque tuviera una discapacidad, fue un asesinato! Era su nieto, ¿cómo pudo hacerlo? ¡Y usted se quedó mirando sin decir nada!

—Lo cierto es que es extraño que un bebé con esas características llegue a nacer, y aun así no habría vivido más de algunos minutos —le contesta el director—. En este caso, ni siquiera sabemos si nació vivo. No tuvimos tiempo para cerciorarnos.

—Pero...

—Kiba, no olvides que este matrimonio tuvo que ver morir a su propio hijo —le dice Kyōgokudō para intentar tranquilizarlo—. Ya han recibido suficiente castigo, no los hagas sufrir más. Actualmente, la medicina no puede prever el sexo del bebé durante el embarazo, por lo que no hay manera de vaticinar este tipo de discapacidad. En el pasado, fueron muchos los linajes que desaparecieron por no tener descendencia. Los Kuonji necesitaban tener hijos y, en caso de nacer con alguna discapacidad, los mataban, tal como dictaba la sociedad del momento. Si no lo hubieran hecho, los bebés hubieran muerto de igual modo. Era la única alternativa que tenían.

Kikuno se lleva las manos al rostro y llora. Después de mirarla durante unos instantes, Kyōgokudō continúa.

—Sé que es doloroso, pero tengo que preguntarlo: ¿cómo acabó su madre con el niño? Es posible que ahí esté la clave.

En vez de la mujer, que sigue llorando, responde el señor Kuonji.

—Usó una piedra; el bebé ni siquiera lloró. Mi suegra me lo arrebató cuando aún no había cortado el cordón umbilical y lo soltó en el suelo. Entonces pronunció un conjuro y lo golpeó con la piedra. Ni siquiera sé si había nacido vivo.

—Generación tras generación se ha usado ese método —dice con voz llorosa la gobernanta—. Mi madre era una mujer muy estricta. Nunca me atreví a contradecirla. Pero el cuerpo de la mujer es misterioso y, aunque mi hijo había muerto, en cuanto escuché el llanto de otro bebé, mis pechos se hincharon. Pasé dos o tres días aturdida y, al tercer día, descubrí que estaba amamantando a un bebé. No sabía qué había pasado. Si esto no fuera una clínica, si no hubiera estado cerca de otros recién nacidos, probablemente nunca hubiera ocurrido. Mi madre me quitó al bebé de inmediato, a Naitō, pero ya era demasiado tarde. La madre del niño había muerto. Pensando en su reputación, mi madre mantuvo al bebé escondido, pero eso hizo que el padre se deprimiera aún más...

—Cuando se trasladaron a Tōkyō debieron dejar atrás el pasado pero,

por desgracia, el honor y el orgullo familiar son la otra cara de la moneda de las maldiciones y los destinos aciagos. Siempre van unidos —dice Kyōgokudō—. En todas las sociedades hay reglas, y bajo todas las maldiciones hay una base de verdad. El maldiciente y el maldecido establecen una especie de contrato implícito cuyo medio de comunicación son los conjuros, aunque ese tipo de acuerdos parecen haber desaparecido de la sociedad actual. Asimismo, en todas las comunidades existen mecanismos de salvación frente a las maldiciones. El éxito obtenido gracias al esfuerzo se atribuye al *tsukimono*, pero también podemos culpar al *zashiki-warashi* de una bancarrota. En las grandes urbes no existe este mecanismo, solo una discriminación que usa la libertad, la igualdad y la democracia como máscara. Los maleficios se han introducido en las ciudades modernas como un modo de lastimar a los demás, de insultarlos y calumniarlos. Y, al no dejar atrás el pasado, terminasteis por crear una tercera leyenda.

—Los rumores que han rodeado este crimen, ¿verdad? —pregunta Atsuko.

La señora Kuonji sigue escuchando a Kyōgokudō con la mirada gacha.

—Así es. Las leyendas suelen concentrarse en un único lugar, pero en el caso de las ciudades es distinto. Aunque su vida es corta, su rango de expansión es mayor. La homogeneización cultural, los periódicos y las revistas incrementan la expansión de la información.

—Las *kasutori*...

—Sí. Alguien desaparecido de una habitación cerrada por dentro, un niño que no nace, recién nacidos desaparecidos... Los malos rumores acaban por convertirse en leyendas urbanas. Y la protagonista de esta tercera leyenda es la señorita Ryōko.

¿La señorita Ryōko?

—¿Cómo? ¿No es Kyōko? —pregunta Kiba.

—La pobre señora Kyōko no es más que un personaje secundario; la verdadera protagonista es la señorita Ryōko. ¿Estoy en lo correcto, señor Kuonji?

No hay respuesta.

—¿Qué está pasando? Explícate.

—Todo comenzó con una carta de amor.

Kyōgokudō me mira con tristeza, y también Kiba y los demás.

Todos me observan.

—Hace doce años, un serio estudiante llamado Masao Fujino se enamoró

por primera vez. La muchacha que lo volvía loco era Kyōko Kuonji, que en aquel entonces tenía quince años. Masao escribió todo lo que sentía en una carta y le pidió a Sekiguchi que la entregara.

—Pero el origen de esta tragedia no puede ser ese, ya que Kyōko afirma que no sabe nada de ninguna carta.

—Efectivamente, porque no fue Kyōko quien la recibió.

—Espera, Kyōgokudō, yo mismo le entregué la carta. Y no fue fácil hacerlo...

—Lo sé, Sekiguchi, pero fue a Ryōko a quien se la entregaste.

¡Eso no puede ser! Entonces, yo... En aquel momento, yo... Aquella muchacha...

—¡Eso es mentira! Le enseñé el destinatario y le dije que tenía que entregarla en mano. ¿Me estás diciendo que la señorita Ryōko se hizo pasar por su hermana? Eso es una tontería, no es posible...

—No creo que quisiera hacerse pasar por ella, Sekiguchi. En el anverso debía poner esto.

Kyōgokudō saca un pincel y tinta de una caja y escribe algo rápidamente.

faOG: T

(Señorita Kyōko Kuonji)

—¿Te acuerdas del diario de Fujimasa? «Aunque seguramente es una tontería, he estado mucho tiempo sin saber si era cierto». Para escribir Kyōko, no suele usarse el carácter chino *kyō* (O), que sí se emplea para escribir, por ejemplo, *kikyō*. Lo normal es usar el mismo *kyō* que se utiliza para escribir Tōkyō (G). Como sea, lo cierto es que Kyōko y Ryōko se escriben de un modo muy parecido: G:y y:.

—Estás intentando confundirme, no te creo. Además, no hay nada que indique que Masao se equivocara al escribir el carácter.

—Sabía que dirías eso, así que lo investigué. Señor Kuonji, creo que el último viaje que hizo con su familia fue durante la Segunda Guerra Sino-japonesa.

—Así es.

—Sekiguchi, viniste aquí el dieciséis de septiembre del vigésimo quinto año de Shōwa... Esa fue la fecha en la que tu depresión empeoró, y también el último día del viaje de los Kuonji. Llamé a Sensekirō, una posada de Hakone,



para que me confirmaran si existía alguna entrada en su registro. Y la había. El señor Yoshichika Kuonji, la señora Kikuno y su hija Kyōko se hospedaron allí. Aquel día, en la clínica solo estaba Tokizō, su esposa y la señorita Ryōko.

—No. No puede ser. Entonces...

La muchacha de la que me aproveché era Ryōko.

Todos mis músculos se relajan, todas mis articulaciones olvidan su función. Me convierto en una marioneta.

Para mí, más que para Fujimasa, Ryōko había sido un tabú. Lo había sabido desde que la vi en la oficina de Enokidu. La sensación que tuve cuando la abracé no fue un recuerdo de una vida pasada. Mis células, todas y cada una de ellas, la recordaban, aunque mi cerebro no fuera consciente de ello.

—Yo... Yo...

Kyōgokudō me indica con la mirada que no debo decir nada más.

—Ya ves. La conocías —dice Enokidu.

Así es, justo como él había dicho. Escucho la aguda voz de Kiba como si estuviera muy lejos.

—Entonces, la mujer que recibió la carta de amor y que se citó en secreto con Masao Fujino fue...

—En efecto, fue la señorita Ryōko.

—¿Eso es cierto? ¡Fue entonces cuando se quedó embarazada! —exclama el señor Kuonji y, acto seguido, se derrumba. Su piel es casi del color de la tierra y sus gruesos labios parecen temblar de miedo—. Kikuno... —Es la primera vez que llama a su esposa por su nombre—. ¿Tú lo sabías?

—Al principio, no —le responde la anciana, con los ojos enrojecidos.

—¿Al principio? ¿A qué te refieres?

—Creo que fue en septiembre. Tomiko me contó que Kyōko y Masao estaban raros, que discutían mucho, así que fui a ver qué pasaba. Masao no estaba en su laboratorio, pero había una carta sobre el escritorio. No era mi intención espiar su contenido, pero...

—¿Qué decía? —le pregunta Kyōgokudō en voz baja.

—Informaba de un posible embarazo. Estaba fechada en la Nochevieja del décimo quinto año de Shōwa, y era la letra de Ryōko. No había confusión posible. Yo... me quedé perpleja. Masao había conseguido casarse con Kyōko, después de realizar un gran esfuerzo, pero antes había dejado embarazada a su hermana mayor. Llegué a pensar que aquel hombre había pedido la mano de Kyōko con malas intenciones, que Ryōko y él habían conspirado para vengarse de los Kuonji.

—¿Para vengarse?

—Por la muerte de su hijo. Cuando lo pensé, me asusté mucho. De ser cierto, sería muy cruel para Kyōko. Ella no tenía nada que ver; era a mí a quien deberían odiar. Hablé en secreto con Kyōko y le pregunté si Masao estaba teniendo una aventura con su hermana. Ella no sabía nada.

—Comprendo. Esa es la razón por la que Kyōko comenzó a sospechar de ellos. Señora Kuonji, su inquietud fue el gatillo que desencadenó esta tragedia —le dice Kiba. Al escucharlo, Kikuno hace una mueca de dolor. El señor Kuonji mira fijamente una taza de té que hay sobre la mesa.

—¿Por qué no me dijiste nada? ¿Por qué no me contaste ni una sola palabra? —murmura.

—Me pediste que no te contara nada; no querías saber nada que estuviera relacionado con los recién nacidos desaparecidos...

—Lo sé, eso lo sé, pero...

—Señora Kuonji, entonces usted está involucrada en este crimen.

Las palabras de Kiba terminan con la disputa entre los ancianos. Un silencio incómodo invade el lugar.

La melancólica voz de Kyōgokudō lo rompe.

—Háblenos de la señorita Ryōko. Hay cosas que aún no están claras.

—¿Es que usted no lo sabe todo, señor *onmyōji*?

—Por supuesto que no. Y hasta que no conectemos todos los hechos aislados, no podremos comprender el conjunto.

Kikuno sonríe levemente. Su expresión se suaviza por primera vez y comienza a hablar:

—Habíamos perdido a nuestro primer hijo de un modo horrible y yo había hecho algo terrible: había raptado al hijo de otra mujer. Tardé mucho en recuperarme, pero mi esposo se mantuvo siempre a mi lado. Dos años después, me quedé embarazada por segunda vez. Estaba muy preocupada por una posible anencefalia, tanto que estuve al borde de la locura; esos nueve meses me parecieron varios años. Al final, Ryōko nació sana. Pero era débil, enfermaba continuamente. En comparación con ella, Kyōko, que nació un año después, estaba llena de vida. Ryōko se desarrolló lentamente y, al verlas juntas, era difícil saber quién era la mayor. Además, conforme fue creciendo, empezaron a aparecer en Ryōko los síntomas de las abominables mujeres Kuonji.

¿De las abominables mujeres Kuonji?

—¿A qué se refiere?

—Olvidaba las cosas, parecía perturbada... cosas así.

—¿Es algo que solía ocurrir a las féminas de la familia? —le pregunta Kiba, con los ojos entornados.

—Por suerte, ni mi madre ni yo los sufrimos, pero mi abuela los padeció toda su vida. En su época, decían que los dioses hablaban a través de ella. Durante esos episodios, mi abuela escuchaba voces que no eran humanas y decía cosas que nadie más podía saber. Como siempre había escuchado esas historias, aunque Ryōko me daba lástima, también me daba miedo. Y como era tan enfermiza no podía ir al colegio como el resto de niños, ni podía jugar fuera, no tenía amigos... Era muy triste.

—¿Se llevaba bien con su hermana? —le pregunta Kyōgokudō.

—Aunque Kyōko era muy activa, quería mucho a su enfermiza hermana. No creo que se llevaran mal. Creo que fuimos felices hasta que Ryōko se quedó embarazada.

—¿No se dio cuenta de que su hija se citaba con un hombre? —le pregunta Kiba. El policía tiene una expresión muy triste.

—Ryōko ni siquiera había tenido su primer periodo, Kyōko se le adelantó incluso en eso. No noté ningún cambio en ella, interactuaba con nosotros normalmente. No me di cuenta de nada.

Rojo.

Rojo.

Bajando por sus pantorrillas. ¿Aquella fue su primera menstruación?

Niego con la cabeza.

—¿Usted tampoco, señor Kuonji? —sigue preguntando Kiba.

—No sabía nada. Ni siquiera fui consciente de cuánto habían crecido mis hijas hasta que Masao vino a pedirme la mano de Kyōko.

—¿Y cuando Masao vino a pedir su mano, no sospechasteis que podría estar equivocándose de hermana? ¿No os pareció raro?

—No lo pensé. Si hubiera sabido que Ryōko se había quedado embarazada, probablemente hubiera sospechado de él, pero nos enteramos un mes después de la pedida de mano. Cuando lo supimos, Ryōko estaba embarazada de seis meses.

—Ni siquiera se nos pasó por la cabeza —añade la señora Kuonji—. Es terrible pero, aunque tenía bastante barriga, jamás pensamos que se tratara de un embarazo. Ella tampoco sabía que estaba en estado. Por supuesto, decidimos que no lo tuviera. Ella no quería decirnos quién era el padre, y ser madre soltera en esa época era impensable. Ryōko se puso muy violenta,

parecía que la hubiera poseído una bestia. Me golpeó y pataleó, pero no cedimos. Como no queríamos que Kyōko se enterara, la envié durante seis meses a casa de unos conocidos con el pretexto de mejorar su educación y me concentré en Ryōko.

—Pero... Hay algo que no cuadra. Dices que Ryōko no sabía que estaba embarazada, pero eso fue varios meses después de que enviara la carta a Masao informándole de que iban a tener un hijo. Es evidente que sabía lo que estaba pasando.

—Así es. Cuando vi la carta, yo misma dudé de Ryōko. Significaba que nos había mentado. Sea como sea, esa época fue un infierno para mí. Pensé incluso en permitir que diera a luz en secreto, pero...

—Temía una anencefalia, ¿verdad? —le pregunta Kyōgokudō.

—Sí, había muchas posibilidades de que Ryōko diera luz a un bebé con esas características —le responde el director—. Además, era una persona débil y tener un hijo podría poner en peligro su vida. Desde un punto de vista médico, no podía recomendar que lo tuviera. Sin embargo, ya estaba casi en el séptimo mes. No podíamos practicarle un aborto, era demasiado arriesgado. No había alternativa.

—El comportamiento violento de Ryōko fue intensificándose día a día y al final se encerró en el cuarto que hay junto a la biblioteca, en el almacén del edificio de Pediatría.

—¿Se encerró allí? ¿Y cómo pudo entrar?

—En aquella época aún se podía entrar y salir. No obstante, si se cerraba por dentro no podía volverse a abrir desde fuera.

—La llave, si no estoy equivocado, la tenía el pediatra... El señor Sugano, ¿no? He oído que era él quien guardaba la llave. ¿Cómo la consiguió Ryōko?

—Sí, la llave la tenía el señor Sugano, pero él no estaba aquí en aquella época. Desapareció poco antes de aquello. Por eso no pudimos seguir atendiendo consultas de Pediatría. En aquel momento, esa ala estaba cerrada. Cogió la llave del edificio principal.

—Oye, Sekiguchi, ¿tú no me contaste que el doctor Sugano había muerto en los ataques aéreos y que la llave había desaparecido con él, que por eso no se podía abrir esa habitación? ¿No te dijeron eso?

—Eso fue lo que me contó la señorita Ryōko.

Soy incapaz ya de sentir nada. Contesto como si fuera un actor de tercera, leyendo sin emoción alguna el contenido de un guión.

—¿Sugano murió durante los ataques aéreos? Nunca había escuchado eso. Ese hombre desapareció sin previo aviso y no hemos sabido nada de él desde entonces. Si no recuerdo mal... Sí, fue poco después de que Masao viniera a pedir la mano de mi hija. Dejó abandonados a sus pacientes y nosotros no dábamos abasto con tantas consultas. Después sucedió lo de Ryōko, así que en primavera cerramos ese edificio.

—Entonces, ¿Ryōko mintió a Sekiguchi?

—Y, después de encerrarse, ¿qué hizo la señorita Ryōko? —pregunta Kyōgokudō para volver a encauzar la conversación.

—Se pasaba el día gritando que no saldría a menos que la dejáramos tener al bebé. La escuchaba llorar y gritar... Estuve tres días ante esa puerta, llorando e implorando. Al cuarto, le dije que podía tenerlo. Cuando salió... Ryōko estaba tan demacrada como está Kyōko ahora. Se alegró tanto... Era como si toda aquella agresividad hubiera sido fingida. Decidió quedarse a vivir en el edificio de Pediatría hasta que llegara el momento del parto, para evitar que la vieran los demás. Volvió a ser la Ryōko de siempre. Yo estaba muy preocupada por el tema de la anencefalia; aunque a mí me había apoyado mi marido, Ryōko no tenía nadie. No había nadie que hiciera de padre de ese bebé.

Parece que está lloviendo. El lejano sonido de la lluvia acentúa el silencio en el que estamos sumergidos ahora.

—A principios de verano, en la habitación que ahora es la biblioteca, Ryōko dio a luz a un bebé anencéfalo. —En aquella misma habitación...—. Y yo, igual que había hecho antes mi madre... Golpeé al niño con una piedra y lo maté. Lo asesiné... —La señora Kuonji hace una pausa—. Ryōko se alteró mucho. Estaba muy débil, entre la vida y la muerte, pero a pesar de ello volvió a transformarse en una bestia.

—¿Secuestró a un niño? —le pregunta Kyōgokudō, que llevaba un rato en silencio. Kikuno asiente.

—Sí, ese mismo día. Se lo arrebaté inmediatamente y se lo devolví a su madre; no quería que Ryōko cometiera el mismo error que yo. Mi hija se resistió, se puso aún más violenta y agresiva que antes. Acababa de parir y creí que se iba a morir allí. Entre mi marido y yo conseguimos atarla a la cama.

—No fue solo eso, ¿verdad?

—Puse el bebé muerto en formol y lo coloqué junto a su almohada.

—¡Qué cruel! —exclama Atsuko.

—Quería que entendiera que su hijo había muerto. Si no lo hacía, intentaría raptar a otro niño. ¡Yo entendía lo que sentía mejor que nadie! Y esa era la única alternativa. Además, quería que se diera cuenta de que aquello había sido culpa suya, de que había sido una irresponsabilidad quedarse embarazada. ¡Quería que entendiera lo grave que era que aquel niño hubiera tenido que morir! Es cierto... Soy una mala madre. Pero me da igual lo que penséis; yo solo quería que lo entendiera.

—El niño no habría tenido que morir; lo mató usted. Aunque suene cruel, la realidad es esa. Comprendo el trasfondo de todo esto, pero ¿no se da cuenta de que ese castigo no sirvió para nada? Simplemente repitió con su hija lo mismo que le habían hecho a usted: le arrojó una maldición estúpida que había sido transmitida desde tiempos arcaicos —le dice Kyōgokudō con tono estricto.

—Yo...Yo...

—Cometió un error. Lo que ella necesitaba era la comprensión y la compasión de una amorosa madre, así como su valentía para terminar con esa antigua costumbre. Pero usted carecía de todo eso. Si la hubiera apoyado, quizá habría evitado la tragedia que sucedería posteriormente. Es una pena. —Kyōgokudō hace una pausa. A continuación pregunta, en un tono extremadamente suave—: ¿Qué hizo después la señorita Ryōko?

—Como usted ha dicho, yo carecía de todo aquello. No sabía querer a mi hija porque yo tampoco recibí amor. No supe qué hacer. Ryōko se pasó tres días y tres noches llorando, cada vez que se le pasaba el efecto de los sedantes. Yo me senté junto a su almohada y le hablé de moralidad, como si leyera un libro de ética. El martirio continuó una semana, diez días. De repente, una mañana, Ryōko se disculpó tranquilamente. La desaté y, a partir de entonces, no volvió a ponerse agresiva. Me sentí muy aliviada.

—Entonces empezaron las desapariciones de los recién nacidos, ¿verdad?

—Sí. Se produjeron dos: en septiembre y en noviembre.

—Entonces, ¿esta no ha sido la primera vez? —pregunta Kiba—. ¿En ese momento, también desaparecieron recién nacidos? ¡Ryōko debe ser la responsable en ambos casos!

—Espere, por favor... —La anciana intenta dar una explicación al enfadado policía—. Es cierto que hubo desapariciones, pero no sé si fue Ryōko la que lo hizo. Sospeché de ella, por supuesto, pero nada indicaba que los hubiera matado o escondido. Parecía seguir viviendo tranquilamente. Creo

que la culpable no fue ella, y con el comienzo de la guerra todo quedó sin esclarecerse.

—¿Y todo el dinero que pagaste a tus empleados? Lo hiciste para eliminar las evidencias, ¿no?

—Este verano, cuando desapareció el primer bebé, me sorprendió. En ese momento, no sospechaba de Ryōko; sus problemas eran parte del pasado. En septiembre, cuando vi aquella carta, cambié de idea. El hecho de que fuera Masao con quien Ryōko había tenido relaciones me hizo sospechar.

—Que fuera una especie de venganza, ¿no?

—Sí. Tuvimos otra desaparición en septiembre y una más en noviembre, y mis sospechas hacia Masao y Ryōko no hacían más que incrementarse. Sin embargo, eran mi hija y mi yerno. Si el caso se hacía público, sería Kyōko quien sufriría. Y entonces ocurrió lo que más temía: la policía comenzó a investigar. Hice todo lo que pude para convencer a los afectados; les ofrecí dinero si retiraban las denuncias. El dinero lo saqué de la dote de Masao. No tenía otra alternativa...

—¿Solo eso? ¿No drogaste a la comadrona para confundirla?

—Por supuesto que no, solo le pedí que mintiera... Que dijera que los niños habían muerto en el parto.

—¿No te diste cuenta de que tarde o temprano saldría todo a la luz?

—¿Qué otra cosa podía hacer? Lo cierto es que me extrañó que la comadrona aceptara mentir, estaba un poco rara... Como si le hubieran suministrado algún tranquilizante. Supongo que, de haber estado en sus cabales, no hubiera aceptado, pero os aseguro que yo no la drogué. Y tampoco le pedí a nadie que lo hiciera.

—Sigo pensando que todo esto es demasiado bonito para ser verdad. ¿No despediste a las enfermeras para evitar que testificaran?

—No, ellas renunciaron por voluntad propia. Creo que todo esto les parecía demasiado tétrico.

—Pero, cuando se marcharon, les entregaste una suma muy generosa. Incluso les buscaste nuevos trabajos, ¿verdad?

—Aunque lo del dinero fue cosa de mi esposa, la gobernanta, fui yo quien les buscó trabajo —dice el director—. Me pareció adecuado, un modo de compensar el sufrimiento que habían experimentado. Todas habían trabajado para nosotros durante mucho tiempo y eran muy buenas enfermeras.

—Un modo de compensar su sufrimiento...

Kiba no parece convencido, aunque los ancianos no parecen estar en

condiciones de intentar ocultar algo.

—¿Qué me decís de Sumie Toda? Ella sabía que una de vuestras hijas era la responsable. Os estaba extorsionando, ¿no? Y por eso la asesinasteis suministrándole una sobredosis.

—¿La señorita Sumie ha muerto? ¿En Toyama?

—No, en Ikebukuro. ¿No lo sabíais?

—No sabía que había vuelto a Tōkyō. Creía que estaba trabajando en Ikebukuro.

—¿De verdad no lo sabíais? ¿No intentó haceros chantaje? —pregunta Kiba. Se lleva las manos a la cabeza y baja la mirada.

Kyōgokudō lo mira de soslayo y recoge el testigo.

—¿La señorita Sumie tenía buena relación con Ryōko?

—Era un poco rara, pero cuidó muchas veces de Ryōko cuando estaba enferma. De entre todas las enfermeras, creo que era con quien tenía más contacto.

—Ya veo.

Kyōgokudō cierra los ojos. Parece que está pensando algo. Kikuno vuelve a hablar sin que nadie se lo pida.

—Me alegré de que retiraran las denuncias, pero las cosas iban cada vez peor. Nos estábamos quedando sin dinero. No tenía pruebas que corroboraran mis sospechas y entre mi hija y yo cada vez había más distancia, una distancia que se acrecentaba con el tiempo. El año terminó y, después de Año Nuevo, Masao desapareció. A continuación descubrimos que Kyōko estaba embarazada. La historia, diez años después, volvía a repetirse, y estaba segura de que todo había sido una treta de Masao: estaba intentando que Kyōko sufriera lo que Ryōko había experimentado, y el rapto de los bebés debía haber sido el prelude. Sin embargo, no podía preguntar a Ryōko, y el embarazo de Kyōko seguía adelante. No quería sufrir de nuevo lo mismo, no quería que ella también tuviera que pasar por eso.

—Entiendo... —dice Kiba—. Ryōko había trasladado a su hermana al mismo edificio en el que estuvo ella. Como era el lugar en el que vivía Kyōko y donde su marido había desaparecido, parecía lógico no sacarla de allí.

—Yo... Tenía mucho miedo, no podía acercarme a ese lugar. Soñé varias veces que Kyōko se ponía tan violenta como Ryōko tras el parto del bebé anencéfalo, diez años antes. Pero no podríamos saber si el bebé estaba bien hasta nueve meses después. Sin embargo, el parto no llegó nunca. Yo estaba tan cansada que dejé de esperar ese momento, y odiaba tanto a Masao que



decidí echarle una maldición. Supongo que os parezco una estúpida. Fui una tonta.

Dicho esto, la anciana Kikuno Kuonji se queda en silencio y, entre convulsiones, comienza a llorar.

Kyōgokudō había estado pensando hasta entonces. Cuando Kikuno deja de hablar, levanta la mirada y se detiene frente al señor Kuonji.

—Parece que este misterio se está desenmarañando. Esto es como un rompecabezas; una pieza más, y veremos la imagen completa. Señor Kuonji, ¿qué tipo de persona era el doctor Sugano?

Aunque tiene la mirada perdida y los labios amoratados, el director intenta contestar con propiedad.

—¿Sugano? ¿El pediatra? Había sido compañero de un médico que estudió conmigo y que en un principio se encargó del departamento de Pediatría. Sugano lo ayudaba a tiempo parcial hasta que, tras la muerte del médico en 1932, se hizo cargo del departamento. Parecía estar muy interesado en los textos antiguos de la familia. Iba a menudo a la biblioteca; tanto que, al final, le di las llaves del cuartillo.

—Eso es interesante. ¿Qué tal era como persona?

—No tenía buena reputación. Por eso no lo buscamos cuando desapareció.

—¿Qué quiere decir?

—Se decía que tenía las manos muy largas con los niños, que a veces los tocaba de un modo inapropiado. Pero, bueno, eran rumores. Sé que en este mundo hay pervertidos que se sienten atraídos por los prepúberes, así que quizá era verdad. No lo sé.

—¿El pediatra de la señorita Ryōko fue también el señor Sugano?

—Sí. Cuando el anterior pediatra murió, Sugano se convirtió en su médico, pero por poco tiempo.

—Comprendo. Señora Kuonji, según la leyenda del *rokubu*, la que nos contó Tomiko, su familia poseía un pergamino secreto. ¿Es cierto?

Kikuno levanta la mirada un instante.

—Ese pergamino ya no existe, pero recuerdo haber visto una copia. Era bastante vieja... Creo que estaba guardada dentro de una caja de paulonia imperial.

—¿Aún conservan esa copia?

—No lo sé... Si existe, debe estar en la biblioteca. Quién sabe; no la he visto desde que terminó la guerra.

—En el momento de su desaparición, ¿qué edad tenía el señor Sugano?

—Uhm... Era siete u ocho años mayor que yo, así que debía tener cincuenta y cinco o cincuenta y seis. Sin embargo, parecía bastante mayor, su aspecto era casi el de un anciano.

Kyōgokudō agradece la formación al matrimonio.

—Todo está claro ya, he terminado mis preguntas. Siento haber tenido que hacerles recordar cosas desagradables. Kiba, parecen bastante cansados; lo mejor sería que se retiraran. Aunque eso es algo que debe decidir la policía.

—Oye, deja de dar órdenes. Yo todavía no he entendido nada.

—No te preocupes, yo sí. Luego te lo explicaré. Los señores Kuonji ya no saben nada más, y seguir interrogándolos sería una tortura para ambos.

El anciano levanta la mano, tambaleándose.

—Espere...

—Disculpe, anoche no me presenté. Me llamo Akihiko Chūzenji —se presenta Kyōgokudō, aunque ya es bastante tarde.

—Chūzenji, ¿qué es lo que sabe? ¿No puede contárnoslo? Necesitamos saberlo, ¿verdad, Kikuno?

Su anciana esposa ha dejado de llorar.

No es la matriarca de una familia de luchadores, ni la gobernanta de una respetable clínica, ni la mujer que carga sobre sus hombros con la maldición de un *tsukimonosuji*: es una anciana, una madre cansada de llorar.

—Hay verdades que es mejor no saber.

—Tarde o temprano lo sabremos.

—Para ustedes, especialmente para la señora, podría ser muy cruel.

—Ya estamos acostumbrados.

—Como desee.

Kyōgokudō mira a su alrededor e inhala profundamente. Y me mira.

No quiero escucharlo.

Va a contar, de un modo lógico, lo que ocurrió. Todos los que estamos aquí vamos a saber qué pasó.

—Hasta ahora no me había quedado claro quién había entregado a Masao la carta de la señorita Ryōko —comienza, resignado—. En su diario, decía que se la había entregado un anciano. En un principio, había pensado que debía tratarse de Tokizō, pero la idea no me convencía. En aquella época, debía tener unos cuarenta años y es difícil creer que alguien pudiera considerarlo un anciano. Además, era leal a la familia y no creo que hubiera mantenido algo así en secreto.

—Tienes razón. Si hubiera sido Tokizō, nos lo habría contado. En aquella época, no teníamos ningún sirviente anciano. Mi suegro ya había muerto, y yo era el más...

—Es probable que el mensajero fuera el señor Sugano.

—¿Sugano? El tampoco era tan viejo, aunque, claro, podría habérselo parecido a alguien que no lo conociera. Sin embargo, ¿qué importancia podría tener eso?

—Estoy convencido de que el señor Sugano fue el desencadenante de todo esto —dice Kyōgokudō con seguridad.

—¿Por qué? ¿Qué hizo?

—Como lleva más de diez años desaparecido y no tenemos pruebas, esto no es más que una deducción mía. Lo único que sé sobre su personalidad es lo que usted mismo me contó hace un rato, pero con ello he conseguido formular una hipótesis. —Kyōgokudō saca las manos de las mangas del kimono y se frota la barbilla—. Primero tenemos el hecho de que Sugano aparentara más edad; si parecía tener más de sesenta años, es posible que Masao lo considerara un anciano. Además era pedófilo; había rumores sobre sus inclinaciones y es más que posible que hubiera algo de cierto en ellos. Estaba interesado en los textos antiguos de la familia y, además, era el pediatra de la señorita Ryōko. Sumado a todo lo anterior, desapareció justo cuando Masao vino a pedir la mano de Kyōko.

—No tiene ninguna conexión. No hay nada que lo relacione con este caso —le indica Kiba.

—Supongamos que Sugano se sentía inmoralmente atraído por las niñas, algo que la sociedad actual condenaría y consideraría una perversión. Para satisfacer su sexualidad casi sería necesario cometer un delito.

—Nada de casi; sería un delito.

—Propasarse con una paciente podría costarle la vida, y si ya había rumores es porque en algún momento no consiguió controlar sus impulsos. No es posible curarse de algo así solo con autocontrol.

—Eso es cierto.

—Entonces se le ocurrió algo: si las niñas no se acordaran del abuso, nadie se enteraría.

—Si eso fuera posible, habría violaciones constantemente; este mundo está lleno de pervertidos.

—En el pasado, la familia Kuonji se dedicaba a preparar remedios con hierbas medicinales. En el sanatorio, sigue habiendo algunas de ellas, y sus

recetas se han transmitido de generación en generación. ¿No es así?

—Tiene razón, pero esa práctica se perdió con mis padres. Mi marido es cirujano y a él no le gustan esas cosas.

—La medicina tiene que modernizarse —añade el director—. No podemos seguir viviendo rodeados de supersticiones.

—Por eso usted ni siquiera leyó los textos que había en el cuarto, ¿no es cierto?

—Así es, no los he leído y, aunque lo hiciera, no conseguiría descifrarlos. Los he conservado por su valor cultural e histórico.

—Un texto puede tener valor independientemente de su antigüedad o acervo histórico. Para alguien capaz de leerlo, su valor es independiente de la fecha en la que lo escribieron. No existe ningún libro que no tenga utilidad.

—¿A qué te refieres?

—Gracias a ese texto, Sugano aprendió cómo preparaban los Kuonji sus medicinas secretas.

—¿Qué medicinas?

—Un afrodisíaco de datura.

—¿Esas campanillas que florecen en el jardín? Seishū Hanaoka las usaba para preparar *Tsūsensan*, el fármaco que usó como anestésico en la primera operación con anestesia general de Japón, ¿verdad?

—El *Tsūsensan* es muy parecido a lo que en China se llama *Mafutto*. La datura se usaba como afrodisíaco en la Europa medieval. Los dueños de los prostíbulos daban pociones de datura a las jóvenes para que atendieran mejor a sus clientes. Aunque fueran puras y se negaran a tener relaciones carnales, este afrodisíaco hacía que se transformaran inmediatamente. Sin embargo, cuando el efecto se disipaba, no recordaban nada. También se usaba así en la India y otros países de Asia; la datura se ha usado siempre para satisfacer el deseo de los hombres.

—Entonces, Sugano...

—El uso de la datura provoca lagunas de memoria y alucinaciones, síntomas que podrían confundirse con una posesión demoníaca. Es muy efectiva para crear ese estado artificialmente.

—¿Y dices que en esta familia se había transmitido el modo de hacer eso?

—Es evidente que fue así. Sugano lo sabía y lo buscó entre los textos más antiguos, o quizá tenía curiosidad y lo encontró por casualidad. Sea como fuere, lo importante es que lo encontró y que decidió convertirlo en un

instrumento para satisfacer sus instintos más bajos. Fue cuidadoso al escoger a su víctima, ya que no quería que volvieran a surgir rumores. Finalmente, no se decidió por una paciente normal; había alguien a quien tenía siempre a su alcance y que además era bonita.

—¿Ryōko? ¿Sugano abusó de Ryōko? —pregunta el director con voz chillona.

—La prueba son las constantes lagunas mentales que sufría. Aunque tuviera tendencia a ellas, creo que la datura las potenció. El efecto de la planta dura como máximo dos o tres días. Si Sugano drogaba a Ryōko para satisfacer sus necesidades sexuales, si la utilizó como su juguete...

—¡Ya basta, Kyōgokudō! —exclamo. Ya es suficiente—. Deja de hacer suposiciones sin sustento. ¡Si te equivocas, no solo dañarás el honor de Sugano sino el de la señorita Ryōko!

No quiero escuchar nada más.

—Cálmate, Sekiguchi. Aún no hemos hecho más que empezar —me dice Kiba.

Kyōgokudō me mira con tristeza, como si se apiadara de mí.

—Se dice que los abusos sexuales durante la infancia pueden cambiar por completo la personalidad de una persona —continúa—. El caso de la señorita Ryōko era distinto, ya que nunca fue consciente de sufrir abusos. Cuando abusaban de ella, perdía la memoria. En ese estado de vacío, fueron acumulándose en su interior esas perversas experiencias, que con el tiempo crearon una segunda personalidad.

«Vamos a jugar».

—Sugano se asustó. En aquella muchacha, a la que hasta entonces había podido controlar a su antojo, de pronto nació una voluntad. Por supuesto, esta se fue estableciendo poco a poco, pero hubo un elemento que la detonó: la carta de amor.

«Es una carta, ¿verdad?».

«Es para mí».

«No se tratará de una carta amor, ¿no?».

«Una carta de amor».

En mi mente, un remolino turbio y blanco se vuelve transparente.

Me estoy vaciando.

—Al recibir la carta, comprobó que estaba dirigida a *Kyōko*. Y entonces llegó a una conclusión: «yo soy *Kyōko* Kuonji». En ese momento, nació *Kyōko*, la segunda personalidad de *Ryōko*, y fue ella la que recibió esa carta de amor, la que se enamoró de Fujimasa y se quedó embarazada de él.

—Es lo que llaman doble personalidad.

—Aunque en su caso es diferente. Sea como sea, lo importante es que se invirtieron los papeles. *Kyōko* comenzó a chantajear a Sugano. Si se enteraban de lo que había hecho, moriría socialmente, así que no tuvo más remedio que dejar que la pareja usara el cuartillo a escondidas y hacer de mensajero para sus cartas de amor. Cuando Masao se marchó a buscar fortuna, Sugano dejó de tener utilidad.

—¿Y qué fue de él? —pregunta el director con expresión dolorida—. No me digas que él también...

—No lo sé, y es algo que no tiene nada que ver con el caso que nos ocupa. Empero, sin Masao y sin Sugano, la extravagante, degenerada y peligrosa *Kyōko* tuvo que enfrentarse sola al embarazo, ante el que reaccionó como si fuera una bestia.

—Fue culpa mía, ¿verdad? —pregunta Kikuno.

—No, pero con la repetición de la conducta de su madre hizo que ella heredara la maldición de los Kuonji.

La anciana parece más tranquila e incluso ha dejado de temblar.

*Kyōgokudō* suspira profundamente y se hunde en la silla.

—¿Qué es la personalidad? Nadie lo puede definir. En un mismo individuo, la personalidad de ayer es distinta de la de hoy y distinta de la de mañana. Sin embargo, sentimos una continuidad, algo a lo que consideramos una unidad. En los casos de doble personalidad no existen dos personalidades, sino una personalidad dividida cuyas partes no llegan nunca a encontrarse. Como la personalidad, para definirse, exige la existencia de una consciencia continua o de una memoria ordenada, en los casos en los que esto no se da, se produce la fragmentación de la personalidad. Esa es la razón por la que sin cerebro no podemos hablar de personalidad, y la clave está en qué parte del cerebro está creando la consciencia actual.

»Normalmente, antes de cualquier interacción social, nuestro cerebro lleva a cabo varias conexiones. ¿Qué pasaría si hubiera algún error, si las conexiones no se establecieran con el cerebro que usamos siempre, sino con uno inferior? Por supuesto, la personalidad cambiaría. No conoceríamos los sentimientos básicos humanos. En el peor de los casos, perderíamos el habla y

solo tendríamos un instinto animal. Esto es lo que llamamos «licantropía clínica».

—Licantropía... Aquella vez, Ryōko...

—¿Esa es la esencia del *tsukimono*?

—Es una parte del *tsukimono*. Cualquiera puede enfadarse, emborracharse y perder la razón. Sin embargo, mientras siga conectado con la consciencia normal, no podremos decir que está poseído. Si fuera algo habitual o bien cohabitasen dos personalidades, podríamos hablar de *tsukimono*.

—Bueno, hay gente a la que, cuando bebe, le cambia la personalidad. Son como bestias.

—Pero no todos los *tsukimono* desembocan en una licantropía. Hay casos en los que activamos un cerebro superior. A eso lo llamamos «éxtasis místico». En este caso, los recuerdos que no son procesados superan por completo el sentido común. En esta situación, es posible saber cosas que se ignoraban, escuchar sonidos que no se pueden oír... Se oye la voz de los dioses y es posible transmitir su mensaje.

—¿Eso también es lo mismo?

—Lo que debemos tener claro es que la personalidad superior incluye a la inferior. Es decir, durante el éxtasis místico se conserva el recuerdo de lo que sucedió en estado normal, pero en estado normal no es posible recordar lo que experimentamos durante el éxtasis. En el caso contrario, mientras estamos en un estado de licantropía no recordamos lo que ocurrió en la fase de normalidad, pero en estado normal sí que existe un recuerdo borroso de lo experimentado durante la licantropía. No obstante, como esos recuerdos no afectan al funcionamiento del comportamiento individual, nadie pensaría que actuamos así por voluntad propia.

—Entonces, cuando Ryōko estaba en un estado de licantropía, ¿era *Kyōko*?

—Al principio, creo que no. *Kyōko* era una personalidad sumisa que no pudo hacer frente a tantos cambios abruptos. Cuando vio morir a su bebé, al anencéfalo, su humanidad quedó destruida y sobrevivió solo con su instinto. La ataron a la cama y le pusieron junto a la almohada a su hijo en formol. Ryōko hubiera podido comprender que se trataba de un aprendizaje moral, de una cuestión ética, pero la que estaba sufriendo esta tortura era *Kyōko*, que en ese momento ya se había transformado en una bestia. A ella no se le podía enseñar nada.

Algo parece romperse en el interior de la señora Kuonji, aunque seguramente ya no puede llorar ni enfadarse.

—Pero la verdadera tragedia aconteció después. Aquella semana de tortura fue como la meditación que hace un monje budista en ayunas, afectó a su espíritu... Mejor dicho, a su cerebro. ¿Qué podía hacer para escapar de aquel martirio? Para salvar su alma, su cerebro creó una tercera personalidad.

—¿Dices que no tenía doble personalidad, sino triple? ¿Eso es posible? —pregunta Kiba, mirándome como si quisiera que contestara.

—Este mal recibe el nombre de «trastorno de personalidad múltiple». No han de ser solo dos; pueden existir tres o incluso cuatro personalidades distintas —le contesto.

—Es posible que penséis que el ayuno voluntario para meditar es un modo de cultivar la mente, pero no es así. No ingerir comida durante un tiempo determinado puede provocar cambios en el cuerpo, concretamente en el cerebro. No quiero aburrirlos con explicaciones, pero es parecido a los éxtasis místicos. Las personas que ayunan prolongadamente comienzan a escuchar voces que no son humanas y ven materializados a los dioses. La situación de *Kyōko* era similar. Esta personalidad, cuya existencia desconocía la propia Ryōko, se destruyó y creó una nueva identidad.

—La tercera personalidad... ¿Qué o quién era?

—La persona que la torturó, que le hizo sufrir ese martirio peor que la misma muerte, fue usted, señora Kuonji. Para poder resolver esa situación, tenía que convertirse en la persona que usted deseaba que fuera, y lo más fácil era convertirse en usted. La tercera personalidad era Kikuno Kuonji, y también su madre y su abuela: todas las madres de la familia Kuonji. Eso era a lo único que podía aspirar, y de este modo se completó la maldición de los Kuonji.

—Entonces, mi hija... Ella...

—Después de eso, la señorita Ryōko estuvo deambulando por sus tres personalidades: Ryōko, *Kyōko* y *La madre*.

—La que raptaba a los bebés era *Kyōko*, ¿verdad?

—Así es. La bestia en la que se había transformado la torturada Ryōko se movía por sus propios instintos y no dejaba de buscar a su hijo. El instinto maternal animal la consumía. Pero esa situación no podía mantenerse mucho tiempo. Es probable que *Kyōko* hubiera aprendido gracias a Sugano cómo preparar la datura, que autoconsumía. Ese instinto maternal animal se convertía en un sentimiento humano que daba paso a la malévola madre. Esa



es la palabra clave, «madre», ya que la que aparecía al final de ese estado de alucinación no era *Kyōko* ni *Ryōko*, sino *La madre*. Y por eso...

—¿Por eso qué?

—Por eso *La madre* mataba con una piedra a todos los bebés.

—¿Qué?

La anciana apenas tiene fuerzas para hablar.

—Entonces la secuestradora era *Kyōko*, la asesina era *La madre*, y la que sufría toda aquella situación era *Ryōko*... y las tres son la misma persona.

—Aunque de un modo borroso, la señorita *Ryōko* sabe que *Kyōko* es la que secuestra a los bebés, aunque no sabe por qué ni cómo lo hace. Es algo tan ambiguo como un sueño. Y no sabe absolutamente nada sobre qué ha sido de ellos. Por eso pensaba que usted se había deshecho de los niños. Además, *Kyōko* sí sabe que la que elimina a sus hijos es *La madre*. Es decir, cree que ha sido usted. Solo tiene consciencia de todo cuando se convierte en *La madre*. Es la única que actúa sabiendo lo que hace.

—¿Qué pasó con los niños asesinados?

—Por supuesto, los metió en un frasco con formol. Es su castigo para *Kyōko*.

—Esos niños en formol están en el pequeño cuartillo del que no hay llave, ¿verdad? —pregunto de repente, y todas las miradas se concentran en mí.

—¿Te refieres al que está junto a la biblioteca? —quiere saber *Kiba*.

—Es probable que *Sekiguchi* tenga razón. Después de la desaparición de *Sugano*, *Ryōko* comenzó a usar ese cuarto para guardar sus cosas. La llave debe tenerla ella... No, *Kyōko*. Esa habitación es, para ella, su guarida secreta. Todo comenzó allí, y por eso allí...

—¡Pero eso es inhumano! —exclama *Atsuko* de repente—. Aun suponiendo que la señorita *Ryōko* posea una personalidad tan extrema como *La madre*, no creo que sea posible hacer algo tan vil sin sentir remordimientos. ¡Nadie podría hacer eso!

—Por supuesto que sí —dice *Enokidu* mirando a *Kikuno*—. La señora *Kuonji* lo hizo. Y también su madre, ¿no?

—Eso era diferente... —dice *Atsuko* con voz llorosa. Está intentando defender algo indefendible, pero su hermano no se lo permite.

—No es diferente. Puede que lo parezca desde nuestra lógica, pero ni *Kyōko* ni *La madre* son parte de esta sociedad. No entienden de moralidad ni de ética, de razón ni de derecho. El fundamento de su comportamiento solo lo

pueden entender ellas mismas.

Atsuko mira a su hermano como una niña pequeña que ha perdido su juguete favorito. A pesar de eso, Kyōgokudō sigue hablando. Ese es su papel.

—*Kyōko* secuestra a los niños y *La madre* los mata. Este triste tipo de cambio de personalidad no se daba siempre. Solo ocurrió dos veces después del parto, cuando estaba más inestable emocionalmente, y ahí debió haber terminado. La prueba es que, durante casi diez años, la señorita Ryōko ha sido ella misma. Aunque pierde el conocimiento cada vez que tiene la menstruación, según nos ha contado, esto no ha provocado que aparezca *Kyōko*. Sin embargo, para su mala fortuna, hace dos años alguien volvió a esta casa.

—Te refieres a Masao Fujino.

—Por supuesto, Ryōko no sabía nada porque fue *Kyōko* la que se enamoró de Masao. Pero su cuerpo sí lo recordaba, ya que tanto *Kyōko* como Ryōko comparten el mismo cuerpo. Sus células son las mismas. Por eso, su cuerpo reaccionó. Sus hormonas se desequilibraron y comenzó a menstruar, despertando a *Kyōko* de su largo sueño. Diez años después, ese cuarto volvió a abrirse y los niños volvieron a desaparecer. Y, como hace diez años...

—Fueron asesinados. —Kiba parece furioso—. Entonces, la que eliminó las pruebas fue la asesina, Ryōko con la personalidad de *La madre*.

—Así es. La única que sabe preparar la datura es *Kyōko* o la personalidad superior que conserva los recuerdos de *Kyōko*, es decir, *La madre*. *La madre* asesina a los niños, los guarda en formol y después elimina las pruebas: suministra datura a las madres para que los detalles del parto sean confusos. Era lo más natural para ella y sabía que usted también haría su parte, señora Kikuno. Y, de hecho, usted colaboró. Para mantener intacto el honor de los Kuonji.

—Yo... Creía que actuaba por mi propia voluntad, pero estaba siendo manipulada por la maldición de los Kuonji. ¿No es así? Parece una leyenda de un lejano país extranjero —murmura la anciana.

Kiba cierra los ojos y se lleva las manos a la frente.

—La llegada de Masao y la desaparición de los recién nacidos no fue una coincidencia. ¿Qué sabía Sumie Toda? Finalmente, ¿no tuvo nada que ver?

—Es solo una suposición, pero creo que vio a Ryōko suministrando datura a las embarazadas. Ella misma debía tener interés en la sustancia y, a cambio de guardar el secreto, le pidió que le enseñara a prepararla.

—Solo quería la droga... Comprendo.

—La datura, campanilla coreana, como se la conoce comúnmente, no es una planta rara o exótica. Existen algunas variedades silvestres, y no es difícil plantarlas. Ella era una adicta.

—¿Y por eso murió?

—Probablemente.

Está lloviendo. El día casi ha terminado, se acerca el atardecer.

Qué día tan largo.

—Desde el regreso de Masao, el verano del vigésimo año de Shōwa, y hasta finales de ese año, fueron secuestrados y asesinados tres recién nacidos. *Kyōko* despertó por cuarta vez la tarde del ocho de enero.

—El día en el que murió Masao, ¿verdad?

—Sí. En ese momento, no debía haber ningún bebé en el sanatorio, ya que estaba cerrado debido a las celebraciones de Año Nuevo. ¿No es así?

—Sí. No había ningún paciente. No había nadie.

—No había ningún bebé al alcance de *Kyōko* y, abatida, se marchó al cuartillo. Estaba allí cuando la señora *Kyōko* y Masao comenzaron a discutir. El cuartillo estaba abierto, era posible entrar desde fuera. No era una habitación cerrada. Y entonces... Ocurrió la tragedia.

—Cuando Masao entró en la biblioteca con el cuchillo clavado...

—La señorita *Ryōko*, es decir, *Kyōko*, estaba presente. —La voz de *Kyōgokudō* se mezcla con el sonido de la lluvia. No puedo escuchar bien lo que dice—. Masao, ensangrentado, apareció de repente ante los ojos de *Kyōko*. Para ella era su amado esposo, el padre de todos los niños a los que había secuestrado, y venía huyendo con un cuchillo clavado en el costado. Intentó salvarlo. Masao, por su parte, ¿qué vio en el momento en el que estaba perdiendo la consciencia? Aquel día, *Ryōko* llevaba puesto un kimono. Debía parecerse mucho a su madre en aquella fotografía que tenía guardada. En el momento de morir, Masao vio a su madre, y dijo: «Madre».

»Eso fue lo que lo desencadenó todo. *Kyōko* dejó paso a *La madre*. Y, para *La madre*, Masao parecía un recién nacido gigante, así que, como siempre, lo mató con una piedra y lo roció con formol.

«Madre».

—Después de matar al bebé, que era lo que debía hacer *La madre*, tenía que conseguir que su hija se arrepintiera de sus imperdonables actos. Y por eso hizo a la señora *Kyōko* lo mismo que usted le había hecho a *Ryōko*: la

castigó. Pidió que trasladaran la cama a aquella habitación para que durmiera junto al cadáver, como había hecho ella en el pasado.

—Comprendo... ¡Eso fue lo que ocurrió!

—No... No puede ser...

—Es probable que, desde entonces, la personalidad de *La madre* haya estado intercambiándose con la de la señorita Ryōko. Como *La madre* conserva los recuerdos de Ryōko, es difícil saber quién es quién. Mientras el detective Enokidu y Sekiguchi estuvieron aquí, debió ocurrir varias veces.

—Kyōgokudō, entonces ayer...

—Gracias al conjuro, la señorita Ryōko entró en trance y dejó paso a *Kyōko*. Pero *Kyōko* solo conoce una parte de este misterio, así que llamé a *La madre*.

—¿Cómo lo hiciste?

—Fue fácil; le susurré al oído: «Madre querida».

«No es a ti a la que quiero ver. Lárgate. Madre querida...».

En ese momento, estaba sonriendo.

—Hermano, ¿la señorita Ryōko no podía ver el cadáver?

—Mientras era ella misma, su cerebro no podía aceptar esa realidad. Ella no había tenido ninguna razón para asesinar a Masao, mucho menos para abandonar su cadáver allí. Aunque ella había cometido el asesinato, si aceptaba ese hecho dejaría de ser Ryōko. Por eso, la única que veía al muerto era *La madre*.

Tengo que ir a ver a Ryōko. Yo...

Le prometí que la salvaría.

—¡Espera, Sekiguchi! ¡No voy a permitir que actúes por tu cuenta!

La penetrante voz de Kiba me detiene cuando estoy a punto de abandonar la habitación.

Como si se adelantara a mis movimientos, Kinoshita bloquea la puerta.

—Ryōko Kuonji es nuestro testigo material. Su interrogatorio lo hará la policía —me dice Kiba con frialdad, y ordena a Aoki que traiga a Ryōko.

El anciano matrimonio sale de la habitación en ese momento, ayudado por dos oficiales de policía.

La puerta se abre violentamente y Aoki entra con el semblante pálido.

—¡Jefe! ¡Jefe! ¡No está! ¡Ryōko no está!

—¿Qué? ¿Y los guardias que la custodiaban?

—Están inconscientes, parece que los han golpeado. ¡La habitación está vacía!

—¡No! —Kyōgokudō se pone en pie—. ¡Kibashū! No había ningún bebé en la clínica, ¿verdad?

—Anteayer nació un niño, pero di la orden de que se lo llevaran al hospital de la policía. ¡Oye, Aoki! ¿Qué diantres sucede?

—Es que...

—¿Es que qué?

—Como llovía mucho, las enfermeras nos recomendaron que pospusiéramos el traslado un día.

—¡Idiota! ¡Ve a comprobarlo inmediatamente! Como le haya pasado algo a ese niño, yo mismo te dejaré sin huevos. ¡Ve tú también, desgraciado! ¿Qué haces ahí parado con cara de tonto? Cerrad todas las salidas, ¡no dejéis que se escape! —les grita Kiba.

Varios oficiales salen corriendo.

También nosotros abandonamos la habitación.

Ryōko.

Tengo que ver a Ryōko.

Bajo las escaleras, paso ante el laboratorio y, como la vez anterior, salgo al exterior.

Está lloviendo a cántaros, es como si las compuertas del cielo se hubieran abierto. Mis pantuflas salen volando. Corro descalzo, saltando sobre los charcos, como si huyera de un ataque bélico en un terreno pantanoso. Aquel día se está repitiendo. Si me giro o me detengo, moriré.

Rodeo el edificio de Pediatría.

Me dirijo al cuarto de la tragedia, a la biblioteca, a esa habitación que siempre está cerrada. A ese lugar.

Debo llegar antes que los demás.

La puerta, cubierta de maleza, está abierta.

Es un espacio de unos cuatro tatamis: en lugar de una habitación, parece un armario. En el centro hay un escritorio de estilo japonés. Sobre este hay un montón de cartas y un cuaderno que creo haber visto antes: el diario de Fujimasa. Las cartas deben ser las que Ryōko envió a Fujimasa. Y...

Aquella carta de amor.

Junto al escritorio hay una flor blanca.

Es una datura.

Junto a ella hay una caja de paulonia imperial que contiene un antiguo

secreto y una piedra para aplastar la cabeza de los bebés.

Este lugar es una exposición de instrumentos abominables.

Hay estanterías en todas las paredes y varios equipos quirúrgicos. Recipientes de frío metal y vidrio.

En una de las estanterías centrales, hay seis frascos de vidrio. En su interior, flotan seis niños.

El del extremo izquierdo no tiene bóveda craneal; es un bebé con cara de rana.

El del centro tiene un gran lunar en la frente. El hijo de Goichi Harasawa...

No puedo aguantar más; vomito lo que tenía en el estómago. Lo hago varias veces, aunque no he comido nada decente desde anoche. Me quema la garganta. El jugo gástrico está abrasando mi esófago.

Me apoyo en la puerta y consigo incorporarme, tembloroso. Vuelvo a mirar la habitación.

Esta habitación es, en sí misma, una maldición.

A mi espalda.

Ryōko está a mi espalda.

Se me eriza la piel. Descubriré si es cierto cuando me gire, pero...

La presencia se materializa y el sonido de la lluvia se convierte en palabras.

—Aquella noche te estuve esperando. Creí que me salvarías de ese perverso de Sugano.

¿Qué está diciendo?

Ante mis ojos, hay una muchacha de rostro blanco.

Ryōko, mejor dicho, *Kyōko*, tiene entre sus brazos a un bebé. Se ha detenido bajo la lluvia.

Es la misma muchacha de aquella vez.

Yo me aproveché de ella.

Después de lo que le hice, ¿quería que la ayudara? No es cierto, esta no es una muchacha. Sus ojos son los de una bestia.

—Quítate de ahí, esa es mi habitación. Como no viniste aquella noche, ahora no puedes hacer nada. El padre de este niño es otro hombre, y yo voy a criarlo. Déjame pasar.

Estoy petrificado, como si estuviera sufriendo una parálisis del sueño. Mi mente se enturbia. No soy capaz de expulsar ningún sonido.

Las palabras me han abandonado.

—¡Quítate de ahí!

—¡Ryōko!

Kikuno Kuonji sale abruptamente de la oscuridad y se abalanza sobre Ryōko.

—¡Dame a ese bebé! ¡Por favor, no cometas más atrocidades!

—¡Cállate! ¡Suéltame! Lo que quieres es matar a mi hijo, ¿no?

—No, Ryōko, ese no es tu hijo. Por favor, dámelo.

—¡Matas a todos mis hijos! ¡Ya es suficiente! ¡Suéltame! ¡Maldito demonio! ¡Asesina!

Madre e hija forcejean por el bebé. La lluvia cae en cascada, obstaculizando mi visión. Sus movimientos salpican una oscuridad que es casi completa. Es una escena del mismísimo infierno; escucho las voces de los muertos del averno. No puedo moverme, solo escuchar sus voces y ver sus siluetas.

—No fui yo... No fui yo la que los mató. La que lo hizo...

—¡No mientas!

A nuestro alrededor, todo se tiñe de blanco.

Bajo la luz del relámpago veo con claridad.

Una puntiaguda vara metálica se dirige a la barbilla de Kikuno Kuonji.

Es un bisturí grande, de los que se usan para las operaciones, uno de los instrumentos malditos de ese cuarto.

La garganta de Kikuno emite un sonido borboteante, parecido al sonido del viento: es el susurro de la respiración al escapar de su garganta.

El sonido del viento se convierte en palabras.

—Por favor... Por favor, perdóname.

La garganta es cercenada sin piedad.

La sangre sale a chorros y Kikuno Kuonji se derrumba frente a mí. Finalmente, comprendo lo que ha pasado y la abrazo.

La vida la está abandonando.

La matriarca de la familia Kuonji, justo cuando intenta redimirse como madre, fenece sobre mi pecho.

Levanto la mirada.

Ryōko se está riendo.

—Menuda estúpida. En la familia Kuonji no necesitamos a una tonta como esa.

Tras reunir toda la fuerza que me queda, lo único que consigo es gritar su nombre.

—¡Señorita Ryōko!

—No sé qué os ha dicho ese *onmyōji* charlatán, pero la verdadera Ryōko Kuonji soy yo. Si tú también vas a interponerte en mi camino, no tendré piedad. Quítate de ahí.

—Yo... Yo...

Se escucha un estruendo.

Han echado abajo la puerta de la biblioteca. Varios oficiales entran en avalancha.

Tras ellos, viene Kyōgokudō.

—¡Señorita Ryōko, suelte a ese niño! Desgraciadamente, no puede matarlo. —Kyōgokudō se adelanta a los oficiales, coge la piedra que hay sobre el escritorio y se la enseña—. Para hacerlo necesita esta piedra, ¿no? Esa es la tradición de los Kuonji.

—La tradición puede cambiar.

Ryōko levanta el bisturí manchado por la sangre de su madre.

—¡No lo hagas! —gritan los oficiales que vienen corriendo desde el edificio nuevo. Están armados.

—Vuestras artimañas no os servirán de nada. Vosotros jamás lo comprenderíais.

Ryōko sonríe; su rostro es como una máscara de teatro *Nō*. Se gira hacia el edificio nuevo como si fuera un ave.

—¡Para, Ryōko! ¡Es inútil!

Ryōko embiste a uno de los oficiales con tanta fuerza que no parece humana, y corta con el bisturí el rostro del otro, que se ha quedado anonadado por este abrupto movimiento. El hombre grita, se cubre la cara y se agacha. El único oficial que queda en pie la apunta con la pistola.

—¡No dispires! —grita Kiba, que aparece con varios policías más tras rodear el patio trasero—. ¡Tiene al bebé!

El agente tiene un instante de duda que Ryōko aprovecha para empujarlo y desaparecer en la oscuridad.

Yo...

Empiezo a correr.

«Aquella noche te estuve esperando».

«Se lo ruego... Sálveme».

«La verdadera Ryōko Kuonji soy yo».



¿Quién es la verdadera Ryōko?  
¿Qué debo hacer?  
Ryōko corre bajo la lluvia que cae en ángulo.  
Lleva al bebé en brazos.

Ha entrado en el edificio nuevo. A mi espalda, vienen Kiba y el resto de agentes. Corro. La lluvia no me deja ver y el lodo hace que mis pies se anuden al suelo.

La oscuridad no está solo donde no hay luz. Puede estar en cualquier lugar, ¿no? Yo soy la prueba de ello. La tibia lluvia envuelve mi cuerpo, pero no sé dónde empieza ni dónde termina.

Entro en el edificio y paso junto al laboratorio. El lodo de mis pies hace que me resbale. Tropiezo varias veces. Entro en un salón de actos que parece la nave de una catedral. La lluvia cae en cascada desde los agujeros del techo, haciendo un ruido tremendo.

Unos días antes, la luz entraba por esos agujeros como si ángeles bajaran por ella. Sin embargo, ahora parece...

Parece el fin del mundo.

Sí. Hoy se terminará todo.

Esta farsa llegará hoy a su culminación. Lo noto en mi cuerpo. Todo acabará hoy.

Ryōko está arriba.

Subo los escalones de dos en dos. La lluvia cae torrencialmente. Aquí no está. Tengo que encontrarla; si no lo hago yo, lo hará la policía.

Al llegar a la tercera planta, vislumbro la silueta de Ryōko.

Está mirando hacia abajo, a través de los agujeros. Un poco más allá...

Está Enokidu.

Cuando lo ve, Ryōko se detiene y se gira lentamente hacia mí.

Me mira con el bebé en los brazos.

Tiene el cabello despeinado.

En su rostro pálido, sin vida, no hay expresión alguna.

Las venas destacan sobre su frente.

La lluvia ha mojado su blusa blanca, que se pega a su cuerpo mostrando claramente sus curvas.

Está semidesnuda.

La parte inferior de su cuerpo está teñida de sangre.

Estoy temblando de miedo.

Es preciosa.

Esta imagen no pertenece a este mundo. Es...

Una *kokakuchō*.

—¡Sekiguchi!

Es la voz de Kyōgokudō.

En las escaleras, a mi espalda, hay varios agentes preparados para actuar. Kiba y Kyōgokudō están frente a ellos.

—Sekiguchi, esa es la señorita Ryōko. ¡Es de este mundo! No temas, solo es la señorita Ryōko con un bebé en brazos. Tienes que aceptarlo. Es lo único que puedes hacer.

Todo esto es culpa mía.

Porque fui yo quien le dio la carta de amor.

Doy un paso. Ryōko retrocede. Un paso más. Ya no queda espacio.

—Por favor, dame al niño, querida madre...

Por fin logro recordar las palabras. Ya no me va a castigar.

He conseguido hablar.

Ryōko recupera su expresión, la que siempre ha tenido, y mueve un poco los labios, como si tratara de decir algo.

Me entrega al bebé.

La *kokakuchō* se convierte en una *ubume*.

Justo cuando lo recibo, el bebé comienza a llorar.

Al escucharlo, Ryōko sonríe dulcemente, como si se sintiera aliviada de todo sufrimiento, y se tambalea.

Dice algo.

Y cae a las profundidades del abismo, lentamente.

No hemos oído lo que ha dicho.

## 7

La misma noche en la que Ryōko fallece, Kyōko se marcha de este mundo silenciosamente, como si persiguiera a su madre y a su hermana mayor. Según el médico que la atendió, hubiera sido un milagro que sobreviviera a la operación; estaba demasiado grave.

De esta manera, la sangre maldita de los Kuonji sucumbe en una sola noche. Todas las mujeres del linaje maldito han muerto y esa larga y abominable historia ha llegado a su fin.

El bebé, por fortuna, estaba bien, y la madre y la enfermera, aunque habían sido atacadas, no sufrieron daños considerables. El agente que recibió el corte en la cara necesitó varios puntos.

Ignoro qué ha escrito Kiba en el informe del caso. Hay mucha expectación al respecto.

Lo que más dolió al cuerpo de policía fue el hallazgo de los cadáveres de los recién nacidos en formol. Según nos contó Kiba, el único que reclamó el cuerpo fue Harasawa; las otras dos parejas no quisieron saber nada.

Es comprensible.

Quizá están intentando olvidar.

O quizá no tienen corazón.

¿Qué pasará con los otros dos niños, los que fueron asesinados antes de la guerra, y con el anencéfalo que dio a luz la señorita Ryōko? Me apena pensar en ellos, me invade una extraña sensación.

Dos días después de aquella noche lluviosa, apareció una nota breve en un periódico:

«Joven médico desaparecido aparece muerto por causas misteriosas».

La leí sin emoción alguna.

Como es de imaginar, el artículo no dice nada sobre la esencia del suceso ni da datos sobre dónde ocurrió; la verdad ha sido resumida y distorsionada.

Según la versión oficial, Ryōko murió en un accidente, Kyōko por enfermedad y Kikuno se suicidó.

Han pasado cuatro días desde aquella noche, y desde entonces he estado hospedado en casa de Kyōgokudō.

No me apetecía regresar a casa. No quería ver a mi esposa ni a ninguna otra mujer. La verdad es que no quería saber nada de nadie; solo me apetecía meterme en el caparazón de mi depresión. Había metido un pie en el más allá y, desde entonces, no había dejado de hundirme. Solo quería permanecer así unos días más.

Eso era lo que quería.

Kyōgokudō madrugaba y se marchaba a su librería a leer; cuando cerraba su negocio se quedaba leyendo en una habitación y, al llegar la noche, leía en la cama hasta que se dormía tarde.

En mi caso, yo no hice nada que merezca la pena mentar. No tenía ganas de hacer nada y me pasaba todo el santo día acostado en mi habitación.

Tres días después de aquella noche, un caluroso día de cielo despejado, Kyōgokudō quemó todos los cuadernos de investigación de Fujimasa. Aunque me tenía sin cuidado, me pareció una pena que aquellos resultados se perdieran sin haber sido revelados. La investigación que había llevado a cabo y lo que sucedió en el sanatorio eran asuntos distintos, y no creía que Kyōgokudō fuera a ponerlos a ambos en el mismo pedestal.

—La sociedad actual no aceptaría esta técnica. Si esto es algo realmente necesario para la humanidad, alguien lo desarrollará cuando la sociedad esté preparada. No tiene sentido que exista ahora —me contestó cuando se lo expuse.

Me pareció que tenía razón.

Le dije que quizá debería haber hecho lo mismo con los diarios, pero al parecer son pruebas y están en poder de la policía.

Durante estos cuatro días, por consejo de Kyōgokudō, me he leído tres libros.

El primero era un manual para aprender a encurtir verdura, el segundo era un texto sagrado escrito por uno de los fundadores del budismo y el tercero era un recetario chino de pescado. Ninguno de ellos me interesaba, pero me resultaron bastante entretenidos. Kyōgokudō suele decir que todos los libros son interesantes, y creo que tiene razón.

Estoy fisgando en la librería, buscando un cuarto libro. Mi amigo no está detrás del mostrador. Sobre el mismo hay varios libros, seguramente los que está leyendo ahora.

*Compendio de historias sobre zorros*[\[137\]](#).

*Nueva teoría sobre las enfermedades relacionadas con los tsukimono de zorros*[\[138\]](#).

Después de todo lo que ha pasado, ¿por qué sigue leyendo estas cosas?

—Ese libro es de suma importancia. El autor de *Nueva teoría sobre las enfermedades relacionadas con los tsukimono de zorros* era médico en el manicomio de Sugamo. Tú también sabes quién es, ¿no?

Kyōgokudō ha aparecido de repente.

—No me acordaba, ese tipo de cosas se me suelen olvidar. Por eso he estado leyendo sobre encurtidos y pescado. ¿Dónde estabas? Habías dejado abandonado el negocio. Tienes suerte de que yo estuviera aquí, lo que haces es como decir a un ladrón: «Vamos, entra en mi negocio».

—Es que no dejo de recibir llamadas. ¿Qué podía hacer? Una de ellas fue de Kibashū.

—¿Del Jefe? ¿En serio?

—Me ha dicho que ya ha recibido el informe de la autopsia de Ryōko.

Kyōgokudō se coloca tras el mostrador y me mira.

—Entiendo.

—Parece que tenía muy debilitado el corazón. Como en el caso de su hermana menor, era un milagro que estuviera viva.

—No me digas.

—¿Qué te pasa? Estás muy seco. ¿Hace unos días estabas obsesionado y ahora no quieres saberlo? —No le contesto, así que continúa—. La autopsia ha revelado que tenía un edema en el cerebro. Era un edema muy grande y se

encontraba cerca del hipotálamo. Su cerebro estaba recibiendo una enorme presión. Tenía el cráneo prácticamente lleno de agua. Además, parece que se trataba de algo congénito, es un caso muy extraño. Al parecer, sufría una forma suave de anencefalia.

—Pero ella...

—Sí. En su vida cotidiana no tenía ningún problema. Quizá deberíamos replantearnos las bases de nuestro conocimiento sobre el cerebro.

¿Cómo puede decir eso con tan frialdad?

—Ya basta. Para. No quiero saber nada más. Como sea, ella misma nos había dicho que sabía que podía morir en cualquier momento, ¿no? Lo sabía desde un principio. —Estoy cansado, no quiero seguir pensando. Y, además... —. Y además, saber que ambas hermanas seguían vivas de milagro no nos sirve de nada ahora.

No. No nos sirve de nada.

—¿Ahora dices eso? ¿Después de todo lo que te involucraste en este caso?

—Me da igual lo que opines. —Es una frase que podría haber pronunciado Naitō—. Sea como sea, este caso ya ha terminado. Para mí, ha sido como una obra de teatro y, ahora que el telón ha bajado, lo único que nos queda es aplaudir antes de regresar obedientemente a nuestra vida normal. Dejemos el tema en paz.

—¿Lo que has vivido durante estas semanas no ha sido más que una farsa para ti? Durante el caso, fuiste un actor de la obra, pero ahora crees que solo fuiste un espectador. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Así es, ahora creo que todo lo que sucedió es ajeno a mí. Es como si hubiera estado soñando; eso es lo que siento en realidad.

Estoy hablando con sinceridad.

—Pero no fue un sueño, fue real. Ryōko Kuonji murió —dice Kyōgokudō, levantando una ceja—. Era una persona de carne y hueso, no era ni un monstruo ni un fantasma, y tampoco una habitante de tus sueños. Murió a causa de las fracturas y la contusión craneal que le provocó la caída.

Me siento mareado.

La imagen del cadáver de Ryōko quedó grabada en mi retina. No podía ver su rostro, ya que la lluvia me nublaba la visión.

—Kyōgokudō, tú siempre hablas de estas cosas como si no te afectaran, pero yo no soy como tú. Entiendo tu enfado, pero ahora no me apetece ver a nadie, no quiero hacer nada. Si te molesta que esté en tu casa, me marcharé.

No hay problema.

—Eso me tiene sin cuidado, puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Lo que me preocupa es que hayas olvidado de golpe el fervor que sentías hacia la señorita Ryōko.

—No tengo nada que decir. ¿Te quedarías satisfecho si te dijera que era una psicópata, una hija del diablo? ¿Crees que todo esto no me ha afectado? Pero no tiene nada que ver con mi vida cotidiana y, como se trata de mundos distintos, no puedo decir nada más.

—La vida cotidiana y su opuesto están conectados. Si desde un mundo ordinario nos asomamos a uno inusual, este puede parecernos tenebroso. Si lo hacemos al revés, el mundo ordinario nos parecerá insípido y frívolo. Pero eso no implica que sean cosas distintas; son similares. El mundo sigue girando, hagamos lo que hagamos, y siempre sucede aquello que tiene que suceder. En este mundo no hay nada misterioso.

Supongo que está intentando consolarme, pero es un modo muy torpe de hacerlo. No es posible curar la mente a través de la razón.

Si algo puede salvarme es el alma de mi amigo, de esta persona que es un conglomerado de razones.

Mi mente está turbia, no es algo transparente que pueda ser ordenado con pretextos congruentes.

—Es posible que tengas razón, pero lo que yo piense no va a ayudarla a irse al Cielo con Buda, ¿no?

—Eso no es cierto. Cuando un humano muere, todo acaba para él. Los cadáveres no son más que materia. Los que deciden si van al Cielo con Buda son los que siguen vivos. O sea, las personas como tú y como yo.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? No pude hacer nada y no podré hacer nada en el futuro. Como has dicho, ella está muerta.

—Y, ahora que ha muerto, los que hemos heredado la maldición hemos sido nosotros, los que nos involucramos en este asunto. Es fácil decir que no fue más que un sueño o una alucinación, es fácil eliminarla de tu vida y dejar su recuerdo atrás, pero no creo que eso esté bien. Ella era una persona normal, igual que nosotros. Si la enviamos al mundo de la oscuridad, jamás se librará de su maldición.

«Por favor, quíteme esta maldición».

Se me había olvidado. El rostro de Ryōko aparece en mi mente.

No es la *ubume* ni la muchacha que recibió la carta.

Es Ryōko.

Y comprendo, más o menos, lo que Kyōgokudō quiere decir.

—Es cierto... Tienes toda la razón. He estado dudando si regresar o no a mi vida normal. Desgraciadamente, no puedo vivir como tú. Necesito un poco más de tiempo.

El librero se queda en silencio.

Me siento en la silla junto al mostrador y miro a mi alrededor.

—¿Qué crees que dijo al final?

Eso me sigue inquietando.

En el momento de morir, ¿era Ryōko o *Kyōko*?

O bien...

—Al final era la señorita Ryōko. Y te dio las gracias —me dice Kyōgokudō, como si me hubiera leído la mente.

—La señorita Ryōko, ¿por qué se puso en contacto con Enokidu?

—A lo mejor era una forma de denunciar lo sucedido. La señorita Ryōko no lo sabía, pero su cuerpo sí. Y no es que *Kyōko* o *La madre* estuvieran durmiendo mientras ella era Ryōko; solo es que no estaban en la etapa de consciencia. Del mismo modo, cuando cometía un crimen, Ryōko no estaba dormida. Su yo inferior intentó denunciar al superior.

—Pero yo... No pude hacer nada.

—Para ella, tu simple presencia tenía un sentido. Lo que ocurrió se debió, en parte, a ti. Creo que, si no hubieras estado en la oficina de Enokidu, la señorita Ryōko hubiera decidido no seguir adelante.

—¿Por qué?

—Sus ojos, su cerebro, se acordaban de ti, de la persona que apareció doce años antes para salvarla. Como tú estabas en la oficina, decidió pedir la ayuda del detective. Y, por esa misma razón, Enokidu pudo ver el recuerdo del joven Tatsumi Sekiguchi, el recuerdo que ella tenía de ti.

Es cierto. Yo también me acordaba.

En aquel momento, en realidad, sabía que la muchacha a la que había entregado la carta había sido Ryōko.

Así fue.

—La destrucción que tarde o temprano iba a ocurrir, el martirio de no saber si la muerte acudiría a su encuentro hoy o mañana... El que la salvó de ese infierno fuiste tú. Creo que por eso quiso darte las gracias al final —dice, sonriendo.



No sé cómo reaccionar.

—¿Tú crees? Si nosotros no hubiéramos metido las narices, quizá esa destrucción nunca habría llegado, ¿no?

Si te entrometes más allá de lo razonable, puede ocurrir una tragedia... Fue él mismo quien me lo dijo.

—No creo. Aunque la señora Kyōko hubiera seguido eternamente embarazada de un niño que jamás iba a nacer, aunque Ryōko la hubiera protegido, aunque como *La madre* hubiera continuado eternamente con la tortura de mantenerla junto al cadáver de Fujimasa, ellas no hubieran sido felices. El tiempo no se puede detener y el cuerpo va acumulando recuerdos. Tarde o temprano, al final, todo se hubiera derrumbado. Lo importante era el momento y el modo. Al final, ella se dejó llevar e hizo lo que deseaba, y tú intermediaste porque así tenía que ser.

«Se lo ruego, sálveme».

Entonces, sí era Ryōko.

Regreso a mi habitación sin llevarme ningún libro nuevo. El carrillón de viento vuelve a estar en su lugar. No sé cuándo ha vuelto a colocarlo.

Hoy no suena. Hace mucho calor.

Un poco más, quiero seguir así un poco más.

Sigo durmiendo.

—Por eso, la *kokakuchō* y la *ubume* no son lo mismo. Ryōko, Kyōko y Kikuno... incluso Fujimasa, todos eran *ubume* —dice Kyōgokudō.

*Tintín*, suena el carrillón de viento.

—Qué calor. El verano ya ha llegado.

Como siempre, el librero parece de mal humor.

—Pues claro. Las *ubume* siempre salen en verano.

—La *ubume*... Es el verano de la *ubume*.

—Exacto. Chizuko me llamó hace un rato, me dijo que venía de camino. Como le dije que estabas aquí, ha decidido invitar a Yukie a casa. Ambas vienen hacia aquí. Dice que trae muchos regalos: dulces, sandías, ese tipo de cosas. Estás de suerte; sé que a ti te gusta comer todas esas golosinas infantiles —dice Kyōgokudō de muy buen humor.

Me levanto apresuradamente.

—Entonces tengo que marcharme.

—¿Te vas? ¿A dónde? Yukie viene de camino. ¿No es un poco raro que ella venga a esta casa y su marido vuelva a la suya?

No quiero verla.

No puedo regresar a mi vida normal.

Necesito un poco más de tiempo. Solo un poco.

Necesito un par de días normales...

A pesar de eso, si soy sincero, debo decir que tenía la esperanza de que mi amigo intentara retenerme. Pero eso no ha ocurrido.

Le doy las gracias rápidamente por acogerme en su casa y me escabullo de un modo bastante grosero.

En la Pendiente del Mareo hay una neblina provocada por el calor.

A lo largo de la cuesta, no hay ningún árbol donde resguardarse del sol. Junto a ella solo está la tapia de arcilla, que se extiende hasta el infinito. Ahora sé que al otro lado de la tapia hay tumbas, un cementerio.

Abrasado bajo el sol del caluroso día, justo al llegar a la séptima demarcación, noto un mareo.

Mi cuerpo se tambalea como una hoja; estoy a punto de desmayarme. Caigo de rodillas y veo frente a mí las mangas de un kimono con un estampado que reconozco. Levanto lentamente la mirada.

Mi esposa está ante mí.

Me ayuda a incorporarme

—Debes estar exhausto. Me alegro de verte —me dice.

La esposa de Kyōgokudō está detrás de mi mujer.

No sé por qué, pero siento una gran nostalgia.

—Esta cuesta es peligrosa. A simple vista parece recta, ¿no? Pero en realidad está ladeada hacia la derecha y hacia la izquierda, justo allí. Y, para colmo, la tapia, que es el único punto de referencia, es totalmente recta. El camino es muy estrecho y los ojos se van hacia los tejados, lo que provoca que de repente uno se sienta tan mareado como si estuviera en un barco —me explica Chizuko Chūzenji después de hacer una ligera reverencia y sonreír con frescura.

Ahora comprendo cuál es la razón. No era nada extraño ni sobrenatural.

Mi esposa se está riendo.

Si Ryōko hubiera estado aquí, ¿también se hubiera reído?

Me giro. Sobre la pendiente, Kyōgokudō también se ríe. Todos hacen lo mismo.

No hay nada de malo en ello.

Sigo a las mujeres y decido volver a mi dulce y tranquila vida. Pero eso no significa que vaya a olvidar a Ryōko. Ella caminará a mi lado durante el resto de mis días, cubriendo con sus ropas a un niño recién nacido.

El cielo está azul, sin una sola nube. Parece que la temporada de lluvias ha terminado.

Al llegar a la séptima demarcación, suspiro profundamente.

## ***BIBLIOGRAFÍA***

CHIBA, Mikio. *Zenkoku Yokaigō Jiten* «Diccionario terminológico de los monstruos nacionales», de la *Nihon Mizoku Bunka Shiryō Shūsei 8* «Colección de documentos del folclore de Japón: vol. 8», editado por Ken'ichi Tanikawa, San'ichi Shobū, 1986.

FUJISAWA Morihiko. *Zusetsu Nihon Minzokugaku Zenshū 3: Minkan Shinkō, Yōkai, Fūzoku*, Seikatsu «Obra completa e ilustrada del folclore japonés: vol. 3: Creencias populares, monstruos, costumbres y vida cotidiana», Takashi Shoten, 1971.

KOMATSU, Kazuhiko. *Tsukimono to Minzoku Shakai* «El tsukimono y la sociedad tradicional», publicado en *Tsukimono Shinkō Ron* «Teoría sobre la creencia en los tsukimono», Kōdansha, 1994.

—*Setsumeitaikei Toshiteno Tsukimono* «La estructura explicativa del tsukimono» publicado en *Tsukimono Shinkō Ron* «Teoría sobre la creencia en los tsukimono», Kōdansha, 1994.

—*Suso Aruiha Yōjutsu to Jyajutsu* «Suso o bien las técnicas de embrujo

y de magia negra», en *Tsukimono Shinkō Ron* «Teoría sobre la creencia en los tsukimono», Kōdansha, 1994.

—*Shikigami to Noroi* «El shikigami y las maldiciones», en *Tsukimono Shinkō Ron* «Teoría sobre la creencia en los tsukimono», Kōdansha, 1994.

SATAKE, Akihiro. *Shuten Dōjin Ibun* «Cuentos extraños de niños borrachines», Iwanami Shoten, 1992.

SEKIEN, Toriyama. *Gazu Hyakki Yakō* «Ilustraciones del desfile nocturno de los cien demonios», editado por Mamoru Takada, Kokushokankōkai, 1992.

TAKADA, Mamoru. *Edo Kaidan Shū Jo* «Colección de cuentos de fantasmas de Edo: tomo uno», Iwanami Shoten, 1989.

TASHIKAWA, Kiyoshi. *Hyaku Monogatari Kaidan Shūsei* «Recopilación de cien cuentos de fantasmas», Kokushokankōkai, 1992.

TERAJIMA, Ryōan. *Wakan Sanzai Zue 6* «Enciclopedia ilustrada de Japón y China vol. 6», Heibonsha, 1991.

\* \* \*

20-02-2015

Scan. V.1 y formato epub

*Lerele / Boss*

# NOTAS

[1] Fuego fantasmagórico que suele reposar en los árboles cercanos a la costa.

[2] Mitos populares de Japón. Leyendas de Tōno (Quaterni, 2013)

[3] Fideos hechos de alforfón que pueden servirse fríos o calientes.

[4] (1712-1788). Pintor japonés del periodo Edo que se dedicó casi en exclusiva al dibujo de monstruos.

[5] Cosmología esotérica que mezcla elementos de astrología, ocultismo y taoísmo. Surgió en el siglo XII y fue prohibida en la era Meiji.

[6] Especie de budismo que busca la iluminación a través del contacto con la naturaleza.

[7] Filósofo japonés (1858-1919) de la era Meiji y fundador de la Universidad de Tōyō. Dedicó una importante parte de su vida al estudio de los entes sobrenaturales.

[8] Folclorista japonés (1875-1962). Una de sus obras más importante fue *Las leyendas de Tōno*, que ha sido publicada por Quaterni en 2013.

[9] Dulce japonés de harina de arroz relleno de pasta de judías.

[10] Ciudad china de la provincia de Zhejiang.

[11] Literalmente, «gato monstruo». En Japón existe la creencia de que los gatos pueden convertirse en monstruos y la leyenda más famosa es El bakeneko de Nabeshima.

[12] Kachi-kachi Yama. Cuento tradicional japonés cuyo personaje principal es un tanuki que se dedica a arrasar los cultivos de un viejo campesino. El hombre pide ayuda a un conejo, que consigue que el tanuki suba a un bote hecho de lodo y muera ahogado.

[13] Protagonista del clásico chino *Viaje al oeste*.

[14] Estilo caligráfico que se usa para escribir el Sutra del Loto (Nam Myōhō Renge Kyō) en las insignias o textos del Nichiren-shu, rama budista fundada por el monje reformista Nichiren, en el siglo XVIII.

[15] (1543-1616) Guerrero japonés que estableció el shogunato Tokugawa, vigente de 1603 hasta 1868. Normalmente se le llama por su nombre en lugar de por su apellido.

[16] Gigantes mitológicos. Se dice que sus pisadas originaron los lagos.

[17] Antigua provincia japonesa. Actualmente es la prefectura de Ibaraki, ubicada al noreste de Tōkyō.

[18] Chimi es el nombre genérico que reciben los monstruos de montaña. Por el contrario, los mōryō son monstruos de río.

[19] Nombre de dos célebres pintores japoneses.

[20] *Gazu Hyakki Yakō*. Libro de ilustraciones de Sekien Toriyama que fue publicado en 1776.

[21] Ancianas monstruosas que viven en las montañas y comen humanos.

[22] Tofu frito y cortado en láminas.

[23] *Bencao Gangumu*. Libro de medicina china escrito por Li Shizhen durante la Dinastía Ming.

[24] *Wakan Sanzai Zue*, escrito por Ryōan Terajima en 1712.

[25] Título nobiliario hereditario establecido en la era Meiji que fue

abolido en 1947 por el ejército de ocupación estadounidense.

[26] (903-940). Guerrero japonés que dirigió una rebelión y se proclamó a sí mismo emperador.

[27] *Hokekyō Jikidanshō*. Texto budista escrito durante el periodo Muromachi.

[28] Monje guerrero japonés que estuvo a las órdenes de Minamoto no Yoshitsune, al que ayudó a crear el shogunato de Kamakura.

[29] Novela épica en la que se narra la vida de Minamoto no Yoshitsune.

[30] Cuentos épicos escritos durante el periodo Muromachi (1336-1557).

[31] Niño que no se parece a sus padres, que tiene malformaciones o que ha nacido con pelo y dientes. Son considerados monstruos.

[32] *Keichō Kenbunshū*. Ensayo escrito por Shigemasa Miura en el periodo Edo.

[33] Líder de los demonios que habita en el país de Tanba.

[34] Monte localizado en las prefecturas de Shiga y Gifu.

[35] Libro de historia popular publicado en 1681.

[36] Señor feudal.

[37] Cambio en la estructura política y social de Japón que tuvo lugar entre 1866 y 1869.

[38] Conflicto bélico entre China y Japón (1937-1945).

[39] Festividad que se realiza en el templo Kishibojin durante octubre.

[40] (1892-1927). Uno de los escritores más importantes de la literatura moderna japonesa. Varios de sus cuentos han sido publicados por Quaterni.

[41] Bolas de harina de arroz.

[42] Revistas japonesas que surgieron después de la guerra del Pacífico y que tuvieron su apogeo durante la ocupación estadounidense. Su contenido era amarillista y mezclaba temas eróticos con crónica negra y sucesos paranormales.

[43] Folclorista, escritor y biólogo japonés que fue famoso por sus estudios sobre el moho mucilaginoso.

[44] Barrio de Tōkyō donde hay gran cantidad de librerías de segunda mano. Este lugar sobrevivió a los bombardeos aéreos estadounidenses durante la guerra del Pacífico y alberga los libros más interesantes de Japón.

[45] Es el rango más alto de los luchadores de sumo. Solo dos pueden acceder a ese puesto: uno representa al este y el otro al oeste.

[46] Samurai al servicio del shogunato Tokugawa.

[47] (1659-1703) Líder de la historia de Los cuarenta y siete ronin.



[48] Prenda de algodón que se usa en verano.

[49] Teatro tradicional japonés.

[50] Festividad que tiene lugar en Kioto del 1 al 21 de julio.

[51] Patrón de los oprimidos y moribundos.

[52] En el relato, Koheiji fue asesinado por su esposa y el amante de esta, y posteriormente regresó para acosar a la pareja.

[53] Recogido en la nuca que se puso de moda en el periodo Edo.

[54] Montaña al norte de Japón con gran tradición de seres sobrenaturales.

[55] Literalmente, «niño de un solo ojo». Es similar a un cíclope, pero a diferencia del monstruo de la mitología griega, este fantasma japonés no es un gigante.

[56] Linaje maldito. Término peyorativo que suele usarse en zonas rurales contra familias de fortuna reciente u obtenida de un modo extraño. Normalmente se asocia esta maldición con zorros, comadreja o mapaches. En algunas regiones se les atribuye a las serpientes.

[57] Pantalón holgado que se usa para las labores en el campo. Solían usarlo las mujeres durante la guerra del Pacífico.

[58] La leyenda de Botan Doro, el relato de una relación amorosa entre un samurái y un fantasma.

[59] Escuela fundada en 1847 para los hijos de los nobles que después de la guerra del Pacífico se convirtió en un colegio privado.

[60] Universidad privada ligada a la iglesia anglicana que fue fundada en 1874.

[61] Ueno está en el distrito de Taitō, Shinbashi en el de Minato y Waseda en el de Tōkyō.

[62] Templo budista edificado en el siglo XVI que contiene una estatua de Kishibojin.

[63] Zelkova Serrata. Árbol nativo del este de Asia que mide entre veinticinco y treinta metros. También se le conoce como tsuki.

[64] Antiguo nombre de una provincia japonesa. Actualmente es la prefectura de Kagawa.

[65] Ciudad localizada en la prefectura de Kanagawa.

[66] Festividad en la que se honra a los muertos. Suele celebrarse en agosto.

[67] Médico japonés (1760-1835) que puso en práctica las técnicas médicas occidentales y al que se considera el primer médico en realizar una

operación usando anestesia general.

[68] Universidad privada fundada en 1885. Es una de las más prestigiosas en Japón y tiene una importante facultad de Medicina.

[69] Árbol ubicado en el templo Hōmyōji que es visitado por aquellos que quieren tener hijos.

[70] Shokoku Hyaku Monogatari. Recopilación de historias de fantasmas publicada en 1677.

[71] Koshoku Ichidai Onna, obra de Saikaku Ihara publicada en 1686. Es el relato de una mujer noble que terminó siendo prostituta.

[72] Antiguo nombre de una provincia japonesa. Actualmente es la prefectura de Niigata.

[73] Sudeste de Asia.

[74] Barrio del distrito de Bunkyo, Tōkyō.

[75] Monstruo de la mitología budista asociado con los partos y la crianza de los niños.

[76] Dinastía que gobernó China desde el año 1050 a. C. hasta el 256 a. C.

[77] Nombre popular del templo Shingenji ubicado el distrito de Taitō, Tōkyō.

[78] *Nakai Kiki Naihōden*, escrito por el monje chino Yi Ching (635-713) tras sus viajes por la India.

[79] Monje budista japonés (1172-1262) fundador de la corriente budista del Jōdō Shinshu

[80] Monje budista japonés (1222-1282). Es el fundador de la corriente o escuela Nichiren-shu.

[81] Barrio ubicado en el distrito del mismo nombre en la ciudad de Tōkyō

[82] Barrio ubicado en el distrito de Kita en Tōkyō.

[83] Prefectura ubicada en la isla de Shikoku.

[84] Espíritu que tiene forma de infante al que también se conoce como zashiki-warashi. Se dice que proporciona una gran fortuna que se pierde cuando el espíritu abandona a la familia. En la prefectura de Iwate existen muchas leyendas al respecto, algunas recopiladas en Mitos populares de Japón: Leyendas de Tōno publicada por Quaterni.

[85] Región de la prefectura de Iwate.

[86] Conjuro o hechizo de algún demonio o animal sobre una persona que hace que se comporte de una manera extraña o que se someta al control de este

demonio.

[87] También llamado *koshintō*, es una versión primitiva del sintoísmo que considera que todos los elementos de la naturaleza son dioses. Este término también se usa para designar una versión preliminar del confucianismo.

[88] Cosmología esotérica que mezcla elementos de astrología, ocultismo y taoísmo.

[89] Deidad japonesa que suele representarse con un zorro y a la que se considera dios de la fertilidad.

[90] Literalmente «dios perro». Es un ser espiritual que solía usarse en las maldiciones de la región oriental de Japón, en especial en Shikoku.

[91] Armiño. Al igual que el zorro, se le considera un animal mágico que suele endemoniar a las personas.

[92] Monstruo japonés. Es de color rojo o azul, tiene una nariz muy larga y la barba blanca. Algunos tienen alas.

[93] Es un rango que recibieron diversos oficios como los sacerdotes, guerreros, geishas o artistas en el Japón medieval. Aquí se refiere a un sacerdote o sacerdotisa, sintoísta de rango inferior y no al rango superior de las geishas durante el periodo Edo.

[94] Zona roja oficial de Edo. El shogunato Tokugawa había permitido a las prostitutas ejercer allí sus servicios. Se ubicaba en el actual barrio de Senzoku, distrito de Taitō, Tōkyō.

[95] Nombre japonés de *Nandikesvara*, deidad protectora del budismo.

[96] Monje budista que viaja con sesenta y seis sutras para colocarlos en sesenta y seis lugares espirituales.

[97] Las personas que tienen conocimiento sobre el *onmyōdō*, hacen conjuros y revierten maldiciones.

[98] Vecindario de Itabashi.

[99] Árbol de origen asiático, *Celtis sinensis*.

[100] Guerrero japonés (953-1025). Su nombre original es Minamoto no Tsuna. Existe una leyenda que dice que le cortó el brazo a un diablo que atormentaba la capital imperial.

[101] *Onmyōji* y adivino de la corte imperial (921-1005).

[102] Demonios relacionados con los *onmyōji*. También se les conoce con el nombre de *shikigami*.

[103] Pentagrama usado por Seimei que representaba los Cinco Elementos chinos. Además, *kikyō* es una flor de origen asiático de color

morada. *Platycodon grandiflours*.

[104] Personas que se dedicaban a transportar las mercancías y el equipaje de los clientes de las posadas en el periodo Edo.

[105] Los vigías de las posadas que el shogunato Tokugawa había establecido. Normalmente, eran oriundos de los pueblos cercanos.

[106] Posadas establecidas en el periodo Edo que eran de rango menor. Quienes se hospedaban allí, tenían que proveerse de leña para cocinar y protegerse del frío.

[107] Sistema de matrimonio japonés por el cual las parejas se conocen gracias a la recomendación de una persona, generalmente un familiar, vecino o amigo. Difiere de los matrimonios concertados, ya que en teoría ambos tienen la libertad de elegir.

[108] Prefectura japonesa ubicada cerca del mar del Japón.

[109] *Uji Yūi Monogatari*, antología de cuentos de Japón, China e India escrita en el siglo XIII.

[110] *Nihon Ryōi-ki*. Colección de leyendas y cuentos budistas escrita por Kyōkai (anónimo) durante el periodo Heian.

[111] *Konjaku Monogatari Shū*. Cuentos de la época Heian (794-1185) sobre Japón, China e India.

[112] Portón de piedra o madera que se coloca en la entrada principal de los templos sintoístas. Separa el mundo espiritual del profano.

[113] Especie de calzón o tanga masculino que deja los glúteos al descubierto.

[114] Templo sintoísta ubicado en la prefectura de Shimane. Es uno de los templos más antiguos e importantes del sintoísmo.

[115] Templo sintoísta ubicado en la prefectura de Ōita.

[116] Persona que recibe la protección del dios de su localidad.

[117] *Ushi no koku mairi*, antiguo rito japonés para maldecir a alguien. Consiste en clavar un muñeco de paja, que representa a una persona, a un árbol de un templo budista. Esto se hace a la hora de la vaca (entre la una y tres de la madrugada).

[118] Ornamento tradicional que se pone en los tejados de las casas con la cara de un demonio o de un monstruo. Sirve para ahuyentar a los malos espíritus.

[119] Kimono para hombre que parece una chaqueta. Se suele usar en ceremonias especiales.

[120] Guantes que sirven como protección para los guerreros. Hay

algunos que no cubren los dedos.

[121] Calcetines que se usan con las sandalias. Suelen estar divididos en dos partes: una para el dedo gordo y la otra para el resto de dedos.

[122] Sandalias japonesas hechas generalmente de madera.

[123] Monte ubicado en la prefectura de Kioto.

[124] Un tipo de obra dentro del teatro kabuki. También es el nombre de un personaje.

[125] Sello de nueve sílabas (letras).

[126] Especie de saludo ceremonial. Suelen hacerlo los luchadores de sumo tras ganar un combate.

[127] Uno de los guardianes del budismo esotérico.

[128] Región localizada en la actual prefectura de Ibaraki. Durante el periodo Edo se popularizó la historia del exorcismo de una mujer llamada Kasane que posteriormente serviría como base para algunas obras de kabuki.

[129] Una de las islas que están dentro de la jurisdicción de Tōkyō.

[130] Monjes budistas que se alimentan solo de fruta y corteza de árbol.

[131] Antiguo nombre de una provincia japonesa. Actualmente comprende las prefecturas de Yamagata y Akita, ubicadas al norte de Japón.

[132] Conjunto de leyes dictadas por el quinto shōgun Tokugawa, Tsunayoshi (1646-1709), que prohibía la crueldad hacia los animales.

[133] Monstruo japonés que habita en los ríos. Es de color verde y bípedo. Tiene un caparazón de tortuga y pelo en la cabeza, así como una especie de plato.

[134] Región al noroeste de la isla de Honshū.

[135] Deidad del budismo esotérico considerado como el Protector de la Ley.

[136] Tsukimono que existen en la zona de Shikoku y que generalmente se asocian una serpiente.

[137] *Ninko Benwaku Dan*, recopilación de historias de personas poseídas por un zorro. Se presume que lo escribió un médico llamado Yuki Suma en 1818.

[138] *Kitsune tsuki Byo Shin Ron*, de Sake Kadowaki (1902). Libro que trata sobre los pacientes de un sanatorio mental que sufrían supuestas posesiones de zorros.

# Table of Contents

[Datos del libro](#)

[Introducción](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[Bibliografía](#)

[Notas](#)